

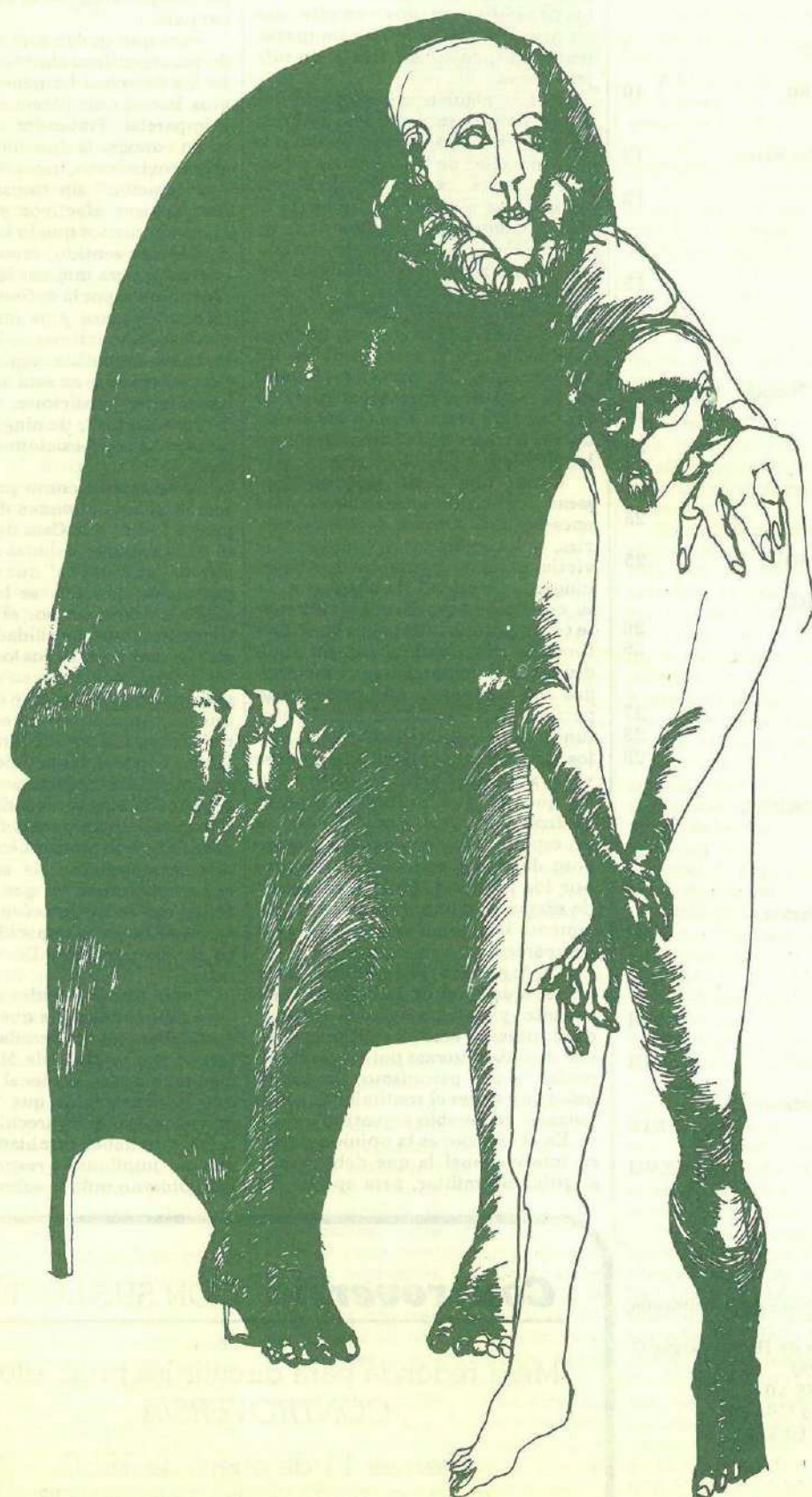
Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

SUPLEMENTO 1

ARGENTINA: LOS AÑOS DE LA CRISIS, 1930-1945

Portantiero, Aricó, Terán,
De Ípola, Michellón, Gómez



*Bruschtein
Bonaparte.
Polémica:
derechos humanos*

*Bernetti.
Entrevista a
Sandler*

*Nudelman.
Bloques y
estrategias*

*Del Barco.
La crisis del
marxismo*

*De Giovanni.
Marx y la teoría
del estado*

*A. Puiggrós.
La universidad
de 1973-1974*

*Bavio.
La bolsa*

*Ulanovsky.
La era Menotti*

*García Canclini.
Los dibujos de
N. Amoroso*

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

Director: Jorge Tula.

Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán

Diagramación: María Cristina Ocos y Hugo Vargas C.

Dibujos: Nicolás Amoroso.

Índice

POLEMICA	
Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias, por Luis Bruschtein Bonaparte	2
ENTREVISTA	
Héctor Sandler: la larga marcha del aramburismo al peronismo, por Jorge Luis Bernetti	4
FOCOS Y VANGUARDIAS	
La revolución del voluntarismo por Rubén Sergio Caletti	7
La violencia en Argentina: 1969-1976, por Sergio Bufano	10
RESPUESTA A PARAMIO Y REVERTE	
Observaciones sobre la crisis del marxismo, por Oscar del Barco	12
Marx y la teoría del estado, por Biagio de Giovanni	13
BLOQUES Y ESTRATEGIAS	
Argentina en el conflicto de hegemonías, por Ricardo Nudelman	15
La universidad de 1973-1974, por Adriana Puiggrós	16
LA CUESTION GREMIAL EN LA ARGENTINA	
Sindicatos de liberación y liberación sin sindicatos, por Nicolás Casullo	20
La era Menotti, por Carlos Ulanovsky	24
FICCION	
La bolsa, por Ernesto A. Bavio	25
Los dibujos de Nicolás Amoroso, por Néstor García Canclini	25
LIBROS, REVISTAS, INFORMACION BIBLIOGRAFICA	
Sin censura	26
Información bibliográfica	26
COYUNTURA	
El documento de la CUTA	27
Luchas y aumentos salariales	28
Cámpora en México	28
SUPLEMENTO 1: ARGENTINA: LOS AÑOS DE LA CRISIS. 1930-1945	
Introducción	I
Transformación social y crisis de la política, por Juan Carlos Portantiero	II
Los comunistas en los años treinta, por José Aricó	V
Reportaje a Jorge Michellón	VIII
El nacionalismo sin nación, por Oscar Terán	XII
"Desde estos mismos balcones..." (Acerca del discurso de Perón del 17 de octubre de 1945), por Emilio de Ipola	XIV
La CGT y el 17 de octubre, por Federico T. Gómez	XVII

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de
importe de mi suscripción a Controversia por seis números - doce números,
a partir del número
Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.
Suscripción México por seis-doce números \$ 200 o \$ 400
Suscripción Europa por seis-doce números US\$ 20 o US\$ 40
Suscripción Sudamérica por seis-doce números US\$ 16 o US\$ 32
Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30
Nombre
Dirección

Dirigir toda la correspondencia a : Jorge Tula, Apdo. postal 20-619,
México. 20, D.F.

POLÉMICA

Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias

Luis Bruschtein Bonaparte

Lo irracional, lo afectivo, lo subjetivo

Antes de comenzar es necesario hacer un alto y reflexionar detenidamente para preguntarse si hay alguien capaz de abordar el tema de los derechos humanos —en este caso en Argentina 1976-1979— sin apasionamientos, en forma fría y sin subjetivismos.

Si hay alguien así, es preferible entonces que se dedique a estudiar el modo asiático de producción o la reproducción de los pescados de colores, ya que los derechos humanos no son una abstracción filosófica ni una entelequia por encima de la lucha de clases o de los campos sociales enfrentados en la República Argentina. Por el contrario, forman parte de una problemática que se desarrolla de acuerdo con una realidad establecida de la que nosotros, los exiliados, los familiares de víctimas de la represión formamos parte de una manera clara. Somos los acusadores, testigos de la barbarie; somos los fiscales.

Como dijo Jean-Jacques Rousseau, los hombres nacieron libres, pero encadenados a miles de circunstancias, y los exiliados y familiares de víctimas de la represión no tienen ninguna necesidad de abstraerse de su condición para filosofar sobre este tema, porque todos ellos ya se han formado una opinión: no son equidistantes ni imparciales, ni moderados con respecto a este punto. Son personas lastimadas en lo más profundo de la condición humana. Son los que vieron al ejército llevándose vivos a sus familiares o amigos; son los que vieron a las fuerzas armadas destrozarse y robar sus viviendas en un espectáculo denigrante y vergonzoso de pillaje; son los chantajeados por los militares, quienes a cambio de silencio y dinero prometieron falsamente la aparición con vida de los desaparecidos.

En Argentina, el veredicto de las masas, que es el de la historia, está resuelto, y las declaraciones criticando al gobierno emitidas últimamente por distintas fuerzas políticas, en especial la del peronismo, no hacen más que recoger el sentimiento generalizado del pueblo argentino.

En el exterior es la opinión pública internacional la que debe juzgar al gobierno militar, para apoyar las

exigencias de las Madres de Plaza de Mayo. Somos los acusadores, el testimonio, la extensión necesaria del movimiento de defensa de los derechos humanos en el interior del país. Estar exiliado no significa estar en el Limbo. Hay un rol que debemos jugar con plenitud por el bien de nuestro país.

Para que quede más claro: cuando los argentinos abordamos el tema de los derechos humanos, no podemos hacerlo en forma equidistante e imparcial. Pretender lo contrario es no conocer la dinámica propia de este movimiento, hacer llamados a la "moderación" sin tomar en cuenta los factores afectivos y profundamente humanos que lo impulsan.

En este sentido, creo que es importante, para mejorar la lectura del movimiento por la defensa de los derechos humanos y de los grupos de familiares de víctimas de la represión, tanto en Argentina como en el exterior, señalar que en esta actividad solamente hay posiciones "correctas" o "incorrectas", de ninguna manera puede haber posiciones "moderadas".

Si se analiza como propuesta de acción a las reuniones de todos los jueves frente a la Casa de Gobierno, se trata sin lugar a dudas de una propuesta "extremista" que ninguna organización política se hubiera animado a formular por el riesgo y la tremenda responsabilidad que implica. Sin embargo, todos los jueves, estas señoras acuden a su cita, y cada vez que las golpean, que las insultan, que las secuestran o las asesinan, paradójicamente su número aumenta. Quien conozca las actividades de estas increíbles mujeres podrá ver que para realizarlas se necesita, entre otras cosas, una absoluta falta de moderación, una consecuencia total y una intransigencia de acero. Estas son condiciones a las que difícilmente se llega en forma teórica, sino que se originan en la capacidad de afecto de las personas. De afecto y de odio.

Nadie puede decirles a estas mujeres (sin el riesgo de que se enojen) que deben ser moderadas y que en vez de ir a la Plaza de Mayo tienen que reunirse en un local cerrado; o que su consigna de que "aparezcan con vida los desaparecidos" la tendrían que haber cambiado por otra que no implique la responsabilidad del gobierno militar sobre la vida de

Controversia CON SUS LECTORES

Mesa redonda para discutir los propósitos de
CONTROVERSIA

Viernes 11 de enero de 1980
CAS. Calzada de los Leones 195

estos secuestrados.

Los familiares "moderados" no participan de la movilización, ni en el exterior, ni en el país. Asumen como irreversible su situación particular y prefieren mitigar su dolor en el olvido. Los familiares de víctimas de la represión que participan en el movimiento de defensa de los derechos humanos socializan su problemática particular y asumen con valentía y generosidad una enfermedad que atañe a la sociedad en su conjunto. En cada movilización, en cada conferencia de prensa deben enfrentarse no solamente con la represión, sino también con sus fantasmas y sus recuerdos. Cada acto es un cuchillo que remueve el dolor y la angustia.

Sinceramente, creo que los argentinos no nos damos cuenta en toda su dimensión de la deuda de gratitud infinita que hemos contraído con las Madres de Plaza de Mayo por haber sido ellas los valerosos guardianes de los valores más caros de la condición humana. Por haber mantenido despierta la confianza en los hombres y en el futuro de nuestro país cuando el silencio y el terror fueron los únicos reyes del período más oscuro de nuestra historia.

Es por esta razón, repito una vez más, que resulta absurdo que los argentinos pensemos a los derechos humanos por fuera de nuestra realidad. Es doloroso este tono y más aún cuando siguiendo esa línea de pensamiento se hacen afirmaciones despectivas hacia el movimiento de defensa de los derechos humanos en nuestro país, poniendo en duda las denuncias efectuadas. Nadie, solamente el gobierno, puede decir sin ruborizarse que estas denuncias son "infladas" o que existe la Liga de Familiares Víctimas de la Subversión.

Cuando el movimiento de familiares denuncia la existencia de entre 25 y 30 mil desaparecidos es porque realizó un estudio tan serio y puntilloso como su situación se lo permite.

La Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, el Movimiento Ecuémico por los Derechos Humanos y las Ligas de Familiares deben circunscribir su denuncia ante las autoridades militares a los casos en que fueron cubiertos todos los trámites legales. A causa del terror, por no tener asesoramiento legal y otras veces debido a que los secuestros fueron realizados sin que se enteren familiares o amigos, los casos en que efectuaron todos los trámites para la denuncia legal de rigor constituyen una ínfima minoría. Es por esta razón que las listas que estos organismos presentan a la Junta Militar reúnen poco más de ocho mil casos.

A principios de 1978, el Departamento de Estado tenía una lista donde figuraban los nombres y apellidos, la fecha y las condiciones en que se efectuaron doce mil secuestros. Muchos de los casos que se estaban denunciando en México no estaban contemplados en ella. Es muy difícil hacer coincidir las listas porque en la mayor cantidad de casos estas denuncias fueron efectuadas en la forma más diversa y dispersa en todo el mundo.

Cuando la Comisión Interamericana de Derechos Humanos llegó a la provincia de Tucumán, en septiembre de este año, existían solamente 80 denuncias de secuestros. La CIDH estuvo nada más que un día en esa provincia y se llevó 400 denuncias, las que con toda seguridad tampoco constituyen el total. Es decir, que la relación entre casos denunciados cumpliendo todos los requisitos de la ley y aquellos que no fueron denunciados, más los que no efectuaron los trámites necesarios, es aproximadamente de 1 a 5. Esta

situación se reproduce en mayor o en menor medida en todas las provincias del país. Esta conclusión permite afirmar entonces que la cifra definitiva sobrepasará inclusive la de 25 o 30 mil secuestrados.

Esto es importante porque otra condición necesaria, pero no suficiente, para que no se repitan nunca más estas aberraciones en nuestro país, es el castigo ejemplar de los responsables. En este sentido, constituye un problema de fondo decir que la Junta deberá responder no solamente por un desaparecido sino por cada uno de ellos (lo cual es cualitativamente distinto, porque cada uno de ellos tiene vida y derechos) y por la herida profunda, moral y material, que infirieron a la sociedad argentina.



Derechos humanos: un problema de clase

Terminar con la violación de los derechos humanos en Argentina no es cuestión de buenas intenciones; hay que destruir a la burguesía oligárquica, porque el problema de la violación de estos derechos en Argentina no comienza el 24 de marzo de 1976; ni siquiera comienza durante el gobierno de Isabel con la Triple A. Su origen se remonta a los orígenes mismos de nuestra patria, cuando se fue conformando de acuerdo con un modelo de desarrollo capitalista dependiente.

La violación de los derechos humanos formó parte desde un principio de los programas y del proyecto de país que impulsaron los grandes capitales nacionales aliados al imperialismo de turno.

Las campañas al desierto o las cárceles de indios que organizaron los Anchorena, Menéndez Behety y otras familias de la oligarquía tienen mucha similitud con la masacre y la hambruna desatada actualmente por Martínez de Hoz.

Hay que recordar también a la Semana Trágica, la represión de los obreros patagónicos, la Década Infame y la repetición de apellidos que como hoy es el de Martínez de Hoz ayer fueron los de Lanusse y Krieger Vassena, entre otros. La intención de estas palabras no es discutir sobre la repetición o la innovación de los proyectos económicos de la burguesía oligárquica sino la de recordar que estos proyectos implicaron siempre la apropiación violenta de las riquezas del país y de los medios de producción por parte de una ínfima minoría, así como el control de los medios de comunicación, la cultura y los beneficios en general del esfuerzo y el progreso de la humanidad.

Por un problema de esencia de clase, la burguesía oligárquica y el imperialismo que son los principios

los enemigos de la clase obrera y el pueblo, deben apoyarse en la violación sistemática de los derechos humanos para gobernar, y eso es lo que hacen desde hace mucho tiempo.

Así se entiende la política del gobierno de Videla y las Fuerzas Armadas con relación a los derechos humanos. Es por esta razón que la Junta Militar está impedida de implementar, aunque sea mínimamente, una propuesta que implique la defensa aparente de estos principios. No es casual que nadie conozca a los integrantes de la Liga de Familiares de Víctimas de la Subversión. Tampoco es una casualidad que esta liga fantasma se haga conocer colocando bombas, panfletas para provocar el pánico y la desconcentración de varios cientos de familiares de víctimas de la represión que se encontraban frente a la Casa de Gobierno. Si este organismo existiera realmente, su dinámica lo llevaría necesariamente a cuestionar aspectos esenciales del gobierno militar, en particular el argumento de la guerra sucia donde todo es válido.

Podemos definir a esta altura de la historia de nuestro país cuatro premisas básicas: a) que la violación a los derechos humanos surge de una organización social injusta y tiene su máximo exponente en la preminencia que ostenta en esa organización la burguesía oligárquica; b) que cualquier política que intente erradicar en forma definitiva esta problemática debe contemplar la destrucción del poder económico, político y militar de la burguesía oligárquica; c) que esta política solamente puede ser implementada desde el campo del pueblo, y d) que el carácter obrero y popular es una condición necesaria pero no suficiente para el desarrollo de esta política de respeto intransigente de los derechos humanos.

Esta última hipótesis parecerá herética a más de uno, pero no es nada más que una lectura objetiva de la realidad, ya que a lo largo de los años surgieron desviaciones en el seno del campo del pueblo, como Severino di Giovanni y sus anarquistas expropiadores, donde la violencia llegó a convertirse en un fin en sí mismo para dejar de ser una herramienta legítima de liberación.

Martínez de Hoz necesita desorganizar, reprimir, matar, torturar y aterrorizar para lograr que un puñado de sus hermanos de clase usufructúen las riquezas que producimos millones de argentinos. La fuerza de los trabajadores no reside en su poder económico y militar, como sucede con Martínez de Hoz, sino que por el contrario sus armas fundamentales son la cantidad y la inserción como elemento determinante en la producción. Cualquier política sería desde el campo del pueblo debe ser abarcadora y unificadora para lograr representatividad y consenso, porque solamente esas dos cualidades podrán dar forma a la gran fuerza popular que esté en condiciones de disputarle el poder a la dictadura, ya sea en el plano militar, insurreccional o electoral.

Para lograr consenso y representatividad hay que plantear objetivos claros y sentidos, así como desarrollar una militancia coherente con ellos y con la defensa consecuente de los intereses de la clase obrera y el pueblo. La defensa de los derechos del hombre forma parte irrenunciable de ese programa, y en la práctica revolucionaria la defensa quisquillosa de esos principios, incluyendo los derechos de nuestros enemigos, debe mostrar la diferencia abismal entre la práctica y los objetivos de las Fuerzas Armadas y la práctica y el proyecto de país de la militancia popular.

La revolución sandinista demostró la importancia que tuvo esta actitud durante la guerra contra la dictadura de Somoza. Si hubiera más espacio sería interesante narrar la forma en que los dirigentes sandinistas protegieron de la ira popular a jefes enemigos o la manera en que fueron duramente juzgados algunos combatientes sandinistas quienes enloquecieron al ver el terrible espectáculo de una familia asesinada y descuartizada, e intentaron hacer justicia con sus propias manos con enemigos prisioneros.

El problema de la violencia

En Argentina se agotó definitivamente el modelo revolucionario expresado a partir del cordobazo por las organizaciones armadas u organizaciones político-militares. La subordinación de la política de masas y sus estructuras a la política militar o guerrillera y sus estructuras, determinó la absoluta imposibilidad para convertirse desde esa posición en la conducción de las masas populares. Este dilema todavía no pudo ser resuelto.

Un problema que se discute bastante poco, es que cuando las Fuerzas Armadas dieron el golpe en 1976 estaban demostrando por enésima vez en nuestra historia que la fuerza militar es la principal herramienta de poder de las clases dominantes en Argentina y que cualquier estrategia desde el campo del pueblo debe contemplar la necesidad de anular o derrotar ese factor de poder.

A su vez, el mismo día que los militares tomaron el gobierno dieron vigencia irrevocable a la Declaración de Ginebra de 1948 sobre los Derechos del Hombre, cuando establece el "legítimo derecho de los pueblos al levantamiento armado contra la opresión y la tiranía". Obvian las palabras al respecto, porque la resistencia violenta no es propiedad de las organizaciones guerrilleras sino también del pueblo en su conjunto, como lo demuestran los miles de sabotajes a la producción y los atentados explosivos que en su gran mayoría responden a la espontaneidad de grupos de trabajadores que no integran ninguna organización armada.

Una cosa es criticar la práctica militar nacida de una visión distorsionada de la realidad y otra muy distinta es negarle al pueblo el derecho legítimo para defenderse de la agresión despiadada de que es objeto.

Finalmente, si tenemos claro que el enemigo es la burguesía oligárquica y el gobierno militar, es útil elevar la polémica a un nivel superior y recordar con honestidad y buena memoria que no existe fuerza política que no haya estado vinculada directamente a la práctica de la violencia política mal entendida. Sin ánimo de recordar para dividir, sino para superar, hay que hablar del asalto a los sindicatos y los fusilamientos de 1955-1956, con participación de comandos civiles, y apuntar los nombres de Felipe Vallese, Blajakis y Salazar así como los cientos de víctimas masacradas el 20 de junio de 1973 en Ezeiza y recordar a Atilio López, Rodolfo Ortega Peña, Carlos Mugica y Julio Troxler.

Ninguna de las fuerzas políticas que hoy enfrentan, cada una a su modo, a la dictadura, tiene derecho a abrogarse una autoridad moral que impida a otra de ellas, incluyendo a las organizaciones guerrilleras a participar activamente en la denuncia de la violación de los derechos humanos en Argentina. Es más, todas tienen la obligación moral de efectuar estas denuncias, cosa que lamentablemente muchas veces no ocurre como debiera.

ENTREVISTA

Héctor Sandler: La larga marcha del aramburismo al peronismo

Jorge Luis Bernetti

Millones de Argentinos conocieron a Héctor Sandler aquel día lluvioso y tenso del invierno de 1970, cuando el cadáver de Pedro Eugenio Aramburu descendía a su tumba en el cementerio de La Recoleta. Frente a las cámaras de la televisión en cadena nacional, Sandler interpeló al entonces presidente Roberto Marcelo Levingston (segundo de la dictadura autodenominada "revolución argentina") y al comandante en jefe del Ejército, el teniente general Alejandro Agustín Lanusse. Les reclamaba por una muerte que, tanto el gorilaje cuanto los liberales moderados como él, imputaban a los ímpetus corporativistas del derrocado gobierno de Juan Carlos Onganía. Se sabía ya entonces que no era así; que la muerte de Aramburu por los Montoneros de Fernando Abal Medina había sido la respuesta de los fusilamientos impíos de José León Suárez 14 años atrás. Pero de aquel invierno porteño de 1970 a este otoño mexicano de 1979, mucha agua ha corrido bajo los puentes y dilatada ha sido la jornada de Sandler. Una parábola larga desde aquel inicio de la década, pero que ya tenía dibujada cierta impronta. Aquellas conversaciones privadas con Aramburu, mencionadas en este texto, aquella desilusión de ambos por sus amigos golpistas de 1966, diseñaban otro Aramburu y, por tanto, otro Sandler. Un famoso adversario de PEA en los años de la Libertadora, Marcelo Sánchez Sorondo, escribió en el prólogo de su libro *Libertades Prestadas* (recopilación de los editoriales del semanario Azul y Blanco, donde se fustigaba duramente a Aramburu), que la muerte del ex presidente militar había interrumpido el diseño de un nuevo personaje. ¿Habría sido así, como lo escribió Sánchez Sorondo, como lo cree Sandler, precisamente el hombre que reconcilió a PEA y MSS? Es materia opinable. Pero, ¿por qué hablar tanto de Aramburu? Porque era el mejor amigo de Sandler. Y porque Sandler está marcado por esa amistad, política y personal. Y hay que destacarla ahora, en este alto del camino que es el exilio. Exilio donde Sandler se define, aquí en Controversia, como peronista. Larga ha sido la marcha de este hombre nacido en Buenos Aires en 1929 y cuyo estilo de vida es rabiamente porteño. Egresado de la escuela industrial "Otto Krause", Sandler ingresó en la Escuela de Aviación Militar. Fue capitán de la Fuerza Aérea y luego se dió de baja en la institución armada. Estudió derecho y se graduó como abogado en 1956. Inició entonces una carrera docente universitaria que principió en la Universidad de Córdoba en 1957 y siguió en las universidades Joaquín V. González, del Salvador y de Buenos Aires en 1973. En México, hoy continúa desempeñándose como profesor titular en la UNAM, impartiendo Derecho Privado y Filosofía del Derecho.

En 1962, Sandler ingresó formalmente en la actividad política. Participó en la formación de la Unión del Pueblo Argentino (UDEPA), el partido que iba a propulsar "al De Gaulle argentino" a la presidencia. (Como se sabe, en los comicios del 7 de julio de 1963, Aramburu finalizó detrás de Illia y Alende). Sandler, en aquellas elecciones donde fue otra vez proscripto el peronismo, resultó electo diputado nacional por Córdoba para el período 1963-1967. El 66 lo expulsó de la Cámara. Desde 1970 fue de los liberales que giraron hacia posiciones de diálogo con el peronismo. UDEPA entró, por ello, en crisis. Sandler se manifestó en aquellos años como un abogado empeñado en la defensa de presos políticos secuestrados y torturados. Participante del FRECILINA, fue de los dirigentes políticos (él, que había sido secretario general de UDEPA de 1965 a 1970, junto a PEA), concurrentes a recibir a Perón en otro día lluvioso y tenso, pero además jubiloso para millones de argentinos: el 17 de noviembre de 1972.

Formó junto al Partido Intransigente, el Partido Revolucionario Cristiano y el Partido Comunista, la Alianza Popular Revolucionaria (APR), para los comicios de marzo de 1973. Fue electo diputado nacional por la Capital Federal y, como en la Cámara anterior, fue integrante de la Comisión de Presupuesto y Hacienda. Amenazado públicamente por la Triple A de López Rega, debió abandonar el país en el gobierno de Isabel Perón. Volvió a la Argentina en septiembre de 1975 para salir, otra vez perseguido, luego de marzo de 1976. Su nombre figura entre los 37 ciudadanos privados de sus derechos políticos por un bando de la Junta, como Esteban Righi, Rodolfo Puiggrós, Ricardo Obregón Cano y Mario Kestelboin, entre los que residen en México, o Isabel Martínez de Perón, Lorenzo Miguel, Héctor Cámpora, Juan Manuel Abal Medina o Eduardo Duhalde, entre los que guardan prisión, están reclusos en embajadas o residen en otras latitudes del destierro.

A continuación una síntesis del diálogo con Sandler, que despertará sin duda ánimos de réplica. Pues de eso se trata. De que, como diría el propio Sandler, en la necrofílica sociedad argentina florezcan las cien flores del bien, entre las cuales está la de la palabra.

P.: Exiliado, proscripto y sin integrar formalmente una fuerza política, ¿te consideras un político con perspectiva y porvenir en Argentina?

Héctor Sandler: Sí. Me siento con mucha perspectiva. Las cosas se han cruzado de tal manera en mi vida que, en ciertas circunstancias, creo que puedo ser efectivo en el país. Eso en niveles objetivos. En cuanto a los subjetivos, la voluntad de poder confieso que está hoy más amainada, lo que solaza. Tengo una voluntad de poder inferior a 10 años atrás. Abrigo la convicción profunda de que la voluntad de poder ha emponzoñado, tal como se la vivió en los últimos tiempos, la vida política del país. Todo político tiene que tenerla, pero la política nuestra ha estado dominada por la pura voluntad de poder. Y ha sido uno de los componentes de la crisis.

P.: Esta caracterización incluiría...

H.S.: A políticos, sindicalistas, guerrilleros, militares. A estos últimos hay que incluirlos también porque —más allá de los intereses que se dice dictan la política de las FFAA— existe un desarrollo autónomo de la voluntad de poder que es lo que define y decide a las FFAA a dar el golpe. Y en muchas organizaciones armadas he visto desarrollarse una perspectiva similar.

P.: ¿Y cuáles son las causas de esta exacerbación de la voluntad de poder?

H.S.: Es muy complejo. No voy a decir nada nuevo al afirmar que no tiene una sola determinación, sino múltiples. Pero la más importante es el desequilibrio económico y social que desencadena este fantástico desborde. Los hombres comienzan a pensar que no existe ninguna solución que no pase por el poder; por tener y ejercer el poder que radicaría en poder matar a otros.

P.: Es decir, un ejercicio del poder contrapuesto a la democracia...

H.S.: Más que a la democracia. Porque también los demócratas han pasado por este tipo de envilecimiento. Lo que pasa es que el demócrata dice: "yo este poder lo quiero legitimar con gente que lo respalde", y el autócrata —de derecha o izquierda— te habla de los cañones que tiene. Pero en el demócrata también está presente esta orientación: que toda solución política pasa por el puro ejercicio de la voluntad de poder. ¿Qué pasaría si en la República Argentina se produjera una desinflamación de la situación, una especie de ghandismo, de posición casi indestánica (donde el poder es casi una especie de pecado)? Es evidente que la desinflamaría el proceso, se posibilitaría en mucho mayor grado una solución. Por eso, tengo una honda desconfianza en el poder para lograr solucionar los problemas políticos y sociales del país y la misma desconfianza en los que siguen sosteniendo esa vocación unilateral por el poder.

P.: ¿Cómo te identificarías políticamente en la Argentina?

H.S.: En el sentido más lato —y a fuer de ser sincero, no sé si esto me trae votos o me los quita— yo me sentiría muy bien con el peronismo. Absolutamente bien. Lo digo con toda sinceridad. Me siento cómodo porque en el peronismo está

J. L. B.

libros · discos · café · galería

gandhi

miguel angel de quevedo 128 / 130 tels. 548 19 90 / 550 18 84

toda la gente que necesita que se transforme el país: los trabajadores. También están muchos que piensan a veces muy mal, pero que son como la salsa al guiso. Quizá mi actitud sea difícil de entender porque vengo exactamente del otro lado. Es el fruto de la experiencia adquirida en estos años.

P.: *Este es un proceso verificado luego del golpe, en el exilio...*

H.S.: Te diría que es un proceso de experiencia y meditación que, para mí en cuanto revisión de la política argentina, comienza mucho atrás. Yo lo situaría en propia vida de Pedro Eugenio Aramburu. Con él, en los últimos años de su vida, conversamos mucho de estos temas. Después de muerto Aramburu, yo realizo diversas actividades políticas que me acercan al peronismo. Inclusive en el '73, cuando ya estaba fundada la Alianza Popular Revolucionaria (ARP), Cámpora —con quien sostuve una excelente relación política y personal— me llegó a insinuar la posibilidad de mi ingreso al Frente Justicialista. En ese momento me detuvo sólo un elemento de pundonor. Veía entonces que en el peronismo y en el FREJULI podía ser de mayor eficacia. Y además, allí —que duda cabe— vencía. Pero necesitaba ganar algo, demostrar algo políticamente, solo. Algo así como legitimar democráticamente mi propio tránsito. Quedaba así aventada la perspectiva del oportunismo.

P.: *Esta evolución, este largo curso que testimonia aquí, plantea un corte político en tu historia. Hasta 1970 estás integrando las filas del liberalismo. A partir de entonces se podría hablar de la segunda etapa: el joven Sandler y el viejo Sandler. Pero llegando al peronismo conservas, como todo humano y todo político, marcas de nacimiento. ¿Sandler sigue siendo un liberal?*

H.S.: La palabra liberal tiene muchas connotaciones. Es muy complejo que pueda definirme con relación a ella porque no me gustan las etiquetas. Pero diré que en mi cuadro de valores no figura de manera exclusiva la libertad. La libertad no está sola, pero no falta la libertad. Pero simultáneamente quiero que se dé la justicia, la paz, la seguridad. ¿Cómo se concilia eso? Ah, bueno, eso es lo difícil, pero eso es lo que pienso. Se podría llegar a decir de mí que soy un liberal-nacional o un nacional-liberal. No acepto los emplazamientos provenientes de corrientes que se quedan encajonadas en el *statu quo*. El proyecto que a mí me interesa es el de tratar de armar una propuesta que contenga valores que parecen incompatibles en la realidad argentina: libertad, justicia, democracia, estabilidad monetaria, recompensa plena del trabajo.

P.: *En este proyecto, ¿qué fuerzas sociales y políticas se podrían congregarse?*

H.S.: Con un trabajo político previo, un proyecto como el que yo quiero tiene que poder satisfacer las necesidades y los requerimientos de los trabajadores urbanos y rurales, de las llamadas capas medias y de otros sectores. El límite estaría dado por los sectores del privilegio. A mí no me satisfacen las teorías clasistas donde se determina a priori qué sectores sociales pueden entrar en una perspectiva como ésta. Y de las fuerzas políticamente organizadas creo que, básicamente, el peronismo. Fuera del peronismo, honestamente, tengo muchas dudas. Las fuerzas de izquierda clásicas, por ejemplo, están dominadas por un pensamiento literario, no útil, no pragmático.

P.: *¿Y quién constituye esa izquierda clásica?*

H.S.: Me refiero, básicamente, al Partido Comunista y también a gente desgajada del PC, pero que tiene la misma formación. En esta última variante incluyo tanto a grupos armados como no armados. Por eso, insisto, creo que el eje fundamental del proceso pasa por el peronismo.

P.: *Para aclarar el cuadro, ¿qué rol jugaría entonces el radicalismo?*

H.S.: El radicalismo es una fuerza poco permeable a la influencia de su propia base social. Es un partido próximo a cumplir cien años de vida, donde prima lo político por sobre otras determinaciones. La fuerza de los hechos y la aparición del peronismo la han convertido, por suerte, en un partido conservador encargado de pre-

servar un orden que otras fuerzas están dispuestas a corregir. La Unión Cívica Radical es una fuerza disciplinada que está sociológicamente consolidada en los sectores conservadores del país, dicho esto en el sentido más bueno de la palabra. En todo sistema político tiene que haber freno y acelerador. ¿Quién el progresivo? El peronismo.

P.: *¿Cómo ves la unificación del socialismo?*

H.S.: Es un hecho importante. En la Argentina hay un lugar para un socialismo, mejor dicho, para varios. Es bueno que este socialismo, que ha luchado por tantas cosas nobles finalmente impuestas en la Argentina, pueda jugar un papel. Su unidad constituye un elemento de orden. El socialismo debe recuperar un lugar propio, después de haber sido tironeado por el peronismo, el radicalismo, las fuerzas revolucionarias y los propios militares.

P.: *Existe una omisión en el análisis de las fuerzas políticas que no parece casual: el Partido Intransigente*

H.S.: Creo que está buscando un rol. Porque la historia del PI es la constante búsqueda de un rol. Es un desgajamiento del Partido Radical. Los intransigentes dicen que son ellos los que se mantienen en la buena y los radicales en la mala. Yo opino justamente lo contrario. Creo que el balbinismo encarna al radicalismo. Más bien, opino que las fuerzas que se han abierto son aquellas que se desvían en búsqueda de nuevos horizontes.

P.: *Pero Alende estaría mucho más cerca de tu posición que Balbín...*

H.S.: Yo creo que, objetivamente, Alende tiene grandes dudas. No sé cuál sería su relación con el peronismo. Es decir, el PI piensa en muchos aspectos sobre el peronismo como yo. Pero su punto de vista tiene una prosapia frondicista: el peronismo tendría todos los elementos, todos los ingredientes, menos el de dirección, la ideología, la materia gris, el coraje, la valentía. Esa no es mi manera de pensar, pero creo que se puede pensar de esa manera.

P.: *Parece obvio preguntarlo, pero la perspectiva de reconstrucción de la APR, o algo parecido, no te parece una vía de solución política para el país...*

H.S.: No. No puede ser una solución, como no podía serlo en 1973. Dije antes cuáles eran las razones para no integrarme al FREJULI. Oscar Alende y Horacio Sueldo también pensaban que no podían entrar al Frente. Pero eso era, quizá, lo único que teníamos en común.

P.: *Pero hubo un programa de la APR...*

H.S.: Vamos a explicar esto. Yo me vi ubicado en 1973 en una coyuntura en la que por pundonor pequeño burgués no podía participar del FREJULI. Pero no quería cancelar mi actividad política, la posibilidad de estar en la Cámara para desarrollar una acción crítica que, en definitiva, es la que me trajo al exilio. En la APR se planteó la necesidad de un programa, y allí me di cuenta, en su confección, que no era una alternativa para el país. El programa se forjó; no creo que fuera malo, pero, te advierto, no era mi programa. Inclusive yo saqué documentos por separado para justificar mi posición. Pero los puntos planteados por la APR en materia económica y, particularmente, por el PI me parecieron bastante malos. Me siguen pareciendo malos hoy. Buscamos puntos en común durante un mes y fueron bastante laxos. Yo dije entonces: "mejor dejemos el programa como está para poder ir a elecciones".

P.: *Hoy, el antiguo candidato de la APR plantea la formación de un Movimiento Nacional.*

H.S.: El movimiento nacional, sociológicamente, ya existe. Mi decisión política está tomada en relación a él. Por eso, mi definición respecto del peronismo.

P.: *¿Cómo se pueden reordenar las fuerzas de la política argentina? Desde el '69 en adelante, se han planteado diversas convergencias (La Hora del Pueblo, el FRECILINA, la Asamblea del Niño, el FREJULI, la propia APR), que no habían*

sido comunes en la historia reciente del país. Esto continúa después del golpe a través de las declaraciones multipartidarias...

H.S.: Es muy positivo, pero como un tramo del proceso, porque no queda consolidado en el acto de firmar un pacto. Los acuerdos generados después del '70 significaron un compromiso de la civilidad consigo misma. Han cargado a la conciencia política argentina con deberes que diez o quince años atrás no tenía. Es decir, con la premisa de que del proceso democrático deben participar todos para que la justa tenga sentido y obtenga estabilidad lo que se establezca. Sin embargo, hay algunos síntomas inquietantes. El pensamiento más conservador del país piensa que se perdieron 500 mil personas en una operación de poda y que se puede reanudar la vida política del país sin ellos. Pero esta década de acuerdo civil ha engendrado un fervor cívico tal que no creo posible ninguna salida si no están integrados todos los sectores, incluidos los de las organizaciones armadas. Aquí no puede faltar nadie. El hecho de la derrota no es un argumento político como para que te digan: quedás fuera para siempre. Uno de los problemas que ha corroído el clima político del país es que los problemas se arreglan mejor rompiendo las cabezas que contándolas. Este es un problema de todos los sectores del país, de todos los estratos. *Los caminos de la violencia nos han llevado en Argentina a una sociedad necrofílica* en todos los aspectos. El proceso de la violencia ha fracasado. Políticamente, ha liquidado no a la



subversión sino al ejército. ¿Cómo se puede hacer un encuentro con gente que tiene las manos como Al Capone? ¿Qué tiembla por un Nüremberg? Y una cosa es clara: tiene que haber un Nüremberg. Si se publica esto, alguna gente va a decir: "Este tipo es un estúpido, porque está avisando la perdiz. Porque si hay la intención de armar un Nüremberg, nunca se van a convocar comicios." Digo frente a esto que si las elecciones eventuales van a depender de unas palabras, sobre un piso muy débil se van a realizar. ¿Qué es el Nüremberg para mí? Darse cuenta, como se dio cuenta la sociedad alemana, que con el asesinato no se puede convivir. No se puede ser un general argentino, honrado y defensor de la patria y, al mismo tiempo, un asesino. *Tiene que haber un acto de contricción*. En los ejércitos dignos a los generales que roban se los degrada, como ocurrió con el negociado de las tierras del Palomar en la década del '40. Un ejército que asesina a sus compatriotas no es digno. El ejército argentino tiene que lavar su propia ropa. ¿Quién va a lograr que se produzca esto? Ah, bueno. Esto lo tiene que pedir todo el mundo: los políticos y el pueblo. Me pueden decir que la realidad nacional no puede ser enfrentada sin fobias ni miedos. Entonces será que la solución argentina está más lejos de lo que uno piensa. Hay que convencerse que, se trate de los Montoneros, de Héctor Sandler o del general Videla, somos todos productos nacionales. Los que acabo de mencionar son tan vernáculos como el Martín Fierro. Si estos personajes se convenceran de que matar no es un mecanismo

político, que la tortura es una desgracia, un cáncer, entonces la Argentina tiene una salida. Cuando los militares hablan de acuerdo cívico-militar, quieren tapar el problema de la masacre. Y eso no se puede hacer. La solución argentina depende, especialmente, de la puesta en claro de esta verdad. De la necrofilia no se va a salir convirtiendo los campos de concentración en parques. Hay que lograr la conmiseración de todos los argentinos; sean 6 mil o 30 mil los desaparecidos. No importa el número. ¿Qué acuerdo político se puede hacer si no se puede darle una explicación al padre o a la madre que le falta el hijo? El único que te puede decir: "métele para adelante, aunque mi hijo haya muerto", es el propio interesado. Es que tiene que haber una cosa muy grande en el país. Ese padre tiene que ver que el propio asesino de su hijo está en la misma posición respecto a solucionar el drama. Y hablo con este criterio, porque a mí me mataron a mi mejor amigo, que era Aramburu. Y mirá lo que son las vueltas de la vida: me lo vinieron a matar los Montoneros, que hoy son perseguidos por la dictadura.

P.: Volvió a aparecer Aramburu y, por cierto, esto no es una casualidad. ¿Cómo viste al Aramburu de los últimos años de su vida? ¿Quién pensaste que lo había secuestrado aquel 29 de mayo de 1970? ¿Qué pensás hoy del hecho?

H.S.: Para esa época, aunque parezca un exabrupto lo que voy a decir, habíamos celebrado un pacto político con Aramburu. Ubicándonos en el clima político de 1966, hay que anotar que el golpe de Onganía fue un impacto severo para Aramburu. El se quedó solo porque comprobó que mucha gente a la que él tenía fe, no podía ser depositaria de su confianza política. Se habían ido con los golpistas. Muchos de los que decían ser liberales y demócratas, no eran ni una cosa ni la otra. Y yo me quedé solo con él.

P.: ¿Quiénes fueron aquellos que defecionaron?

H.S.: No, nombres no, porque no ayuda a la solución. En junio de 1966 nace mi verdadera amistad con Aramburu, porque nos sentimos como dos hermanos a la intemperie. Allí nació una a-

mistad muy íntima. El decía: "Estamos de malas en este país y puede pasar cualquier cosa". Cuando lo mataron a Vandor, Aramburu estaba azorado. Me dijo entonces: "Vea, Sandler, el país está en situación de vivir cosas tremendas. Y no sé si veremos el final de esto." Y me dijo entonces una cosa que hoy está muy de moda: "Solamente viviendo y aplicando los principios de los derechos humanos en su plenitud jurídica, social y económica podremos salir de esta crisis que puede llegar a ser espantosa."

P.: A la luz de estas reflexiones, ¿qué pensaba Aramburu de los fusilamientos de José León Suárez?

H.S.: Con el empecinamiento de un caudillo, de un jefe militar, siempre repitió: "Yo soy el único responsable". Yo sabía que aquello se había hecho con la participación de mucha gente que no quiso dar la cara o asumir sus responsabilidades. Nunca le pude sacar una palabra más sobre ese tema. Pero el sentido profundo que tenían aquellas conversaciones que tuvimos era que el 9 de junio no debía haber pasado y que, sin duda, no debía suceder nunca más en el país. En aquella época es que Aramburu formula declaraciones públicas donde señaló: tiene que haber elecciones con el peronismo y si gana se tiene que reconocer su victoria. También entonces, en el semanario *Esquíú*, se publicaron sus opiniones sobre la guerra de Vietnam. Allí afirmó que "los EEUU no tienen nada que hacer en Vietnam. Los vietnamitas tienen razón y por eso van a ganar la guerra". Aramburu estaba convencido de que había que hacer una reforma agraria en la República Argentina. Esto fue conversado hasta el cansancio entre nosotros. Todo esto te lo digo para contestar cómo me sorprendió el 29 de mayo de 1970. Para mí entonces fue la derecha la que lo mandó matar. Y, hoy, más allá de los agentes específicos de su asesinato, sigo pensando lo mismo.

P.: ¿Cómo pensás que va a afectar a la Argentina el programa de Martínez de Hoz?

H.S.: Creo que hay mucho menos planificado en los resultados de Martínez de Hoz que lo que se supone. El orden económico en la Argentina de los últimos años es una especie de potro ingo-

bernable con estas dos opciones. La tendencia dominante en la economía argentina es a una concentración de los poderes. De Alsogaray, pasando por Gelbard, a Martínez de Hoz sucede este proceso. Unos concentran para recaudar más impuestos; otros para poder vender mejor el país a la banca internacional. Y al mismo tiempo existe una situación gelatinosa entre los detentadores de ese poder económico. Un tipo fabricaba naranjas anteayer; ayer heladeras y hoy te dice que la cosa está en las financieras. ¿Qué clase de burgués es éste? No hay una versatilidad del inversor sino una tendencia al sálvese quien pueda. Las estructuras económicas después de Martínez de Hoz van a estar cambiadas; lo que no va a cambiar es este orden económico movido y inestable.

P.: ¿Cómo queda el empresariado nacional luego de esta experiencia?

H.S.: Lógicamente, más derruido que antes, aunque nunca fue muy sólido. Deben existir menos empresarios que antes porque fabricar con 200% de inflación es absurdo. Lo que conviene es escaparse hacia la especulación, salvo aquellos que son proveedores del estado o monopolistas en un sector muy privilegiado. Creo que hay que reconstruir las centrales empresarias, pero al efecto de encontrar alguien con quien dialogar. Pero hay que escucharlas de un modo distinto. No se puede dar a una central empresaria el control de la economía, que fue lo que pasó con la CGE. Hay que fijar reglas de juego claras para que los sectores empresarios las puedan cumplir y no pretender más. Es cierto que la CGE cumplió un rol progresivo, pero cumplió ese rol o debió hacerlo con exclusividad, porque los sectores políticos carecían de las posiciones progresivas. No quiero ofender a nadie, pero he sido participante de los Acuerdos de Coincidencias entre políticos, empresarios y sindicalistas en los días del 73. Y las medidas económicas fueron producidas y aportadas por los hombres de la CGE. Esto sí que se llama vacío de poder, porque, ¿dónde se ha visto que haya dirigentes políticos que no entiendan de economía? Los líderes políticos argentinos no saben qué hacer con el espacio de la República, no saben qué hacer con ese tema. Por ello, no creen que exista un problema de la tierra, ni que el problema de la tierra tenga que ver con la inflación, ni con el de los alquileres urbanos. Saben que existe un brumoso problema con la oligarquía pampeana, pero eso lo dijeron los del Grito de Alcorta y el colorado Ramos. Y pará de contar. Puede estar lo que Flichman ha escrito sobre el problema de la renta agraria, pero ése no es un político. Y para organizar la economía hay que saber cómo se organiza la tierra. Y el que no sabe de eso, se tiene que callar en economía. Y también en política.

P.: Apelando a tu formación liberal y jurídica, ¿qué importancia le das al problema de la Constitución en la perspectiva de reinstauración de un orden democrático? ¿Tiene una significación formal o sustantiva?

H.S.: Hay que distinguir entre la Constitución formal y la real. La pregunta sería: ¿cuánto tiene que ver en la salud del país la salud de la Constitución en sentido formal? Tiene bastante que ver. Es un punto de referencia para la actuación de los poderes públicos. Los países se pueden organizar sin ella, pero en una época técnica como la nuestra, ni al nivel de la organización jurídica se puede prescindir de ella.

Digo que la Constitución del 53 es realmente una pieza modelo; ni siquiera la Constitución norteamericana se le acerca. Pero, por cierto, hay una dicotomía entre la realidad actual y la Constitución del 53. No hay que retorcer la Constitución para adaptarla a la realidad ni viceversa. Partiendo de la del 53 hace falta una reforma constitucional. Claro que hay que agregar una dificultad: que hay otra constitución, la del 49. Que está mucho más adecuada a la realidad, por la implantación del derecho del trabajo y diversos aspectos económicos. Optar por optar, me quedaría por eso con la del 49. Y no porque haya expresado aquí mi vocación peronista sino por puro pragmatismo. En definitiva, lo que hay que hacer es definir los parámetros reales de la constitucionalidad argentina para construir una normatividad jurídica apta para la recreación adulta, moderna y justa de un orden de convivencia para todos los argentinos.

cuadernos de pasado y presente

SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL

● **PP 30 MATERIALES PARA LA HISTORIA DE AMÉRICA LATINA**

K. Marx y F. Engels

● **PP 36 EL GRAN DEBATE (1924-1926). Vol. 2 EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS**

J. Stalin y G. Zinóviev

● **PP 52 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y EL PROBLEMA COLONIAL**

R. Schlesinger

● **PP 69 LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS**

K. Marx y F. Engels

● **PP 71 EL DESARROLLO INDUSTRIAL EN POLONIA Y OTROS ESCRITOS SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL**

R. Luxemburg

● **PP 72 IMPERIO Y COLONIA. ESCRITOS SOBRE IRLANDA**

K. Marx y F. Engels

● **PP 73 LA II INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL, Vol. 1**

K. Kautsky y otros

● **PP 74 LA II INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL, Vol. 2**

K. Kautsky y otros

● **PP 80 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y AMÉRICA LATINA. LA SECCIÓN VENEZOLANA**

M. Caballero

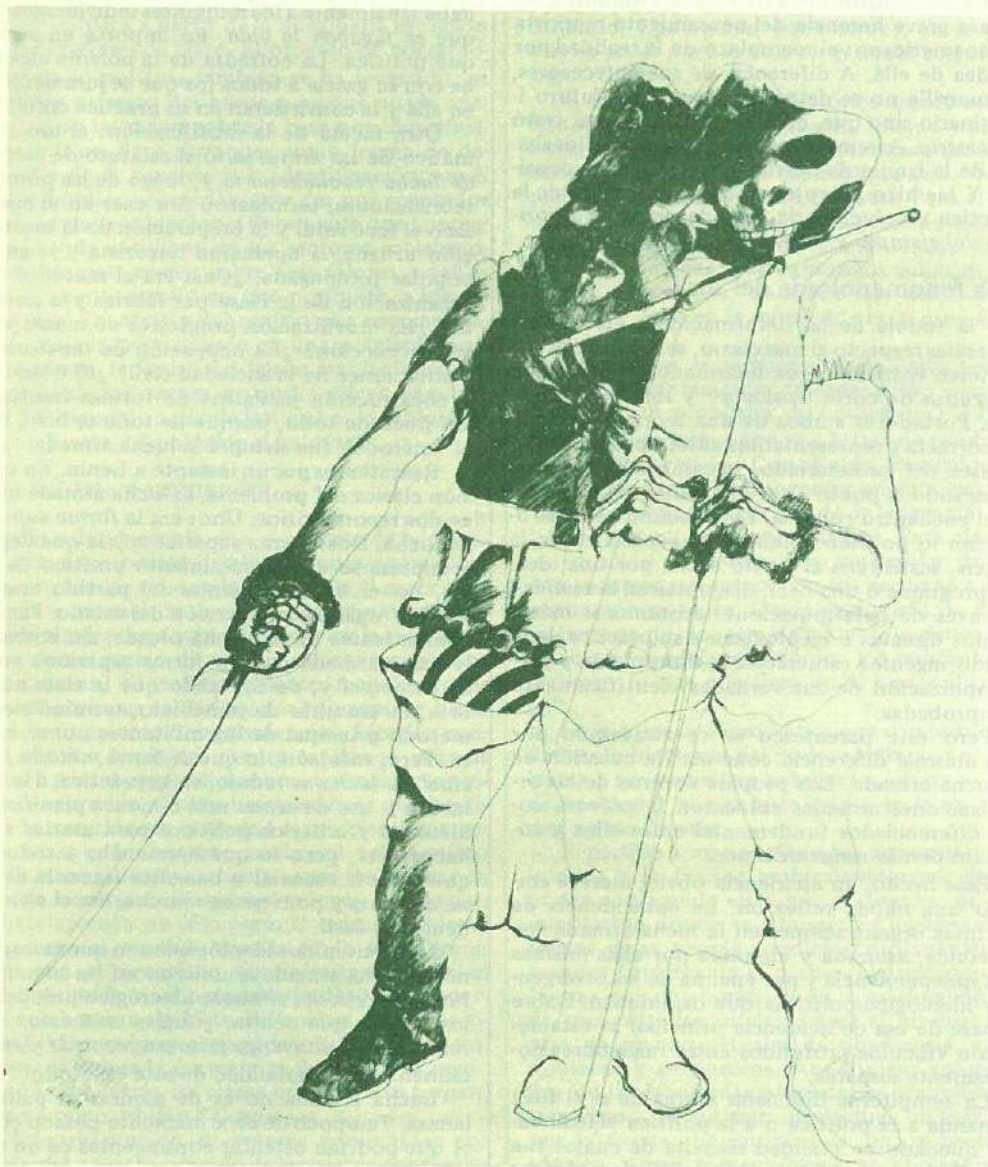
● **PP 81 LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA AUTONOMÍA**

R. Luxemburg

FOCOS Y VANGUARDIAS

La revolución del voluntarismo

Rubén Sergio Caletti



Cuando el proceso argentino discurre ya por otros caminos distintos a la lucha armada y la revolución mañana, el derrotero seguido por las organizaciones guerrilleras desde su aparición como fenómeno maduro (hacia 1970) hasta su liquidación política y militar (hacia 1976) sigue siendo continente de múltiples significados que permanecen en la sombra.

En un artículo publicado en la edición anterior de *Controversia* abordamos este tema y propusimos algunas líneas de discusión para el develamiento de esos significados.¹ Hoy retomamos esas líneas generales y, en particular, la caracterización de *ideal-marxista* con que tipificamos el cuerpo ideológico de la izquierda radicalizada del país en los últimos lustros. Pero ahora intentaremos una indagación de lo ideológico que se inscriba en el telón de fondo de la historia reciente, a la cual resultarán útiles las aproximaciones teóricas formuladas.² Es en este plano donde, tal vez, puedan alcanzarse las explicaciones apropiadas a cuestiones tan concretas y complejas como han sido en la reciente historia nacional la violencia revolucionaria vuelta terrorismo, la reproducción de formas de autoritarismo y represión en el seno de políticas que supuestamente debían engendrar su superación o tantas otras que requerirían idéntica luz explicativa.

Pero volvamos al punto de partida. Sería ingenuo suponer que el ideal-marxismo es una pura deformación producida de manera endógena en el propio cuerpo teórico del materialismo histórico. Existen, sí, algunos conceptos de este *corpus* que, sea por su estructura, sea por las formas adoptadas en su vulgarización, resultaron pilares en la reconversión idealista del marxismo. Pero no es este el eje principal en el proceso de producción del ideal-marxismo.

Más bien, este eje radica en una dinámica de subordinación seguida por categorías y conceptos del materialismo histórico respecto de la ideología dominante una vez que, en manos de cierta izquierda, han sido reducidos a vademécum. En esta dinámica, el marxismo muta su condición por la de un ensamble de definiciones vacías, paradigma de una flamante y robusta rama del pensamiento hipotético-deductivo en la que, bajo la sacrosanta bendición de los manuales, se puede recorrer otra vez e impunemente el trayecto que va de las verdades universal-abstratas, previamente consagradas, a lo histórico concreto, sin que ese montón de categorías muertas pierda su apariencia de marxismo intacto.

Este decisivo sincretismo entre el marxismo y los supuestos metodológicos troncales de la ideología vigente ha sido una de las mayores victorias del *statu quo* en las dos décadas transcurridas,³ las más violentas en la historia del continente desde mediados del siglo pasado.

Nuestra hipótesis: el proceso de producción del ideal-marxismo está en la base de los fenómenos guerrilleros argentinos de la última etapa, del mismo modo que las expresiones prácticas de este ideal-marxismo habitaron en la materialización política de dichos fenómenos. Pero veremos el problema por partes.

El ideal-marxismo antes de Cuba o las razones del evolucionismo vulgar

La historia de la izquierda en nuestros países es, en buena medida, la historia de un pensamiento sobre el deber ser. Esta paradójica *inversión* del marxismo viene de lejos: de cuando las noticias sobre él desembarcaban en nuestras costas de los mismos barcos que traían manufacturas inglesas

de algodón, descubrimientos científicos o progresos sociales y jurídicos. Sería, sin embargo, una simplificación atroz atribuir a las bodegas de aquellos navíos algo más que el ser bodegas. Pero igualmente simplificador es pensar que la teoría marxista no tiene más caminos a recorrer que ella misma imaginó para sí. El proceso histórico que vinculó a los hombres de un lado y otro del océano, en condiciones determinadas, hizo transitar al pensamiento marxista por significaciones específicas que lo emparentan con la ontología de cualquier pensamiento colonizador en tanto racionalidad imbricada en el desarrollo histórico de las metrópolis y transmitida, desde estas metrópolis, en el marco más amplio de los procesos de dominación imperialista.

Pensamos en la colonización ideológica como la *ruptura compulsiva* de la unidad dialéctica de producción que existe entre la realidad social y el pensamiento que la expresa, a favor de un nuevo pensamiento nacido de otra praxis, en la praxis de los amos. En esta perspectiva, tanto el nuevo liberalismo parlamentario como el marxismo padecieron un mismo proceso de resemantización al mantener una *ajenidad no reconvertida* al nuevo escenario social. La ajenidad se planteaba entre la historicidad de un pensar que "desembarca" —apoyado por cañones, mercaderías o créditos— y los habitantes de otra historia que estaba siendo expropiada por la dominación. El marxismo desembarcado se sumó así a un proceso integral de colonización, en vez de hacerlo a un proyecto de liberación frente a los colonizadores. En esta inversión, la responsabilidad central —si existe— le cupo a la intelectualidad latinoamericana. Salvo contadas excepciones (José Carlos Mariátegui de manera relevante), esta intelectualidad no recibió al marxismo como un sistema de herramientas teóricas a ser sometidas al intercambio con la propia realidad sino que,

por el contrario, sumida en el positivismo de la época (colonizador por excelencia), prefirió abrirle los brazos como a un nuevo discurso completo y salvador: la ciencia era ciencia pura, más allá de la historia y en cualquier lugar donde se instalase. Las especificidades latinoamericanas —las consecuencias de la dominación entre ellas— eran cuestiones secundarias aun cuando Lenin escribía su folleto sobre el imperialismo, aun cuando la guerra, la crisis del 29 y la nueva guerra, seguían señalando dramáticamente la necesidad de distinciones estructurales entre un tipo de formación social y otra.

La izquierda de nuestros países, por lo común, fue "revolucionaria" ante las burguesías metropolitanas, pero se unía a ellas en las categorías más abarcadoras del pensamiento cuando le tocaba enfrentar culturalmente a los movimientos populares nacionales. Comprendía cabalmente el problema de la aristocracia obrera europea, pero ignoraba —también cabalmente— la problemática en la que se situaba la realidad a transformar, la estructura transnacional de la dominación.

Las sinnúmeras afirmaciones de tipo evolucionista que durante décadas distinguieron a las izquierdas tradicionales no fueron una debilidad ideológica azarosa. Valga decir ahora, una vez más, lo ya sabido: eran resultado de concebir a las sociedades centrales como el modelo anticipado (también desde el punto de vista de las luchas políticas) del futuro que llegaría. Habría así finalmente un día en que las izquierdas podrían protagonizar una historia a su altura y tener el proletariado que merecían, aquel que fuera a la huelga leyendo *Das Kapital*, levantando banderas rojas y reclamando la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. El problema de los movimientos y luchas populares nacionales no eran la especificidad de lo real sino su *atraso respecto a*, eran lo que *debía ser* de otro modo. El deber ser del paisaje que habitaba se volvió obsesión paralizante de una izquierda que deseaba votar por Leon Blum, batallar con De Gasperi, o cualquier cosa menos vérselas con lo que tenía.

El país —y también el continente— careció de una izquierda emparentada con su propio escenario del mismo modo que careció de un pensamiento propio en general, porque careció, y en gran medida carece, de una *historia apropiada*. La muestra no es solamente la historia de la dominación de una clase sobre las demás, sino también, al mismo tiempo, la historia de la enajenación de nuestra historia.

Las trascendentales repercusiones de la revolución cubana se explican parcialmente por haber sido un hito decisivo en el proceso de reapropiación latinoamericana, vale decir de la posibi-

lidad de un pensar asentado en la recuperación práctica de la condición de sujeto. Cuba significó que, ahora, la historia puede hacerse aquí. En esta recuperación encuentran su motivo las oleadas de antitelectualismo que emergieron de la izquierda poscubana: el primer paso que requería el nuevo pensamiento era el acto. Pero también en ella se encuentra la raíz profunda que esta matriz impuso a sus hijos: si la historia está en nuestras manos, sólo falta hacerla.

El ideal-marxismo después de Cuba o el elogio del héroe

Al cabo de por lo menos tres décadas de impotencias y de fracasos, el aliento insuflado por la revolución cubana se expresó en una nueva concepción de lucha que resolvía dudas y frustraciones. El eje conceptual que hacía correcto el modelo foquista a los ojos de sus defensores pasaba por la manera de encarar y tratar de resolver el problema de la vanguardia.

Para toda esa vasta militancia de los años 60, un poco como para el Lenin del 900, éste era el problema central porque éste era el aspecto débil de las experiencias precedentes, su gran hueco teórico y práctico. La teoría del socialismo en un sólo país había sido finalmente enterrada junto a las suposiciones de que primero debía cumplirse la revolución democrático-burguesa. La conquista del poder no debía ya esperar fatalmente el desarrollo de las fuerzas productivas sino que también dependía de aceptar el reto de la historia. Pero la necesaria recuperación de la subjetividad, sepultada por el estalinismo, se convertiría en su propia deformación, y las puertas de la teoría revolucionaria quedarían abiertas al voluntarismo, la antítesis de lo que se pretendía superar. La subjetividad de la clase —su conciencia— quedaba reducida a la subjetividad del militante, su decisión.

La revolución que ahora era cercana y tangible enfrentaba, sin embargo, tres problemas: a] la masividad de la dominación imperialista; b] el atraso relativo que creía advertirse en las fuerzas populares respecto a sus núcleos de vanguardia; c] la aparición de una apabullante tecnología contrainsurgente.

Este conjunto de alertas impuso una particular reformulación del concepto leninista de partido. El foco es, en esencia, aquel destacamento avanzado: una organización de revolucionarios profesionales, portadora de la teoría correcta, y que, gracias a ello, puede dirigirse en dirección política de los explotados, introduciendo en ellos la conciencia de sus necesidades, sus intereses y su papel histórico, y encabezando el enfrentamiento con el estado burgués hasta su destrucción.⁴ Pero en la concepción de los nuevos combatientes hay algunos aspectos que configuran lo específico de la respuesta a los nuevos problemas señalados.

El más importante es el poder del fusil. El cuello de botella de la lucha revolucionaria —pensaban— es el aparato represivo del sistema. Sólo enfrentándolo de una vez por las armas se podrá llegar a la nueva sociedad. En la efectividad de la bala se condensaron las etapas de la lucha que, precisamente, la masividad de la dominación, el atraso de las fuerzas populares y las técnicas de contrainsurgencia no permitían supuestamente desarrollar sino que exigían plantear desde el principio en el nivel superior del enfrentamiento definitivo.

La política se militariza porque el enemigo ha militarizado la suya y no es posible batirla en un plano inferior. Los éxitos militares se convertirán en políticos porque los combates son la nueva luz al final del túnel a los ojos de las masas. El dirigente dará su ejemplo y sacrificio mientras los explotados tomarán partido por quienes atacan (y vencen) al enemigo. La conducción militar será así la conducción política de las luchas. Focos militares y no políticos reclamaba textualmente Debray en su famoso opúsculo.⁵

La opción por el monte, la sierra o la clandestinidad de las grandes ciudades colocaba en primer plano y resolvía de entrada, con su propia existencia y desarrollo, lo que hasta entonces había fallado: la conformación de la vanguardia. Así, el foco barría con la frustración y el fracaso de las izquierdas previas, signadas por el dilettantismo ideologista o el corrimiento liso y llano a posiciones reformistas.

La flamante izquierda revolucionaria, aún prendada a su historia de colonización ideológica, abandonó súbitamente la discusión sobre el deber ser para reemplazar las palabras por los actos. Pero conservó, en esencia, el mismo idealis-

mo. Donde no había ni habría nunca un proletariado clásico alemán, imaginó un campesinado chino. Donde no había una teoría revolucionaria, implantó un puñado de valientes. Donde no había un ejército colonial francés, decretó la existencia de un ejército nacional de ocupación. Donde no había un partido que dirigiese las armas, prometió su fundación. Donde el ejemplo cubano no podría repetirse, el Che lo lograría.

La ambición revolucionaria de la guerrilla quedó envuelta, junto con los revolucionaristas de café y los reformismos de origen estalinista, en la más grave herencia del pensamiento marxista latinoamericano: el reemplazo de la realidad por la idea de ella. A diferencia de sus antecesores, la guerrilla no se detuvo a discutir un futuro imaginario sino que, de manera arrolladora, trató de hacerlo. Arremetió contra las matrices idealistas de la izquierda previa, pero las llevaba consigo. Y las hizo patentes en una concepción de la práctica revolucionaria, basada en la *exterioridad del ejemplo* y en el impacto de las balas.

Una fenomenología del fusil

Por la índole de las deformaciones ideológicas generales respecto al marxismo, se advierte el parentesco entre los focos desarmados —típicamente grupos de corte troskista— y los focos armados. Portadores ambos de una teoría proclamada correcta y representantes auténticos de los intereses del proletariado, encaran a la Historia planeando el punto en el que habrá de producirse el encuentro con ella. En el camino, ambos liquidan lo político como plano específico de la praxis, sustituyen al sujeto social por una idea, un programa o una bala, diagnostican la realidad a través de determinaciones económicas más o menos directas e ideologizan a su práctica dedicando ingentes esfuerzos a la transmisión y propagandización de sus verdades científicamente comprobadas.

Pero este parentesco se ve atravesado por una abismal diferencia concreta: la cuestión de la lucha armada. Los propios voceros de las organizaciones armadas colocaron la pólvora como diferenciador fundamental entre ellos y todos los demás vanguardismos.

Este hecho, en apariencia obvio, merece empero una rápida reflexión. La coincidencia de distintas organizaciones en la lucha armada fue percibida, asumida y atendida por ellas mismas con independencia y por encima de las divergencias ideológico-políticas que ostentaban. Sobre la base de esa coincidencia principal se establecieron vínculos profundos entre raigambres notoriamente dispares.

La sempiterna discusión acerca de si el fusil comanda a la política o a la política el fusil había quedado en realidad resuelta de cuajo: fue el fusil el que se sobrepuso conciliando políticas opuestas como si se tratase de elementos secundarios, lo mismo que concepciones marcadamente diferenciadas sobre asuntos tales como el papel de la clase obrera, la burguesía nativa, la autonomía de clase, el concepto de transición, la contradicción fundamental, etc. No cabe duda, el fusil se había vuelto sobredeterminante, y el compromiso de sangre superior a la famosa lu-

cha de clases.

Esta observación permite inferir que la llamada lucha armada se cargó de contenidos ideológicos ocultadores para sus propios adeptos. La mistificación ideológica puede advertirse mejor en ciertas facetas prototípicas desplegadas por la discusión de la época. Por ejemplo: para una organización armada, las armas que portaba otra organización eran garantía de su condición revolucionaria, aval para considerarla hermana. No importa si esas armas defendían objetivamente otros intereses concretos. La garantía se trasladaba igualmente a los militantes individuales porque *se jugaban la vida*, no importa en aras de qué política. La cofradía de la pólvora alcanzaba con su gracia a todos los que se juramentasen en ella y la convirtieran en su práctica cotidiana.

Otra faceta de la mistificación: el uso sistemático de las armas saltó al estatuto de *método de lucha revolucionaria* y, luego de las primeras teorizaciones, terminaron por caer en el mismo saco el foco rural y la preparación de la insurrección urbana, la operación terrorista y la guerra popular prolongada. ¿Cuál era el método? ¿La organización de la clase por fábrica y/o sindicato? ¿La movilización progresiva de masas hacia la insurrección? ¿La ocupación de territorios o instituciones de la sociedad civil? ¿El desarrollo y construcción paulatina de formas frentistas? Un poco de todo, porque de todo se hizo. Pero el "método" fue siempre la lucha armada.

Rescatemos por un instante a Lenin. En su visión clásica del problema, la lucha armada merece dos recordatorios. Uno: era la *forma superior* de lucha. Dos: forma superior con la que llegaba a expresarse el enfrentamiento político de clases, no el enfrentamiento del partido armado con los órganos de represión del estado. Para los combatientes de la última oleada, sin embargo, la lucha armada pasó de forma superior a *método principal* y, descontando que la clase no habría de asumirla de inmediato, terminó siendo método principal de los militantes por su cuenta. Pero, más aún, lo que se llamó *método principal de lucha* se redujo, en la práctica, a la portación y uso de armas más o menos planificado. Métodos y criterios políticos para usarlas solía haber diez, pero lo que hermanaba a todos, lo que parecía esencial y permitía trazar la divisoria de aguas y ponerse en marcha, era el caño caliente del fusil.

Los contenidos ideológicos con que se impregnó la lucha armada asumieron así las *características del fetiche*, símbolo ideológico-práctico de los valores que oculta. ¿Cuáles eran estos valores? Tal vez convenga primero recordar elementalmente la materialidad de este "método".

Lucha armada no es de piedras ni palos ni lanzas. Tampoco de un armamento pesado como el que podrían ostentar contingentes de un ejército que, a su vez, supondría otro nivel de desarrollo social de la guerra. El primer caso (piedras) exigiría de lo cuantitativo (las masas). El segundo (armamento pesado) implicaría saltar de lo cuantitativo a lo cualitativo (un pueblo organizado). Una pistola, un fusil, una ametralladora liviana, en cambio, con el elogio a lo *cualitativo individual*, la multiplicación del poder de una voluntad gracias a un recurso técnico.

desde México,
una revista para
América Latina



Director: Carlos Quijano

CUADERNOS DE MARCHA número 3

BOLIVIA: la frágil democracia

Entrevistas exclusivas:

GUEVARA ARZE
PAZ ESTENSSORO
SILES SUAZO
QUIROGA SANTA CRUZ

Artículos:

RENE ZAVALETA
MARIO GUZMAN GALARZA
CARLOS TORANZO
JOSE LUIS ALCAZAR
JORGE CALVIMONTES
GREGORIO SELSER

Pídalo en las buenas librerías

El sujeto social ha sido sustituido por el militante, pero ahora el militante (o el grupo) tiene ante sí un modo rápido de dar a su acción un poder equivalente al de la fuerza social que intenta representar: el poder de fuego, la tecnología. Y un camino para lograr el éxito ideológico requerido: la construcción de la figura heroica.

Completemos la hipótesis: héroe, fuerza y tecnología son, tal vez, los tres valores cruciales ocultos tras el fetiche del fusil. Los tres generan y resuelven, a un tiempo, la misma sustitución del sujeto social respecto al cual habrá de efectuarse una apropiación compulsiva de la representación política a partir de la imaginaria asunción de sus intereses de clase. El proceso de construcción de lo político también se ha invertido: se requiere primero del héroe para que pueda apelar luego a las masas sobre la base una identificación mítica. Pero proponer como forma de desarrollo de la conciencia la identificación con el héroe implica necesariamente dar por aceptados los valores de la ideología dominante que impregnan la vida cotidiana de los sectores sociales oprimidos para poder, sobre esos valores, establecer el puente semiótico que posibilite la identificación. En otras palabras, sin una concientización forjada previamente en una práctica transformadora, la figura del héroe revolucionario a los ojos de las masas no podrá diferir demasiado del héroe de película policial o de espionaje: sagaz, fuerte, tecnológico y paternal.

Los valores dominantes

Frente a la ideología viva y pujante de la dominación, este aparato de afirmaciones dogmáticas desenherradas en que ha devenido el marxismo queda a merced de un complejo reprocesamiento ideológico que va a culminar en la reproducción como espejo de ciertos valores neurálgicos del sistema. El enfrentamiento transformador con el régimen se desliza paulatinamente hacia el enfrentamiento de equivalencias. Ejército contra ejército, capitanes contra capitanes, normas autoritarias y represivas contra normas autoritarias y represivas. Sobre bases teóricas que legalizan la posesión de la verdad revolucionaria y sobre bases prácticas que anulan al único sujeto cuya materialidad resultaría capaz de superar en vez de equivaler, el enfrentamiento de aparato contra aparato no sólo permite reasumir valores dominantes: también confundir la transformación con el reemplazo. En definitiva —podrían haber pensado muchos combatientes argentinos— los que hacemos la historia “somos ellos y nosotros” (el enemigo y el partido). Entre ellos y nosotros se dirime la guerra y problema de la revolución. Por detrás, las clases oprimidas se tornan, poco a poco, objeto del proceso.

Esta reasunción de valores dominantes por parte del aparato armado de izquierda contextualiza el desarrollo de uno de los contenidos simbólicos del fetichismo del fusil: el culto de la fuerza. En ese sentido, la experiencia argentina fue elocuente en ejemplos de cómo el vigor social que faltó a la guerrilla (o que tuvo y perdió) pudo ser cubierto con una opción pura y simple por la fuerza de coerción. En nombre de una guerra popular que nunca alcanzó a declararse, este culto por la fuerza nutrió con su impulso operaciones militares para la intimidación, para la demostración de poder o para el ojo por ojo. Y si la verdad poseída justifica a los cruzados que matan en su nombre, es fácil que el valor de autoridad se extienda hacia el interior de las propias organizaciones. El partido posee la verdad frente al pueblo, pero la dirección del partido la posee ante sus militantes. En cualquiera de los dos casos, la autoridad que otorga esa verdad, revelada a unos pocos elegidos, pudo calzarse fácilmente con calibres de fuego.

Por medio de la fuerza y de un aparato técnicamente preparado, el partido en armas adquiere una capacidad de presión notoriamente independiente de las fuerzas sociales que supone representar. Cuanto más adversa se presenta la situación política, más incrementa la presión militar, mientras el mismo aparato no sea liquidado. Escindida la verdad de la práctica, el ejercicio de la violencia asume plenamente las formas del terrorismo. El hecho del combate, el ejercicio de la fuerza, se convierte en la garantía de estar haciendo la revolución. La prueba última de la propia vida desbarata toda argumentación cuestionadora. La sangre ratifica la verdad. La liberación (si es que el final pensado para este camino puede llamarse tal) se forja con una violencia expropiada a las clases oprimidas. Porque si la historia imaginada no la hacen los hombres,

no queda otro remedio que la hagan los grandes hombres, los héroes.

El papel del individuo en la historia que manejan implícitamente estos partidos armados responde a una concepción cuasi napoleónica. Lo que distinguirá el perfil de los militantes no será su capacidad de construir nuevas realidades en el seno del pueblo sino su resistencia a la tortura, su disposición al suicidio, su particular puntería. Podrá contribuir bastante poco al desarrollo de la heroicidad del pueblo, ser sectario con los aliados, autoritario con los compañeros, rígido con los trabajadores de su frente, pero será secundario. Los héroes, estos héroes, no se construyen en el pueblo sino en el duelo con el enemigo.

El supuesto proceso histórico queda reducido a una conjunción de espacio, tiempo y armas, como solían decir los textos monotoneros. Exactamente los referentes básicos que debe incluir cualquier argumento entre duelistas. Pero el duelo se prolonga y, vaciado de sujetos de sociales, se medirá necesariamente en cantidades: de armas “recuperadas”, de explosivos colocados, de locales disponibles, de militantes sacrificables, de altas y bajas en la moral de uno y otro ejército.

Entre otros, el problema de las clases populares era, aparentemente, no tener cómo vencer al enemigo: un problema de *know-how*.⁶ Este es otro de los aspectos que va a tratar de resolverles el partido armado. Con dinero, municiones y tecnología propia para inventar energía, sostener infraestructuras, servicios de inteligencia, etc., la liberación parece aproximarse. Para alcanzar la ecuación deseada de organización popular con recursos, se anteponen los recursos a la organización popular. Desde este perfil, la política tiene un nuevo reemplazante: la logística. ¿No es acaso —podrían preguntar los militantes foquistas— lo que mantiene en el poder al enemigo?

La ideología tecnocrática que computa cantidades, la ideología del poder abstracto (no muy lejana a sus vertientes burguesas), obliga al culto de ese poder que se autoinstala en la exterioridad de sus formas.

El partido armado cultiva los signos del poder interno y se fascina ambivalentemente ante el poder consagrado en y por el sistema: es en lo establecido donde va a buscar las legitimaciones finales de su propia condición protagónica: los grandes titulares de la prensa, el prestigio de las figuras que colaboran. Es en lo establecido donde encuentra los modelos para sí mismo: insignias de mando, rituales de obediencia, grados militares y protocolos. Aquel viejo voluntarismo de las izquierdas utopistas se transvistió en terrorismo. El elitismo intelectual, en heroísmo por la fuerza. La impotencia, en un problema técnico. Aquel romanticismo, en eficiencia tecnocrática.

Borrador de palabras finales

La serie encadenada de sustituciones que se señalaron (clase por aparato, poder social por poder de fuego, política por tecnología, etc.) tienen un elemento común: la anulación de lo colectivo. Esta anulación implica dos consecuencias inexorables. Tarde o temprano, el proceso de construcción dialéctica del poder llamado popular se frustra, dando paso al poder autocrático. Y tarde o temprano, el proceso de construcción dialéctica de la verdad llamada transformadora se bloquea, dando paso a la verdad metafísica.

Es que, en la práctica foquista tanto el poder como la verdad son unívocos y verticales: de la dirección a las bases. No es casual, en la medida en que ambos se establecen fuera de la praxis de clase, aunque la mayoría de los militantes se haya previamente “proletarizado”.

La acumulación de poder, por este camino, es acumulación mecánica de fusiles, pero no de esa capacidad necesaria para sustituir lo único que vale la pena: el orden social. La mera existencia de una imprenta clandestina o de diez, la utilización de una granada o de mil, denotan la capacidad de presión de quienes cuentan con ellas, pero de modo alguno garantizan la representación de las masas ni aseguran tampoco la construcción de una democracia popular, aún en el venturoso caso de que, a fuerza de presiones, el poder se asalte. La óptica que establece una extraña equivalencia de fuerza social por tonelada de explosivo pone de manifiesto exactamente el problema que nos ocupa. El elogio a la gelinita resulta el modo ilusorio de hacer por fin

tangible (y oír el ruido) de ese siempre citado pero desconocido poder histórico de las clases oprimidas. No se advierte, entre tanto, que no se ha salido del campo de las abstracciones y que el poder histórico de las clases oprimidas, a la vista cotidiana de todos, toma una y otra vez, como hoy, su propio camino bajo las formas políticas que asume el movimiento popular.

Promover ese poder real y cotidiano de las masas no es un simple requisito a cumplimentar por respeto litúrgico a empolvados textos. Por el contrario, sigue siendo la única chance para llegar —tal vez— a la edificación de una sociedad libre y justa. Son las masas —y a veces olvidamos lo primero que aprendimos— las únicas con fuerza material para transformar efectivamente el país. Porque en ellas radica lo que no puede contener el programa ni el fusil de ningún grupo iluminado: la historia concreta de la opresión y su memoria.

El país de allá, la Argentina, parece dispuesto a enterrar en el olvido, sin mayor trámite, esta historia de infeliz recuerdo y cerrar de una vez las heridas que la guerra infligió al tramado social. El país de acá, los miembros de este exilio, en gran medida hijos de la guerrilla o de sus desastrosas consecuencias, se muestra en cambio incapaz todavía de dar sepultura a ese pedazo de historia sin enterrarse a sí mismo. Es decir, incapaz de realizar el esfuerzo que tal vez le sea decisivamente propio: disecar a la luz del día los conceptos que habitó y tender los puentes hacia su reincorporación práctica a una Argentina próxima. Por eso, quizá, se constata aún la pervivencia agónica de siglas que ya no reflejan ni aluden a segmento alguno del acontecer nacional pero que reclaman, de diversas maneras, la vigencia del propio pasado o la terquedad melancólica del “hay que empezar otra vez pero bien”.

El movimiento popular, es decir el peronismo, fue profundamente tocado por esta historia. Participó lateralmente en ella, en algún momento creyó en ella y se desgarró con ella. Que nuestras reflexiones y las que proponemos a otros contribuyan, en alguna medida y a través de los muchos que una vez integraron las filas del movimiento, a su recuperación plena, que será también la recuperación de sus contenidos transformadores en una perspectiva profundamente democrática, popular y nacional.

1. Véase “Los marxismos que supimos conseguir” Controversia núm. 1. octubre de 1979.

2. En el marco de una indagación en ese magma ideológico subyacente a las vanguardias argentinas, tanto guerrilleras, como a guerrilleros propusimos una discusión con los conceptos leninistas de estado y de conciencia. El estado visto como aparato sobrepuesto a la sociedad y ajeno a su red de mediaciones íntimas, y el conocimiento verdadero visto como necesariamente exterior a la práctica de la clase obrera, se conjugan en este magma ideológico para producir una anulación singular de lo político, en tanto zona de mediación y síntesis —precisamente— de una praxis a la que, por medio de los dos conceptos mencionados, se escinde en dos sentidos: base super estructura, por un lado (teoría del estado); teoría práctica, por el otro (teoría del partido).

3. No pretendemos generalizaciones injustas. Nos referimos a una cierta porción de esta militancia que con acuerdos o desacuerdos quedó cobiada y expresada en políticas como las que cumplieron, en distintos momentos y medidas, Palabra Obrera, PRT El Combatiente, PRT La Verdad, Vanguardia Comunista, PCR, FAL, FAR, Montoneros, PRT-ERP, Poder Obrero. La importancia objetiva alcanzada por PRT y Montoneros en la historia más reciente obligan, sin embargo, a concentrar en ellos la atención.

4. Como es obvio, no nos atenemos a la definición de foco dada por sus mentores o manuales tipo Debray y Marighela. A más de diez años, aquellas definiciones no contienen ni la experiencia histórica hecha bajo su nombre ni las múltiples variaciones observadas ni, sobre todo, lo que a la luz del tiempo decanta como elementos esenciales en la concepción. Tal vez pueda hoy aventurarse que el foco siguió las pautas leninistas pero con dos agregados básicos: la secundarización de la política de las masas (no propaganda para las masas), y un acentuado ombligocentrismo para verse a sí mismo y a los procesos nacionales en los que se situaba. Sobre esta base, se establece la bifurcación entre foco armado y desarmado.

5. La anulación de lo político expone aquí su meollo. La llegada al reino de Dios, para lo cual se posee la fórmula, no puede ser sometida al arduo trabajo de organizar a las masas y promover su propia hegemonía, so pena de alejar la llegada en el tiempo y desvirtuarla en contenido. Por eso, lo mejor son los propios creyentes fervorosos. En cierto sentido, el foquismo latinoamericano evoca el antiguo utopismo de los movimientos militaristas del campesinado alemán.

6. El problema del cómo fue particularmente importante en la historia montonera. Para esta organización, por su propia definición peronista, el problema de la conciencia de las masas no era un obstáculo tan importante como, por ejemplo, para el PRT-ERP. El PRT, consecuentemente, dio más peso al esclarecimiento en todas sus formas que a la tecnología, en tanto Montoneros pudo haber sido el caso inverso. A su experiencia están principalmente dedicadas las líneas que siguen.

La violencia en Argentina: 1969-1976

Sergio Bufano

La relación entre las clases ingresa, a partir de 1969, en un período de violencia; se trata de una fase en donde la lucha política que deben afrontar las organizaciones revolucionarias—que como ya dijimos estaba anteriormente ceñida al reducido ámbito universitario—, sufre una conversión hacia la lucha militar. Podría suponerse que ese viraje es producto de una ofensiva terrorista de grupos marginales, románticos y justicieros. No obstante, la magnitud que alcanzan las organizaciones que ejercitan la violencia y el grado de adhesión implícita que logran en diversos sectores sociales señalan que se había producido una agudización de las contradicciones sociales en donde la lucha armada no actúa como factor discordante en la realidad. Por el contrario, son las condiciones objetivas las que propician el surgimiento de la violencia, ya sea ésta espontánea u organizada. En Córdoba, Rosario, Tucumán, Corrientes se aprecian formas de lucha masivas e inéditas hasta ese momento que enfrentan a los sectores revolucionarios ante la alternativa política —y también militar— de dirigir o no esa tendencia social.

La violencia, que históricamente aparece como el recurso natural de resolución de las diferencias de clases, comienza a integrarse como una metodología más en las luchas populares. En sus inicios como producto de la acción de reducidas formaciones sociales; posteriormente —y sin duda en forma parcial—, será asumida por los sectores más avanzados del campo popular.

Los puntos de coincidencia entre las diversas organizaciones armadas son la liberación nacional y social, el carácter prolongado de guerra revolucionaria, la ruptura con el reformismo tradicional, la violencia de masas, la creación de un ejército popular y, muy particularmente, la polémica acerca de la relación vanguardia-masas. Esta última es la preocupación principal de los grupos revolucionarios. En realidad, sólo se está reeditando el planteamiento no resuelto por los cuadros de la izquierda argentina. La diferencia en este caso es que a partir de este momento la búsqueda se efectuará en el ejercicio directo de la acción política y militar.

En primer lugar se proponen lograr la creciente adhesión de las masas; para ello recurrirán a acciones ejemplificadoras, proclamas radiales, repartos de elementos de primera necesidad en los cordones de miseria, secuestros que incluyen reivindicaciones salariales y ridiculización de las fuerzas represivas del estado. En segundo término, la caracterización de que la lucha será prolongada impone la acumulación de armas, locales, radios y todo aquello que significa la logística de la guerra. En tercer lugar, enfrentar en combates —aunque sean parciales—, a fuerzas pertrechadas y con experiencia, supone que las organizaciones armadas cuenten con guerrilleros que conozcan las leyes militares. Se inicia, pues, un riguroso entrenamiento.

Todas esas formaciones político-militares son conscientes de que durante un período estarán aisladas; saben también que en caso de que el aislamiento se prolongue demasiado, estarán condenadas a la derrota. Juegan, entonces, con el tiempo: hay que lograr una consolidación militar que permita hacer política en las nuevas condiciones objetivas de violencia que ha generado la lucha de clases. Comienza así un intenso accionar militar: toma de comisarias, desarme de policías, repartos de leche, asaltos a bancos, secuestros, asaltos de armerías, etc. Esta actividad militar tiene, durante sus primeros años, un signo peculiar: se evitan los enfrentamientos y las muertes. Salvo en el particular caso de Aramburu, que no analizaremos aquí, sólo son muertos aquellos personajes directamente vinculados con la tortura. Las organizaciones recomiendan a la policía no oponer resistencia y la institución se ve obligada a imponer sanciones a aquellos que se dejan arrebatar el arma y el uniforme. La razón de esta política es que las masas deben acostumbrarse paulatinamente a la

violencia organizada. Se trata de brindar una imagen que no esté asociada con la muerte y sí con la justicia popular; simultáneamente, se trata de demostrar que la hegemonía de la violencia, que siempre se reservó la clase dominante, puede ser disputada.

Hasta 1972 la relación vanguardia-masas se mantiene a través de la propaganda. Y los resultados que se obtienen son la simpatía hacia los guerrilleros, el apoyo implícito y la solicitud para que intervengan, en muchos casos, en la resolución de los conflictos sindicales. Esto último confirma que se está operando un cambio efectivo en los métodos de lucha de la clase obrera, que ya observa que las patronales ceden ante las organizaciones revolucionarias cuando éstas intervienen a través de la violencia. El optimismo en ese período no puede ocultarse y la lectura que se realiza de la situación política es la siguiente: la dictadura militar se encuentra en retroceso, las fuerzas revolucionarias hemos crecido numéricamente, el prestigio alcanzado en la clase obrera y las capas medias es cada día mayor, las organizaciones revolucionarias juegan, por vez primera, un papel protagónico en la lucha de clases; aunque divididos contamos con una fuerza militar considerable y, finalmente, la sociedad civil ha comprendido que la violencia revolucionaria es el recurso natural para enfrentar al estado.

Simultáneamente se inicia una polémica interna acerca del carácter que está asumiendo la lucha revolucionaria en relación con las clases populares. El secuestro del industrial Silverstein, en Rosario, con la demanda de reincorporar obreros cesantes y repartir juguetes entre los hijos de los trabajadores, más los constantes asaltos a camiones transportadores de leche —que será repartida en barrios marginales—, alerta sobre la tendencia al sustituirlo por parte del PRT. La crítica planteada en términos políticos, roza sin embargo la concepción ideológica que puede estar oculta detrás de esas acciones.

Si se trata de demostrar que a través de la violencia organizada es posible arrancar reivindicaciones al estado, el método sólo crea confusión. Los trabajadores, estén o no de acuerdo con el accionar armado, no visualizan ese accionar como propio. Para que ello ocurra, deberán crearse condiciones que van mucho más allá de una agudización entre las clases; esas condiciones se vinculan específicamente con la relación vanguardia-masas. Hasta tanto no se ingrese en esa etapa superior de lucha, las masas pueden manifestar un sentimiento de complacencia, de simpatía hacia la lucha armada, pero no identificarse al punto de asumir —individual o colectivamente— esa estrategia de acción. Los repartos de leche o de juguetes se transforman en días de fiestas para los beneficiarios, pero no se traducen, políticamente, en nivel de conciencia que permita al proletariado crecer como fuerza dirigente. Se agrega a ello que un alto porcentaje de esas acciones son realizadas en zonas marginales, en villas de emergencia que no son precisamente habitadas por obreros fabriles. Comienza a operarse entonces una suerte de *sustitución-escisión* entre la formación social que se propone como vanguardia de clase y los métodos que para ello emplea.

Los cuatro primeros años se caracterizan por un ascenso vertiginoso, en el aspecto cuantitativo, de las organizaciones armadas; a la vez, se van definiendo las líneas políticas y estratégicas que impulsan las propias tendencias sociales: se desintegran los grupos FAL y FAP, carentes de lineamientos que pudieran sintetizarse en una política coherente, y FAR inicia su rápido ingreso a Montoneros. Durante el siguiente período, serán Montoneros y PRT los principales exponentes de la violencia organizada. Existen, además, cerca de veinte pequeños grupos que se ubican en la llamada "franja socialista" y cuyo accionar político y militar en esta etapa se limita al autoabastecimiento y supervivencia.

Los peligros de la guerra

Aunque citar a Clausewitz es ya un lugar común, hay que reconocer que el prusiano ordenó metodológicamente una serie de leyes o reglas de la guerra que hasta principios del siglo XIX eran patrimonio de los generales. Además de los factores morales, la audacia y las categorías de la táctica y la estrategia, Clausewitz estableció que la improvisación, cuando de guerra se trata, significa la muerte del participante.

Desde 1969 las formaciones guerrilleras argentinas se preocuparon por respetar esas premisas y muchos de sus cuadros fueron educados militarmente. La necesidad era obvia: la toma del poder del estado requiere de una lucha de masas que sea capaz de modificar la correlación de fuerzas no sólo en el aspecto político sino también en el militar. Para ello será necesario un ejército popular que pueda conducir militarmente a las masas y esto sólo es posible si existen expertos en el plano militar. Ya no bastan las masas insurrectas para enfrentar al ejército de la burguesía, entrenado y especializado durante muchas décadas en la lucha contrainsurgente. Esas masas necesitan formar —sea para un período de insurrección o para una guerra civil prolongada—, sus propios dirigentes militares que conducirán, en ese plano, el desarrollo de los enfrentamientos. Pero surge aquí la clásica contradicción, tan antigua como el propio Clausewitz: el proceso de desarrollo de la lucha armada tiende a generar al *hombre de aparato*. Es aquel militante que se ve arrastrado por la propia dinámica militar —y sin la cual no existirían las organizaciones armadas— a un aislamiento del contexto político general. Se supone que el partido, como entidad política, actuará como garantía orgánica de las posibles transformaciones profesionales de ese militante, pero no siempre es así. El peligro del militarismo nace en el preciso momento en que un partido político se lanza a la acción armada.

Esa desarticulación entre lo político y lo militar dio lugar a una escisión que no siempre se tradujo en fracturas; por el contrario, ambos sectores convivieron en las mismas organizaciones, aunque el *hombre de aparato* fue desarrollando una concepción que ganó espacio interno y confundió la disciplina con la democracia, la seguridad con el aislamiento, la base social con el refugio guerrillero y, lo que sin duda alguna fue lo más grave, la ofensiva militar con la ofensiva de masas.

Al cabo de cuatro años el militarismo ha penetrado profundamente a las organizaciones armadas: existen jerarquías militares, medallas al valor, una permanente exaltación al heroísmo y a una simbología que se manifiesta en marchas, banderas de guerra y uniforme que pocas veces podrán ser utilizados en las ciudades. No nos interesa valorar aquí la simbología revolucionaria; habría que comenzar, en ese caso, por la hoz y el martillo, las banderas rojas o los puños cerrados; lo esencial es desentrañar que detrás de aquella superestructura de los símbolos existía la convicción de que se había ingresado en un período revolucionario en el cual el estado se encontraba en disputa. Era ésta por lo tanto una fase de guerra y el aspecto militar cobraba una importancia superior. La exaltación de los valores morales correspondía, pues, a esa falsa lectura de la realidad.

La realización diaria de tres o cuatro acciones armadas demandó un esfuerzo logístico de gran envergadura; el desplazamiento del centro de gravedad a lo militar se tradujo en un empobrecimiento teórico y político de los cuadros formados en la década anterior. A la vez, no se lograron verificar las tendencias sociales y económicas que comenzaron a producirse en la estructura de poder.

Violencia y democracia

El mes de mayo de 1973 encuentra a las organizaciones armadas intactas en su estructura de combate pero desarmadas en su capacidad para interpretar los acontecimientos políticos que se han producido. La clase obrera y las capas medias aclaman a los combatientes que desfilan por las calles aunque existe una clara distinción de siglas y estrategias; poco antes, la mayoría de las organizaciones marxistas han sufrido fracturas internas debido a la controversia *voto en blanco-voto al peronismo*.

La violencia que se ha entronizado en toda la estructura de la sociedad civil no es producto de

la voluntad subjetiva de sectores marginales, sino que ocupa un lugar destacado en todas las relaciones políticas y sociales. Las ocupaciones de fábricas, escuelas, organismos gubernamentales y sindicatos se realizan con armas; en algunos casos intervienen militantes organizados, pero aun sin ellos existe un movimiento espontáneo que tiende a recuperar conquistas perdidas durante el período anterior. La agudización de la lucha de clases y la existencia de sectores sociales que defienden distintos proyectos se manifiesta en Ezeiza, donde objetivamente queda demostrado que no sólo no habrá tregua, sino que la lucha será mucho más encarnizada. A partir del 13 de julio el gobierno de Lastiri y posteriormente el de Perón se ubican fuera de la presunta lucha entre fracciones. Como si el estado fuera un agente mediador y ajeno a la violencia cotidiana, se intenta mostrar una imagen que confundirá a amplios sectores del campo popular, incluyendo a capas medias progresistas: las derechas y las izquierdas se ultiman entre sí mientras el estado actúa como elemento pacificador. Perón exhorta al desarme y crea una oficina para recibir las armas que sólo la izquierda deberá entregar. Mientras tanto, el Ministerio de bienestar social acumula modernas ametralladoras belgas y norteamericanas.

La iniciativa militar, que hasta mayo de 1973 había estado en poder de las organizaciones armadas revolucionarias, pasa ahora a manos del estado. Durante este período se produce, además, una transformación radical: el bloque dominante ha aprendido de sus antecesores que los presos políticos deterioran la imagen del estado y no eliminan verdaderamente sus conflictos. Se reemplaza la detención por el asesinato.

Este proceso no es comprendido por los movimientos armados; el desarme político referido muestra ahora sus consecuencias, precisamente en el momento en que la situación objetiva exige gran riqueza de interpretación. En algunos casos se intenta escalar a un estadio superior de la lucha armada, sin tener en cuenta la pérdida de la iniciativa militar: Azul, Fábrica de armas del ejército de Córdoba, Regimiento aerotransportado en Catamarca, zonas liberadas en Tucumán, Monte Chingolo; en otros se pasa alternativamente de la confianza en la modificación del proceso a la guerra total (asalto al cuartel de Formosa, muerte de policías, ataques a comisarías).

Sectores progresistas que hasta ayer habían apoyado a la lucha armada, alentados por el retroceso de la dictadura militar y por el innegable romanticismo de la primera etapa, retiran su colaboración y tratan de apartarse ante el cariz foquista que ha tomado la lucha. El militarismo alienta esa defeción a través de acciones confusas e incontrolables políticamente. La falta de claridad acerca de la justicia revolucionaria y la venganza lleva al militarismo a dar muerte a Rucci, a Mor Roig y a más de una docena de oficiales en respuesta al masivo asesinato de combatientes en Catamarca. Se ha ingresado a una etapa de descontrol político y militar por parte de las organizaciones armadas que sólo favorecerá al campo enemigo.

Ahora bien ¿es ésta la única lectura posible de aquella realidad? ¿La lucha armada ya ha perdido todo contacto con las clases populares? ¿Las organizaciones que nacieron interpretando una nueva etapa en la lucha entre clases han ingresado a la categoría del anarquismo, que dispensa sus armas contra todo objeto que se mueva?

Ese es el tradicional discurso que sucede a una derrota. La lucha armada sólo se justifica cuando se triunfa... y ustedes en la Argentina fueron derrotados, afirmó recientemente un socialista europeo. Quizá sea ésta la mejor síntesis de ese pensamiento.

Pero la realidad es diferente; las organizaciones armadas, aunque inmersas en el militarismo y la falsa ofensiva, están presentes en los puntos neurálgicos de concentración industrial: Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Gran Buenos Aires. Esa presencia no se da desde fuera sino en las comisiones internas de delegados, en las coordinadoras, en los trabajadores en general y, en el caso de Villa Constitución, en la propia población. Los sindicatos cañeros y del citrus, en Tucumán; metalúrgicos, Fiat, Perkins, caucho y municipales en Córdoba; la UOM de Villa Constitución; Squibb, Chrysler, Ford, Fiat, gráficos, astilleros, textiles, metalúrgicos y otros en Buenos Aires. No se trataba de una penetración en las fábricas y sindicatos, ya no eran estudiantes universitarios proletarizados; las organizaciones revolucionarias habían ganado un espacio entre

los sectores más combativos de la clase obrera. ¿Puede ser eso producto de una estrategia foquista?

La lucha por el poder implica siempre una crisis generalizada del estado, de las instituciones que de él dependen, de los aparatos de esa gran maquinaria, y también implica necesariamente la presencia de una vanguardia obrera consciente que actúe como dirección de ese proceso. La cuestión radica en que las formaciones políticas armadas de la Argentina de ese período confundieron la crisis del estado y el alza importante en la conciencia de algunos sectores obreros, con la descomposición general del sistema. Ese es el error global que hoy se califica como foquismo. Aún no se estaba en condiciones de discutir el poder a la burguesía; por el contrario, los sectores monopólicos y su ejército se preparaban para su contraofensiva. La vanguardia, como entidad dirigente, aún no estaba conformada. Aunque las diversas organizaciones armadas habían logrado una interacción política —y en algunos casos militar—, con sectores obreros representativos de las grandes industrias, el espectro abarcado no era suficiente como para deducir que el conjunto del proletariado había madurado las condiciones revolucionarias. Simultáneamente —y como consecuencia de lo anterior—, el ejército de masas permanecía aún en el nivel de consigna. Pero esto no quiere decir que la situación objetiva de la lucha de clases no hubiera alcanzado, legítimamente, su especificidad militar.

Finalmente el golpe

Cuando culmina 1975 la situación de las organizaciones armadas es ya de franco deterioro; el triunfalismo, que aún perdura, no reconoce que durante tres años ha sufrido un desangre constante. Las AAA estatales han eliminado a gran cantidad de cuadros sindicales y del aparato; la trágica ofensiva expresada en Catamarca, Azul, Monte Chingolo ha contribuido, además, a esas pérdidas. El sistemático aislamiento que las fuerzas represivas han ido imponiendo a las organizaciones populares comienza a dar resultados. Por otra parte, la clase obrera no tiene tendencias suicidas y se aparta de una propuesta que le exige ir a un combate donde la correlación de fuerzas es totalmente desfavorable.

Se inicia entonces una campaña en contra del golpe que se avecina; pero nuevamente permanecen las concepciones ya no militares, sino mili-

taristas, pues el propio Clausewitz —sin entender demasiado de política—, hubiera aconsejado un repliegue en orden. En cambio, la campaña para detener el golpe se basa en acciones espectaculares dirigidas contra las Fuerzas armadas; la intención es atomizarlas contra una supuesta guerra civil en caso de golpe de estado. El efecto producido es inverso y se polarizan las fuerzas: ahora sí es una lucha entre aparatos que no acompaña ni está integrada a la lucha de clases.

Argentina... a las armas... es quizá la máxima expresión de desorientación política una vez que Videla toma el poder; el llamado a una nueva ofensiva político militar sólo puede caer en el vacío. Cuando se atenta contra Coordinación federal, contra el auditorio del ejército, contra la Jefatura de policía de La Plata, se están quemando los últimos cartuchos. Porque la derrota ya está iniciada.

En realidad, el llamado a la resistencia, que significa un paso atrás con respecto de la etapa anterior, que implica un período defensivo tanto en el aspecto político como el militar, no se concreta en la acción. Como si existiera un mecanismo que impidiese frenar el empuje de otros años, las organizaciones prosiguen en una carrera que contradice sus propias consignas. Esa no es la resistencia, esa es la ofensiva que no se ha detenido.

Lamentablemente, el costo de este error ha sido muy grande; y no nos referimos precisamente a la pérdida de vidas o a la derrota sufrida. El error ha dado impulso a una antigua concepción política que reúne en un mismo saco al terrorismo, al foquismo, a la lucha armada, en fin, a la violencia en general. Fueron dos bandos —es el discurso—, el de los foquistas y el de la derecha. Y la sociedad civil, las clases populares, permanecieron ajenos.

Si así hubiese sido, la extirpación de ese presunto cáncer foquista sólo hubiera requerido una simple operación quirúrgica, tal como la realizada al grupo Baader-Meinhoff en Alemania, y no al exterminio sistemático de obreros, estudiantes, intelectuales que combatieron y alentaron la violencia revolucionaria.

Es cierto que falta una autocrítica, que se carece de un balance riguroso que señale aciertos y errores; pero también es cierto que ese vacío no podrá ser llenado con rótulos que oculten que las vanguardias, en la búsqueda de una síntesis, alcanzaron durante el período descrito el punto más alto de toda la historia de los movimientos revolucionarios en Argentina.



REVISTA TRIMESTRAL
DE EDICIONES ERA

21

CUADERNOS
POLÍTICOS

- Gustavo Gordillo ► Estado y sistema ejidal
 Ⓛ Alan Arias / Manuel Lavaniegos / Hipólito Rodríguez ► Estado y contrarrevolución en México
 Ⓛ René Antonio Mayorga ► Internacionalización de la economía y Estado nacional Ⓛ Carlos Pereyra
 ► Gramsci: Estado y sociedad civil Ⓛ Georges Haupt ► Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional
 Ⓛ Olac Fuentes ► La Universidad Pedagógica Nacional

Ediciones Era

Avena 102. México 13, D.F. Federalismo 958 Sur

581-77-44

Agencia Guadalajara

Guadalajara, Jal. 12-60-37

Observaciones sobre la crisis del marxismo

Oscar Del Barco

I
El trabajo de Paramio y Reverte sobre los problemas de la crisis del marxismo me han producido una serie de inquietudes respecto a las consecuencias que, seguramente más allá de lo deseado por ellos, pueden extraerse de la manera como enfocan dicha problemática. Sobre esta cuestión quisiera hacer algunas observaciones.

Me parece que al ubicar la *teoría* como el elemento central de la crisis se corre el riesgo de que se esfume la raíz *fundamentalmente* política de la misma. Con esto no quiero decir que los autores desconozcan la existencia de elementos políticos, sino que se trata más bien de marcar la predominancia de una perspectiva que, como se sabe, es producto de una tradición fuerte en la historia del marxismo occidental, la que produjo consecuencias como la del llamado "socialismo real", respecto al que comparto los duros juicios de P. y R.

Mi opinión, no obstante, es que la "crisis teórica" no es explicable por sí misma, sino que se trata de una crisis global en la que no puede aislarse el elemento teórico sin correr el riesgo de caer en el *teoricismo*, el cual implica un movimiento doble que escinde a la teoría de la práctica y luego produce la conversión de la teoría en sujeto social (con todas las consecuencias políticas y organizativas que esto implica). Repasemos el texto para señalar algunos de los enunciados que configurarían esta perspectiva.

En primer término Paramio y Reverte plantean la existencia de una "crisis general de nuestra cultura y de nuestros valores", crisis que a su vez afectaría al marxismo por cuanto éste forma parte "de esa cultura y esos valores"; en segundo término reconocen la existencia de una "crisis teórica" específica del marxismo. Esta distinción se vuelve a afirmar algunos párrafos más adelante: "así como la crisis cultural y de valores afecta al marxismo en cuanto parte integrante de la actual cultura de nuestra sociedad, lo que llamamos crisis del marxismo es más específicamente una *crisis teórica* [...]" (las cursivas son mías).

Me llama la atención, y aunque no puedo detenerme en este aspecto del artículo no quiero dejar de mencionarlo, que se afirme la existencia de una crisis *general* de cultura y de valores donde se subsumirían las particularidades y las determinaciones tanto de las clases subalternas como de las clases dominantes. Sin embargo, aquí sólo quiero limitarme al análisis de la calificación de la crisis del marxismo como *crisis teórica*.

La "crisis del marxismo no es tan sólo el re-

flejo sobre éste de una crisis general de valores. Es también, más específicamente, una crisis teórica, como señalábamos en nuestro anterior artículo; una crisis teórica, además, *aplazada*". Esta tesis se articula, a su vez, y no puede ser de otra manera, con la tesis según la cual el marxismo "no puede ser sino *una teoría*", una teoría que al mismo tiempo "no puede dejar de tratar de convertirse en una ideología, o, más precisamente, en una visión del mundo". Esta distinción, que nos recuerda la alternativa planteada en el mismo sentido por Colletti, introduce en el interior del marxismo una dicotomía imposible de superar en una etapa posterior de razonamiento.

Pero esto no es todo. Pareciera que para Paramio y Reverte el marxismo se agota en el tránsito lineal desde lo teórico a la visión del mundo, sin tener en cuenta lo que me parece esencial para lo que sin mucho convencimiento podríamos llamar la "epistemología" marxista: la cual implica una circularidad donde la experiencia y la acción de las clases explotadas constituyen sus momentos fundamentales.

Lo que se borra en este discurso son las determinantes no-teóricas de la crisis teórica. No es casual entonces que se enuncien proposiciones como la siguiente: "el núcleo de la actual crisis del marxismo [es]: la inexistencia explícita de un nuevo paradigma". Ya la introducción de la temática del "paradigma", de moda en cierta sociología española actual, es significativa; en el fondo se trata de una nueva forma, más sofisticada si se quiere, de clausurar al marxismo en el marco epistemológico (cierto retrocimiento de la tesis original de Khun llega hasta aproximar la temática de los paradigmas a la sociología del conocimiento, otorgándole un relieve enunciativo al factor ético, pero sin llegar a precisar esta ética como política, y, lo que es más importante en nuestro caso, sin tematizar su incidencia en la propia constitución de lo teórico).

El *paradigma* faltante sería, para P. y R., el de "la transición al socialismo". Es legítimo preguntarse si este "paradigma" puede ser, como ellos sostienen, obra de los teóricos marxistas ("[...] los elementos precisos para la construcción de un nuevo paradigma estaban ya presentes, de forma inconexa y preconsciente, en los nuevos desarrollos de la teoría marxista"), o si más bien habrán de ser las transformaciones producidas en lo real las que posibilitan los nuevos enunciados teóricos.

También yo creo que es "preciso volver a la vieja cuestión de las relaciones entre teoría y práctica en el marxismo", pues me parece que

la reconversión del marxismo en una *teoría* (la que no fue un hecho *teórico* sino la consecuencia teórica de profundas transformaciones sociales) constituye una de las causas estructurales de la llamada "crisis".

La respuesta dada por P. y R., al decir que el marxismo "en cuanto pretende ofrecer un conocimiento científico de la realidad social" no puede ser "sino *una teoría*" (las cursivas son mías), implica un deslizamiento hacia el *teoricismo*, el que no puede evitarse mediante el simple uso del condicional "en cuanto...". Primero, porque el marxismo no posee las características que la *tradición* le atribuye a la ciencia: desinterés, objetividad, neutralidad, previsibilidad, en resumen, un concepto de verdad válido en general; segundo, porque el concepto de *uno* conduce, necesariamente, a la idea casi hegeliana de una Teoría capaz de rendir cuenta de la totalidad de lo real. Se vuelve a introducir así, sin quererlo, la *racionalidad* del sistema bajo las categorías de *ciencia*, *paradigma*, *teoría*, etcétera.

Creo que a partir de esta demarcación debería comenzar a pensarse el problema de la crisis.

II

El marxismo, según mi criterio, no es una teoría que *acompaña a la práctica*, que está al servicio de la práctica, ni tampoco es un "arma" del proletariado, sino que más bien debe determinarse como *formas* (teóricas) de ser de las clases y sectores de clases explotadas, desplazándose así por lo tanto el problema del estatuto y el origen de la teoría.

Lo cual no quiere decir, a la inversa, que las teorizaciones marxistas carezcan de una estructura conceptual; es, precisamente, esta estructura compleja y altamente técnica la que hace tomar una cosa por la otra: la fascinación ejercida por la conceptualización marxista (tras la que se oculta el dominio de cierta estructura fuerte del sistema capitalista, la que privilegia a la máquina-ciencia por sobre el trabajo vivo) ubica en primer plano el problema epistemológico y produce, como efecto, la conversión del marxismo en Ciencia o Teoría, la que sólidamente instalada en un presunto *orden* teórico tiene por función "controlar", "iluminar", "dirigir" el proceso de la lucha de las clases explotadas actuando como "mentora", "maestra", etc. (el "leninismo" en otras palabras).

Es necesario cuestionarnos sobre el sujeto de la "crisis del marxismo", vale decir sobre el "marxismo". ¿Se trata de una ciencia construida por sabios o científicos "burgueses" y posteriormente trasladada a la clase mediante la acción privilegiada de un *partido* o de un grupo político?, ¿o se tratará (y esto es algo distinto a una determinación mecánica de la clase sobre los intelectuales) de las *formas* teóricas de las clases explotadas, *formas* que se constituyen orgánicamente, *formas* de la experiencia múltiple y compleja de dichas clases, caracterizadas por una especificidad propia, ajena a la neutralidad y a la objetividad de la "ciencia" (aun cuando el proceso inicial de subsunción pueda producir un efecto invertido)? De acuerdo a la respuesta que le demos a esta cuestión será la manera que tendremos de encarar la *crisis*.

Si el marxismo, como pienso, es el conjunto de *formas* teóricas que van adquiriendo en su proceso las prácticas revolucionarias, entonces la crisis no puede ser sino una *crisis política*, vale decir morfológica, y donde el acto de marcar una predominancia o un "origen" se funda en la propia práctica. Para decirlo claramente: se trata de la crisis de la II y la III Internacional, del reformismo y del bolchevismo-leninismo.

A partir de la transformación finisecular del capitalismo se produjo una reconversión de la teoría revolucionaria. Dos son los aspectos fundamentales de esta reconversión: el estatuto ontológico que se le da a la teoría y el tipo de organización que implica dicho estatuto (organización fundada en un orden *exterior* a la clase), y el *eurocentrismo* exasperado que caracterizó al marxismo posterior, incluso contra la voluntad del propio Marx, quien denunció sarcásticamente el intento de transformar su análisis del "capitalismo europeo" en una "filosofía de la historia". El "modelo" marxista, tanto el reformista como el bolchevique, se universalizó, cubrió con esquemas "teóricos" una realidad cada vez

Controversia

NÚMERO 4

ACERCA DEL EXILIO

Eliashev, Picatto, Schmucler, Rozitchner, Ulanovsky

SOBRE LA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO

Ábalo, Galgano, Napoleoni, Rusconi, J. Robinson

A PROPÓSITO DE NICARAGUA

Julio Godio

más rica e insunmisa tanto a un centro político como a una centralidad teórica.

Estas organizaciones políticas se concretizaron, vale decir accedieron al poder en diversos países: la socialdemocracia demostró ser una buena *partenaire* y una eficaz gestora del capitalismo en sus etapas más críticas de desarrollo (precisamente en las etapas post-bélicas); mientras que la revolución rusa concluyó con el afianzamiento de una poderosa y sanguinaria capa burocrática convertida en nueva clase explotadora.

Me parece que éstos son los nudos centrales de la crisis. Los mismos podrían expresarse diciendo que vivimos el momento histórico de la toma de conciencia del fracaso de un tipo de práctica política. Tanto los países del llamado "socialismo real", como los socialdemócratas, así como gran parte de las organizaciones políticas basadas a nivel mundial en el bolchevismo y la socialdemocracia, se han mostrado incapaces de realizar la revolución socialista. La crisis no se plantea por una conmoción inmanente al orden teórico sino porque los pueblos europeos y no europeos están tomando conciencia cabal del callejón sin salida a que fueron llevados por sus propias organizaciones, vale decir que adquieren una conciencia cada vez más profunda de su propio fracaso. Es como si se tocara el techo de un modelo de revolución cuyos resultados negativos, no deseables, están a la vista.

III

Ese marxismo ha estallado. Ha estallado una realidad, una política y una teoría; ha estallado el "socialismo real", el "partido guía", la "ciencia" marxista. Frente a este verdadero derrumbe del "marxismo" lo que surge naturalmente es la crisis. No una crisis teórica, porque la teoría vive en permanente crisis si es entendida como forma que rinde cuenta de una realidad cambiante. La crisis es el momento de la fisura, el momento en que las clases explotadas se cuestionan sobre sus experiencias históricas en lo que va del siglo, en que la necesidad de la revolución exige, para no ser una idea muerta, un nuevo tipo de prácticas y de teorías.

Se trata de la imposibilidad de una práctica y una teoría determinadas. Pero la posibilidad de plantear esta imposibilidad, esta crisis digamos, no es producto de una iluminación teórica sino del arduo trabajo del viejo topo revolucionario que no deja de roer toda organización y toda teoría; el hecho de que en la realidad se constituyan nuevos sujetos revolucionarios, los que no pueden ser dirigidos por un partido ni pensados por una teoría, es lo que funda la crisis. Se ha quebrado la racionalidad que bajo el nombre del marxismo había devenido un instrumento de dominación y no de liberación humana.

Esta reconversión de la que hablamos produjo la ceguera teórico-práctica (con excepciones entre las que podemos citar a Gramsci y a Korsch) frente a las transformaciones en profundidad del sistema capitalista (particularmente a partir de la crisis de los años treinta), a las que el "marxismo" mal llamado ortodoxo ignoró completamente: la teoría del "derrumbe", de la "rueda de la historia", del partido considerado *vanguardia iluminada* por la ciencia, así como la ignorancia de las realidades nacionales y culturales de los distintos pueblos, y la pobreza de una "teoría" que se negaba a mediar dialécticamente con la deconstrucción teórica que a partir del espacio abierto por las clases explotadas realizaban las distintas ciencias sociales, fueron el estereotipo con el que se quiso enfrentar a un capitalismo pleno de vitalidad y de imaginación.

Los movimientos revolucionarios comprueban hoy que las viejas respuestas ya no les sirven; es cierto, en este sentido, que hay una crisis del "paradigma" de la transición al socialismo, como dicen P. y R.; pero esta carencia de modelos de transición no proviene de una falencia o de una falsación, vale decir de un movimiento cerrado del orden teórico, sino que es producto de la experiencia global del movimiento revolucionario, es producto del fracaso de los países socialistas y de la imposibilidad de realizar la revolución según la estrategia reformista o bolchevique.

Las transformaciones del capitalismo son otro factor fuerte de la crisis: no sólo por su positividad, sino porque son un factor fuerte en la determinación moderna de los sujetos revolucionarios; ya se trate de las complejas modificaciones introducidas en el seno del proletariado, como de la emergencia de otros sectores que tratan de

destruir las constricciones del sistema: el movimiento femenino y de jóvenes, los movimientos que se extienden desde los manicomios y las cárceles hasta las escuelas y la familia, las luchas en defensa del medio ambiente, por la libertad sexual, etc., son movimientos que han roto la idea burguesa (y de la "ortodoxia marxista") que considera a la política como actividad clausurada dentro un orden propio y sometida a la actividad de "especialistas". Todos los órdenes se han politizado, o, mejor dicho, también el orden político ha estallado, y desde el interior de cada grupo o sector social oprimido surgen reclamos, exigencias, necesidades y deseos inmanentes absolutos, vale decir que no pueden ser ni aceptan ser reducidos a ningún tipo de generalidad.

IV

Por cierto que esta encrucijada, de realidades inéditas y de movimientos revolucionarios también inéditos, a los que es imposible subsumir en una Teoría, no pudo dejar de conmover al "marxismo". Pero mal haríamos si pensáramos que se trata de una crisis científica del marxismo y que puede ser resuelta a un nivel de teoría científica.

Cuando decimos que el marxismo es el conjunto de formas teóricas de las clases explotadas, no ignoramos que estas formas, lejos de ser una reproducción especular, se abren paso a través de historias, de tradiciones, de complejismos mundos culturales, pero este hecho no debe ocultar que el suelo de pensamiento es el cuerpo de dichas clases (no otra cosa significan los textos

donde en las obras de Marx hablan directamente los oprimidos; o la preocupación de Gramsci por las clases subalternas, por su lenguaje, por su historia molecular y grandiosa).

Se trata de una globalidad, circular si se la quiere expresar de manera dialéctica, en la que es imposible aislar ontológicamente tanto su momento político como su momento teórico, por eso recurrimos a la categoría de *forma*; el teorismo sería en última instancia realizar el corte a partir de lo teórico (concibiendo a lo político como supuesto o ignorándolo lisa y llanamente). A mi parecer el corte es inevitable, es el problema del comienzo, pero el comienzo marxista está en la política.

Es cierto que la "teoría" marxista se caracteriza por una inmensa puesta en crisis de su conceptualización, pero pienso que a esta crisis no se la puede determinar con la idea de *paradigma* de Khun, pues de hacerlo así se volvería a someter la realidad a su expresión ideal, y la llamada crisis se resolvería en un problema de teóricos y de una teoría que debe actualizarse.

Una de las crisis del marxismo es su manera de ser natural, por cuanto está inserto como *forma* en la intimidad de un conjunto de clases que deben rendir cuenta de una realidad en constante cambio para transformarla; la otra crisis, específica por la época y más profunda, es consecuencia del fracaso de las propias clases explotadas en su lucha por construir una alternativa socialista. Hay que distinguir entre ambas crisis para no caer en la tentación, siempre presente en los intelectuales, de explicar a partir de la propia especificidad el movimiento histórico.

Marx y la teoría del estado

Biagio de Giovanni

La hipótesis central de mi contribución es que la teoría del estado en Marx no debe ser buscada solamente en aquellas obras en las que habla explícitamente del estado, en particular en la *Crítica de la filosofía del estado de Hegel*, sino que elementos importantes pueden ser extraídos especialmente de los libros II y III de *El capital* que tienen por objeto específico la crítica de la economía política. Esto acota el horizonte global de una lectura de Marx que establezca una relación orgánica entre crítica de la economía política y crítica de la política, en el sentido de que cada una de estas articulaciones remite a la otra para su propia fundación real. Para precisar algunos elementos de reflexión en torno a esta tesis deseo partir de la categoría que unifica en sus inicios el discurso de Marx sobre el estado, del análisis del *fetichismo* como terreno de reconstrucción del movimiento hegeliano de la Idea y de la estructura real del estado moderno.

Puede decirse que desde 1843 el estado en Marx se presenta de algún modo como la primera forma histórica, definida por el fetichismo, lo cual es perceptible ya en aquellos lugares en los que se torna explícita la confrontación polémica con la teoría hegeliana del estado como inversión del proceso real. Recordemos todas las páginas en las que Marx destaca, confrontando la posición que él va elaborando con la hegeliana, cómo en el corazón de esta posición subyace la tesis de una inversión del proceso real. Sin detenernos en el análisis de los textos particulares, creo que es suficiente mencionar que el punto de partida de la crítica de Marx a Hegel está en el análisis de ese parágrafo 262 de los *Principios de la filosofía del derecho* donde es subvertida la relación cronológica entre estado, familia y sociedad civil, y el estado es fundado como el concepto que, en su movimiento, *se escinde* en las realidades particulares que lo constituyen. Aquí está el punto más definido donde la inversión del proceso se muestra a la altura de un contenido determinado. Y sin embargo Marx no se limita a registrar la dimensión especulativa de esta posición, sino que destaca, de este trastocamiento, su correspondencia con el modo en el que realmente el estado moderno, el estado

político, organiza la estructura del propio dominio y los caracteres reales de su propia primacía.

De aquí, y a través de la inversión de la relación estado-sociedad civil, emerge la "crítica" global, que se puede organizar en torno a la expresión *dominio de la forma* y formalización del proceso político. La primacía del estado, en Hegel, es considerada como primacía de los modos de producción del dominio general respecto de la estructura separada de la sociedad civil, y no elevada todavía a la altura del concepto de *formación económico-social*, aunque ya deja emerger el proceso de descomposición de las masas en círculos particulares, respecto de los cuales la política se dispone como un horizonte externo de unificación. De algún modo ya está aquí presente la separación de los productores de los instrumentos de producción, aunque estos últimos sean por ahora especificados a la altura del dominio político donde la realidad "se produce" en su significado más general.

La forma de la política en Marx se entrelaza así directamente con la teoría del dominio de la forma valor. Nos encontramos en un nivel de análisis respecto del cual, recorriendo algunos años de la evolución teórica de Marx, es posible individualizar un entrelazamiento profundo entre la crítica del estado, como organización general del dominio de la forma, elemento decisivo de la *hegemonía*, y la crítica del capital, a la altura de su formulación más general, allí donde emerge la condición histórica y epistemológica del capital, la separación violenta y luego constantemente ampliada entre productores e instrumentos de producción. Se ponen en evidencia así algunos elementos de este entrelazamiento capital-estado y de la *homología* que existe entre la crítica dirigida por Marx a la forma de la política, tal como se encarna en el estado moderno, y la crítica que hace al capital, como forma de producción en la que el valor de cambio domina sobre el valor de uso, tornando así visible la realidad del dominio de la forma valor. Esto permite captar diversos elementos de tal conexión entre crítica del capital y crítica del estado: la realidad constitutiva de la inversión

como elemento bastante denso, expresivo del trastocamiento real del proceso; la generalidad de la *separación*, como otro elemento que caracteriza la relación que Marx establece entre crítica del estado y crítica del capital. Capital: separación de la fuerza de trabajo de los medios de producción. Estado: organización separada del dominio dentro del formalismo general de la burocracia y del saber, en cuyas estructuras se organiza la producción profunda de la realidad organizada, *hegemónica*, que construye en torno a sí la unidad del mundo histórico.

Ya estas anotaciones dan alguna clave de lectura sobre los modos en los que la teoría del estado se entrelaza con el problema del capital con referencia particular a aquellas secciones de análisis en las que uno de los niveles centrales de la "crítica" se convierte en la formalización de la fuerza productiva en el ciclo de *reproducción* del capital. Coloco rápidamente en el centro de atención la categoría de la reproducción porque pienso que allí está una de las claves para redescubrir en *El capital* la dimensión de la política. A la altura de la reproducción el problema se desplaza de las modalidades de producción del capital a las modalidades de su producirse y reproducirse como capital. Respecto de este problema, la necesidad de descomposición de los elementos productivos, encerrada en el núcleo central de la escisión entre trabajo vivo y fuerza de trabajo, es solamente la base que, reproduciéndose continuamente como separación fundamental, se recompone, se reunifica a la altura de la organización del capital global. Todo el movimiento y las transformaciones descritas en los libros II y III captan la recomposición económico-política propia del movimiento real de la forma valor, de la negación continua de la inmediatez de la alternativa: producción o circulación. El problema del tiempo de reproducción se define allí como tiempo de la relación política que se instaura entre las clases. Más allá de muchos elementos de análisis aún presentes en el libro I, advertimos en qué medida la "crítica" de Marx rebasa una simple teoría de la explotación capitalista, y en este nivel el terreno de fundación decisivo es la separación-escisión entre tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo y tiempo de objetivación del valor de uso de ésta. En el desarrollo del análisis de *El capital* se define el problema de la determinación de los términos de cambio entre las mer-

cancías, que por lo demás no es diferente al problema de la formación histórica del mercado y del control *político* del desarrollo capitalista. El mismo problema de la *transformación*, si es observado desde los límites estrechos y desviantes de una pura determinación económica de los precios, implica el concepto de que el dominio de la forma valor —más allá de un cierto nivel espontáneo y automático de equilibrio del mercado, que se torna súbitamente en anacrónico respecto a la fenomenología compleja del desarrollo capitalista— expresa la organización de la relación producción-mercado a través de la reproducción del aislamiento de la fuerza de trabajo en la forma de cambio.

¿Qué implica en este cuadro el dominio de la forma valor? Relaciono inmediatamente el razonamiento a cuanto acabo de exponer. Un elemento emerge con claridad en el libro II de *El capital*. Marx analiza el aislamiento de la fuerza de trabajo en la forma salario como núcleo expresivo de la relación necesaria fuerza de trabajo-consumo individual, y de la separación necesaria de la fuerza de trabajo con respecto al consumo productivo. A partir de esta descomposición, Marx capta críticamente las formas teóricas de la economía política, que deben ser organizadas en torno al concepto de separación entre circulación y producción, rédito y valor, y vincula, en torno a éstas, las críticas que él dirige a la forma de cientificidad de la economía política clásica. Esta crítica toca así el nivel de construcción *teórica* del objeto entrelazado con la reproducción real de la forma capital. El dominio del esquema del valor se confunde con el problema de la reproducción. La politicidad de la forma valor reside en esta conversión recíproca entre la descomposición económica y la recomposición política de las relaciones sociales. La formalización de la fuerza de trabajo coincide con la aprobación de la fuerza productiva por parte del capital. A través de esta apropiación, se especifica la forma teórica del capital, del cual veremos el nivel específico de funcionamiento en la separación entre tiempo de circulación y tiempo de producción. La reducción de la producción a cosa, relación material entre instrumento de producción y trabajo, y de la circulación a socialidad y a intercambio: he aquí la forma teórica en la que se vertebra el funcionamiento real del capital, es decir no la ideología del capital sino la modalidad concreta

en la que aquél es reconducido por la necesidad objetiva a vincular el ocultamiento de las específicas conexiones reales con su propia reproducción.

Esto significa que, al construir la relación entre crítica de la política y crítica de la economía política, no nos podemos detener exclusivamente en la fase: intercambio como superficie igual-producción como nivel profundo desigual, retornando al análisis de la relación entre formalismo de lo *político* y separación-contradicción de lo *económico*. Debemos dar un paso adelante decisivo hacia el análisis de la *densidad histórica del valor de cambio*, es decir de los contenidos que, en el momento en los que éste se convierte en forma dominante, logra transferirse al propio movimiento. La densidad histórica del valor de cambio se concreta en su constituirse como nivel de *aprobación material de la historia*: la historicidad de la acumulación del capital constante, la imposibilidad de reducir el nivel del cambio a la transformación continuamente en disolución del dinero en mercancía y de la mercancía en dinero.

En el momento en que el problema se transforma en el de la apropiación de la historia por parte del capital, se entienden las contradicciones que se mueven en su interior, y se aferra la relación profunda de estas contradicciones con la forma del estado. El punto esencial no es sólo el de la distribución del plusvalor extraño con los problemas vinculados a esta dimensión del dominio de la forma. Hay algo más radical a estudiar. La estructura misma de la distribución, en cuanto está vinculada al aislamiento de la fuerza de trabajo en la forma del cambio y a su alejamiento del consumo productivo, individualiza, en esta dimensión económica, la *estructura del dominio de clase*, la forma subvertida en la que se muestra la reproducción política de las relaciones entre las clases. Todo esto aparece bajo la forma de un proceso puramente económico (descomposición cuantificada de los elementos productivos, emergencia de la magnitud de valor), pero este proceso *puramente* económico es el modo de funcionamiento del estado y de su relación negativa con lo "social". A través de la reducción a lo económico, es decir a la magnitud de valor de los elementos productivos, funciona el esquema del valor, y por tanto el entrelazamiento de economía y política propio de una forma históricamente determinada de "primacía" de la política. Esto ocurre tanto a nivel de la fuerza productiva de rédito, tanto a nivel del capital, en el momento en que desaparece el plusvalor y aparece la ganancia como rédito del capitalista, y se pierde la relación entre forma y magnitud de la apropiación; con el consiguiente desarrollo de una dimensión central del dominio de clase, ya que la reducción a lo económico de la fuerza de trabajo significa la clausura de la clase obrera en la fábrica como especificación histórica de la estructura morfológica del capital.

El problema central deviene así el de determinar analíticamente el significado de la reapropiación del valor de uso por parte de la fuerza de trabajo. A la altura de este problema se reconquista por entero la dimensión política de la fuerza de trabajo. La interpretación economicista de ésta es inducida por el capital. El problema del trastocamiento de este estado de cosas se convierte en un problema enteramente político. Y aquí debe ser destacado el espesor *estatal* de la reapropiación del valor de uso que parte del proceso de *recomposición de las fuerzas productivas*, así como se mueve ya dentro del desarrollo de la contradicción fundamental del capital. Esta recomposición no implica expandir la forma del cambio, pero se especifica en el problema del control del desarrollo, de la recalificación de la productividad, a partir de las condiciones dadas de la productividad capitalista, en cuyo interior el choque entre la complejidad del valor de uso y el formalismo del valor de cambio deja entrever la recomposición subjetiva, de clase, de la fuerza productiva.

Partiendo, como hace el análisis de Marx, del dominio del valor de cambio y de la construcción de la historia en el esquema del valor, vemos que es precisamente aquí donde germinan la posibilidad de la crisis, la especificidad de la contradicción, el entrelazamiento de economía y política, de crisis y "constitución" de la conciencia de clase.

(Tomado de Lelio Basso et al., *Stato e teoria marxista*, Milán, Gabriele Mazzotta editore, 1977. Traducción de J.A.)



EL JUGLAR

LIBROS

DISCOS

PZA. DE LA RUEDA AVE. REVOLUCION 1915

TEL. 548-26-97

MEXICO 20, D. F.

SOLAMENTE LIBROS PARA LEER

secciones

méxico • américa latina • marxismo
antropología • historia • feminismo
comunicación • psicología • teatro
literatura • economía • lingüística
poesía • sociología • educación

Controversia: suplemento 1

ARGENTINA: LOS AÑOS DE LA CRISIS, 1930-1945

Introducción

Desde el momento en que un periodista nacionalista los bautizó así, los años que nacen con el derrocamiento, de Irigoyen han quedado fijados en la política argentina como la *década infame*. Pero el epíteto limita, con el juicio moral descalificante, la posibilidad de analizar racionalmente uno de los momentos más complejos de la historia del país. La Argentina moderna nace en la crisis del treinta. En esos años se definen las características fundamentales del crecimiento industrial, se estructuran los mecanismos para la intervención del estado sobre el mercado, crece impetuosamente la clase obrera.

Los conservadores, que a partir de Roca y la generación del ochenta habían fundado el estado liberal, serán los encargados de comenzar su demolición abriendo un proceso —de ningún modo lineal porque en su interior se producirá la enorme ruptura que significó el peronismo— que se prolongará mucho más allá de la década inicial.

Esa crisis del estado liberal en la Argentina coincidirá con la reestructuración del sistema mundial capitalista que sigue a la Gran depresión. El modelo de desarrollo que emprende entonces nuestro país implica un intento de las fuerzas dominantes internas —que el radicalismo sólo había subordinado políticamente— a ajustarse a ese camino cuyas metas fija el capitalismo imperialista, obligado a una política proteccionista para salvar a sus economías del descalabro productivo.

La opción puesta en marcha en la Argentina no difiere demasiado de la adoptada por otros países dependientes de parecido nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas, en los que se lanzará el proceso de modernización que los economistas han consagrado como de “industrialización sustitutiva de importaciones”.

La particularidad del caso argentino consiste en que esos cambios se realizan bajo la dirección de la misma élite que había conducido la integración del país al modo de crecimiento del capitalismo mundial característico de la etapa anterior.

Hacendados poderosos, viejos caudillos urbanos o rurales, abogados, profesores de la universidad anterior a la Reforma, representantes de compañías extranjeras, abigarrados componentes de una judicatura descaradamente clasista y de un parlamento cada vez más formal constituirán los cuadros de una clase política decadente, incapaz de asumir la novedad de las tareas que la situación planteaba. Contribuir al derrocamiento de Irigoyen y su “chusma radical” había sido tarea simple; reconstruir al capitalismo argentino en un momento de crisis mundial desbordaba a esa caduca aristocracia criolla.

El primer esquema político abordado murió antes de nacer: el corporativismo proyectado por Uriburu, mucho más maurrasiano que fascista, si es que fuera lícito atribuirle bases teóricas a lo que sobre todo era una efusión políticamente incongruente, al punto que el candidato que tenía Uriburu “in pectore” para sucederle era Lisandro de la Torre.

A partir de allí, del fracaso de los jóvenes hijos de los conservadores que habían constituido el primer destacamento nacionalista y que inauguraban, al rodear al viejo general, su terco papel de “maquiavelos” en busca del Príncipe, comenzaría con mayor seriedad el operativo de reconstrucción. Porque la década, en rigor, comienza en 1932, con Agustín P. Justo en la presidencia.

A partir de entonces el régimen se estructurará sobre una doble realidad de poderes que terminarán destruyéndose mutuamente. La crisis no será, como en un principio fue pensado por la élite dominante, un paréntesis de enfermedad en un organismo fundamentalmente sano. Pronto quedaría de-

mostrado que los automatismos del mercado no alcanzaban para hacer retornar las cosas a la situación económica anterior, porque la depresión internacional lo que indicaba era una ruptura profunda en el capitalismo, su ingreso a una nueva fase. Para las clases dominantes argentinas —que habían sido socias preferenciales en la etapa anterior de reproducción mundial del capitalismo— el reajuste implicaba la necesidad de abandonar el llamado libre juego de los mecanismos económicos y también sus articulaciones políticas. Con Justo nace el Poder ejecutivo moderno, esto es, la convicción de que ese aparato y no en el parlamento está dada la posibilidad de centralizar las negociaciones entre las fracciones de clase, a través de la presencia de un personal tecnocrático.

A partir de Justo el estado será la resultante de un pacto entre los grandes grupos económicos organizados, una tecnocracia incipiente que para protegerse de los avatares de la política inmediata tiene su cuartel general en el Banco central, y las Fuerzas armadas. El parlamento y el sistema de partidos perderán peso como mediadores, en primer lugar porque su representatividad era casi nula como resultado del fraude sistemático que caracterizaba a los mandatos. Pero esta subordinación de la base partidaria del pacto estatal (que en el fondo significaba un repliegue de las viejas formas de la política con todos sus vicios) iba a traer como consecuencia una contradicción ingobernable para los sucesores de Justo: Ortiz, primero, que busca infructuosamente el camino de una mayor racionalidad para el sistema y es derrotado por la aristocracia política conservadora, y Castillo, luego, representante contumaz de esta última que hará estallar la crisis política general.

Toda esta operación habrá de desarrollarse —y ésta es la otra cara de la década— en medio de la ausencia de intervención política real de las clases populares. Mientras los socialistas funcionaban como “oposición de Su Majestad” en el parlamento, los radicales entendían muy poco de lo que estaba pasando en la sociedad y agotaban su actividad en invocaciones más o menos retóricas sobre la libertad de sufragio. El sindicalismo y el Partido comunista se enredaron en la misma confusión y desde un clasismo aséptico o un democratismo genérico (según los momentos) mostraron una absoluta incapacidad para entender los cambios que se estaban produciendo y para promover una alternativa a partir de esa misma historia en construcción. Será vano buscar en la izquierda, en los partidos democráticos o en el sindicalismo algún proyecto integral opuesto al oficial. La lucha, ciertamente librada en condiciones muy difíciles, estaba compuesta por escaramuzas de defensa corporativa o demoliberal sin ningún proyecto hegemónico sosteniendo esa batalla por reformas.

Sin embargo, una historia silenciosa se estaba levantando a espaldas de todos esos protagonistas. La Argentina de la modernización conservadora alumbrará, a partir de 1935, la expansión social de la clase obrera industrial en un proceso vertiginoso, inabsoible, que se incendiará como lucha política en la primavera del cuarenta y cinco.

Por eso este suplemento, que pretende presentar un panorama ciertamente muy incompleto de “los años de la crisis”, enlaza dos fechas: el 6 de septiembre de 1930 y el 17 de octubre de 1945. Lo hace porque toda historia es siempre múltiple y compleja. Si el 17 de octubre es la negación del proceso que empezó con Uriburu lo es porque sus fuerzas emergieron, como contradicción, en el interior de la descomposición del régimen, autoproduciéndose calladamente como partes de esa sociedad que crecía. No vinieron de fuera de aquel presente; no las traía a la historia un remoto “ser nacional” oculto hasta el momento de su revelación. El giro del cuarenta y cinco tiene que ver con las formas en que surgen los movimientos históricos en las situaciones de crisis, al recomponer en un solo estallido fragmentos dispersos y por eso ignorados de nuevas estructuras y de nuevas voluntades.

¿Por qué repensar ahora una década como la del treinta? Quizás en nuestra Argentina de hoy se estén dando mutaciones parecidas y quizás, también, persista la sordera ante esas nuevas voces que, sin embargo, no serán ya más expresadas por los viejos discursos.

JCP



Transformación social y crisis de la política

Juan Carlos Portantiero

En la mañana del cuatro de junio de 1943 la convención del Partido democrata nacional debía iniciar las sesiones en las que sería proclamada la fórmula presidencial integrada por Rubustiano Patrón Costas (conservador salteño) y Manuel de Iriondo ("antipersonalista" santafesino); en medio del descrédito general nadie dudaba que ambos prohombres del régimen ocuparían a partir de 1944 las primeras magistraturas de la república: el "fraude patriótico" garantizaba los resultados.

Pero la convención no pudo reunirse jamás: a la misma hora de su convocatoria las tropas marchaban desde Campo de Mayo a la Casa Rosada. Un heterogéneo golpe militar acababa de estallar y de él habría de surgir, tras zigzagueos, idas y vueltas, una nueva edad en la historia argentina que sepultará a personajes valetudinarios como Patrón Costas y como Iriondo pero también a las estructuras sobre las que se sostenían.

La emergencia militar de junio del 43 y dos años después la movilización obrera y popular del 17 de octubre certificarían la crisis insalvable de un sistema político, la decadencia de una forma de encarar, por parte de élites de variado signo, las relaciones entre sociedad y estado.

La crisis será, así, crisis de una forma de la política. Porque los acontecimientos que se mueven entre 1943 y 1945 no destruirán solamente al sector gubernamental de ese sistema político sino también a las fuerzas que buscaban ser la oposición dentro del mismo. Salvo los radicales (aunque también amputados a través de sucesivos fraccionamientos) el resto de los partidos políticos que protagonizaron la década virtualmente desaparecieron: conservadores, antipersonalistas, socialistas y demócratas progresistas sucumbieron al promediar los años cincuenta. El comunismo, que parecía crecer impetuosamente entre 1935 y 1945, no recuperó jamás ese impulso y devino una fuerza minoritaria sin anclaje sólido en la clase obrera y sin rumbo político.

La crisis que precipitó el golpe militar del 43 fue, sin dudas, una crisis en el interior de ese sistema político, incapaz de gobernar a una sociedad que se estaba transformando, salvo a través de la receta de la violencia y la corrupción.

Hablar de una crisis implica hablar, previamente, de un sistema que, al desagregarse, entra en crisis. ¿Cuál era ese sistema? ¿Cuáles sus reglas? ¿Cuáles los pactos sobre los que buscaba estructurarse?

Entre 1862 y 1930 la burguesía argentina intenta la aventura —exitosa— de fundar un estado liberal: son 62 años de estabilidad institucional que construyen un "orden conservador" (como ha sido calificado por Natalio Botana en el excelente libro con ese título) que permiten a la burguesía local colocar a la Argentina —dentro del equilibrio mundial anterior a la crisis del 30— como octava potencia mundial.

En el momento culminante de

ese ciclo, un presidente conservador perteneciente al grupo más modernizante de la coalición que desde Roca controlaba al país, pretende ampliar las bases de ese liberalismo oligárquico abriendo las compuertas del sistema político a la principal fuerza de oposición nacional: el radicalismo. El socialismo, como grupo puramente urbano que no podía alterar el equilibrio global del sistema, tendría también por esos años su legitimación: en 1913 ganaba las elecciones para diputados en la Capital. El propósito de Sáenz Peña en 1912 era superar, de manera transformista, la crisis política del sistema, notablemente aguda entre 1905 y 1910 mediante la introducción en el interior del liberalismo de algunos reclamos democráticos, en primer lugar el sufragio libre. Sáenz Peña buscaba crear las condiciones para construir la hegemonía burguesa de la manera en que ella se consolidara en Europa: permitiendo la absorción por el liberalismo de ciertos temas de la democracia. El experimento implicaba terminar con el ciclo de los "gobiernos electores", identificado con la figura de Roca, el verdadero fundador de la república oligárquica quien, en 1913, calificaba a los reformadores como "líricos, ingenuos", mientras advertía: "Ya veremos en que se convierte el sufragio libre cuando la violencia vuelva a amagar". La inmediata expansión del sufragio provocada por la ley Sáenz Peña vino a demostrar hasta qué punto la sociedad estaba ya preparada para el ejercicio electoral: en 1910 el porcentaje nacional de votantes era del 21%, en 1912 la cifra subió al 69%.

En 1916 el conservadurismo pierde la presidencia de la república y se abre, hasta el golpe militar del 30, el ciclo radical que ampliará la participación en el sistema político incorporando al pacto estatal a nuevos actores, pero que agotará sus metas en esa redistribución sin preparar al país para el inevitable fin de una era cuyo anuncio, para el capitalismo mundial, había sido la guerra del 14. Entretanto, el espejismo

de la *belle époque* no perdía vigencia: un autor británico escribía —en 1929— que "Argentina es hoy en día uno de los países más estables y ordenados no sólo en América sino también en el mundo; es uno de los pocos estados donde una revolución es tan poco probable como en la misma Inglaterra" (citado en Darío Cantón, *El Parlamento argentino en épocas de cambio: 1890-1916 y 1946*, p. 13). Por su parte José Vasconcelos, viajero a la Argentina por esos mismos años, concluirá así las páginas de *La raza cósmica*: "La Argentina tiene todavía por delante muchos problemas que resolver, como los tienen todos los demás pueblos; pero la Argentina tiene los problemas de un país civilizado, mientras que nosotros tenemos enfrente el problema primordial de civilizarnos. La Argentina es el primer éxito firme de la civilización española en el continente latinoamericano; loado sea ese éxito y ojalá que todos procuremos igualarlo y superarlo; pero hoy, y quizás por mucho tiempo, la Argentina será el faro de la noche hispanoamericana. De allá se vuelve con esperanza y con fuerza."

El ingreso de Argentina a la crisis mundial capitalista barrerá con esas certezas aparentemente invulnerables: la caída de Irigoyen habría de marcar el comienzo del fin del estado liberal en la Argentina. Reparecerán desde el 6 de septiembre todos los fantasmas de un tiempo que se creyó muerto en 1916: el viejo conservadurismo intentará la reconstrucción de la república oligárquica a partir de 1932, luego de los frustrados devaneos corporativistas de Uriburu. En ese proyecto, Justo tratará de ocupar el lugar fundador que había tenido Roca y, repitiendo el ciclo hasta en ese detalle, Ortiz buscará ser Sáenz Peña. Ciertamente todo sucedió en un lapso mucho más breve: en 1945 un segundo gran movimiento popular, pero cuya base ya no sería la libreta de enrolamiento sino el carnet sindical, cerraría esta restauración.

Pero esta última palabra no defi-

Congreso constituyente de la CGT

Se reunió los días 31 de marzo y 1 y 2 de abril de 1936. Entre sus resoluciones dice el Preámbulo de los estatutos.

"La Confederación general del trabajo declara:

Que el actual régimen social capitalista, fundado en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, es para la clase trabajadora una permanente causa de explotación, injusticia y miseria.

Que la evolución de la sociedad capitalista puede ser acelerada por la clase trabajadora, teniendo en ésta también un modo de evidenciar su importancia social, técnica y económica, y de acentuar su influencia en el gobierno de los intereses de clase y preparar su emancipación, creando un nuevo régimen social fundado en la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio.

Sin excluir ningún medio eficaz de lucha, la Confederación general del trabajo llama a la clase trabajadora a organizarse en el terreno sindical para conquistar, desde luego, mejores condiciones de trabajo y remuneración, hacerse respetar por la clase patronal y bregar por la completa emancipación del pueblo productor de acuerdo con el siguiente estatuto."

ne bien lo que pasó en la década. ¿La década del treinta puede ser calificada meramente como una restauración? En rigor, y bajo el control de los conservadores, la Argentina burguesa se reorganizará para adecuarse a las nuevas condiciones que generaba la Gran depresión. Esa reorganización implicará modificaciones profundas en la estructura social del país que de ninguna manera se agotan en la imagen de una vuelta al pasado. La Argentina contemporánea vive todavía hoy, en muchos de sus rasgos, de las transformaciones puestas en marcha durante esos años. Pese a la ruptura que implicó la etapa peronista, las respuestas que las clases dominantes elaboraron para superar la crisis del treinta dejaron huellas profundas. En rigor, los que ahora han entrado en crisis son los esquemas de adaptación de la Argentina al reordenamiento mundial capitalista que abarcan los veinticinco años posteriores a 1930.

Bajo control de la vieja elite conservadora (y es esta presencia la que sellará, con la fuerza del sentido común, la imagen de la "restauración") la Argentina, entre 1933 y 1943, sufrirá transformaciones notables, asociadas, como he señalado, a la crisis del estado liberal.

Esto último será particularmente claro en el nivel de las relaciones entre estado y mercado, esto es, en la forma de gobierno político de la economía. Con el ascenso de Justo a la presidencia, en 1932, la fracción más poderosa de la burguesía agraria —el riñón de la oligarquía argentina— tomará las riendas del estado. En mayo de 1933 el Imperio Británico y la Argentina suscribirán el pacto Roca-Runciman que aseguraba a esa fracción —los ganaderos "invernadores"— la cuota de exportaciones de carnes al mercado inglés en los niveles anteriores al estallido de la crisis, mientras desamparaba al resto de los productores agrarios, consolidando así una división profunda en el sector rural que estará en el núcleo de las contradicciones políticas de la década. Ni la actitud en el senado de Lisandro de la Torre ni buena parte de la oposición mantenida por el radicalismo durante el período, podrían ser explicados sin recurrir a esa base material de fragmentación objetiva de intereses en el frente agrario.

A partir de esta consolidación de sus metas económicas, la fracción de los hacendados "invernadores" será capaz de conducir un proceso de reconversión del que surgirá la expansión de un sector industrial moderno y de un nuevo proletariado.

El instrumento para operar esa transformación es el estado que desde 1933 —momento de instalación de Federico Pinedo en el Ministerio de hacienda— comienza a intervenir en el mercado poniendo fin al modelo liberal de gobierno de la economía. El equipo tecnocrático que rodea a Pinedo —señaladamente el joven Raúl Prebisch, cuyas huellas están en todas las iniciativas económicas de la época y en la literatura oficial con que ellas son explicadas— comenzará a aplicar un keynesianismo *avant la lettre*, tratando de ajustar los proyectos locales de crecimiento a la opción, entonces proteccionista, con que los países imperialistas acomodaban su salida a la Gran depresión. En 1940 Pinedo resumía ante el Senado el sentido de esa política: "No creemos que sea posible ni conveniente cambiar las bases económicas del país [...] No pensamos llegar a una industrialización total, masiva del país [...] La vida económica del país

Congreso de la Unión sindical argentina (USA)

Este Congreso se realizó el día 15 de mayo de 1937; asistieron 42 sindicatos, más dos con carácter consultivo. Aprobó la siguiente *Declaración de principios*:

"Que la estructura económica o modo de producción de la vida material determina toda la superestructura jurídica, política y social de la sociedad, correspondiendo el dominio de ésta, exclusivamente a la clase social dominante en el campo de la economía.

Que la existencia de dos categorías o clases sociales, detentadora la una de los medios de producción, suelo y subsuelo y de trabajadores asalariados la otra, origina el actual antagonismo que se expresa en la moderna lucha de clases.

Que ese antagonismo se presenta irreductible en la diferenciación económica, jurídica y social de cada agente de producción: capitalistas y asalariados, y da a los primeros la preeminencia en todos los órdenes de esas actividades que se resumen en el estado capitalista.

Que el sistema de producción mercantilista, resultante del monopolio de los medios de producción presenta en el ordenamiento social actual una insoluble e irreconciliable contradicción entre el carácter social de la producción y la forma capitalista de la apropiación, cuyo signo fundamental es el perenne conflicto entre la producción y el consumo.

Que esas características y contradicciones propias del actual sistema son las generadoras de las crisis con su secuela inevitable de armamentismo, guerras, paros forzados, miseria, régimen de fuerza y de la opresión que sufre la clase trabajadora.

Que esas crisis que fueron frecuentes y generales y que hoy asumen carácter definitivo cuya extensión y profundidad afectan a toda la economía mundial, revelan el absurdo sistema imperante y se presentan como crisis de sobreproducción, resultando de ello una verdad axiomática y social para los mismos creadores de esa riqueza.

Que siendo ello un fenómeno propio del sistema de producción vigente, sólo un cambio fundamental del mismo podría superar, económica, social e históricamente, las contradicciones que lo caracterizan y los antagonismos sociales que provoca, resolviéndose en un todo social armónico en el cual la producción y distribución estén en consonancia con la exigencia del progreso y la civilidad humanas.

gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exportador. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa rueda maestra, pero estamos en condiciones de crear, al lado de ese mecanismo, algunas ruedas menores que permitan cierta circulación de la riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel del pueblo a cierta altura."

Carlos Díaz Alejandro en sus *Ensayos sobre la historia económica argentina* consigna algunos datos que ilustran acerca de esa transformación: el valor agregado por la manufactura argentina se expandió un 62% entre 1932 y 1939 y el PBI en esa última fecha estaba casi un 15% por encima del de 1929 y un 33% más alto que el de 1932.

Pero esta reorganización del capitalismo, expresada por una política económica que por primera vez colocaba a la industria explícitamente como un elemento dinámico del sistema, superando el dilema entre proteccionismo y librecambio que había dividido antes de la crisis a agrarios e industriales, y que recomponía el cuadro de las alianzas de clase al marginar a un sector rural mientras favorecía la emergencia de una coalición entre grandes industriales, compañías financieras y hacendados poderosos, se sostenía políticamente sobre un endeble esquema de violencia y corrupción.

Entre 1932 y 1938 Justo cree que el pacto entre conservadores y radicales antipersonalistas (con la presencia subordinada de socialistas y demócratas progresistas que aprovechan la abstención electoral del radicalismo) alcanza para dar barniz parlamentario a un sistema político que vive en realidad del sostén que le dan las Fuerzas armadas y los grandes grupos organizados del po-

der económico. Pero ese modelo era insanablemente frágil porque no podía sostenerse sino sobre la base del fraude electoral y la represión de toda manifestación de protesta social.

Cuando a partir de 1935 el sistema productivo se recupera de la crisis y los datos sociales, políticos y culturales de la Argentina comienzan a mostrar la magnitud de los cambios con respecto a la década anterior, la ilegitimidad de ese poder conservador montado sobre la corrupción política comienza a desmenuarse. El proceso será rápido: la decadencia de la élite política mostrará el rostro de su irracionalidad estamental frente a la racionalidad de clase de quienes gobernaban la economía. Pero esta contradicción era inevitable, aunque algunos azares habrán de precipitarla. Hacia el final de la década el sistema busca generar un nuevo Sáenz Peña que lo saque de ese marasmo crítico incapaz de articular un modelo de desarrollo económico con un modelo de hegemonía. Ese será el momento —fugaz— de la operación transformista que intenta llevar a cabo Ortiz, el sucesor, también fraudulento, de Justo. Hace pocos meses un libro de Félix Luna (*Ortiz, reportaje a la Argentina opulenta*) vino a rescatar el enorme interés histórico del breve paso —poco más de dos años— de Ortiz por la presidencia.

A partir de 1935 varios elementos de la realidad política tenderán a modificar el cuadro de situación. Por un lado, el radicalismo irá abandonando su posición abstencionista; por el otro, el movimiento obrero y dentro de él el Partido comunista comenzarán un proceso de ascenso sostenido de sus luchas, tras la recuperación posterior a la crisis. Es el momento, además, en que podero-

Que para estos fines el proletariado debe organizarse en el sindicato, agrupación que vincula por intereses a todos los trabajadores frente a su enemigo común: el capitalismo, con prescindencia de sus particulares concepciones políticas, filosóficas o religiosas.

Que para conseguir los propósitos inmediatos de mejoramiento sindical debe conservar su carácter autónomo, única forma de asegurar la unidad del proletariado en su lucha liberadora concretada en el principio de la Internacional: La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.

Que el sindicato aislado no representa la suma del poder de conquista de la clase obrera, antes bien: si pretendiera permanecer desvinculado del conjunto de las organizaciones, cometería el mismo error que el obrero que confía su liberación a la eficacia de su acción individual: por tanto deberá vincularse orgánicamente en escala nacional e internacional en igualdad de derechos e igualdad de deberes a los fines de hacer más potente y eficaz sus acciones inmediatas y mediatas frente al capitalismo;

En consecuencia, proclama:

La necesidad ineludible de restablecer la unidad sindical de la clase trabajadora del país, sobre la base indeclinable de la autonomía en sus organizaciones sindicales y los principios de la lucha de clases.

Que la única garantía para la unidad sindical y la necesaria convivencia para el avance de la organización obrera, ofrécela su independencia, sin que esta posición implique desconocer o invalidar el derecho inalienable de cada obrero sindicado a exponer o propagar sus especiales puntos de vista, siempre que ellos no entren en conflicto con los fines que persigue la organización obrera y se ajusten a los postulados de la clase proletaria y confíen en sus propias fuerzas desarrollando su actividad dentro del método de lucha de acción directa, respetando la condición y característica de cada organización adherida.

A continuación se aprueban los estatutos, en cuyo artículo 52 se establece que 'El secretario y todos los miembros del C.C. tanto titulares como suplentes no podrán ser candidatos a ninguna función política; aceptar candidaturas de este género implica la renuncia inmediata de su cargo. Esta disposición rige también para los delegados del C.C. en gira de propaganda y los delegados a los Congresos.'

Nombre de la central. Se resuelve denominar la nueva central *Unión sindical argentina*, por entender, dijo el delegado proponente, que ese nombre 'sintetiza una vieja idealidad de la clase trabajadora y que fue disuelta en mala forma'.

Se pasa a designar el Comité central que queda formado de esta manera y cuyos cargos quedan finalmente así: Secretario general, Fortunato Marinelli; secretario administrativo, Modesto Orozco; secretario de propaganda, Pedro Petrocelli; tesorero, Atilio Biondi; prosecretario, M. Olivetta; vocales: Luis F. Gay, José Rita Luz, Diego Bagur, A. Yácomo, N. Varela, Antonio Aguilar, Rodolfo Almeida, Laureano Carril, Oscar Ruggiero, Oscar Rossi; revisores de cuentas: Sebastián Ferrer, José Cabrera, José A. Mendoza."

Los factores internacionales comenzarán a operar: ideológicamente, primero a raíz de la guerra civil española y luego por la expansión nazi en Europa, el tema de la democracia y el fascismo comenzará a distinguir a las fuerzas políticas locales hasta transformarse en un gravitante elemento de convocatoria interna. Esta división cortará a las fuerzas políticas pero, sobre todo desde 1940, también al ejército hasta entonces baluarte inmovible de la voluntad de Justo.

De este panorama, mucho más complejo aún (al que debe sumarse la intensificación de las fricciones interimperialistas en relación con la Argentina) tratará de hacerse cargo Ortiz, quien advierte que si el funcionamiento del sistema político no cambia, si no se amplía la base del pacto estatal, la situación se tornará ingobernable a corto plazo.

Su proyecto no es de ningún modo democrático: postula una transformación desde arriba que, como en 1912, sea capaz de hacer más fluida la relación entre estado y sociedad, dotando al primero de una mayor capacidad de absorción con respecto a las fuerzas excluidas en el acuerdo político del que el propio Ortiz había surgido.

Es sabido que una clase social sostiene su dominación sobre la pura violencia cuando "satura" su posibilidad de incorporar fuerzas nuevas y pierde capacidad expansiva; la resultante de esa situación es un semi-estado que no alcanza para consolidar una dirección estable sobre la sociedad. Este agotamiento del impulso estatal de una clase tiene siempre como motivación inmediata a causas políticas y no metafísicamente económicas: sea el crecimiento de la movilización autónoma de las clases subalternas, sea la

imposibilidad de una élite para construir un modelo de hegemonía que implique el sacrificio de intereses estamentales.

El diagnóstico que hace Ortiz es el segundo: la "Concordancia", el pacto político entre conservadores y radicales "antipersonalistas", no alcanza ya para contener la necesidad de representación de las fuerzas sociales emergentes: es insanablemente ilegítimo y proyecta su ilegitimidad sobre el conjunto del estado. La receta es, a partir de ahí,



clara: la "vieja política" deberá replantarse, dada su incapacidad para deshacerse de intereses corporativos que ponen en cuestión la expansividad del sistema y tienden a disgregarlo.

Su proyecto —que comienza a implementar mediante la anulación de dos elecciones fraudulentas en San Juan y Catamarca y que culminará con el envío de la intervención federal, por las mismas razones, a la provincia de Buenos Aires, el principal de los feudos conservadores— busca, en primer término, desmantelar los núcleos fundamentales de

la corrupción política sostenidos sobre el "fraude patriótico". En segundo lugar, se lanza a una intensa política de captación de los radicales —sus ex correligionarios— liderados por Alvear, de quien había sido ministro, para tratar de fundar un pacto estatal sobre nuevas bases. El éxito parece acompañarlo y no sólo en su acercamiento con los radicales sino también con los socialistas (proyecta ofrecerles una cartera en su gabinete) y aun con el movimiento obrero, que se recuperaba después de 1935, con el que empieza a tener, a través de emisarios, algunas conversaciones, y con el partido comunista, también en pleno crecimiento de sus fuerzas, que considera públicamente a Ortiz como una garantía para la normalización constitucional.

Las repercusiones locales del enfrentamiento internacional entre el Eje y los Aliados favorecen esta operación transformista. El general Justo —que en el mejor estilo roquista le había transferido el gobierno a Ortiz en el sobreentendido que éste le devolvería el cetro en 1944— se ha convertido en vocero de la causa antinazi y eso, de algún modo, lima sus diferencias con Alvear que en el radicalismo ha tomado activamente la misma posición. Justo, como reconocido líder del ejército; Alvear como principal figura de la oposición y Ortiz, con el poder que le otorgaba el control del gobierno, tendrían que ser los puntales de ese proyecto de reorganización política que se proponía articular, al modelo de desarrollo formulado por Pinedo y su incipiente tecnocracia representada por Prebisch, un modelo de hegemonía.

Pero Ortiz deberá, a mediados de 1940, por razones de enfermedad, delegar al mando en su vicepresidente, el conservador Castillo. El

camino comienza a ser desandado a partir de una revisión puntual de todos los pasos emprendidos, que tiende a recomponer los mecanismos —empezando por el fraude que es otra vez escandaloso en dos elecciones provinciales que se realizan bajo Castillo— que caracterizaban al momento que Ortiz quería superar: la "vieja política" no entregaba fácilmente el terreno.

Todavía en 1940, con Ortiz ya alejado del gobierno, Pinedo, otra vez ministro de Hacienda, intenta volver al cuadro de alianzas proyectado por aquél al negociar con los radicales —personalmente con Alvear— su Plan de reactivación económica que buscaba complementar, en el terreno de la economía, el plan político de Ortiz. El plan, que se planteaba el estímulo de las actividades industriales mediante una política de créditos y protección frente a la competencia extranjera, al tiempo que promovía la compra por el estado de los excedentes agrícolas y la formulación de un programa de viviendas, era ambiguo: simultáneamente expresaba las bases de acuerdo probable entre los grupos económicos dominantes durante la década y prefiguraba la posibilidad de nuevas alianzas. Mientras tranquilizaba a la élite de hacendados ligada a Inglaterra, abría las puertas para negociaciones con los Estados Unidos, deseadas por la gran burguesía industrial y financiera y por el sector de propietarios rurales vinculados con el radicalismo. Su remate debía ser un reforzamiento del intervencionismo estatal y su supuesto político el gran acuerdo planeado por Ortiz. Pero el Plan Pinedo cayó en el vacío: en la Argentina de Castillo el compromiso político que debía sustentarlo no podía ya construirse.

Ortiz finalmente muere en julio



de 1942. En marzo de ese año desaparece Alvear; en enero de 1943, Justo. Cuatro años antes se había suicidado Lisandro de la Torre. Toda posible reforma del sistema desde adentro había quedado sin líderes. Durante el proceso en que trata de recomponer la dirección puramente conservadora del gobierno, Castillo, para enfrentar al poder militar de Justo, había alentado al sector neutralista del ejército que mezclaba confusamente los viejos anhelos proindustriales y nacionalistas de las Fuerzas armadas con una visión autoritaria de la política teñida en lo internacional por fuertes simpatías hacia los alemanes. Serán esos militares, montados sobre el descreimiento ciudadano ante un sistema político hipócrita y corrupto, quienes devorarán a Castillo y, con él, a toda una década. Sobre el fracaso del transformismo y los escombros de la política, la Argentina comenzará un nuevo ciclo. En su

transcurso se modificarán no sólo los protagonistas políticos sino también los actores sociales.

Esa sociedad que comenzó a transformarse impetuosamente en la década del treinta buscará finalmente una expresión estatal que ninguna de las fuerzas que integraban el sistema político —gubernamentales y opositoras— era capaz de darle. La reestructuración de la sociedad, operada por la industrialización, logrará proyectarse en la transformación del pacto estatal: el estado mantendrá y acrecentará sus rasgos intervencionistas, pero modificará el sentido de esa regulación sobre el mercado, colocándolo como ordenador de la misma al intervencionismo social. La crisis del estado liberal será entonces total: nacerá el estado benefactor como especificación del estado intervencionista. Claro que los militares del 43 no pensaban en esto cuando derrocaron al régimen: Perón deberá arduamente convencerlos y sólo lo logrará cuando incorpore en 1945, por primera vez en la historia argentina, a las masas organizadas y desorganizadas, a ese proletariado industrial en fusión que la década anterior había generado, como elemento activo de resolución de una crisis política. Mientras esto pasaba, todos los actores del sistema político de los 30 iban a seguir evocando los temas en los que habían quedado fijados: conservadores, radicales, socialistas y comunistas hablarían, desde la Unión democrática, para un país que agonizaba.

alianza editorial mexicana

ALIANZA UNIVERSIDAD

E.H. CARR

HISTORIA DE LA RUSIA SOVIETICA

LA REVOLUCION BOLCHEVIQUE (1917-1923)

1. La conquista y organización del poder [AU 15]
2. El orden económico [AU 19]
3. La Rusia soviética y el mundo [AU 35]

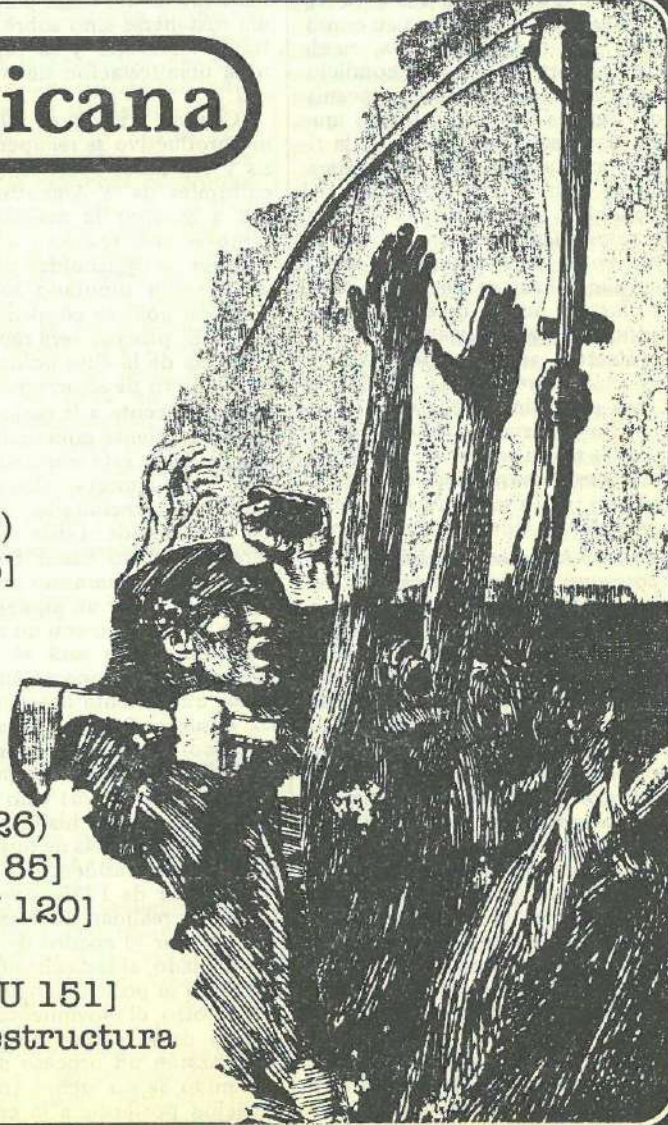
EL INTERREGNO (1923-1924) [AU 75]

EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS (1924-1926)

1. El escenario. El renacimiento económico [AU 85]
2. La lucha en el partido. El orden soviético [AU 120]
3. Las relaciones exteriores

Primera parte La Unión Soviética y Occidente [AU 151]

Segunda parte La Unión Soviética y Oriente. La estructura de la Comintern [AU 152]



Los comunistas en los años treinta

José Aricó

1. Por muchos motivos es útil reflexionar sobre los años treinta si frente a la historia nos esforzamos por mantener una actitud crítica y no complaciente. Negándonos a admitir en los hechos una necesidad absoluta, podemos reconocer que lo que fue tuvo razones para serlo, pero que no por ello las demás combinaciones hubieran sido imposibles. La conquista de las masas por el peronismo en los años cuarenta no estaba ya inscrita en la lógica de los acontecimientos desatados por la crisis del treinta. Y si esto es así vale la pena reflexionar por qué existiendo condiciones relativamente favorables para una conquista de esas masas por la izquierda argentina, y más en particular por el comunismo, los hechos ocurrieron de manera distinta y la década de mayor presencia comunista en la vida política nacional concluyó en su radical apartamiento de la conciencia y de la práctica política del proletariado y de las clases populares argentinas.

Reconstruir la historia de esos años resulta de todas maneras una tarea difícil por el hecho mismo de que el peronismo implicó una transformación tan radical de la relación entre movimiento obrero e historia nacional que todo un pasado de luchas del proletariado argentino por conquistar su autonomía teórica y política ha quedado silenciado, oscurecido o por completo deformado en el interior de una historia mítica que reconoce en los sucesos tumultuosos e inesperados del 17 de octubre de 1945 el acto fundacional, casi *ex nihilo*, de la presencia en la vida nacional de la clase obrera y de las masas populares argentinas. El hecho de que la historiografía peronista haya prolongado hacia el pasado esa presencia protagónica de las masas, pretendiendo reencontrarla con la misma significación y pureza en muchas otras etapas de la historia nacional, no es sino una manifestación más de ese anacronismo fatalista que convierte a lo real en la mera encarnación de una racionalidad subyacente ya desde la noche de los tiempos. La historia permanentemente discontinua de las clases subalternas se trasmuta así en un falso *continuum* en el interior del cual la trama viva de los hechos es desarticulada caprichosamente y luego recompuesta en función de propuestas políticas determinadas.

Retornar al examen de los años treinta significa ineludiblemente admitir la presencia de dos hechos de fundamental importancia para poder explicar luego el surgimiento del peronismo: 1] el proceso de unificación sindical, y hasta cierto punto político, de la clase obrera, con el consiguiente reforzamiento de su tendencia histórica a la conquista de su autonomía e independencia frente al resto de la sociedad y del estado; 2] el peso creciente que en dicho proceso tuvieron las organizaciones de izquierda, y más en particular los comunistas, quienes mostraron una capacidad desconocida en los años veinte para la construcción de estructuras sindicales "modernas". Es evidente que estos hechos reconocen como punto de partida las profundas transformaciones

operadas en la sociedad argentina a partir de la crisis de 1929, que modifican radicalmente las relaciones entre economía y política, entre estado y clases sociales, y que dan inicio a un proceso de acumulación capitalista con características tales que a la vez que ampliaba la extensión y concentración de la clase obrera industrial y de servicios, consolidaba un ordenamiento institucional y político tendiente a excluir la de sus beneficios. Pero lo que nos interesa destacar es que por esos años se manifiestan en el Partido comunista —y en menor medida en el socialista— ciertos cambios en su estrategia y táctica que le permiten adecuar a la nueva situación sus propuestas políticas y sindicales de modo tal que en la segunda mitad de la década del treinta pueden ambas corrientes detentar una posición relativamente hegemónica en el movimiento sindical argentino. El segundo tema a indagar —o por lo menos plantear— es el de las limitaciones existentes en el interior de esa nueva política como para que, producida la revolución de 1943, o en los años que la precedieron, dicha capacidad hegemónica se fuera extinguiendo y entre movimiento obrero e izquierda se abriera una fisura nunca jamás suturada.

Los comunistas y el 17 de octubre

Entraba el número anterior en prensa cuando, desde Avelaneda, salían, en dirección a la Capital, las primeras bandas armadas del peronismo, obedeciendo a un plan de acción dirigido por el coronel y sus asesores nazis. El plan se reveló en toda su audacia el día 17. Las bandas armadas del peronismo entraban en acción para sembrar la confusión y el terror en la población desprevenida, con el propósito de crear el clima favorable para un nuevo golpe sorpresivo al gobierno [...] El peronismo logró engañar a algunos sectores de la clase obrera, pequeños por cierto, en especial a jóvenes y mujeres recientemente incorporados a la producción y del interior, a quienes no había llegado la prédica democrática por la represión del movimiento obrero y popular. Esos sectores engañados de la clase obrera fueron en realidad dirigidos por el maleaje peronista que, repitiendo escenas dignas de la época de Rosas, y remedando lo ocurrido en los orígenes del fascismo en Italia y Alemania, demostró lo que era arrojándose contra la población indefensa, contra los hogares, contra las casas de comercio, contra el pudor y la honestidad, contra la decencia, contra la cultura, e imponiendo el paro oficial, pistola en mano y la colaboración activa de la policía que, ese día, y al día siguiente, entregó las calles de la ciudad al peronismo bárbaro y desatado. A pesar de todo esto, no logró el peronismo ni la décima parte de lo reunido el día 19 de septiembre, pese a todos los obstáculos, por la Marcha de la Constitución y de la Libertad.

[en *Orientación*, órgano oficial del Partido comunista, año X, núm. 310, 24 de octubre de 1945. Editorial.]

2. En nuestra opinión, es posible explicar el relativo éxito del Partido comunista en su inserción sindical admitiendo como punto de partida el efecto paradojal que tuvo durante cierto tiempo la aplicación de la línea de "clase contra clase" instituida por la Comintern desde su VI Congreso mundial (1928). No es el caso explicar aquí las características esenciales de esa línea que tendía a enfrentar a los comunistas con las corrientes de izquierda del proletariado europeo y con todos los movimientos nacionales populares en los países dependientes. Tampoco corresponde abundar en ejemplos acerca de cómo su aplicación fue en

buena parte responsable de la derrota del movimiento obrero mundial —signada entre otros hechos por el ascenso de Hitler al poder y la destrucción política y física de la izquierda alemana desde 1933. Pero en las condiciones concretas de nuestro país, la circunstancia de que dicha línea planteara como tarea primordial una fuerte tensión organizativa y política hacia la conquista del proletariado, en un momento de descompaginación y cambios profundos de la sociedad argentina, permitió una suerte de "proletarización" acelerada de un organismo paralizado por el extremismo más primitivo. Los comunistas pudieron así romper el alvéolo pequeño burgués en que estuvo encerrada su actividad en los años previos a la crisis y pusieron todas sus energías y recursos, toda su capacidad organizativa en la reconstrucción de un movimiento al que las corrientes ideológicas que tradicionalmente lo habían dirigido mostraban incapacidad o renuencia de aglutinar. Al fracasado intento por lograr la unidad de la clase obrera destruyendo previamente las instituciones en las que históricamente aquellas se había estructurado, se sucedía ahora una estrategia que apuntaba a la organización de las nuevas capas de trabaja-

do, aunque también sufrieron persecuciones los anarquistas y por otros motivos las corrientes insurreccionales del Partido radical. Cientos de sus militantes debieron soportar cárceles y torturas, deportaciones y vejámenes de todo tipo. Es precisamente por esa época que se forma la Sección especial de represión del comunismo y se instituye como norma la tortura contra los presos políticos.

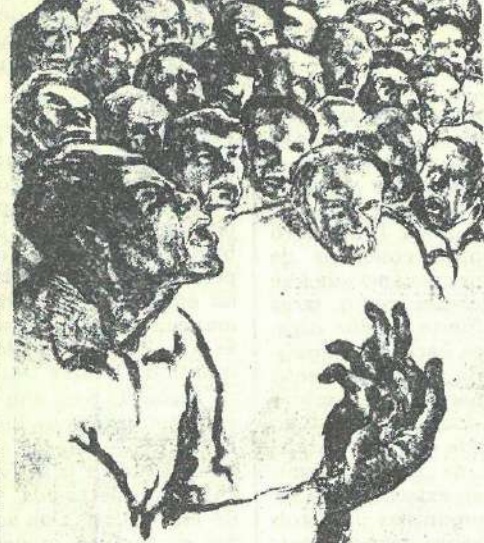
La debilidad con que las clases populares —y sus instituciones— respondieron a esta política de estabilización económico-financiera y de reconstitución expansiva del capitalismo, basada en la acentuación brutal de las desigualdades sociales, permitió o mejor dicho facilitó que las energías desplegadas por los comunistas en su tarea sindical lograra éxitos. Hacia mediados de los años treinta un bloque sindical de mayoría socialista pero con fuerte presencia comunista conquista la dirección de la CGT, imprimiendo un vigor desconocido a la actividad hasta ese entonces aletargada y burocrática de esa central. Con sólidas posiciones en textiles, madereros, alimentación, frigoríficos y otras ramas de la industria, los comunistas concluyen con un éxito sorprendente la mayor de sus proezas: la constitución de la Federación obrera nacional de la construcción, el más importante gremio de industria de la época, sólo superado en afiliados por la Unión ferroviaria. Entre 1935 y 1942 comparten con los socialistas la dirección de la CGT, es decir de la central mayoritaria de un movimiento sindical que, en las condiciones difíciles creadas por la manifiesta hostilidad del estado y de los patronos, ha logrado organizar alrededor del 30% de los obreros industriales.

Asimilando la experiencia del sindicalismo industrial de masas europeo y norteamericano, los comunistas —junto a las corrientes favorables a la reactivación de la actividad gremial germinadas en el interior del Partido socialista— contribuyen a crear las estructuras complejas y estables requeridas por la expansión del número de afiliados inscriptos en los organismos sindicales. Los viejos gremios de minorías militantes —es del caso recordar la persistente oposición de los anarquistas, por ejemplo, a la creación de redes de funcionarios permanentes y remunerados en los sindicatos— son sustituidos por nuevos organismos que responden más bien a las características que prevalecieron entre los trabajadores de servicio, características que, probablemente, son las que facilitaron la prolongada hegemonía lograda entre éstos últimos por las corrientes "sindicalistas". La eficacia con que condujeron las luchas económicas emprendidas por los gremios en los que tenían predominio resultaba ser así el producto de una concepción más correcta del papel de la movilización de masas como elemento decisivo en la potenciación de la capacidad negociadora del sindicato, pero a la vez del reconocimiento del estado como árbitro del conflicto. La acción sindical dejaba de corresponder a las pautas "de acción directa" características del sindicalismo de las tres primeras décadas del siglo, en un momento en que el estado practicaba una política cada vez más intervencionista en los conflictos entre el capital y el trabajo. Respetuosos de la autonomía sindical, enérgicos y honestos organizadores, hábiles negociadores frente a la patronal y el estado, los comunistas conquistaron por esos años un prestigio que entre algunos sectores logró perdu-

CELEBRACION DEL 1.º DE MAYO

Trabajadores del mundo, uníos FIESTAS RITUALS

La Jura Republicana... La Jura Republicana... La Jura Republicana...



Continúa... Continúa... Continúa... Continúa...

LA REDUCCION DE LA JORNADA

La reducción de la jornada... La reducción de la jornada... La reducción de la jornada...

Con más fe que nunca el proletariado debe reafirmar su decisión de vencer al enemigo

El mundo entero... El mundo entero... El mundo entero... El mundo entero...

MITIN DEL PRIMER DE MAYO... MITIN DEL PRIMER DE MAYO... MITIN DEL PRIMER DE MAYO...

rar hasta bien avanzado el proceso de control sindical peronista.

3. ¿Pero podríamos deducir de estos éxitos la aceptación por parte de sectores considerables de los trabajadores de la política global de los comunistas? La gravitación sindical conquistada...

do, es éste el significado que asume la fundación en 1945 del Partido laborista y su transformación en soporte electoral de masas de la candidatura de Perón.

El reclamo de participación obrera en las decisiones políticas más estrictamente referidas a su situación de clase... El reclamo de participación obrera en las decisiones políticas más estrictamente referidas a su situación de clase...

“vitar con absoluta independencia”. Lo cual no hacía sino reiterar una concepción de la relación entre política y sindicatos predominante en el gremialismo argentino...

Las explicaciones del fracaso de la izquierda, y más en particular de los comunistas, son diversas aunque giran en realidad en torno a dos líneas interpretativas fundamentales: la de los propios comunistas y la de sus críticos de izquierda.

En el caso de los comunistas, su visión del proceso está como siempre signada por la necesidad de defender una tradición de pensamiento, un grupo dirigente y un estilo de razonamiento y de acción política que hace recaer sobre las incomprendiciones de los demás...

miento de las posiciones en el campo obrero no tendrían su explicación única en la represión, “sino fundamentalmente en la aplicación de una política no siempre acertada que nos impidió influenciar y dirigir el movimiento obrero”.

Este razonamiento, aceptado en ese momento por buena parte de la militancia obrera comunista, tendía en última instancia a dar la razón al variado espectro de corrientes ideológicas y políticas que, desde la izquierda nacionalista del Partido radical hasta grupos provenientes de rupturas internas de los partidos comunista y socialista...

al propósito de destruirlo. Es decir, se olvidaron que “la lucha por las reivindicaciones de la clase obrera es para los comunistas irrenunciable en todo momento. No puede ser postergada y nunca debe subordinarse a ninguna otra cuestión. No siempre comprendimos (¡sic!) que el abandono de la defensa de las reivindicaciones de la clase obrera era una concesión de principios que no podía favorecer al movimiento unitario en su conjunto; más aún, que debilitaba sus posibilidades y daba armas al enemigo favoreciendo su demagogia y permitiéndole engañar a las masas” (Gerónimo A. Alvarez, op. cit., pp. 43-44).

4. Hay algo no obstante que distingue a las dos interpretaciones, al tiempo que muestra cómo en ambas subyace la misma concepción negativa del valor de la autonomía obrera. Dentro de una línea genéricamente aceptada como correcta, los comunistas —según Arnedo Alvarez— no se habrían esforzado lo suficiente por comprenderla: al subestimar el grado de influencia del peronismo entre los trabajadores y las

masas populares, eran arrastrados a "una apreciación incorrecta de las formas de dirigir la lucha contra la dictadura". Si para derrotar a la dictadura era preciso movilizar ampliamente a las masas, lo que los comunistas no lograron entender —según su Secretario general— es que la lucha reivindicativa desempeñaba un papel *político* excepcional. Pero la desempeñaba no por la posibilidad que abría de politizar la lucha económica sino simplemente por el hecho de que era factible de ser utilizada para precipitar la crisis del gobierno. Partiendo sin saberlo del mismo criterio de la manipulación de la lucha económica en pro de objetivos políticos, lo que Gerónimo Arnedo Alvarez reprochaba a sus compañeros era simplemente no haber comprendido su importancia.

Lo que sectores importantes de la izquierda siguen aún reprochándole al Partido comunista es haber intentado supeditar los objetivos propios de la clase obrera a los del bloque político objetivamente conservador de la Unión democrática, cuando lo que hubiera correspondido era apoyar la coalición peronista, donde por lo menos el momento de la autonomía obrera buscaba puntos originales de su reconstitución con la política. Negándose a admitir el rol hegemónico del partido político pregonado por los comunistas como condición *sine que non* de la reunificación entre política y economía, quienes con razones suficientes los cuestionaban no tenían otras opciones que plantear que las de un proceso que acabaría finalmente por hacer del estado esa fuerza hegemónica que se negaban a admitir. En tal sentido podemos afirmar que tanto defensores como críticos de los comunistas tuvieron —y no podríamos afirmar que aún no la tie-

nen— una visión equivocada, o por lo menos no suficientemente clara en términos de proyectos alternativos de la coyuntura abierta por el golpe militar de 1943. Y el problema no reside, como creen muchos, en si el PCA apoyó a una coalición conservadora en lugar de la candidatura "obrerista" de Perón, y va mucho más allá de esto por cuanto la contradicción planteada entre comunistas y gobierno militar es hasta cierto punto un elemento aleatorio, no consustancial con la estrategia y la táctica comunista. Sólo se planteó así por el carácter neutralista y no abiertamente antinazi del gobierno de Farrell-Perón. Es probable que la modificación de esa política, operada a tiempo, hubiera podido conducir a un cambio de actitud de los comunistas semejante al que adoptaron sus compañeros brasileños frente a Getulio Vargas. Es esto, por otra parte, lo que Prestes intentaba sugerirles en la carta a Rodolfo Ghioldi del 15 de abril de 1945, incluida en el presente suplemento. Lo que intentamos sostener es que actuando en uno o en otro sentido en la disyuntiva creada desde fines de 1945, los comunistas hubieran cometido un mismo error aunque este tuviera un signo distinto. Es verdad que la derrota de la Unión democrática facilitó la tarea emprendida por el estado de apartarlos del movimiento sindical, pero no fue el acuerdo con Perón lo que preservó la deseada autonomía del Partido laborista ni el mantenimiento de la dirección independiente de los Reyes o los Gay. Y es altamente probable que lo mismo les hubiera ocurrido a los comunistas de haber aceptado la alianza propiciada por Mercante y el propio Perón. De ahí que su error no haya que buscarlo en su actitud frente al peronismo,

sino más bien en su actitud frente a la clase obrera, en su negativa a comprender que a partir de los cambios operados en la sociedad argentina, fundamentalmente desde 1935 en adelante, toda la relación entre economía y política había cambiado y el espacio autónomo que comenzaba a conquistar el sindicalismo requería de propuestas estratégicas y políticas radicalmente distintas de las puramente defensivas del frentismo. Fueron, sin saberlo, uno de los instrumentos más poderosos para la conquista de una conciencia reivindicativa por parte de la clase obrera. Creyendo trabajar como comunistas en el seno de la clase eran en realidad elementos avanzados de la propia clase en la construcción de sus organizaciones. En tal sentido no era estrictamente necesario que existiera identidad entre sus propuestas políticas y su estrategia sindical. Sólo bastaba que no se contradijeran. Cuando las necesidades del bloque antifascista requirió controlar el movimiento obrero para que no afectara con sus luchas la tasa de ganancia de los capitalistas, la clase abandonó a los dirigentes sindicales defensores de esta política (es ilustrativo en este sentido el caso de Peter en frigoríficos). No necesitó abandonar a su partido, porque en realidad no lo tenía.

Porque esta relación entre clase y partido nunca fue clara ni correctamente entendida por los comunistas; independientemente del signo que adquirió en diversos momentos su línea estratégica y táctica mantenía la continuidad de un error básico. Si esa línea fue desde cierto punto de vista menos incorrecta cuando tendía a ampliar el campo de los aliados de la clase obrera, o cuando en pleno periodo "neutralista" (la del pacto nazi-soviético) re-

descubría la temática del imperialismo y las virtualidades revolucionarias del discurso nacional y popular de FORJA, el hecho de que pudiera con tanta facilidad virar tan rápidamente de posiciones demuestra que seguía subyaciendo un equívoco básico. Pregonadoras de una crisis económica en plena etapa de expansión capitalista, sólo vieron descomposición allí donde en cambio se estaba operando una total recomposición de fuerzas en torno a un estado intervencionista. Concibiéndose a sí mismos como los dirigentes naturales de una clase a la que la crisis debía empujar necesariamente a la transformación social, fueron incapaces de articular una alternativa al reformismo estatal. Y en tal sentido contribuyeron, sin quererlo claro está, a dejar sin perspectivas políticas a una clase a la que se habían esforzado denodadamente por organizar en toda una década de sacrificios y de luchas.

XX siglo veintiuno editores

américa nuestra:

ANTIMPERIALISMO Y NACIÓN

José Ingenieros (Introducción de Oscar Terán)

Esta obra se inscribe en una línea editorial que busca rescatar las ideas de quienes han ido forjando el pensamiento socialista en América Latina.

José Ingenieros fue uno de los ideólogos del periodo de la Reforma universitaria y en ese sentido, su aporte se coloca junto al de Mariátegui, Mella, Martínez Villena y otros.

artes

ESCRITOS SOBRE MÚSICA POPULAR

Béla Bartók

Fruto de los esfuerzos de Bartók como investigador etnomusical, los artículos aquí recopilados constituyen un punto de referencia obligado, en lo teórico y lo metódico, para el estudio del folklore musical.

economía

LA LEY DE LA ACUMULACIÓN Y DEL DERRUMBE DEL SISTEMA CAPITALISTA

Henryk Grossmann

A partir de una profunda y renovada reflexión crítica sobre los supuestos teóricos del marxismo de la II Internacional, Grossmann intenta colocar sobre nuevas bases "la idea fundamental del sistema de Marx", esto es la teoría de las crisis y del derrumbe". Para ello profundizará en los elementos epistemológicos discriminadores entre la estructura lógica (y la funcionalidad interna) de las categorías de Marx y la de los clásicos hasta lograr rescatar la capacidad interpretativa de la teoría del valor en relación con el nexo producción y reproducción. Con ello Grossmann contribuye en forma sustancial a la definición de la autonomía del marxismo y a una aproximación a la ciencia de *El capital* como crítica de la economía política.

novedades

EL DESARROLLO Y LA POBLACIÓN EN AMÉRICA LATINA

Raúl Urzúa

El objetivo de este trabajo es el de examinar las bases sobre las cuales podría ser posible llevar a cabo la integración de las políticas de población a los planes y programas de desarrollo de los países de la región.

sociología y política

EL IMPERIALISMO

Fritz Sternberg

Este libro lleva a cabo un análisis del capitalismo tomando en cuenta que cada piedra de la construcción marxista es rozada por las circunstancias del espacio no capitalista, aspecto descuidado por Marx en *El capital*.

ESTADO, PODER Y SOCIALISMO

Nicos Poulantzas

Hablar del estado y del poder implica situarse en la perspectiva de un cambio. ¿Cuáles son las relaciones entre socialismo y democracia? ¿Cómo combinar, en un socialismo democrático, el desarrollo de las libertades, la transformación de la democracia representativa, con el movimiento autogestionario y la democracia directa de la base? Este es, más allá de los incidentes de la coyuntura política, la cuestión histórica de nuestro tiempo.

Reportaje a Jorge Michellón

[Transcribimos a continuación la segunda parte del extenso reportaje efectuado al dirigente obrero comunista Michellón por un grupo de trabajo sobre historia del movimiento obrero argentino. La primera parte no transcripta relata el proceso de construcción sobre nuevas bases del sindicato textil, incorporando sectores como los del algodón y de fibra sintética. Este sindicato logró así a mediados de los años treinta incorporar a la gran mayoría de los trabajadores de esa rama que, como es sabido, tuvo por esa época un periodo de plena expansión en cantidad de obreros y de nuevas empresas industriales. Se narra allí el comienzo de la actividad gremial de Michellón, desde las filas del Partido socialista, el efecto superador del sectarismo comunista —era la época del predominio de la línea de "clase contra clase"— que tuvo la solidaridad militante creada en el interior de las prisiones a que estuvieron sometidos por la dictadura uriburista y por el gobierno de Agustín P. Justo centenares de dirigentes obreros; el aumento de la influencia sindical comunista; la afiliación de Michellón al Partido comunista, y otros temas de vital interés para reconstruir este periodo no suficientemente analizado de la vida política de las izquierdas argentinas y de la constitución de un sindicalismo industrial de masas. La grabación se efectuó hacia septiembre de 1974, en Buenos Aires.]

[Michellón cuenta que poco tiempo antes de la realización del X Congreso del Partido comunista (15-17 de noviembre de 1941) se realizó en su domicilio una reunión de un grupo de dirigentes con Juan José Real, secretario de organización del Comité central y Victorio Codovilla, recientemente llegado al país luego de 10 años de ausencia.]

En realidad, ésta sería la primera vez en que tuve oportunidad de conocer a Codovilla, pues si bien lo había visto allá por 1929, sin embargo no le había dado ninguna importancia. En cambio ahora venía rodeado de cierta aureola. Su participación en la guerra civil española como uno de los enviados de la Comintern, lo hacía aparecer como uno de los dirigentes máximos del partido. Recuerdo que en esa reunión afirmó que "lo que pasa en América es que no hay bolcheviques, si sólo hubieran 5 o 6 ya se habría hecho la revolución".

Pregunta: ¿Pero qué ocurrió concretamente en dicha reunión?

Respuesta: Allí se plantearon nuestras inquietudes. El quería saber cómo era la experiencia que estábamos realizando en los gremios, y a su vez aportaba la experiencia sindical que conoció en otros países. Se refirió a la propaganda, planteando la necesidad de organizarla, de regularizarla, de cobrarla, claro está, pero por aquel entonces el periódico sindical salía cuando los recursos de la organización lo permitían: se iba y se lo repartía en la puerta de las empresas, para que los compañeros se enteraran de que la organización sindical existía, y como la persecución policial era muy fuerte muchas veces te lo tiraban en la cara. Como se darán cuenta, las ideas que planteábamos eran a veces bastante descabelladas, por lo menos en este gremio [se refiere al gremio textil] y creo que en todos los gremios industriales pasaba algo semejante. Muy distinto era el caso del gremio de la construcción, pues en esa rama la vigilancia del capanga [se refiere a los capataces] era distinta a la de las grandes fábricas. Yo discutí con Codovilla, ¡bah!, mejor dicho, le pregunté sobre qué había ocurrido en Alemania. La pregunta tenía la intención de pedir aclaraciones sobre la línea del frente único "por abajo", modificada luego por el VII Congreso de la Internacional comunista, cuando se comienza a hablar del frente popular y de la lucha antifascista en general. El me dió una serie de explicaciones sobre la crisis, sobre la desesperación por encontrar una salida, sobre la juventud que se arrastró ante las organizaciones fascistas que los uniformaban, los regimentaba, los arma-

ban. Pero, claro está, eso era lo anecdótico. En realidad, yo quería saber qué había ocurrido en las alturas. Eso era, en cierto modo, una crítica a la dirección del movimiento comunista internacional, era una crítica que yo siempre tenía adentro, pero que no podía expresar; yo no quería ser tan irresponsable, como eran otros, de expresarla públicamente, pero, claro, la tenía adentro. Creo que todo esto era parte de cosas que estaban sucediendo luego del pacto soviético-nazi, eran cosas que uno sentía y no comprendía claramente. Bueno, en esa reunión las cosas que se discutieron fueron muy limitadas, inclusive cuando se habló de las inversiones extranjeras. Yo informé sobre las modificaciones que se estaban operando en las condiciones de producción en el país del gremio que yo conocía, cómo se introducían los grandes capitales. Hay algo que no expliqué, que no tenía claro por aquella época, pero, lo confieso, tampoco tengo claro hoy, pues ¿cómo es posible achacar un rol tan negativo al capital extranjero si, por otro lado, contribuye a crear un proletariado que es el sepulturero del capitalismo? ¿Me entienden?

P: Este es un problema similar al planteado por Haya de la Torre cuando sostuvo que, en realidad, en los países subdesarrollados el imperialismo no era la última fase del capitalismo sino, más bien, su primera, y que, por lo tanto, no había que tener una política tan agresiva. Sobre estos puntos ha operado el frondicismo en nuestro país.

R.: ¡Claro! Incluso sobre esto se basó Perón, con otro carácter quizás, cuando habló de acentuar toda la cuestión social, cuando habló de la legislación social. Por eso puedo explicarme que tal estado de cosas sea la expresión del estado de ánimo de nuestro pueblo y Perón sea la expresión de eso; todo lo cual es independiente de la subjetividad con que él encaraba el problema de la dirección política nacional. El incluso tenía como es obvio fuertes contradicciones con el sistema comunista, discrepaba con el comunismo y trataba de contribuir a la lógica general de combatirlo políticamente. Pero lo mismo no ocurría con el rosismo. ¿Se dieron cuenta ustedes de que el rosismo no aparecía nunca en sus discursos?

P.: Quisiera recalcar una cosa a partir de lo que acabás de señalar, y es lo siguiente: que en los comienzos del peronismo éste no aparece acompañado de una serie de manifestaciones ideológicas que, luego, algunos habrán de incorporar. Me refiero en este caso al rosismo precisamente. Hay algunos datos interesantes de señalar. El peronismo aparece asumiendo como propia toda la historia anterior, no aparece como algo paralelo a la historia burguesa, sino como su continuidad. Fíjense que cuando se nacionalizan los ferrocarriles los nombres que se les otorgan fueron los de Roca, Urquiza, Mitre, Sarmiento, o sea los de los héroes del liberalismo argentino. Sería interesante que en transcurso de la charla tratáramos de incorporar todos estos elementos.

R.: Por eso, para mí, lo que se está dando ahora es una gran mentira, es una tergiversación; incluso es más difícil de entender el peronismo para el hombre que bebió en las fuentes de la historia argentina y que de algún modo la hizo también, porque vos no le vas a decir a un gringo que vino en el 90, en el 10 o en el 14 que él era un enemigo del país porque veía las cosas de espaldas al país. Al pensar en su situación de clase trabajadora, o en el caso del campesino que venía de Europa con una determinada situación, pensando que aquí iba a vivir mejor, y se encuentra con que no es así, que debe luchar, entonces incorpora todos los elementos de la lucha social como son, por ejemplo los del sindicalismo revolucionario; entonces, estos compañeros, que no saben nada de historia se van a encontrar con que existía un movimiento obrero desde muchos años antes. A estos movimientos los tenemos que reivindicar con todos sus defectos y

todos sus errores frente a ese peronismo oficial, porque desconocerlo significa una mentira para el movimiento obrero.

P: Volviendo a lo que estabas señalando, ¿vos le hiciste algunas observaciones a Codovilla sobre el problema de las inversiones? ¿Recordás si él te dio alguna respuesta?

R.: El dijo lo que se decía por aquellos tiempos, y que era más o menos lo siguiente: "Los capitales vienen aquí para tratar de impedir el desarrollo". Era una muletilla que teníamos en ese entonces, los capitales sólo eran de rapiña. En parte esto era cierto porque los capitales trataban de copar el mercado interno, mientras que los oligarcas nacionales no se querían meter allí. Los capitalistas extranjeros se juntaban con los técnicos y formaban empresas donde ubicaban a presidentes, vices, argentinos, pero todos testaferros de ellos. Así se tenía la impresión de estar frente a empresas nacionales, cuando en realidad no era así.

P.: ¿En dicha reunión existieron otros puntos importantes de discrepancia?

R.: Hablamos sobre el transporte, pues en ese momento estaba latente el problema de la huelga de colectiveros. Nosotros peleábamos junto a los colectiveros contra la Corporación de Transporte, convirtiendo a esta lucha en una acción en pro de una causa nacional. Codovilla dijo que, lamentablemente, en las grandes urbes el servicio de transporte tenía que ser organizado de la manera más conveniente y que la gran corporación era un hecho inevitable. En cierto modo tenía razón; eso no podía ser de otro modo porque el anarquista que se había convertido en propietario de su colectivo tenía la mentalidad de un pequeño burgués y vos podés defenderlo sólo hasta cierto punto. Eran las contradicciones que el gobierno de la provincia [se refiere a la provincia de Buenos Aires, en ese momento gobernada por Manuel Fresco, el representante más típico de la oligarquía argentina defensora del "fraude patriótico"] utilizaba para simular una política de defensa de las causas nacionales frente al Gobierno federal. Por esos intereses espurios protegía a los colectiveros. Fresco les abrió las puertas del gobierno provincial y los colectiveros se sentían seguros porque una fuerza tan importante como esa los protegía. ¿Entienden? Finalmente su resistencia fue quebrada y se formó la Corporación de Transporte, reconociéndose los valores que no le pertenecían. Algo semejante a lo ocurrido luego con la nacionalización de los ferrocarriles.

P.: Después del X Congreso y hasta el 4 de junio de 1943, ¿hubo algún hecho importante en el interior de la vida partidaria?

R.: No, creo que no. En ese momento estábamos a la defensiva, queríamos promover la ayuda a la Unión Soviética y defender las libertades democráticas. Ya en ese momento el partido había conseguido una cierta legalidad y en esa tarea teníamos altibajos. El partido hacía mítines, actos públicos, etc. Los actos públicos se hacían siempre con aliados, pues nunca el partido se quedó sin aliados; los tenía en el campo liberal burgués pero no en el campo nacionalista; los nacionalistas estaban en la vereda de enfrente.

[En la grabación uno de los participantes hace una aclaración sobre el carácter peculiar de ciertas relaciones del partido con grupos nacionalistas en el periodo de vigencia del pacto nazi-soviético, cuando existió una coincidencia objetiva en el reclamo de una actitud neutralista frente a una guerra que en ese momento en ambos grupos era caracterizada como "interimperialista".]

R.: Creo que sobre este tema habría que ver otro aspecto que se me acaba de ocurrir. El asunto en Argentina no era tan fácil porque las cosas eran interpretadas muy mecánicamente no sólo por el partido sino también por los otros. Veamos por ejemplo el caso de Yalta. Allí se da el caso que tres señores representantes de tres grandes naciones, Stalin, Churchill y Roosevelt, dos de ellos las máximas potencias imperialistas, discuten de igual a igual. Yalta era trasladada mecánicamente a la situación argentina y se justificaba así que Gerónimo Arnedo Álvarez, Michellón, Santamarina, los socialistas y los radicales discutieran de igual a igual. Sin embargo todo era muy distinto. ¿O no? Nosotros discutíamos co-

mo aquellos sobre cómo hacer para ganar la guerra pero después discutíamos sobre cómo hacer para voltear a Perón. ¿Por qué queríamos voltearlo? Porque Perón representaba al nazifascismo. ¿Se dan cuenta? Ese era el razonamiento que hacíamos en esa época. El gobierno, como ya vimos antes, no era una cosa homogénea, porque en él estaban representadas una serie de corrientes: estaban los nacionalistas, pero también los neutralistas, aunque existían también los neutralistas que tenían una concepción fascista de la cuestión. Algunos eran neutralistas porque pensaban que el fascismo podía ganar la guerra; tal era el caso de von der Becker, por ese entonces Comandante en jefe de las Fuerzas armadas. Era un alemán bien alemán.

Pero hay algo que no expliqué antes. En 1810 el país estaba en guerra, y aparece el movimiento patriótico donde estaban representados todos los sectores revolucionarios de la época. Allí estaban Moreno, Castelli, Monteagudo, que querían realmente la independencia, asumiendo la representación de las clases que por aquel entonces eran las fundamentales. En 1943 el enemigo fundamental era Inglaterra, porque era el mayor inversor imperialista en nuestro país. Pero también existía una fuerte presencia de los inversionistas del campo fascista, que si bien no eran completamente fascistas, en la medida que Alemania dominaba a grandes regiones europeas (Italia, o Noruega, por ejemplo), le permitían a ésta controlar esas inversiones existentes en el país. Se planteaba así un serio problema político. Muchos sectores tenían mucho miedo por la suerte de sus inversiones en el caso de ruptura de relaciones. La oligarquía también tenía miedo de suspender sus envíos. De ahí que fuera hasta cierto punto lógica la actitud primera de no beligerancia y luego de neutralidad, como forma de evitar que el país se metiera en el desbarajuste de la guerra. En Brasil todo sucedió distinto. Allí Vargas tomó otra actitud y el Partido comunista también tomó otra actitud. El gobierno se pronunció contra el fascismo y envió tropas. El partido defendió calurosamente esa política. Mientras que aquí no teníamos nada de eso; debíamos luchar contra un gobierno neutralista empujándolo a que rompiera relaciones en el Eje, a que estableciera ciertas libertades en el interior del país. Pero ese proceso sólo se dio cuando el gobierno logró neutralizar a los comunistas, ganar a vastos sectores de independientes y arrastrar a dirigentes sindicales socialistas hacia su política.

P.: Pero además de lo ocurrido con los dirigentes sindicales comunistas que perdieron la dirección de sus gremios, ¿se produjo dentro del partido algún tipo de cambios, de reubicación?

R.: Es lógico. Estaban todos aquellos elementos políticos que dieron siempre su adhesión sin ningún tipo de reservas a cualquier política proveniente de la dirección, pero estaban también aquellos dirigentes obreros que tenían desde tiempo antes serias reservas, las mismas que muchos otros dirigentes obreros tuvieron frente a Perón, porque eso de que los dirigentes obreros apoyaron incondicionalmente a Perón es una burda mentira. Lo apoyaba como clase en forma condicionada, porque la realidad les mostraba que se les otorgaban beneficios; así lo interpreto yo, no se si estaré equivocado. De haber existido en la clase y en el partido direcciones revolucionarias se podrían haber obtenido cambios realmente sustanciales.

P.: ¿Cómo se reflejó en el interior del partido el consejo dado por Codovilla, después del X Congreso y antes del golpe de junio, en el sentido de no crearles problemas a las empresas pertenecientes a los países aliados de la URSS?

R.: Nosotros tratábamos de cumplir con los de abajo y los de arriba, porque si bien éramos torpes no habíamos perdido el olfato de clase. Queríamos que los obreros lucharan por sus reivindicaciones; nuestras ideas no eran las del abandono de las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores. Sin embargo, en un momento el partido abandonó esto, la política de las defensas de las reivindicaciones inmediatas quedó postergada.

P.: ¿En qué momentos se produjo tal postergación? ¿Cómo vivieron ustedes, los militantes sindicales comunistas, esa política?

R.: Fue en el Pleno del Comité central de 1944 cuando se dio esa línea. [Michellón se refiere a la reunión del Comité central realizada en agosto

de 1944?] En general la gente no la aceptó de buena gana, pues la línea venía acompañada de la resolución por la que se disolvía la Internacional. Proliferaban las ideas expresadas por Browder en los Estados Unidos. ¿Quién fue el portador de esta línea? No lo sé. Se discutía que el partido debía desaparecer. Yo pienso que ése fue un momento en que llegan a las direcciones intermedias y a la de las células de base muchos elementos sociales provenientes de clases que no tienen contradicciones de clase sustanciales e inmediatas. ¿Por qué se pone de secretario de célula y de barrio o de sector a un camisero que corta tela en su casa? Y luego cuando los obreros no coinciden con esa línea, lo acusan de no entender nada.

P.: Es verdad que durante ese periodo fueron detenidos gran cantidad de dirigentes obreros comunistas y muchos otros cuadros dirigentes. Sus puestos, por lo tanto, debieron ser cubiertos por otros elementos, muchos de los cuales tendrían la característica que señalás. ¿Esto ayudó a que se diera el proceso que vos señalás?

R.: ¡Lógico! ¿Pero qué pasaba? Muchas de las detenciones se debieron también a nuestra resistencia a acatar el decreto que obligaba a inscribir el sindicato y su dirección en la Secretaría [¿la Secretaría de trabajo y previsión?]. No queríamos ir a decirles: "Bueno, acá está este sindicato. Somos Fulano y Mengano y representamos a tantos". No queríamos ir a legalizar esa situación. La policía nos perseguía y luego el partido te daba la solución de que no fueras a trabajar. Al final terminábamos por aislarnos solos.

[Se produce una interrupción y el párrafo siguiente parece vincularse a una pregunta referida al tema de cuándo comenzaron las conversaciones entre los dirigentes sindicales y el grupo militar liderado por Perón.]

R.: Comienzan en el mes de julio o agosto [del año 1943] los primeros contactos de los militares con los dirigentes obreros. Después del golpe había mucha inquietud en el grupo dirigente o en el que quería dirigir el proceso. Ellos decían: "Bueno, tenemos presos a estos tipos, pero estamos colgados porque aquí sólo vienen los oficialistas. Vamos a ver qué quieren realmente esos tipos". El contacto vino a través de un tercero que se acercó al sindicato y le planteó a un compañero la invitación. Este informó de inmediato a la dirección del partido y así me enteré yo. Busqué a esa persona y ahí nomás, ni bien me ve, me quiere llevar al Ministerio de guerra. Según el partido esto mostraba la debilidad del gobierno; pero yo tenía otro criterio de lo que debía ser nuestra política. Yo pensaba: "si éstos nos llaman no es porque sean débiles, sino porque se quieren hacer fuertes". Cuando fui me preguntaron qué querían los obreros, por qué se hacían los conflictos. Yo les llevé la ristra de reivindicaciones, no sólo en el papel sino también en carne viva porque les decía cómo debían ser los dirigentes obreros en la fábrica. Pero todo esto no lo entendía el partido, que estaba instalado en una política puramente golpista.

P.: Pero vayamos por parte. ¿Con quién te entrevistaste la primera vez?

R.: Con Mercante.

P.: ¿Fuiste solo?

R.: No, fui con otro compañero textil que se llamaba Traverso, que era secretario de la seccional de Avellaneda y que fue luego separado del partido por cuestiones de conducta.

P.: De los dirigentes sindicales del partido, ¿algún otro tuvo reuniones con militares?

R.: No. Yo traté de llevar conmigo a todos los que pude. La discusión se hizo en privado. Yo les llevé el libro del partido [probablemente se trata de los materiales elaborados para el X Congreso y publicados luego como volumen independiente con el título de: ¿Por la libertad y por la independencia de la patria! (Posición de los comunistas argentinos sobre los problemas nacionales e internacionales), Buenos Aires, Editorial Problemas, septiembre de 1941. Hasta el XI Congreso del PCA en 1946 fue el material fundamental de propaganda elaborado por los comunistas argentinos]. Ellos lo hojean y ven que es un programa. Ellos en realidad no me decían nada, pero por las cosas que iban largando yo me daba cuenta de algunas cosas. Yo le trans-

mití al partido las novedades de las que me fui enterando: que "en el mes de octubre de 1943 habría un nuevo golpe de estado" [ocurrió en realidad el 26 de enero de 1944], que a Ramírez lo obligarían a renunciar, que aparecería a la escena política el coronel Perón, en ese momento subsecretario de guerra, que tratarían de crear un Ministerio de trabajo y que desde ahí operarían sobre la clase obrera. Incluso les llegué a decir que la oposición estaba encabezada por el general Avalos, jefe de Campo de Mayo [en realidad Avalos era coronel en ese momento]. Y yo todo esto no lo supe a través de una bola de cristal.

P.: ¿Cuántas conversaciones se realizaron?

R.: Seis o siete. Las reuniones eran con los militares del GOU. Mercante me los presentó a todos. Perón me espiaba desde una ventana.

P.: ¿Cuál era el tipo de preguntas que te hacían durante las reuniones?

R.: Me preguntaban qué querían los comunistas, o mejor dicho qué eran los comunistas; yo a su vez les explicaba qué era el Partido comunista, tratando de sacarles el miedo de encima.

P.: ¿Vos como te sentías entre ellos?

R.: Yo les hablaba francamente, y siempre defendiendo el interés de la clase obrera. En mi fuero íntimo pensaba: "Si una parte de los milicos se pasan a la clase obrera, ¡qué bueno que sería!" Esa era mi fantasía.

P.: Después de esas reuniones vos fuiste a hablar con el partido y éste te autorizó a llevar más gente. ¿Cómo fue todo el trámite?

R.: El partido me paró en seco porque yo les dije que podíamos sacar más de los militares que de Santamarina. Yo estaba encargado durante la guerra del Comité de ayuda a los aliados y trabajaba con esta gente. Cuando vino el golpe de estado todos se esfumaron. Al ser ocupados los locales, todos los amigos se fueron. Yo tenía que ir a verlos uno por uno a sus casas de descanso. ¡Y luego el partido me dice que con esa gente debo formar el grupo de resistencia a la dictadura! Así se formó el Comité de patria libre.

P.: ¿Qué fue el Comité de patria libre?

R.: Eran los dirigentes de los partidos burgueses que estaban en la ayuda a los aliados y que luego se transformaron en los resistentes a la dictadura militar. Entonces yo le dije al partido: "Acá Santamarina figura en la junta militar como ministro de hacienda", pero si Antonio Santamarina es democrático ciento por ciento, ¿a mí que me cuesta ir a negociar con los milicos y sacar a los presos de las cárceles?

P.: Pero en esos momentos, ¿por qué trabajabas en dos tareas tan distintas? ¿No habían otros compañeros para esas tareas?

R.: Sí los había, pero como yo estaba en la dirección de uno de los gremios más numerosos eso me facilitaba la entrada a muchas partes. Tanto a los militares como a los de Patria libre yo los veía en nombre del partido.

P.: Volvamos a lo anterior. Según lo que nos has contado hubo un momento en que le dijiste a la dirección del partido que tenías diferencias de criterio. ¿Qué fue concretamente lo que les planteaste?

R.: Les dije que había que negociar con los militares.

P.: ¿El partido ya estaba en una línea insurreccional por esos momentos?

R.: No, eso fue después, quizás por octubre o noviembre. En realidad, la dirección creía que yo estaba conspirando en el interior del partido en favor de los militares.

P.: ¿Qué actitud adoptaron contigo los miembros del partido una vez enterados de tu posición?

R.: Me retiraron del partido; me echaron, me suspendieron en mi condición de miembro del CC. En la reunión donde Arnado Alvarez lanzó la línea insurreccional yo ya no participé.

P.: ¿Es decir que las conversaciones se realizaron en el período transcurrido entre el golpe de estado y mayo de 1944?

R.: No. Esas conversaciones se hicieron antes de que se decidiera la liquidación de Ramírez y el nombramiento de Farrell. Yo diría que fue entre octubre y noviembre de 1943. Después de todo esto me sacaron de circulación.

P.: ¿Pero cuáles fueron las razones aducidas para sancionarte en esa sesión plenaria del Comité central, en 1944?

R.: Se me sancionó por haber perdido la confianza del partido, dada mi resistencia a acatar la línea política adoptada. Y me enviaron a la base como un afiliado común.

P.: ¿Quién estaba en la dirección del partido en esos momentos?

R.: Además de Gerónimo Arnedo Alvarez estaban Armando Antoni, Florindo Moretti. Los tres componían el secretariado. Es a ellos tres que veía con bastante frecuencia. Después de esto tuve una conversación personal con el compañero Alvarez y le dije que a mí me parecía que estábamos en un error, que había que actuar en los sindicatos, aceptar a la Secretaría de trabajo. Pero acusado ya de enemigo del partido, fui el primero al que barrieron, sobre todo si recordamos la concepción que ellos tienen del poder. No obstante lo cual yo seguí militando en el partido, tratando de influir en el pequeño grupo de compañeros del gremio para que exigieran las reivindicaciones inmediatas y prosiguieran las luchas. Veamos ahora el problema de la insurrección armada. Yo seguí trabajando en el Comité de patria libre al frente del cual estaba Ernesto Giúdice. El siempre estaba de acuerdo con todo lo que planteaba el partido. Como todavía no me habían descolgado del todo, yo trabajada e iba a todas partes con un compañero del Comité de la Capital, Macc Lenan. Nos entrevistábamos con todos los políticos. Un día nos vimos en su departamento de la calle Córdoba con Aguirre Cámara. En tal oportunidad el tipo me plantea que la marina va a dar un golpe y me dice que nosotros debíamos encargarnos de preparar los actos y toda la agitación. Pero yo le respondo: "Nosotros queremos un gobierno de unidad sin exclusiones y la marina no quiere la unidad con los comunistas". Aguirre Cámara era personalmente un hombre excelente y se podía hablar con él a calzón quitado. Y yo vuelvo a decirle. "¿quién nos garantiza que con esta revolución no fusilan a todos los compañeros nuestros que están presos? ¿Por qué no se comprometen públicamente con una declaración donde digan que van a dejar libres a todos los compañeros presos y después nosotros estudiamos si hacemos o no la movilización que ustedes piden?" Permitanme una aclaración. Hacía más de un año que Ruben Iscaro andaba por toda América agitando el problema de la libertad de los presos. Los aliados del partido querían que de esa tarea me encargara yo, pero como el partido sentía desconfianza por mí nunca me dijeron nada de esta exigencia de los aliados. Temían que yo pudiera vincularme con ellos para armar un gran quilombo dentro de la organización. A Iscaro lo habían metido desde arriba y pese a pertenecer a un gremio de importancia, como era el de la construcción, él no había si-



Dibujo aparecido en *Orientación*, órgano del partido Comunista argentino el 24 de octubre de 1945. Su epígrafe: "El coronel mostró su elenco de maleantes y hampones que ya tuvo oportunidad de conocer el país los días 17 y 18. Lo más lamentable es que, junto a este elenco, haya podido arrastrar, por el engaño, a algunos honrados elementos obreros sin experiencia ni perspicacia política"

do el realizador de la política de aquel momento; la política con los aliados la había hecho yo. En el fondo el partido creía que yo le quería arrebatarse la dirección hasta al propio Arnedo Alvarez. Ese fue, por ejemplo, uno de los cargos que me hicieron: el de que yo pretendía la dirección del partido. Pero realmente yo estaba en otra.

P.: ¿Qué respondió Aguirre Cámara a la propuesta tuya?

R.: El dijo que la iba a estudiar; entonces salimos de ahí y tomamos el subterráneo en Pasteur. Fue cuando Macc Lenan me dijo: "En esta conversación yo aprendí mucho de política". Desde entonces siempre fue diciendo por ahí que yo había sido su maestro. Llegamos así a octubre cuando se realizó una reunión sindical en la que el partido produjo la más grande de las resoluciones históricas que pueda adoptar un partido comunista: la de la insurrección armada. Esta resolución nos cayó encima como una bomba. Yo esperaba que alguien dijera algo, pero no, todos estuvieron de acuerdo con la insurrección y la revolución. Bueno, entonces yo dije: "Lo lamento mucho compañeros, pero tengo que manifestar honradamente lo que pienso: esto es una barbaridad, yo voy a ser el Kamenev de esta revolución". Y me mandé un largo "espiche"; inclusive les pregunté a los que allí estaban decidiendo algo tan importante qué elementos tenían para plantear una cosa semejante, les pregunté respecto del armamento del proletariado, de los grupos con que se contaba. No tenían un caño. Veníamos de fracasar de varios llamamientos a huelgas generales y cada vez era menor el número de gentes que participaban en ellos. Eran tan hijos de puta que resolvieron que yo debía encargarme de redactar el manifiesto llamando a la insurrección, e inclusive de buscar la imprenta donde imprimirlo.

P.: ¿La declaración era del Partido comunista lanzando la insurrección?

R.: No. Era de los gremios obreros que participaban de la huelga general.

P.: ¿Pero había una declaración del partido sobre la insurrección?

R.: Yo no recuerdo si la hubo o no. Pero a nosotros nos la vinieron a transmitir oficialmente en forma verbal durante esa reunión de dirigentes sindicales.

P.: Hubo según lo que decías un llamado a la huelga general. ¿Cuáles fueron sus resultados?

R.: Se llamó a la huelga y no pasó nada. No paró nadie. En mi gremio yo hice repartir los llamamientos, pero ya para esa época constituíamos un grupo muy pequeño.

P.: Fracasada la huelga, ¿qué pasó luego?

R.: Con el caradurismo que caracteriza a esta gente vinieron a decirnos que la huelga no fue un fracaso, que se paró aquí y más allá, etc., etc. Se engañaban ellos mismo, porque en realidad no había pasado nada. Luego, en una reunión más reducida, a la que concurren los compañeros que nos habían informado verbalmente sobre el llamado a la insurrección, ni siquiera el compañero informante, que fue Florindo Moretti, se autocrítico, y no tuvo el valor militante para decir que todo había fracasado y que el compañero que había redactado el manifiesto, no obstante estar en desacuerdo con la resolución, tenía razón sobre muchas cosas.

P.: ¿Cuál fue tu actuación después de aquellos momentos?

R.: A partir de esto mi actuación se redujo a la de un militante al que se llama para realizar alguna tarea. En mayo de 1945 tuve un accidente. Estando en la casa de Culaciatti tomando un café y cumpliendo con una de esas tareas que me encomendaba el partido, me entero de que acababan de implantar el estado de sitio. Rápidamente fui a avisarle a algunos compañeros sobre la novedad para evitar que cayeran en cana. Estando en esos trámites al llegar a un local del partido tropezé, me caí fracturándome la columna. Debí pasar largo tiempo en cama y algunos compañeros venían a visitarme y charlar. Como yo andaba totalmente tirado, me traían algún dinero que había logrado recolectar en una u otra fábrica. El partido se había desentendido por completo de mi situación. Yo de todas maneras seguía en el partido pensando que habría de llegar el momento en que muchas cosas cambiarían.

P.: ¿Y que decían los compañeros que te visitaban?

R.: Eran compañeros de base; alguna vez vino Victor Larralde pero era tan bruto el pobre que no le podía decir lo que yo pensaba de lo que estaba ocurriendo. Con los compañeros de base las relaciones eran muy afectuosas, pero no se tocaba el tema político. Una vez hablé sobre el asunto con Jorge Calvo, ese dirigente de la Juventud comunista al que asesinaron. ¡Para qué lo habré hecho! Fue a denunciarme a la dirección del partido porque decía: "Cómo un viejo revolucionario como usted les dice estas cosas a un joven sabiendo que son cosas que lo desaniman". Yo le respondí que el desanimado era él y no yo.

P.: ¿Cómo viviste los sucesos del 17 de octubre?

R.: Bueno, ya para ese momento podía caminar porque me habían colocado un corset de yeso. El 12 de octubre, día en que lo sacan a Perón,

Una carta de Prestes sobre la situación argentina

El documento que publicamos a continuación fue escrito por Prestes en la prisión, en junio de 1944, cuando se hablaba de movimientos de tropas en la frontera argentino-brasileña y de la amenaza de una guerra en el continente. Es de gran importancia porque hace un análisis realista de la situación para trazar una línea política objetiva y práctica que, en aquel momento, abría una gran perspectiva para la lucha contra la dictadura de Farrell-Perón en la Argentina. Se comprueba que fue el peligro de guerra entre Brasil y Argentina lo que llevó a Prestes a escribir esas observaciones, porque siempre vió en la ruptura de relaciones entre los dos países el primer paso hacia un conflicto armado que todavía hoy parece ser deseado e instigado por el imperialismo norteamericano. Sólo el 15 de abril de 1945 consiguió sin embargo Prestes, después de consultar a la dirección del partido, enviar una carta a Ghioldi, opinando sobre la situación que todavía era grave y transcribiendo las notas, todavía oportunas, de junio de 1944.

Párrafos de una carta que quise enviar en junio de 1944, después de la lectura de diversos números de *Justicia y Pueblo Argentino* de diciembre de 1943 y primeros meses de 1944.

"Me parece que la línea adoptada en la Argentina es sectaria, incapaz de ayudar al proletariado y al pueblo a la reconquista de sus derechos constitucionales. Ello se debe, resumiendo, a las siguientes causas:

1] Salvo al llamar al gobierno militar actual nazista o pronazi, no se liga en general la cuestión nacional (interna, de reconquista de los derechos populares) a lo que pasa en el mundo. Lo esencial, sin embargo, en el momento histórico que atravesamos sería llevar o mejor dicho obligar al gobierno a llevar al país efectivamente del lado de las Naciones Unidas, y esto sean quienes sean los gobernantes. La ruptura con el Eje ha sido un paso adelante que el Partido comunista, sin embargo, considera con escepticismo, y hasta no tiene en cuenta.

2] Es necesario examinar con mayor cuidado el verdadero carácter de clase del gobierno actual. ¿Es justo llamarlo nazi? ¿Es realmente una agencia de Hitler? No me parece que sea tal cosa. A pesar de todas las medidas de reacción adoptadas, su carácter de clase quizá sea menos reaccionario que el de Castillo. Es un gobierno de la burguesía que quiere la industrialización del país a costa de una mayor explotación del proletariado y de la inflación monetaria.

3] Si fuera un gobierno nazi habría que aconsejar inmediatamente la lucha armada popular, el sabotaje, etc., como lo hace el pueblo español, lo cual es evidentemente absurdo, ya que se trata evidentemente de un gobierno que el pueblo argentino en su gran mayoría reconoce como nacionalista, si bien que reaccionario.

me fui a la plaza San Martín donde se cantaba la consigna de "¡Todo el poder a la corte!, es decir a la Corte suprema de justicia. Uno de los compañeros con los que me vi ese día fue Olivera, del gremio de camioneros, quien autorizado por el partido concurría a la Secretaría de trabajo para resolver problemas de su gremio. El me explicó cómo era la cosa. Entonces, medio en broma y medio en serio, le digo: "Andá decile a Avalos que le pegue cuatro tiros a ese turro, así nos libramos de Perón".

P.: ¿Pero, cómo? ¿Te habías dado vuelta?

R.: No. Les explico. Lo que ocurre es que yo pensaba que Perón nos había sacado a la clase obrera, que nos había hecho pelotas todo nuestro trabajo. Expulsado Perón vendría otro que por lo menos no sería tan inteligente como éste. Ese día volví rápido a casa porque me sentía mal, pero igualmente no podía quedarme quieto porque sentía la efervescencia de los barrios obreros.

P.: ¿Qué tipo de efervescencia? ¿Cómo la definirías?

R.: Bueno, miren. Los obreros en las fábricas, en los bares, hablaban todo el día de Perón. Salían con carbón a hacer pintadas. Era una cosa espontánea, una cosa nueva. Vos veías a muchachitos de 12 o 13 años incorporarse a la política. El 17 de octubre yo me fui al balcón de *Crítica* y ahí vi la masa obrera. No eran como decían por ahí los desclasados o lumpenproletarios. ¡Otra que lumpen! Era la clase obrera, los sectores más pobres de la clase obrera. ¡Vieran ustedes! Desfilaban y desfilaban. Ahí estaban en el palco Puiggrós, Agosti y otros. Miráramos y nos preguntábamos: "¿Qué te parece?"

P.: ¿Vos qué pensabas?

R.: Que estábamos frente a un movimiento popular. Miren: yo ya sabía que esto iba a ocurrir. En los años 1943-1944 la gente en las fábricas lo seguía a Perón y yo traté de que los compañeros se pusieran a la cabeza de la gente. Claro que no podían decir que eran comunistas.

P.: Antes de seguir adelante, decime: la gente que vos viste pasar, ¿cómo llegó al lugar? ¿Estaba organizada o no, y si lo estaba quién las organizaba? Existe una versión que habla sobre el papel desempeñado por los delegados de fábrica en la movilización. ¿Qué podés decirnos sobre el gremio textil? ¿Cómo ocurrieron las cosas allí?

R.: Mirá, los delegados, salvo los que cobraban la cotización... El resto eran todos espontáneos. La gente decía: "Somos de Perón" y marchaba hacia la Secretaría de trabajo por sus reivindicaciones.

P.: ¿Pero nos podés informar sobre cómo era la organización interna de las fábricas por esa época? ¿Había comisiones internas?

R.: En algunas empresas donde estaba el sindicato, sí existían, pero como el sindicato no participó los obreros pasaban por encima del sindicato y formaban otras comisiones y se iban a la Secretaría donde les enseñaban cómo organizarse, cómo manejarse. Tedesco, que era el dirigente reconocido por la Secretaría de trabajo, nunca

vino por el sindicato hasta el momento de la división. Lo que hacía, porque nos necesitaba, era en los momentos de conflictos enviar a los compañeros de las empresas o de la rama en conflicto a verme a mi casa para que yo le dijera cómo resolver el problema, dado que ellos no tenían experiencia. Había un funcionario, el doctor Graciano, con el que nos reuníamos en un café y me pedía opinión sobre cómo resolver los conflictos. Esto ocurría por los años 45, 46, 47 y 48. Yo todavía conservaba cierta imagen, incluso Mercante me enviaba mensajeros para que yo aceptara ir a trabajar con él, pero nunca fui porque no quería que el partido me calificara de traidor.

P.: Pero ya viene la época de las elecciones. ¿Cómo fueron las cosas?

R.: Bueno, vienen las elecciones. Yo le digo al partido que deberíamos ir solos a las mismas y no con la Unión democrática. Hasta le envié una carta a Codovilla. ¿Por qué ir solos? Pues porque el ambiente que yo palpaba en las fábricas era el de que la gente podía votar a nuestro partido, a los diputados y otros candidatos del partido, pero no habría de votar a los radicales. Y cuando los camaradas iban a las fábricas a llevar la propaganda de la Unión democrática los mandaban a la mierda.

P.: ¿No es por esa época cuando un grupo de comunistas plantean una posición contraria a la de la Unión democrática?

R.: No. Eso ocurrió después de las elecciones, cuando una célula ferroviaria hace conocer sus puntos de vista. Existían muchas otras que estaban en contra; pero ¿qué ocurría? A mí me tenían aislado por todas las cosas que habían dicho de mí. Por otro lado, el fraccionismo era un tabú en el partido. Fíjense que lo de la célula de ferroviarios no era el problema de una fracción. El partido publicó un guión para hacer un balance crítico y autocrítico de las elecciones y los compañeros ferroviarios hicieron conocer sus puntos de vista. A partir de esto todo el partido estaba en discusión y los compañeros que vieron cosas comenzaron a hablar. Sin embargo, no se publicó como hubiera correspondido un boletín de discusión que fuera explicitando ese estado de cosas, sino que, por el contrario, se hizo una reunión por arriba convocada por Codovilla. Fue una reunión informal de dirigentes —de los que habían estado presos y de los que no— para dar el toque final al asunto; incluso durante esa reunión Codovilla me rehabilitó en cierto modo, pues reconoció la justeza de algunos planteos míos. Claro que él sólo quería una reunión informal, de ese modo podríamos sacarnos todo el entripado que llevábamos adentro sin tener que dar cuentas públicamente de las autocríticas. El debate que se produjo durante la reunión fue bastante franco. Allí habló muy bien críticamente Julio A. Notta. Luego Macc Lenan, que acababa de descubrir a Lenin, se vino con todos sus libros para realizar su intervención. De paso, les recuerdo que este compañero era el candidato de Real para el cargo de secretario del comité de la Capital.

P.: A propósito, ¿cuál fue la posición de Juan José Real durante la reunión?

R.: Real se autocriticó por su actividad fraccionista después de haber salido de la cárcel. Ano-

temos que por aquel momento él era muy criticado en el interior del partido por sostener ideas parecidas a las nuestras. Había embalado a todos los que estuvieron presos con él, e incluso cuando salió en libertad y retomó su posición partidaria trató de colocar a todos estos compañeros en determinados puestos para tener así una fuerza. Pero ocurre que el grupo de Codovilla era más fuerte y ganó la batalla.

P.: Podríamos decir que es en este momento cuando se termina tu vida política como militante comunista. Sería interesante que hicieras una mirada retrospectiva y reflexionaras sobre todo tu recorrido.

R.: Durante la conversación anterior, cuando señalaba las innovaciones que se operaban en la realidad, quería mostrarles cómo el partido no tomó el conjunto de esas cosas como debía haber hecho, no las valoró correctamente. Sólo intenta hacerlo después de la derrota electoral, sólo a partir de ella intenta una revalorización de la realidad del país. Yo no podría decir que todo se debió a una traición, no podría hacer esa acusación. Yo diría más bien que el partido se fue descolgando por un cúmulo de circunstancias generales debido a no haber estudiado las relaciones objetivas entre las clases. Y todo esto causado por viejas políticas sectarias que hacen que resulte tan fácil al partido bandearse una vez al izquierdismo y la vez siguiente al derechismo, etc., etcétera.

P.: Una conclusión a la que podríamos arribar es que resulta ser muy importante el estudio de la conducta del grupo dirigente del partido para conocer el por qué de los errores y del distanciamiento con respecto a la clase obrera. Porque, incluso, no puede achacarse todo a la Internacional, pues aunque ésta fuera una organización bien sectaria, dejaba no obstante ciertos espacios libres para el desarrollo de políticas locales. Y más aún desde 1935 en adelante.

R.: Claro, está bien lo que decís, pero había también otros factores que facilitaban el sectarismo. No te olvidés de algunas características de todo el grupo que rodeaba a Perón y de él incluso. Su formación en el fascismo italiano, etcétera.

P.: Pero cuando vos participabas en las reuniones de la Secretaría de trabajo, o planteabas al partido la necesidad de concurrir, ¿qué visión tenías del futuro o con qué miras políticas hacías eso?

R.: Lo que yo veía eran las masas en la calle, una especie de doble poder. Eso que siempre habíamos esperado nosotros. A esto había que agregarle una dirección revolucionaria que transformara la cantidad en calidad. Nosotros, que teníamos los programas antioligárquicos y antimperialistas, si les dábamos a las masas la organización necesaria para que pudieran expresar los sentimientos en forma libre, podríamos manejar entonces las cosas de otra manera.

P.: ¿Pero vos contemplabas la posibilidad de que el carácter reaccionario de los militares pudiera eventualmente cambiar?

R.: Yo entendía que podían cambiar. A través de las movilizaciones de masas, eso se podía cambiar.

4] Es completamente falso, por eso, alegrarse con la actitud de los EEJU y del Comité panamericano de Montevideo, cuando se rehusan a entrar en relaciones con el gobierno argentino. Esa actitud refuerza para las masas la apariencia nacionalista del gobierno y torna inaceptable la línea de los comunistas que no conseguirán de ese modo la Unidad nacional. Me parece que sería mejor decir solamente que el no reconocimiento es un mal para el pueblo argentino y que es urgente buscar una solución o salida práctica.

5] Es falso, porque es prácticamente imposible en las condiciones actuales, hablar de liquidar el actual gobierno militar. Ni es necesario en el momento histórico que atravesamos, cuando lo esencial es que el pueblo argentino ayude a las Naciones Unidas cualesquiera que sean los hombres en el poder. Nada impide que Farrell o Perón marchen por el mismo camino de Vargas. Los comunistas deben empujarlos en ese sentido hasta para evitar una guerra con el Brasil.

6] Para trazar una línea política justa es necesario partir de la gran lucha mundial de este instante y de la necesidad histórica de llevar a la Argentina, clara y decididamente, al lado de las Naciones Unidas. Decir, principalmente, que todo el progreso del país depende de ello y que por lo tanto sería necesario a la dictadura militar tomar todas las medidas para liquidar definitivamente todas las agencias del nazismo, los focos de conspiración en el continente que están dificultando las relaciones de buena vecindad que es necesario establecer con la mayor urgencia para que el país pueda armarse y recibir maquinarias, combustibles, vehículos, etc., indispensables

a su industrialización, que para eso es igualmente indispensable el restablecimiento de todas las garantías constitucionales, que sean abiertas las prisiones y que se proceda cuanto antes a elecciones nacionales. Este es el programa inmediato para la Unión nacional.

7] Lo esencial, en fin, es sacar de la actual línea política del PCA el carácter golpista que la orienta, expresión de desesperación y desorientación, como también su aspecto repugnante para los nacionalistas, hábilmente explotado por los militares en el poder y que aislará a la pequeña burguesía del proletariado más avanzado.

8] Si bien es una ilusión pensar en este momento en liquidar al gobierno militar con simples volantes, periódicos y manifestaciones, en cambio el programa del punto 6 es una tarea realizable dada la organización con que cuenta el proletariado. Mucho más realizable que en Brasil, donde la desorganización es todavía total."

(Firmado: Luis Carlos Prestes.)

[Publicado en portugués en el Boletín de discusión núm. 8, preparatorio del IV Congreso del Partido comunista del Brasil. En Argentina fue reproducido en una traducción textual por el periódico *Clase Obrera*, órgano del Movimiento Obrero Comunista (año I, núm. 1, 31 de mayo de 1947). Esta corriente, surgida de una disidencia interna en el PCA luego de las elecciones de 1946, perduró hasta 1955. Su figura más representativa fue el actual dirigente de la izquierda peronista, Rodolfo Puiggrós.]

El nacionalismo sin nación

Oscar Terán

Parfraseando a Marx y refiriéndose a la República de Weimar, Karl Korsch se atrevía a definirla como una "república sin republicanos" en la que se jugó durante años una "revolución sin revolucionarios". Es posible pensar que, análogamente, en la Argentina de los años 30 se diseñó el perfil de un nacionalismo sin nación.

Pero si bien el nacionalismo de derecha se inscribió en un proyecto restaurador globalmente impracticable, cuyas perspectivas de clase condenarían a ocupar sólo campos "superestructurales", existe al menos un doble registro donde su práctica resultó relativamente existosa. Reveló en principio una enorme capacidad para programar una idea de nación escindida de la oligárquico-liberal, y como producto de esa virtud -quebrado ya su intento como instancia totalizadora luego del remplazo de Uriburu- ocupó sucesivamente espacios sectoriales del estado y de la sociedad civil argentina -cultura, cancillería, justicia, iglesia, fuerzas armadas-, manifestándose como una de las fuentes más dinámicas de hegemonía alentadas por un comparativamente reducido equipo intelectual.

Lejos por ello de configurar un fenómeno subestimable bajo las categorías ciegas del "fascismo criollo", la recurrencia de sus núcleos temáticos opera como el síntoma de que existirían ciertos centros de la problemática nacional que hallarían en él algo más que una satisfacción imaginaria e importada. La fractura del bloque histórico desquiciado por la crisis del 30 presentó precisamente las condiciones de posibilidad para que dicha tematización pudiera validarse como una reflexión orgánica y no meramente arbitraria. La desarticulación del modelo nacional imperante desde el roquismo liberó radicalmente por primera vez en medio siglo un conjunto de objetos teóricos que hasta entonces habían funcionado como un universo discursivo dador de sentido tanto de las prácticas de las fuerzas y partidos burgueses como también de las clases subalternas. Aquel paradigma se había generado por una fusión de variables económicas (acumulación centrada en la renta diferencial de la tierra, agro-exportación) e ideológicas (cientificismo, europeísmo anglofrancés, elitismo iluminista, etc.) con las que difícilmente podrá romper simultáneamente la reflexión de la izquierda argentina. Sería empero un abuso teorístico pretender que estas identidades se debieron a exclusivas "cegueras epistemológicas", con lo cual se concluiría dotando a lo ideológico de una eficacia insospechada. Es preciso retener, en cambio, que la funcionalidad del sistema operante dificultaba materialmente la visualización de un proyecto alternativo. Esto no significa sacralizar la historia como destino, ni negar la posibilidad de lineamientos disruptivos en los "bordes" del sistema político-ideológico. Pero por ejemplo la marginalidad de un Ugarte -cuya visualización del objeto nacional habría por lo demás que definir a la luz de su antimperialismo latinoamericanista- ilustra suficiente-

mente sobre las enormes dificultades por implantar orgánicamente una instancia alternativa de nación.

Por el contrario, la crisis del 30 brindaba una oportunidad sin duda notable en este terreno, dado que la llamada "cuestión nacional" emerge típicamente en momentos de fractura de la nación real. Sin esa condición -por cierto que necesaria pero insuficiente- difícilmente, y por citar un ejemplo clásico, el austromarxismo (Bauer, Renner) habría podido elaborar una de las escasísimas teorizaciones no tacticistas y realmente sustantivas sobre el problema nacional dentro de la tradición marxista.

En el caso argentino, hoy debemos realizar un esfuerzo por remontarnos a los códigos que permiten inteligir la precariedad de categorías para pensar el objetivo nacional, aun para el propio proyecto liberal, en el seno de las guerras civiles posindependentistas. Como contrapartida ilustrativa, obsérvese en la siguiente descripción de Nicolás Avelleda el momento de pasaje entre aquella carencia y el deslumbramiento de la propuesta sarmientina como esclarecedora de toda una programática organizadora: "¿Quién nos había señalado antes que él la verdadera significación de nuestros fenómenos nacionales? La guerra social soplabla por todas partes, todos los vínculos se rompían, las campañas se alzaban contra las ciudades, y éstas guerreaban entre sí; y para explicarnos el caos, la disolución y la sangre sólo teníamos [...] las doctrinas de la teología moral sobre el desenfreno de las pasiones [...] ¡Venerables lugares comunes, que disimulan en la sonoridad del discurso la ausencia de observación y de pensamiento! Sarmiento ha sido el primero en explicarnos el carácter de nuestras luchas; y desde el *Facundo* ya sabemos por qué peleamos [...]"

Tiempo después, sin embargo, y luego de la polémica alberdiano-sarmientina, el 80 parecía haber realizado -y por tanto cancelado- aquella cuestión en términos esenciales. Superada la crisis del 90 -que problematizó pero sólo episódicamente el modelo imperante-, aquel paradigma parecía no ofrecer demasiadas fisuras. El objeto "nación" había pasado a formar parte del archivo ideológico del liberalismo argentino y de su historiografía oficial, y a partir de entonces semeja configurar el suelo común desde el que se mira espontáneamente la realidad argentina. Juan B. Justo, Ingenieros, Ponce -para no hablar de la negativa del anarquismo a considerarla un horizonte político significativo-, la reflexionan sin romper con parámetros sustanciales del 80. De manera análoga, Ricardo Rojas podía fungir como portador de la "restauración nacionalista" con la misma parcialidad complementaria con que el yri-goyenismo cuestionaba centros del poder oligárquico y dejaba intocados otros núcleos esenciales de dicha dominación.

Por todo ello, la crisis ofrecía, luego de una prolongada hegemonía de aquella propuesta, la posibilidad material para una tematización renovada y original sobre la cuestión

nacional. La fuerza ideológica del nacionalismo oligárquico, en este aspecto, consistió en haber capturado algunos de los contenidos "nacionales" liberados por aquella fractura. La constitución de esos temas fusionados con categorías de clase autoritarias y pasatistas definió no sólo el espacio de una vía reaccionaria, sino también de una idea de nación jerárquicamente ordenada que resultaría desarticulada por la expansión "plebea" de la presencia popular a partir de 1945. Cumpliendo la paráfrasis inicial, la historia argentina contó a partir de entonces con la rara avis de un nacionalismo sin nación.

De "la hora de la espada" al revisionismo histórico

Preconstituída ideológicamente desde la década anterior, es sin embargo a partir de sus estrechas ligazones con el golpe de Uriburu como la derecha nacionalista se enfrentó con la posibilidad de realizar sus prospectivas teóricas. Porque no debe perderse de vista que si bien sus primeras referencias militantes aparecen como respuesta antipopular a la Semana Trágica -encarnada en la Liga Patriótica que dirigió Manuel Carlés-, este movimiento sólo adquirirá su rostro más definido en el momento en que pueda engarzarse con una demanda específicamente nacional. En este sentido, la célebre proclama de Lugones en 1924 ("Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada") deberá todavía ser leída dentro de un contexto que se desarrolla más como

incorporación de ciertas influencias exteriores que por su posibilidad de articularse orgánicamente en la sociedad argentina. Dicho de otro modo, el fascismo -que en los años 20 aparecía además como un fenómeno ambiguo incluso para muchos intelectuales latinoamericanos progresistas-, así como las influencias de Maurras y la posterior de Maeztu, sólo podrán extender su capacidad de captación cuando resulten en parte fusionados y en parte traducidos nacionalmente por la variante antimodernista del catolicismo argentino. En *La revolución que anunciamos* Marcelo Sánchez Sorondo ha descrito verosímilmente esta fusión: "[...] nuestra convicción -dice- comenzó siendo religiosa. Después fuimosla extendiendo con intemperancia, con la intemperancia de la verdad, también a la política. Y fuimos en política por su lado estático partidarios de la monarquía, y de su lado digamos cinegético -movido- fascistas, acérrimos fascistas [...] Que quede, pues, constancia: hubo en Buenos Aires quienes debieron sus convicciones políticas a sus convicciones religiosas; hay un grupo de hombres con todos los síntomas visibles e invisibles de una generación que sólo por católicos llegaron al fascismo, que por su inteligencia católica comprendieron toda la grandeza del resurgimiento secular que proclama el fascismo."

La revista *Criterio*, fundada en 1928, y los Cursos de Cultura Católica resultaron dos instrumentos importantes para el encuentro del catolicismo antiliberal y la ideología restauradora tipo Action Francaise

FORJA

CORRIENTES 1776 sub-suelo

DECLARACION APROBADA EN LA ASAMBLEA DEL 29 de JUNIO de 1935

Somos una Argentina Colonial: queremos ser una Argentina Libre.

La Asamblea Constituyente de la fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina. Considerando:

1º - Que el proceso histórico Argentino en particular y Latino Americano en general, revelan la existencia de una lucha permanente del pueblo en procura de su Soberanía Popular, para la realización de los fines emancipadores de la Revolución Americana, contra las oligarquías como agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural, que se oponen al total cumplimiento de los destinos de América.

2º - Que la Unión Cívica Radical ha sido desde su origen la fuerza continuadora de esa lucha por el imperio de la Soberanía popular y la realización de sus fines emancipadores.

3º - Que el actual recrudescimiento de los obstáculos opuestos al ejercicio de la voluntad popular, corresponde a una mayor agudización de la realidad colonial, económica y cultural del país:

Declara:

1º - Que la tarea de la nueva emancipación sólo puede realizarse por la acción de los pueblos.

2º - Que corresponde a la Unión Cívica Radical, ser el instrumento de esa tarea, consumando hasta su totalidad la obra truncada por la desaparición de Hipólito Irigoyen.

3º - Que para ello es necesario en el orden interno del Partido, dotarlo de un estatuto que, estableciendo el voto directo del afiliado auténtico y cotizante, asegure la soberanía del pueblo radical, y en el orden externo, precisar los causas y los causantes del enfeudamiento argentino al privilegio de los monopolios extranjeros, proponer las soluciones reivindicadoras y adoptar una táctica y los métodos de lucha adecuados a la naturaleza de los obstáculos que se oponen a la realización de los destinos nacionales.

4º - Que es imprescindible luchar dentro del Partido, para que éste recobre la línea de principio e intransigencia que lo caracterizó desde sus orígenes, única forma de cumplir incorruptiblemente los ideales que le dieron vida y determinan su perduración histórica al servicio de la Nación Argentina.

Dentro de estos conceptos y tales fines, la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, "FORJA", abre sus puertas a todos los radicales y particularmente a los jóvenes que aspiren a intervenir en la construcción de la Argentina grande y libre soñada por Hipólito Irigoyen.

- Por el Radicalismo a la soberanía popular
- Por la soberanía popular a la soberanía nacional.
- Por la soberanía nacional a la emancipación de las clases productoras

Fragmento del manifiesto de fundación de FORJA

Preámbulo

La Fuerza orientadora radical de la joven argentina (FORJA) conforme a la misión que se ha impuesto, está en la necesidad de plantear a la consideración de los radicales de toda la república, cuál es la situación creada a la Unión cívica radical, por los actos de sus direcciones, que tienden a destruirla por el abandono de los ideales que le dieron origen, y por el debilitamiento progresivo de los valores morales que han definido al movimiento histórico del radicalismo.

Desde el 6 de septiembre de 1930, las oligarquías gobernantes desarrollan un plan sistemático para aniquilar la soberanía del pueblo, transfiriendo a grupos de especuladores el goce de los bienes de la nación, sin hallar resistencia efectiva en los llamados partidos opositores, que, aprovechando la abstención radical, fueron a compartir posiciones con el pretexto de defender, desde ellas, los derechos populares.

Ninguna desilusión hemos sufrido al verles arrastrados por el camino de su destino común con los gobernantes, porque, como ellos, han entrado en el manejo del estado, sin contar con la verdadera voluntad del pueblo.

En cambio, hemos alentado, durante los últimos años, la creencia de que las direcciones de la Unión cívica radical fueran, como debían ser, el centro de la defensa indeclinable de los intereses de la soberanía nacional; y hemos secundado, con fervor, todos los esfuerzos de liberación que ellas auspiciaron o condujeron.

Después esas direcciones han abandonado sus deberes al propiciar la salida de la abstención en que se mantuvo la austera protesta del pueblo soberano contra todo lo que se hacía, sin derecho, en su nombre. Y, de renunciar en renuncio, esas direcciones han llegado a ser fomentadoras de resignaciones y acomodamientos.

No sin amargura hemos visto también a algunos de los que fueron, con nosotros y más señaladamente que nosotros, sostenedores de la soberanía popular hasta el 2 de enero de 1935, dejar sus ideales de redención nacional, para tomar la senda de unos comicios susceptibles de conducir a la disociación de la Unión cívica radical.

Esta no ha de destruirse, sin embargo. El intento de los que aspiran a emplear su inmensa fuerza colectiva como una fuerza ciega para llegar a fines opuestos a la aspiración del pueblo radical, de realizar una vida nacional solidaria y digna de trabajo y de justicia, no puede seguir ya su camino sin que, del mismo seno de la Unión cívica radical, surja el empeño consciente de defenderla.

Hemos agotado ya toda esperanza de que los autores de errores y desviaciones reiteradas escuchen nuestras reflexiones, nuestras instancias, nuestras súplicas, nuestras advertencias. Deploramos que las autoridades de la Unión cívica radical, con el pretexto de conseguir la soberanía política del pueblo, estén colaborando con las oligarquías económicas entregadas al capitalismo extranjero.

que define una primera etapa del nacionalismo autoritario. En un editorial de septiembre de 1933 de aquella publicación -dirigida ya por Franceschi y en la que colaboraban entre otros Leonardo Castellani y Julio Meinvielle- se encuentran proposiciones que en absoluto pueden tacharse de excepcionales dentro de su orientación general. "Yendo hasta la raíz del mal -se lee-, se ha podido ver que ni el parlamentarismo ni el liberalismo general de nuestras instituciones permitirán una defensa eficaz contra el comunismo, el espíritu judaico, la desorganización marxista y la ruina general de la economía." Por su parte, la posición antifascista nada menos que de un pensador católico del prestigio de Maritain mereció la siguiente respuesta de César Pico -que junto con otro tomista, Tomás D. Casares, ejercía el papel tutelar dentro de los Cursos: "si entendemos por fascismo [...] el complejo de fuerzas que reaccionan incuso con procedimientos drásticos contra esa civilización moderna que termina dialécticamente en el comunismo, es lícito y conveniente colaborar con su gesta libertadora".

Esta variante antiliberal -que podía aun recuperar la tradición de las luchas católicas que se habían opuesto infructuosamente a las medidas secularizadoras del Estado roquista- se expresaba naturalmente en la oposición a todo tipo de representatividad política popular. Dicho aristocratismo conducía en sus extremos a la denuncia del ascenso de las clases medias durante el yrigoyenismo, y de este gobierno popular en bloque como expresión

de la conjura liberal, masónica y, en definitiva, marxista. Con la fundación de *La Nueva República* en 1927 -en la que confluyen Rodolfo y Julio Irazusta, Ernesto Palacio, Juan E. Carulla y César Pico- se consolida un equipo que ejercerá una nítida influencia ideológica sobre la gestación del golpe antiyrigoyenista. Sin embargo, este movimiento carece todavía de un paradigma nacional, que resulta sustituido por las figuras de Mussolini, Primo de Rivera y Oliveira Salazar, como ejemplos de gobiernos fuertes capaces de instaurar la comunidad de "orden, jerarquía y autoridad" postulada por Ernesto Palacio. Esta fuerte convicción antidemocrática se consumaba en el privilegiamiento del papel de las élites. Marcelo Sánchez Sorondo será uno de quienes formulará más extensamente la tesis de "la clase dirigente", en tanto que para Julio Irazusta la tríada "jefe, minoría y masa" configuraba el ideal de una sociedad orgánica.

Pero por más que, en los inicios del régimen septembrino, multiplicaron los periódicos y las organizaciones paramilitares, el carácter decisivo del nacionalismo derechista se determina en buena medida alrededor de la "traición" de Agustín P. Justo expresada en un inmenso símbolo: el pacto Roca-Runciman. *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Irazusta, junto con ser uno de los textos fundamentales de esta corriente, define los efectos ideológicos más significativos de dicho pacto. Allí se rastrea la tradición dependiente del liberalismo argentino desde el Congreso Constituyente de 1924, con

No podemos apartarnos también nosotros del imperativo de nuestra conciencia cívica, que nos exige obrar urgentemente ante los males que afligen a la nación, porque afligen a la Unión cívica radical. Pues todo riesgo de desintegración moral de la nación argentina sería insignificante si la Unión cívica radical estuviera en su entereza moral como custodia del patrimonio de la república, porque ella sabría poner, por sus propios medios, la reparación y el freno necesarios a los daños sucedidos y a los que se avecinan.

Por lo cual, a fin de mantener la vida y unidad plenaria de la Unión cívica radical, en la cual FORJA ha nacido y vivirá, debemos llamar, como llamamos, a todos los radicales, a trabajar por la rehabilitación de sus cuerpos representativos.

Se ha de ilustrar concretamente el criterio de todos, con la revelación de los hechos y expectativas que definen el actual momento de la vida nacional, y para ello se citará nombres de personas y estados, sin los cuales la exposición de nuestra causa perdería la claridad necesaria para servir al juicio público. No nos mueve hacia esas personas y naciones, prevención ni desafecto,

FORJA, al denunciar el carácter de la gestión del actual gobierno y la ineficacia de sus oposiciones parlamentarias, acusa a las autoridades de la Unión cívica radical, por mantener silencio ante la gravedad de los siguientes problemas:

1. Creación del Banco central de la república y del Instituto movilizador de inversiones bancarias.
2. Preparativos para la Coordinación de transportes.
3. Creación de Juntas reguladoras de distintas ramas de industria y comercio.
4. Unificación de impuestos internos.
5. Tratado de Londres.
6. Sacrificios económicos impuestos al pueblo en beneficio del capitalismo extranjero.
7. Régimen de cambios.
8. Política petrolera.
9. Intervenciones militares arbitrarias.
10. Restricciones a la libertad de opinión.
11. Arbitrios discrecionales en el manejo de las rentas públicas.
12. Sujeción de las enseñanzas a organizaciones extranjeras.
13. Incorporación a la Liga de las naciones.
14. Supresión de las relaciones con Rusia.
15. Investigaciones parlamentarias sobre armamentos y comercio de carnes.
16. El crimen del senado.
17. Aplicación de censuras previas a la expresión de las ideas.
18. Desviaciones de la justicia contra la libertad individual.

Todos los aspectos de la vida nacional que se pasa a examinar, demuestran que ya se ha impuesto a la república una tiranía económica, ejercida en beneficio propio por capitalistas extranjeros a quienes se ha dado derechos y bienes de la nación argentina; y que, por las facultades extraordinarias que este congreso y los jueces han dado al gobierno nacional y por la supresión de derechos individuales, se han echado las bases para establecer de inmediato una dictadura política que asegure y consolide aquella tiranía.

lo cual el acuerdo económico de 1933 resultaba de hecho inscripto en el entrelazamiento de las fuerzas caracterizadas como sustantivamente antinacionales: el imperio británico y la oligarquía liberal. Por eso, atacar el pacto presente era cuestionar la constitución misma de la nación argentina y, viceversa, el develamiento del pasado se tornaba una mediación imprescindible para la comprensión de la estrategia del conservadorismo gobernante. Este carácter "pragmático" de la historiografía revisionista es asumido explícitamente por E. Palacio en su prólogo a la *Historia de la Argentina*. "Este libro -dice- ha sido escrito con la preocupación obsesiva por nuestro destino. ¿Para qué, si no, serviría la historia? [...] Diré solamente que, así como la idílica versión de la historia que nos legó la generación 'constituyente', y que nos hablaba de un destino cumplido y glorioso, nos dejaba desazonados e insatisfechos (puesto que nos obligaba al conformismo de una situación de factoría 'próspera'), la enumeración leal de nuestras desgracias nacionales nos lleva a una conclusión optimista, puesto que nos marca una tarea y una misión."

Empero, aquella tarea y esta misión nacían duramente carenciadas. Porque una vez intuida una clave de la dependencia argentina, el nacionalismo restaurador actualizará su respuesta típicamente reaccionaria, que dislocaba la vinculación entre la nacionalidad y los intereses democráticos, fugándose en general hacia un pasado yirreinal, hispanizante e incontaminado por la inserción ya largamente consumada de nuestro

país en el mercado capitalista mundial.

No obstante, en esa flexión había conseguido autonomizar en parte su propia propuesta. De allí en más ésta ya no se nutriría exclusivamente de modelos al menos tan europeizados como los que denunciaba en la izquierda o en el liberalismo, sino que detectaría en la figura de Juan Manuel de Rosas a su ejemplo, su justificación y metáfora. Paradigma en quien pretendidamente se conjuntaban el antimperialismo y una ajustada relación jefe-masas, el rosismo justificaba la otra nación frustrada por Caseros, dado que "en 1853 -como diría Ramón Doll- se interrumpe la historia argentina para comenzar una humillante crónica de la recolonización europea en la Argentina". Por eso el revisionismo histórico es -como se ha dicho- "algo más y algo menos que una escuela histórica". Algo más, porque toma sus orígenes de la necesidad de validar una línea política en la década del 30, y algo menos puesto que se nutre de temas que no inventa ni siquiera descubre, sino que captura en buena medida en elaboraciones anteriores de historiadores más clásicos que ya habían atacado la canonizada visión escolar de la historiografía liberal. Pero el vigor ideológico del nacional autoritarismo consistió en haber implementado esta revisión de la historia argentina para fundar una crítica corrosiva del paradigma de nación liberal en los precisos momentos en que la crisis económico-cultural planteaba demandas ideológicas y políticas concomitantes. Y en la reconstitución de un panteón antiliberal, Rosas -el anti-

Sarmiento—podía así actuar como una inmensa metáfora que denunciaba desde un pasado esencial las catastróficas consecuencias del justismo.

Luego de esta ofensiva entroncada con la denuncia del pacto Roca-Runciman, el movimiento nacionalista se reactivaría en torno de las repercusiones de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial. En este último sentido, la traducción nacional del conflicto se expresó en los polémicos encuadramientos sobre la neutralidad del país. Después de la ruptura del pacto germano-soviético hacia mediados de 1941, los radicales sabatinistas, FORJA y el nacionalismo de derecha conformaron las únicas fuerzas civiles neutralistas en la Argentina, mientras la izquierda se emblocaba con el liberalismo al dirimir su postura alrededor de la antinomia “democracia-fascismo”.

El neutralismo proEje del nacionalismo oligárquico lo condujo también al apoyo de Castillo, lo que no le impidió saludar el golpe del 4 de junio de 1943. Durante la presidencia de Ramírez, y a raíz de la implantación de la enseñanza religiosa, el nacionalismo católico llegó incluso a detentar prácticamente el control de los tres niveles de la educa-



ción oficial. Fue un triunfo efímero: en enero de 1944 Ramírez disolvió todas las organizaciones nacionalistas. Por fin, el peronismo disgregaría—por diversos motivos—su propuesta, e incluso dividiría sus filas, dadas las diversas alternativas por las que optaron, y que oscilarían desde la diputación peronista de Palacio hasta la oposición crítica adoptada por Julio Irazusta. Encontraron elementos de supervivencia sectorial incrustándose, empero, en el aparato educativo del gobierno peronista, que quedó así definido como un centro productor de políticas reaccionarias. Y después de la ruptura del peronismo con la Iglesia, constituyeron el aroma ideológico, “el pundonor espiritualista” de diversas intenciones golpistas antipolulares.

No obstante, signaron profundamente aspectos sustantivos del quehacer político e ideológico argentino, y contribuyeron a diseñar nuestra imagen de una década que sin ellos hubiese resultado notoriamente diversa. A pesar de que, pretendiendo ser los mortales enemigos del liberalismo, solieron metamorfosarse en su hermano-rival cuando compartieron con este último la misma escisión autoritaria entre el pueblo y la nación.

“Desde estos mismos balcones...” (Acercas del discurso de Perón del 17 de octubre de 1945)

Emilio de Ipola

Razones no faltan para pensar que, entre los múltiples acontecimientos que jalonaron la jornada del 17 de octubre de 1945, el discurso improvisado por Perón en los balcones de la Casa de Gobierno no fue precisamente el hecho de mayor trascendencia. Es que, ateniéndose al contenido lato de ese discurso, lo que en él aparece como más significativo es, justamente, su enfática insignificancia. Conciliadoras, elusivas, abundantes en lugares comunes donde se entremezclaban la retórica del discurso “patriótico” escolar y el recurso a la frase sentimental (merced a la cual, por ejemplo las masas populares se veían bruscamente asimiladas a la propia madre del líder), las palabras de Perón hacían tal ostentación de vacuidad que sus mismos destinatarios se vieron compelidos a interrumpirlas, interrogando al orador acerca de su destino en los días precedentes (“¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?”).

Pregunta ésta sobrecargada de peligros, en la medida en que su mera formulación hacía visible una sintomática ausencia en el discurso de Perón. Reclamando reiterada, insistentemente, una respuesta, el pueblo llamaba a comparecer en la plaza pública a un inoportuno personaje —la política—y, con ello, amenazaba con oponer a la “unión eterna e infinita”, invocada por Perón, la cruda realidad del enfrentamiento y de la lucha, en cuyo marco la movilización del 17 de octubre adquiriría, para ese pueblo —y también en verdad para Perón mismo—su verdadero sentido.

Obviamente, Perón no podía responder a esa pregunta, siquiera sea por la simple razón de que, antes de dirigir su mensaje, había asumido el doble compromiso de no referirse a su prisión y de ordenar la disolución pacífica de la concentración. Compromisos ambos a los que Perón se avino sin dificultad, puesto que eran los que mejor convenían a su situación: en efecto, si, por una parte, no cabía duda de que con el 17 de octubre se había ganado una batalla, por otra, nada aseguraba que ese triunfo significara ganar la guerra. Hasta era posible que implicara exactamente lo contrario: la derrota, esta vez la prisión o incluso la muerte.¹ Más que el compromiso con el presidente Farrell y con el general Avalos, su propia situación obligaba a Perón a ser prudente y a medir sus palabras; en cuanto a ordenar la desconcentración pacífica de la multitud, es evidente que Perón lo habría hecho por propia iniciativa y sin necesidad de promesa alguna.²

Era pues inevitable que, en su discurso, Perón no dijera nada... o prácticamente nada. Se puede sin duda registrar como significativo el hecho de que, luego de recomendar el tranquilo retorno al trabajo y de declarar ya sin objeto los “movimientos obreros” que se anunciaban, Perón dio el visto bueno a la huelga resuelta por la CGT para el día siguiente, aunque no sin destacar su nuevo carácter de jornada de festejo —y no de protesta. Asimismo es posible in-

terpretar sus referencias a la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía como una suerte de consagración pública de la fórmula, acuñada por Dardo Cúneo para marcar la significación de esa fecha, “ejército + sindicatos = poder”. Pero análogas y más explícitas referencias a esa ecuación abundan en anteriores discursos de Perón: fue en todo caso la extraordinaria movilización del 17 de octubre lo que les dio, esta vez, un alcance y una vigencia inéditos.

En suma: nada nuevo ni especialmente significativo puede detectarse en ese discurso, salvo —reiterémoslo— sus muchos silencios, su notoria carencia de significación. Es entonces comprensible que, quienes se han interesado en las características típicas del lenguaje político de Perón, en su “estrategia discursiva”, hayan preferido volcar su atención sobre otros discursos, anteriores o posteriores al del 17 de octubre, y no sobre este último;³ asimismo, no menos comprensible es que la mayoría de los análisis, crónicas y testimonios sobre el 17 de octubre hayan creído innecesario efectuar un examen detenido de dicho discurso.⁴ Es más: el propio Perón, en declaraciones efectuadas a Félix Luna en enero de 1969, se encargó de descalificar indirectamente al discurso en cuestión, refiriéndose con humor a la enredada situación que reinaba en el atardecer y la noche de ese día y a su propia confusión en el momento en que debió dirigirse al pueblo: “Entonces fui al balcón y hablé lo que pude improvisar en aquel momento. Imagínese, ni sabía lo que iba a decir [...] ; tuve que pedir que cantaran el Himno para poder armar un poco las ideas! Y así salió aquel discurso” (*op. cit.*, p. 343).

Todo pues —hasta su mismo autor— parece indicar que ese discurso no tuvo más que una importancia secundaria y episódica. Poco relevante para buscar en él el pensamiento político de Perón o para evaluar, a través de su análisis, la significación histórica de la jornada, el mensaje del 17 de octubre del 45 tendría bien merecida la poca atención de que fue objeto.

En las líneas que siguen nos proponemos encarar el tema desde un ángulo diferente. Será, si se quiere, una nota discordante con respecto al razonable punto de vista antes expuesto. No porque en ella intente mos sacar a luz quién sabe qué significado oculto, íntimo, del mencionado discurso o pretendamos formular una nueva e insospechada interpretación de su contenido. Nuestro propósito es diferente... y mucho más modesto: trataremos, simplemente, de aportar unos pocos elementos de reflexión acerca de las condiciones particulares en que el discurso del 17 de octubre fue pronunciado y del modo en que esas condiciones se refractaron en el discurso mismo: de qué manera lo afectaron, no sólo negativamente, imponiendo determinados silencios y

restricciones (como los ya mencionados “compromisos”), sino también en términos positivos, esto es modificando cualitativamente sus enunciados, realzando el peso específico de ciertas frases en apariencia inocuas y, de este modo, redefiniendo —al menos parcialmente— el sentido político de ese mensaje. En una palabra, trataremos de encarar a dicho discurso de modo tal de restituírle algo de su espesor y su eficacia en tanto acontecimiento. No, pues, una nueva exégesis del discurso en cuestión, sino más bien una perspectiva diferente sobre él. De paso, y como es natural, intentaremos también mostrar que, vistos desde esa perspectiva, algunos aspectos del mencionado discurso adquieren una relevancia y un alcance que desbordan ampliamente su contenido literal.

Para ello, comenzaremos por recapitular brevemente los principales hechos inmediatamente anteriores al momento en que Perón pronunció su mensaje.

Hacia las 21.45 horas de ese día, mientras una impresionante multitud coreaba y aclamaba en la Plaza de Mayo el nombre de Perón, el presidente Farrell se reunía con este último en la residencia presidencial a efectos de concertar un arreglo definitivo y de definir, de común acuerdo, los pasos inmediatos a seguir. Participaban también en esa reunión un conjunto de dirigentes sindicales, miembros del Comité de huelga constituido en la víspera con el objeto de organizar el paro dispuesto por la CGT para el día 18.

A esas horas la suerte estaba prácticamente echada: el principal opositor de Perón —el general Avalos— cedía en todos los terrenos, ofrecía su renuncia y dejaba el camino libre a aquél. Los términos del acuerdo a que se llegó en dicha reunión son ampliamente conocidos; mencionemos con todo los principales: renuncia de los ministros (almirante Venengo Lima, de Marina, y el ya citado general Avalos, de Guerra), integración de un nuevo gabinete con hombres adictos a Perón, designación del teniente coronel Mercante como Secretario de Trabajo y Previsión y, por supuesto, mantenimiento de la convocatoria a elecciones.

También, sin embargo, había que ponerse de acuerdo sobre lo inmediato. Erán ya más de las 10 de la noche y en la Plaza de Mayo el pueblo reclamaba, fervorosamente, la presencia y la palabra de Perón. No era empero descartable una solución intermedia, esto es que Perón hablara por radiotelefonía a los trabajadores desde la residencia presidencial y no desde la Casa de Gobierno: el pueblo no tendría la presencia, pero sí la palabra, de Perón. Resulta difícil establecer con certeza la opinión, de Perón con respecto a este punto. Félix Luna afirma que el líder puso como condición, para hablar, el haberlo desde la Casa Rosada (*op. cit.*, p. 290). Por su parte, Luis Gay, miembro del Comité de huelga, adjudica a dicho comité la imposición de esa

condición, venciendo incluso los temores de Perón, "quien —según Gay— prefería dar por terminada la movilización para evitar reacciones en el ejército".⁵ Esasimismo posible que Perón se inclinara en un comienzo por no hablar y que luego, persuadido de que debía hacerlo, exigiera dirigirse al pueblo desde la Casa de gobierno. Pero dejemos ese punto en el terreno de las conjeturas.

El hecho es que, hacia las 23.10, Perón hacía su aparición en los balcones de la Casa Rosada, desencadenando la mayor explosión de entusiasmo colectivo jamás conocida en la historia argentina. Pasarían aún largos minutos antes de que hablara. Al fin, luego de unas breves palabras de Farrell, quien anunció, entre vitores y aclamaciones, las nuevas medidas tomadas por el gobierno e hizo la presentación de Perón, éste último pareció dispuesto a comenzar su alocución. Previamente, sin embargo, el locutor radial invitó al público —según se cree, por indicación expresa de Perón— a que entonase el Himno Nacional. Cumplida la ceremonia, Perón, quien se había retirado durante su ejecución, reapareció en los balcones e inició su discurso.

Es una regla de todo discurso político público el que su primera palabra asuma la forma de una interpelación; en el caso del discurso de Perón esa primera palabra interpelativa fue "¡Trabajadores!". La larga ovación con que fue saludada por la multitud mostró que dicha interpelación había llegado a feliz destino. Así nombrados y definidos los destinatarios del discurso, correspondía acto seguido que éste último nombrara y definiera a su propio emisor. Doble

y necesario expediente gracias al cual se consumaría la *mise-en-scène* discursiva de los protagonistas del acto y, lo que es más importante, se definiría el tipo específico de *relación* planteada por el orador con respecto a sus auditores. Perón franqueó estos pasos mediante la evocación de un mensaje anterior: "Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser un patriota y la de ser el primer trabajador argentino".

Es probable que muy pocos de los que escucharon o leyeron esta frase hayan advertido dos hechos que, según nuestro punto de vista, merecen atención:

a) En primer lugar, ese tiempo pasado al que Perón alude como quien enuncia una evidencia es, en realidad, una construcción puramente discursiva (más precisamente: una ficción): ya que, en efecto, las palabras evocadas por Perón no habrían sido pronunciadas "hace casi dos años", sino apenas un año y tres meses atrás —para ser exactos, el 8 de julio de 1944. Poco importa, para el caso, si el error fue inconsciente o calculado: de todos modos, esa "exageración" cumplía bien la función de destacar la diferencia, a la vez cuantitativa y cualitativa, entre el pasado y el presente, el ayer evocado y el hoy.

No bastaba, sin embargo, con enfatizar la distancia entre ambos tiempos; una vez así "magnificada", dicha distancia debía ser definida y calificada en términos políticos. Tal sería —como veremos— el objetivo, apenas implícito, de los subsiguientes párrafos del discurso. Antes, sin

embargo, completemos el comentario de la frase inicial.

b) En segundo lugar, si se compara la frase citada con la que figura en el discurso que en ella se evoca, salta a la vista una significativa diferencia. En efecto, el 8 de julio de 1944 Perón había dicho textualmente lo siguiente: "[...] Sólo ostento tres títulos que me enorgullecen: el de ser soldado, el de ser *considerado* primer trabajador argentino y el de ser un patriota" (cursiva nuestra). En el discurso del 17 de octubre de 1945 la modalización ("ser considerado") es omitida; en virtud de esa omisión, dicho discurso afirma, como una suerte de hecho consumado, que desde hace casi dos años Perón es el primer trabajador argentino: el título honorífico aparece así convertido en una cualidad sustantiva del orador. Obsérvese asimismo el orden de la enumeración se ha alterado: lo que podríamos llamar la lógica discursiva del *last but not least* otorga ahora un peso mucho mayor a la referencia, hecha por Perón, a su condición de "primer trabajador".

Inmediatamente después de esa frase inicial, Perón informó sobre su voluntario retiro del ejército, que implicaba renunciar a la aspiración de ser un día general de la Nación, y expresó su intención de "seguir siendo el coronel Perón y poner (se), con este nombre, al servicio integral del auténtico pueblo argentino". Señaló a continuación que, con ese gesto, daba su abrazo final a la institución armada —"punta de la Patria"— y su primer abrazo al pueblo.

Como indicamos antes, en estos párrafos Perón cumple con la doble tarea de autosituarse con relación a



Discurso de Perón del 17 de octubre

"Trabajadores: Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser un patriota y la de ser el primer trabajador argentino.

"Hoy a la tarde el Poder Ejecutivo ha firmado mi solicitud de retiro del servicio activo del ejército. Con ello he renunciado voluntariamente al más insignificante honor a que puede aspirar un soldado: llevar las palmas y los laureles de general de la Nación. Lo he hecho porque quiero seguir siendo el coronel Perón y ponerme con este nombre al servicio integral del auténtico pueblo argentino.

"Dejo, pues, el honroso y sagrado uniforme que me entregó la patria para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufrida y sudorosa que elabora en el trabajo la grandeza del país.

"Con esto doy mi abrazo final a esa institución que es el punta de la patria: el ejército. Y doy también el primer abrazo a esta masa inmensa que representa la síntesis de un sentimiento que había muerto en la república: la verdadera civilidad del pueblo argentino.

"Esto es el pueblo; esto es el pueblo sufriendo que representa el dolor de la tierra madre, el que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la patria, el mismo que en esta histórica plaza pidió frente al cabildo que se respetara su voluntad y su derecho. Es el mismo pueblo que ha de ser inmortal porque no habrá perfidia ni maldad humana que pueda someter a esta masa grandiosa en sentimiento y en número.

"Esta es la verdadera fiesta de la democracia, representada por un pueblo que marcha a pie durante horas para llegar a pedir a sus funcionarios que cumplan con el deber de respetar sus auténticos derechos.

"Muchas veces he asistido a reuniones de trabajadores. Siempre he sentido una enorme satisfacción, pero desde hoy sentiré un verdadero orgullo de argentino porque interpreto este movimiento colectivo como el renacimiento de una conciencia de los trabajadores, que es lo único que puede hacer grande e inmortal a la nación.

"Hace dos años pedí confianza. Muchas veces me dijeron que ese pueblo por el que yo sacrificaba mis horas de día y de noche habría de traicionarme. Que sepan hoy los indignos farsantes que este pueblo no engaña a quien no lo traiciona. Por eso, señores, quiero en esta oportunidad, mezclado con esta masa sudorosa, estrechar profundamente a todos contra mi corazón, como lo podría hacer con mi madre.

"Desde esta hora, que será histórica para la república, que sea el coronel Perón el vínculo de unión que haga indestructible la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía; que sea esta unión eterna e infinita para que este pueblo crezca en esta unidad espiritual de las verdaderas y auténticas fuerzas de la nacionalidad y del orden; que esa unidad sea indestructible e infinita para que nuestro pueblo no solamente posea la felicidad, sino también sepa defenderla dignamente. Esa unidad la sentimos los verdaderos patriotas, porque amar a la patria no es amar sus campos y sus casas, sino amar a nuestros hermanos, que esa unidad se afiance en la felicidad futura, amalgamándose en un estrato formidable de este pueblo, que al mostrarse hoy en esta plaza, en número que pasa del medio millón, está indicando al mundo su grandeza espiritual y material. (El pueblo pregunta: ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? . . .)

"Preguntan ustedes dónde estuve. Estuve realizando un sacrificio que lo haría mil veces por ustedes.

"No quiero terminar sin enviar un recuerdo cariñoso y fraternal a nuestros hermanos del interior que se mueven y palpitan al unísono con nuestros corazones en todas las extensiones de la patria. A ellos, que representan el dolor de la tierra, vaya nuestro cariño, nuestro recuerdo y nuestra promesa de que en el futuro hemos de trabajar a sol y a sombra porque sean menos desgraciados y puedan disfrutar mejor de la vida.

"Y ahora, como siempre, de vuestro secretario de Trabajo y Previsión que fue y que seguirá luchando a vuestro lado por ver coronada la obra que es ambición de mi vida, la expresión de mi anhelo de que todos los trabajadores sean un poquito más felices. (El pueblo insiste: ¿Dónde estuvo? . . .)

"Señores: ante tanta insistencia les pido que no me pregunten ni me recuerden cuestiones que yo ya he olvidado, porque los hombres que no son capaces de olvidar no merecen ser queridos ni respetados por sus semejantes. Y yo aspiro a ser querido por ustedes y no quiero empañar este acto con ningún mal recuerdo.

"Ha llegado ahora el momento del consejo. Trabajadores: únense, sean hoy más hermanos que nunca. Sobre la hermandad de los que trabajan ha de levantarse en esta hermosa tierra la unidad de todos los argentinos. Diariamente iremos incorporando a esta enorme masa en movimiento a todos los discípulos y descontentos para que, junto con nosotros, se confundan en esta masa hermosa y patriota que constituyen ustedes.

"Pido también a todos los trabajadores que reciban con cariño mi inmenso agradecimiento por las preocupaciones que han tenido por este humilde hombre que les habla. Por eso les dije hace un momento que los abrazaba como abrazaría a mi madre, porque ustedes han tenido por mí los mismos pensamientos y los mismos dolores que mi pobre vieja habría sufrido en estos días.

"Confiemos en que los días que vengan sean de paz y de construcción para el país. Mantengan la tranquilidad con que siempre han esperado a las mejoras que nunca llegaban. Tengamos fe en el porvenir y en que las nuevas autoridades han de encaminar la nave del estado hacia los destinos que aspiramos todos nosotros, simples ciudadanos a su servicio.

"Sé que se habían anunciado movimientos obreros. Ya desde este momento, no existe ninguna causa para esto. Por eso les pido, como un hermano mayor, que retornen tranquilos a sus trabajos.

"Y por esta única vez, ya que nunca lo pude decir como secretario de Trabajo y Previsión, les pido que realicen el día de paro festejando la gloria de esta reunión de hombres de bien y de trabajo, que son la esperanza más pura y más cara de la patria.

"He dejado deliberadamente para el último recomendarles que al abandonar esta magnífica asamblea lo hagan con mucho cuidado. Recuerden que ustedes, obreros, tienen el deber de proteger aquí y en la vida a las numerosas mujeres obreras que aquí están.

"Finalmente, les pido que tengan presente que necesito un descanso, que me tomaré en Chubut para reponer fuerzas y volver a luchar codo con codo con ustedes, hasta quedar exhausto, si es preciso.

"Y ahora, para compensar los días de sufrimiento que he vivido, yo quiero pedirles que se queden en esta plaza quince minutos más, para llevar en mi retina el espectáculo grandioso que ofrece el pueblo desde aquí."

sus auditores y de caracterizar políticamente la distancia, previamente sobredimensionada, entre el "antes" y el "ahora". Ahora bien, respecto de ambos puntos, los mencionados párrafos se destacan ente todo por su notoria ambigüedad: en efecto, tanto la relación Perón-trabajadores como la oposición pasado-presente son presentadas, en ellos, bajo la doble figura de una discontinuidad y una continuidad.

Le una *discontinuidad*: quien hoy habla a ustedes *no es* el mismo hombre de ayer. Aquél hablaba "desde estos mismos balcones" en su calidad de secretario de Trabajo y Previsión, de ministro de Guerra, de vicepresidente de la República; aquél esperaba ser en el futuro general de la nación; el de hoy, en cambio, ya no ocupa ningún cargo oficial, ha dejado de ser miembro del gobierno y, además, acaba de renunciar al servicio activo en el ejército. De una *continuidad*: quien hoy habla a ustedes *sigue siendo*, a pesar de todo, el mismo hombre de ayer, esto es sigue siendo un soldado —aunque ahora vista "la casaca del civil"—, sigue siendo un patriota . . . y sigue siendo el primer trabajador argentino.

Podemos ahora comprender el papel eficaz que cumple, en el discurso, la mayoración ficticia de la distancia entre el pasado y el presente: ella permite, en efecto, que esa amalgama de lo discontinuo y lo continuo aparezca, no como contradictoria, sino como complementaria; no como un hecho negativo, sino como un hecho eminentemente positivo. O sea, dicho en términos simples: "Perón no es hoy el mismo (= hombre de estado) precisamente porque sigue siendo el mismo (= hombre del pueblo)". Sutil ambivalencia ésta que repite, en el orden temporal, ese vaivén permanente entre la inclusión y la exclusión típico de los discursos políticos de Perón y presente también en el que comentamos: "soy, como ustedes civil, pero a diferencia de ustedes soy también soldado; soy igual a ustedes, puesto que soy vuestro hermano, pero soy también diferente de ustedes, puesto que soy vuestro hermano mayor; soy, como ustedes, un trabajador, pero a diferencia de ustedes soy también el primer trabajador", etcétera.

Sigamos empero escuchando a Perón. Los siguientes párrafos del discurso se extendieron en un exaltado elogio del pueblo y de la "verdadera fiesta de la democracia" que representaba la movilización popular de ese día, elogio prolífico en términos eufóricos y en frases más o menos hechas. Por las razones indicadas al comienzo, no nos detendremos en el examen de esos párrafos. Imposible, en cambio, pasar por alto una corta frase enunciada al pasar en el desarrollo mismo de esta parte "apologética" del discurso. La frase en cuestión es la siguiente: "Hace dos años pedí confianza."

Nos encontramos, pues, de nuevo, con una explícita referencia a palabras pronunciadas en el pasado; y, nuevamente, como movido por una extraña compulsión de repetición, el discurso vuelve a sobredimensionar la distancia entre el antes y el ahora: ese "pedido de confianza", evocado el 17 de octubre de 1945, existió efectivamente; figura, en términos que impiden la menor confusión, en un mensaje dirigido por Perón a las delegaciones obreras de Paraná; sólo que ese mensaje fue pronunciado el día 17 de junio de 1944, es decir, no dos años, sino exactamente un año y cuatro meses atrás.

Reiteremos que no nos interesa determinar si el desliz fue o no deliberado: nos interesa solamente destacar la eficacia propiamente mítica de ese anacronismo discursivo —anacronismo que, por lo demás, no deja de evocar el paternal "había una vez" con que suele comenzar la narración de un cuento, de una leyenda, de una fábula.⁶ Cabe al respecto señalar que el recurso a la autocitación es frecuente en los discursos de Perón: lo nuevo, en este caso, es que en las dos únicas ocasiones en que el orador evoca palabras pronunciadas por él en un instante pasado, dicho instante se vea afectado por un marcado coeficiente de magnificación retrospectiva. Ya hemos visto cuál era, no necesariamente la intención, pero sí la eficacia "objetiva" de esa magnificación.

Las frases que siguieron a la antes comentada (con excepción de la ya mencionada exhortación a la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía) reiteraron el estilo retórico grandilocuente de las precedentes. Fue precisamente en ese momento que el pueblo interrumpió al orador preguntándole dónde había estado en los días anteriores. Perón trató de salir del paso con una respuesta evasiva e incluso amagó con poner ya punto final a su discurso ("No quiero terminar sin enviar un saludo cariñoso a nuestros hermanos del interior" [...] etc.). El pueblo, sin embargo, volvió a la carga y Perón, previo un severo "señores:", bien distinto del "trabajadores" del comienzo, cerró esta vez resueltamente el camino a la formulación misma de la pregunta: la primera petición que hizo a sus auditores fue justamente que no le preguntaran ni le recordaran esas "cuestiones", ya relegadas por él al olvido.

A ese primer pedido siguieron otros: unidad, desconcentración pacífica, tranquilidad, cumplimiento "festivo" del día de paro, etc., temas a los cuales ya nos hemos referido en el comienzo de esta nota. Cabe sin embargo completar esas referencias con la mención de un hecho a nuestro entender significativo —tal vez incluso el único realmente significativo— con respecto a la formulación de esos pedidos.

Se trata de lo siguiente: en la fra-

se en que, "por esta única vez" se exhorta a cumplir el día de paro, Perón, con admirable sutileza, señala, de un modo indirecto pero claro, el nuevo lugar institucional que otorga a esa axhortación su autoridad y su legitimidad. Ese lugar no es ya, y *no podría nunca haber sido*, el correspondiente a un cargo gubernamental —para el caso la secretaría de Trabajo y Previsión. Es un lugar rigurosamente nuevo, cuya positividad ha supuesto y ha sancionado una ruptura del espacio político hasta entonces vigente y su reestructuración con arreglo a otras coordenadas. Reestructuración traducida en la emergencia abrupta, en el interior de la sociedad argentina, de dos nuevos personajes (Perón, los trabajadores) y de una coyuntura literalmente *incalificables* en los términos de la política tradicional.⁷

Perón está ya instalado en ese nuevo espacio y ha asumido ya como propio el sitio que le ha sido asignado: la movilización del 17 de octubre de 1945 es la prueba fehaciente, definitiva, de que los trabajadores lo han identificado (= constituido y reconocido) como su líder. Investido de esa identidad, situado en ese nuevo lugar, Perón puede legítimamente ejercer y hacer valer su autoridad: exhortar, pedir, ordenar, a sus liderados, con tanto mayor derecho cuanto que ha sido unido por ellos como depositario de dicha autoridad. Dicho de otro modo: le ha *tomado la palabra* al pueblo, en todos los sentidos de esta expresión. Lo que significa, por una parte, que su palabra habrá de ser la palabra del pueblo, pero también, según la lógica inevitable de las relaciones de poder, que esa palabra pertenece ahora por principio a Perón . . .

El discurso del 17 de octubre va a concluir; su última frase será también un pedido: "[...] Y ahora, para compensar los días de sufrimiento que he vivido, yo quiero pedirles que se queden en esta plaza quince minutos más, para llevar en mi retina este espectáculo grandioso que ofrece el pueblo desde aquí".⁸

"Desde aquí", es decir desde donde ustedes no están pero, también, desde donde ustedes me han puesto; desde esos mismos balcones, mencionados al comienzo del discurso: es decir desde la figura arquitectural que, en la Argentina, ha funcionado y sigue funcionando como el más eminente símbolo material, como la representación físico-espacial privilegiada del lugar del poder. Sólo que hoy ese lugar está habitado por una extraña presencia: no la del presidente de facto y su precario séquito ministerial sino la de un hombre sin cargos públicos ni investidura oficial alguna, pero cuya autoridad es reconocida y legitimada por los inmensos clamores que vienen "desde allá", desde abajo, desde la plaza.

¿Cómo interpretar entonces ese último pedido que Perón dirige al

pueblo? Sus propias palabras lo sugieren: se trata de fijar, en el éxtasis de un momento ("quince minutos"), el hecho político del 17 de octubre bajo la forma cristalizada de una escenificación en la cual *cada uno ha de permanecer en su lugar propio*; se trata, si se quiere, de transformar, aunque sea sólo por unos instantes, *el acontecimiento en espectáculo*; más precisamente, en un espectáculo reservado para quien, desde los balcones, dispone por derecho propio del máximo campo de visión posible.

"He ahí sugerida —pensarán algunos— la inquietante y repulsiva figura del Panóptico." Dejemos esa peregrina conclusión para los afectos a analogías superficiales. Por nuestra parte, pensamos más bien que ese dispositivo "teatral" simboliza y prefigura, tanto para Perón como para las masas populares, la recomposición efectiva del campo político operada y consagrada en ese histórico día. Queda en pie, sin embargo, el hecho de que esa simbolización espacial, actualizada y actuada por todos los participantes, fue un efecto inducido por el discurso de Perón y un testimonio cabal de su incidencia en tanto acontecimiento, de su eficacia *en acto*. Lo cual, si se nos permite la fórmula pedante, "era (todo) lo que queríamos demostrar".

1. Temor, por lo demás, no injustificado. Sabido es que, dadas las 21 horas de ese día y viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, el almirante Vernengo Lima se dirigió al puerto con el fin de sublevar a la marina, descontando una iniciativa semejante del general Avalos en Campo de Mayo. La tentativa en cuestión fracasó, pero, como bien señala Félix Luna, no era en modo alguno descabellada.

2. "De casa al trabajo y del trabajo a casa" figura como una de las más reiteradas consignas de los discursos de Perón. Por otra parte, en la carta que este último envió a Mercante desde la Isla Martín García, aparece claramente expresada la inquietud de Perón acerca de las eventuales consecuencias de una movilización obrera.

3. Por ejemplo, el dirigido a las delegaciones obreras de Paraná (17/6/44), la controvertida alocución en la Bolsa de Comercio (22/8/44), el brillante y lúcido discurso en el acto de proclamación de su candidatura (12/2/46), etcétera.

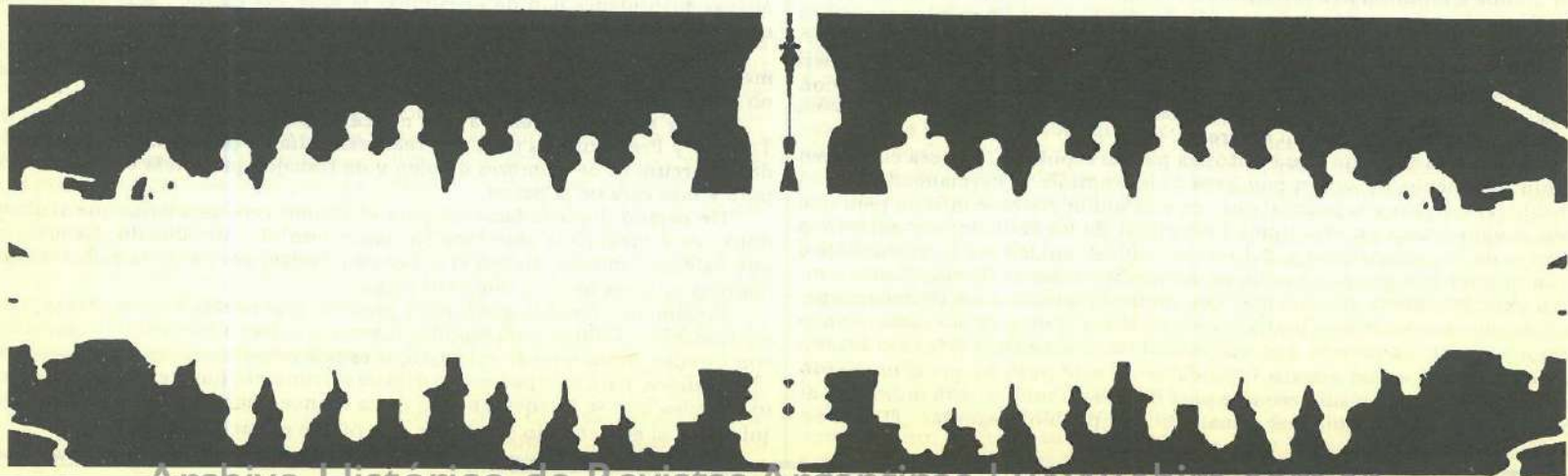
4. Con la parcial excepción de Félix Luna, quien, en su libro El 45 (Buenos Aires, Sudamericana, 1971) ofrece un vívido relato, pleno de sugerencias pero esencialmente descriptivo, del desarrollo del discurso de Perón.

5. Véase sobre estos puntos el excelente artículo de Juan Carlos Torre: "La C.G.T. y el 17 de octubre de 1945", en *Todo es historia*, núm. 105, Buenos Aires, febrero de 1976.

6. Sobre este paternalismo anacrónico del "había una vez", véase las sugerentes observaciones de Antonio Gramsci en *Literatura y vida nacional*, Juan Pablo, México, 1976, pp. 158-159.

7. Nada más ilustrativo al respecto que los comentarios de los periódicos opositores (es decir, de todos los periódicos, con excepción de *La Epoca*) acerca de los acontecimientos del 17 de octubre y de sus protagonistas. Parece sumamente difícil encontrar en otra parte una síntesis más perfecta de mistificación y de ceguera.

8. Existen versiones de ese discurso en las cuales esta última frase es omitida. No cabe sin embargo la menor duda de que Perón la pronunció efectivamente.



La CGT y el 17 de octubre

Federico T. Gómez

¿Qué papel le cupo a la CGT y a los sindicatos el 17 de octubre? La versión que prevalece acerca de aquella jornada tiende a minimizar el papel de los líderes sindicales y, en otros casos, a denunciar la actitud contradictoria que habrían tenido respecto de la multitud obrera que irrumpió en Plaza de Mayo para exigir la libertad del coronel Perón y consagrarlo caudillo del pueblo. La tardía y trabajosa declaración de la huelga general, resuelta por la CGT cuando ya las masas habían ocupado las calles desafiando la autoridad de la cúpula sindical, sería una prueba de ello.

Conviene, sin embargo, a los efectos de una mejor comprensión de este fenómeno, ubicarse en el contexto histórico adecuado: en 1945 el movimiento obrero se encontraba organizacional y tácticamente fragmentado, y la central obrera no era aún la entidad unitaria y representativa que sería más tarde. El análisis y la evaluación del papel de los líderes obreros tiene que atender tanto las iniciativas de la CGT como las originadas fuera de ella. Este nuevo encuadre permitirá comprender por qué los dirigentes sindicales consideraron el desenlace de la crisis como una victoria del movimiento obrero.

Los sindicatos y Perón

Sólo tres meses antes del 17 de octubre el movimiento obrero adhirió públicamente a la gestión ministerial de Perón. El objetivo del jefe del GOU de establecer un diálogo con la cúpula sindical —para lo cual revisó las decisiones oficiales más resistentes y formuló los conceptos de su nueva política social— no tuvo un éxito inmediato. Después de la prohibición de la movilización del 1 de mayo de 1944 —que se proponía levantar la consigna de la pronta normalización constitucional y de reclamar la concreción de las medidas sociales anticipadas por Perón, pero no efectuadas aún—, se produjo un

progresivo realineamiento de los dirigentes sindicales respecto del secretario de Trabajo y Previsión. Si para conjurar y sancionar la maniobra sindical el gobierno utilizó diversos tipos de presiones, Perón y su lugarteniente Mercante, a su vez, extremaron sus esfuerzos para neutralizar a los líderes obreros, invitándolos a difundir sus reivindicaciones y a concretarlas colaborando con las actividades de la secretaría. Un núcleo importante de gremialistas se incorporó a las comisiones oficiales y participó en la elaboración de los primeros decretos que, entre julio y noviembre de 1944, inauguraron la nueva política social del coronel Perón.

Pero para los jefes del movimiento obrero —en tanto la justicia social prometida no era sino una responsabilidad que le cabía a Perón como gobernante— no debía esperarse una actitud de los sindicatos que vaya más allá de secundar y apoyar, resguardando así claramente su autonomía política. Algo distinto de lo que quería Perón: acumular fuerzas y volcarlas en el combate que libraba por el poder. Se comprenderá mejor la posición adoptada por los dirigentes sindicales si nos remontamos a la tradición dentro de la cual se forma y desenvuelve el movimiento obrero: circunscripción de la actividad a una plataforma estrictamente reivindicativa y neutralidad en materia política.

Ahora bien, la convocatoria de Perón cayó sobre un movimiento obrero orientado por una estrategia sindical puesta al servicio de la supervivencia y encontró, finalmente, un eco favorable. Sólo los comunistas desertaron, prefiriendo denunciar los rasgos autoritarios y antiliberales del gobierno. El resto de los dirigentes sindicales, dejando de lado escrúpulos ideológicos, respondió a la apertura social del secretario de Trabajo, si bien con reticencias para profundizar el compromiso con éste.

Pero el problema más acuciante de los jefes sindicales era de orden

estratégico y giraba en torno a la convocatoria a elecciones para 1946. ¿Cómo asegurar, a través de los próximos comicios, la continuidad de la política social?

Mientras se sucedían manifestaciones callejeras y ocupaciones estudiantiles, mientras la agitación crecía favorecida por el levantamiento del estado de sitio, la reorganización de los partidos y la actividad provocadora del embajador Braden los sindicatos daban un paso atrás y se mantenían a la expectativa. Esta situación se modificará sólo por una crisis política interna: la desafiliación de la CGT, el 5 de septiembre, de La Fraternidad, de la Unión Obrera Textil y del Sindicato Obrero del Calzado. Acusándola de colaboración con el gobierno, los mencionados sindicatos intentaban aprovechar las perplejidades de la cúpula sindical para forzar su ruptura con Perón. En respuesta a la maniobra escisionista, en la declaración titulada "La CGT contra el confucionismo político", se afirmará que las organizaciones sindicales son coaliciones de carácter económico, fundadas sobre naturaleza de clase, frente a las cuales todos los gobiernos son lo mismo, representantes más o menos genuinos, de la clase capitalista". Reafirmando la vieja filosofía de la prescindencia, sostenían que la CGT "no pudo presentarse ante el actual gobierno, como no lo hizo ante otros, en la para ella impropia actitud de partido. Cumplió con su función específica de defensa de los intereses obreros".

Hacia septiembre, ¿qué hacían Angel Borlenghi, Cipriano Reyes y Silverio Pontieri, dirigentes sindicales que jugarían un papel central en toda esta historia? Borlenghi, que iniciara los contactos entre la vieja guardia sindical y Perón, pierde el control de la Confederación de Empleados de Comercio, la que se alista en las posiciones de La Fraternidad debido a las presiones del Partido Socialista. Reyes lanza la huelga de los frigoríficos de Berisso, que finalizará el 23, después de casi cinco meses de marcados enfrentamientos. El día 21, el dirigente ferroviario Silverio Pontieri —quien a partir de la marcha de la oposición del 19 de septiembre empieza a vacilar de su apoliticismo y comprende la necesidad de tomar partido en ese combate cada vez más intenso— resulta elegido secretario general de la CGT.

El desplazamiento de Perón

El 9 de octubre culmina la ofensiva opositora con la exigencia de la renuncia de Perón por parte de la oficialidad de Campo de Mayo. La dimisión se realiza sin que se produjera la resistencia a que lo incitaban sus más cercanos colaboradores. Serán los beneficiados por su política social, los trabajadores, quienes a través de la movilización lograrán que Perón vuelva y recupere el poder.

¿Qué papel jugaron los sindicatos y la CGT en aquellos días decisivos? La noticia del desplazamiento de Perón encontró a los dirigentes obreros en cierto modo preparados. En las últimas horas del mismo día 9 se llevó a cabo una reunión en el Sindicato de Cerveceros para analizar las novedades de la jornada. Los 70 dirigentes que asistieron decidieron designar una comisión para que entrevistara al ex secretario y le expresara su solidaridad. La ausencia sugestiva en este conglomero de diversos orígenes —sindicalistas, cegetistas y autónomos— era la de los miembros del secretariado de la central obrera, que, de ese modo, anticipaban el escaqueo liderazgo que habrían de ejercer en la coyuntura. Después de aceptar la propuesta de la comisión de que se despidiera de los trabajadores esa misma tarde en un acto público, Perón —muy afectado por su súbita caída pero complacido por la presencia obrera— aceptó la propuesta, y comenzaron los preparativos para concretarla sin sospechar nadie que con ello ponían en movimiento el motor de una reacción popular que en pocos días habría de revertir el proceso. "No había en el pensamiento de nadie —diría Luis Gay—, ni en el nuestro ni en el de Perón, la posibilidad de que el movimiento obrero se constituyera en una fuerza política suficientemente fuerte como para cambiar el curso de los acontecimientos: ésa es la pura verdad. Quien sostenga lo contrario es porque no estaba actuando en esa época o porque no se maneja con informaciones veraces."¹

La respuesta de los trabajadores a la convocatoria no pudo ser más fervorosa: cinco horas después de finalizada la entrevista se reunieron frente a la Secretaría de Trabajo setenta mil personas, es cierto que ayudadas por las ambigüedades dentro de las que se movía el gobierno en esos días. Esa muchedumbre obre-

El 17 de octubre

Ezequiel Martínez Estrada

Habíamos hablado mucho de nuestro pueblo. Ya en el Himno se lo mencionaba, pero no lo conocíamos. Perón nos reveló, no al pueblo sino a una zona del pueblo que, efectivamente, nos parecía extraño y extranjero. El 17 de octubre Perón volcó en las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie habría reconocido. Parecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo eran parte del pueblo argentino, del pueblo del Himno. Porque había ocurrido que, hasta entonces, habíamos vivido extraños a parte de la familia que integraba ese pueblo, ese bajo pueblo, ese miserable pueblo. Lo habían desplazado u olvidado aun los políticos demagógicos y Perón tuvo, más que la bondad y la inteligencia, la habilidad de sacarlo a la superficie y de exhibirlo sin avergonzarse de él, no en su calidad de pueblo sino en calidad de una fuerza tremenda y agresiva que hacía peligrar los cimientos de una sociedad constituida con sólo una parte del elemento humano. O sea, el pueblo escogido que habíamos visto desfilar en las fiestas patrias vestido de domingo. Eso era también pueblo, que no habíamos tomado en cuenta, como dije, pero que existía. No un pueblo sepultado, un pueblo, diré, como el inca o el azteca, un pueblo muerto en vida. No. Era un pueblo vivo, un pueblo viviente que ahora estaba en marcha. Y eran nuestros hermanos harapientos, nuestros hermanos miserables. Lo que se llama, con una palabra técnica, el "lumpenproletariat". Era asimismo la Mazorca, pues salió de los frigoríficos como la otra salió de los saladeros. Eran las mismas huestes de Rosas, ahora enroladas en la bandera de Perón, que a su vez era el sucesor de aquel tirano. [...] Ejercían en el seno mismo de la ciudad, sin

poncho pero con facón, el oficio de desjarretadores, degolladores y saladeros del tasajo de antaño. El país seguía siendo un gran criadero y matadero de vacas como lo fuera desde Echeverría hasta Hudson. Y aquellos siniestros demonios de la llanura, que Sarmiento describió en el Facundo, no habían perecido. Están vivos en este instante y aplicados a la misma tarea, pero bajo techo, en empresas muchísimo mayores que las de Rosas, Anchoarena, Terrero y Urquiza. El 17 de octubre salieron a pedir cuenta de su cautiverio, a exigir un lugar al sol, y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con una San Bartolomé del barrio norte. Sentimos escalofríos viéndolos desfilar en una verdadera horda silenciosa, con carteles que amenazaban con tomarse una revancha terrible.

No sólo dio a ese infraproletariado de trabajadores pobres un lugar al sol, sino que en muchos conceptos lo colocó sobre el empleado, el maestro y aun el profesional. La clase media libre y la burocracia quedaron detrás o debajo de ellos. Formó una nueva clase, por decirlo así, intermedia entre la superior de los potentados y asociados y la clase media propiamente dicha, para la que trazó una sociología, una filosofía y hasta una religión peronistas, con sus códigos y doctrinas. Aprovechó las quiebras producidas en siglos por la miseria y la ignorancia y en ellas introdujo su cortafríos, reduciendo a "su" pueblo a la impotencia. ¿Cómo podemos reprocharle que no sintiera la pérdida de su libertad y de su dignidad si nunca las tuvo? En esa estafa de su buena fe otros lo habían precedido desde hacía muchísimo tiempo.

He aquí el obrerismo de Perón: cuán diferente del electoralismo de Irigoyen, pero a la vez cuán parecido al gobierno de la mulatería y de la gauchería de Rosas. Pero el obrerismo de Perón, el de los descamisados, ya es otro tema.

De Ezequiel Martínez Estrada, *¿Qué es esto?*, Buenos Aires, Lautaro 1956.]

ra —de cuya capacidad de contestación política se fue tomando conciencia sobre la marcha hasta ganar a los dirigentes sindicales en forma progresiva—, coreando las consignas "Perón presidente" y "un millón de votos", galvanizó el espíritu de los organizadores del acto y dejó planteada ante ellos la salida política que, en forma errática, por varios meses, habían estado buscando.

El trámite singular que rodeó la salida de Perón del gobierno, la permanencia en él de sus colaboradores más próximos, la falta de un compromiso enfático por parte de las autoridades militares con respecto a la prometida normalización institucional dieron a ese momento una sensación de continuidad que alarmaron a la oposición hasta lanzar una embestida final contra el gobierno con el objetivo de provocar la retirada del ejército a los cuarteles y la asunción del poder político por la Suprema Corte. Sin embargo, la equivocada confianza de la oposición en sus propias fuerzas, su obstinada renuncia a un acuerdo con el ejército frustraron en pocos días dos años de luchas, justo en el instante en que el poder estaba finalmente a su alcance. A la par el gobierno careció de una conducción política capaz de imponerse a las múltiples presiones y de hallar rápidamente la fórmula de compromiso que resolviera la crisis de sucesión que siguió a la caída de Perón. Resulta imposible disociar de esta doble vacancia política el inesperado giro que tomaron los acontecimientos a partir del 12 de octubre, más aún cuando la iniciativa estaba en manos de estos dos sectores debido al estado de desmoralización en que se encontraba Perón y a las opuestas reacciones que existían en el seno del movimiento sindical.

El sábado 13 por la mañana se su-

po que Perón había sido encarcelado y remitido a la isla Martín García; más tarde, su segundo, el coronel Mercante, también fue detenido, y hacia la noche los trabajadores se enteraron por intermedio de Juan Fontanes, nuevo secretario de Trabajo, que ya no contarían, como hasta entonces, con el respaldo activo del estado en la defensa de sus reivindicaciones. La oposición celebró aliviada el nuevo panorama político que se abría. La restauración había comenzado. "Los patronos —denunciaría la CGT en su sesión del día 16— han empezado a hacer una ostentación abusiva de su poder proclamando a todos los vientos que la obra de justicia social iniciada desde la Secretaría de Trabajo y Previsión sería arrasada por la nueva situación".²

Las graves novedades produjeron un inmediato acercamiento entre los dirigentes obreros. Aunque hubo alguen, como Borlenghi, que pudo sugerir, aún entonces, que el gobierno fuera transferido a la Suprema Corte, las posiciones dominantes en litigio eran las de aquellos que urgían el lanzamiento de la huelga general por la libertad de Perón y la defensa de las mejoras obtenidas, y las de quienes sostenían que previamente era necesario esclarecer con el general Avalos y el presidente Farrell lo que estaba sucediendo. El día 15 una delegación obrera encabezada por Pontieri entrevistó al general Avalos, quien afirmó que Perón no se encontraba detenido sino puesto en custodia para su propia seguridad y que las conquistas sociales serán respetadas y en lo posible mejoradas. ¿Había alguna razón para dudar de las palabras de uno de los fundadores del GOU, que había contribuido al ascenso de Perón y que secundó activamente desde el ejército la labor de la Secretaría de Trabajo? Sin ob-

jetar las afirmaciones de Avalos la delegación regresó a la CGT, adonde la presión por la huelga general era ya incontenible. El lunes 15 los partidarios de la movilización propagan la consigna en las empresas y discuten los detalles de su implementación, hechos que desmienten aquella exaltación del carácter espontáneo de la reacción de los trabajadores el día 17. Que la reacción de los trabajadores fue espontánea —cuando salieron a la calle lo hicieron detrás de objetivos que sintieron como propios, como la libertad de Perón—, no significa sin embargo que ella no haya sido preparada previamente por la agitación de los militantes obreros y no contara al mismo tiempo con la coordinación de los sindicatos. Todos estos trabajos dieron unidad a las múltiples iniciativas y fueron supervisados por la dirección paralela que actuaba en la CGT.

Cuando Pontieri convocó a la Comisión Administrativa de la CGT el día 15 por la tarde, era por todos conocido que en Tucumán, en Rosario y en el Gran Buenos Aires varios sindicatos ya se habían anticipado y declarado la huelga por su cuenta. Con esta indisimulable presión de fondo, "la reunión de la Comisión Administrativa —dice Pontieri— fue muy breve. Por unanimidad de todos sus miembros presentes, y atropellando las más elementales normas sindicales y los propios estatutos, sin tan siquiera consultar por lo menos a las comisiones directivas de los gremios más importantes, declaramos la huelga general en todo el país, *ad referendum* del Comité Central Confederado, convocado para el día siguiente".³

La definición de la CGT

Los acontecimientos del día 16 son

centrales porque cuestionan inapelablemente aquella versión de que el 17 de octubre fue un motín popular que habría estallado al margen de las organizaciones e impactado, en forma sorpresiva e incontrolada, la escena política. Es verdad que el 15 y sobre todo el 16 hubo manifestaciones callejeras que pueden hacer aparecer la movilización del 17 como la condensación de una serie de iniciativas aisladas que ese día convergen finalmente a Plaza de Mayo. Pero lo cierto es que hasta que el Comité Central Confederado no aprobó la huelga general los trabajadores no se lanzaron masivamente a la calle. La sincronización de la movilización obrera, no sólo en Buenos Aires sino también en el interior del país, desmienten a quienes sostienen "la espontaneidad" de los sucesos del 17 a la par que muestran la existencia de una voluntad organizadora. La amplia red sindical estuvo pendiente el 16 de octubre de lo que se resolviera en el CCC, aunque nadie esperó, es cierto, la indicación de la central obrera para declararse en huelga. Pero todos los sindicatos, federados y autónomos, dirigieron naturalmente la atención hacia la CGT, buscando en ella la unidad de acción que garantizara la eficacia de la multiforme y extensa movilización obrera.

Por otro lado, la importancia del 16 de octubre proviene de los debates que se desarrollaron en la célebre reunión del CCC. Las actas, difundidas casi treinta años después de los acontecimientos, permiten restablecer la verdad de los hechos y conocer en forma directa el pensamiento de los dirigentes sindicales. De su lectura se desprende que sólo la Unión Ferroviaria estaba dispuesta a encontrar una solución de compromiso con los sectores dominantes

Agustín Cueva

TEORIAS SOCIAL Y PROCESOS POLITICOS EN AMERICA LATINA

editorial



edico

Murcia 2, México 19, D. F.
563-6966 y 563-6990

El autor presenta en este libro, reunidos por primera vez, un conjunto de ensayos dedicados, por una parte, a la revisión crítica de la evolución de la teoría sociológica latinoamericana en los últimos quince años, y, por otra, al análisis de las condiciones económicas, sociales y políticas que han determinado el surgimiento de los regímenes de corte fascista en América del Sur. Las dos partes están unidas por la preocupación común de indagar la complejidad de nuestro desarrollo histórico y por un tratamiento apasionado y polémico que, sin menoscabar el rigor científico de los trabajos incluidos, los convierte en instrumentos incisivos del debate actual.

en el ejército luego del desplazamiento de Perón a los efectos de proteger las conquistas sociales obtenidas. Por el contrario, el resto de los delegados asistentes se pronunciaron sin excepción sobre la necesidad de un vigoroso contrataque. Pero lo que convierte a las actas en un documento singularmente valioso es el examen de conciencia de las relaciones entre Perón y los sindicatos que realizaron los dirigentes obreros.

"Si la delegación que fue a ver al Presidente recibió la seguridad de que las conquistas serán respetadas y que el coronel no está detenido, me parece que bajo ningún concepto podemos declarar la huelga general, por cuanto los motivos han desaparecido, y no vaya a ser que atropellando a degüello como queremos hacer con la declaración de la huelga, en vez de favorecer, perjudicamos al coronel Perón. De tal manera, yo sospecho que con esta huelga favoreceríamos a la clase capitalista y no a los trabajadores", afirmó Manso. Otro delegado ferroviario solicitaba no "olvidar que fue el mismo coronel Perón quien nos dijo que la consigna era del trabajo a casa y que debíamos evitar por todos los medios la provocación de incidentes".

Varios dirigentes cuestionaron con diversos argumentos la táctica dilatoria de los ferroviarios. Así, Libertario Fernández, dirigente de los trabajadores estatales, defendió la declaración de huelga general en el mismo terreno en el que los ferroviarios se ubicaban para criticarla, esto es en el de la oportunidad política de la medida, y esgrimió la necesidad de una contraofensiva para resolver en favor de los trabajadores el tenso *impasse* político: "Ayer, cuando se tomó la resolución de declarar la huelga general, en principio, en la reunión de la Comisión Administrativa, yo dije que la huelga sería en defensa de las conquistas obreras y contra la oligarquía que había ganado una posición de privilegio en el gobierno, situación confesada por los propios funcionarios [...] Ayer analizamos extensamente el problema antes de tomar la resolución que ustedes conocen y ahora nuevamente se arguye que no hay razones para declarar la huelga general y que no puede ser motivo el pedido de libertad del coronel Perón. Yo pregunto: ¿Y la negativa de los patronos a pagar el 12 de octubre y a otorgar las vacaciones? [...] ¿Y la prisión del coronel Perón? Porque pese a todo lo que se diga el coronel Perón está preso [...]. Dentro de poco seguiremos nosotros el mismo camino [...] En concreto, la situación sería: Avalos está con Perón y Vernengo Lima está contra Perón. Me parece entonces que nuestra actitud va a reforzar la posición del primero y tendrá como consecuencia inmediata la libertad de Perón y el aseguramiento de todas nuestras conquistas. Tenemos que aprovechar este momento excepcionalmente favorable para nosotros, pues si no habremos perdido la lucha por muchos años".

Paralelamente a esta discusión de orden táctico se desarrolló otra en torno a una cuestión de principios: ¿podía la CGT, como órgano máximo de los trabajadores, movilizarse por la libertad de Perón? Aparentemente ocioso a la distancia, el interrogante fue planteado y resultó significativo, pues al debatirlo los dirigentes obreros debieron confrontarse a la evidencia insoslayable de los propios límites del movimiento obrero. Néstor Álvarez, secretario adjunto de la central obrera, afirmó que "hay que dejar bien establecido que la CGT, por razones de principios, no puede declarar la huelga ge-

neral solicitando la libertad de Perón. Tenemos una gran gratitud con él, pero nuestros principios son los que orientan al movimiento obrero. La CGT no puede pedir en forma directa la libertad de Perón, pero nuestra resolución ha sido motivada por la emoción ambiente; si hemos de declarar la huelga tendrá que serlo en defensa de nuestras conquistas y para parar la reacción patronal [...] La CGT no puede aparecer como saliendo a la calle en defensa de Perón. Eso sería enajenar el futuro de la central obrera". Ramón W. Tejada responderá: "Por mucho que le demos vuelta al asunto, si hemos de declarar la huelga general ella será por la libertad del coronel; por más que esgrimamos otros argumentos éste es el punto básico de nuestra actitud o, para mejor decir, de la clase obrera [...] Si la CGT pide y gestiona la libertad de Perón no vulnerará los principios sindicales, porque podemos decir ahora que el coronel Perón es uno de los nuestros, porque se ha acercado a la clase obrera para defenderla [...] Tenemos que vivir la realidad del movimiento en el que actua-

mos."

Al llamar a la fidelidad de los principios sindicales, Álvarez razonaba como si el centro de gravedad del movimiento obrero siguiera estando todavía en sí mismo, en sus tradiciones, en sus luchas. Como si los líderes sindicales pudieran escoger aún una línea de acción independiente de los términos políticos en que estaba planteado el conflicto de clases y disfrutaran de la misma autonomía con la que, hasta los sucesos de octubre, habían adoptado una actitud especulativa frente a las políticas en pugna. Tejada, en cambio, iluminaba un hecho incontestable. La polarización de la escena política, que culminara con el desplazamiento de Perón, había disminuido drásticamente el margen de maniobra de los sindicatos, colocándolos ante la necesidad de optar y, en la opción, ante el reconocimiento del carácter derivado de su fuerza política. Las posibilidades sindicales de acción económica y política a partir de 1943 estuvieron dadas por el espacio creado gracias a la democratización del estado efectuada por Perón y eran

inseparables, ahora se sabía, de la permanencia de éste en el poder. Ante esta evidencia, el arduo debate en el CCC cobraba una dimensión patética: mientras los principales protagonistas del drama histórico de octubre ya habían hecho sus jugadas y se presentaban ante la CGT con los hechos consumados, el sector del movimiento obrero representado en ella se demoraba buscando difícilmente una salida que sanjara sus contradicciones internas.

Ante la imposibilidad de arribar a un acuerdo, hubo que recurrir finalmente a la votación. La moción de los ferroviarios, que en sustancia proponía declararse en sesión permanente y continuar las negociaciones a nivel oficial, fue derrotada por 16 votos contra 11 por la moción que declaraba el paro general por 24 horas para el día 18.

En la lista de reivindicaciones no figuraba explícitamente el pedido de libertad de Perón, pues seguramente fue negociado y, en consecuencia, omitido para asegurar la unidad de acción de los sindicatos en esa coyuntura.

CONCURSO INTERNACIONAL PROCESO-NUEVA IMAGEN

La revista **PROCESO** y la **EDITORIAL NUEVA IMAGEN** convocan, desde la ciudad de México, a un concurso sobre el tema:

EL MILITARISMO EN AMÉRICA LATINA

de acuerdo a las siguientes bases:

- Podrán participar en el concurso libros inéditos que pertenezcan a los siguientes géneros:
 - ENSAYO**
 - NARRATIVA** (novela, cuento)
 - PERIODISMO** (reportaje, crónica, entrevista)
 - DIBUJO** (blanco y negro)
- Los trabajos pertenecientes a cualquiera de los géneros literarios deberán presentarse en idioma español, y su extensión no deberá ser menor de 100 cuartillas ni mayor de 300. Los trabajos pertenecientes al género **dibujo** deberán presentarse en forma que su publicación sea factible, con una extensión no menor de 80 páginas.
- Podrán participar en el concurso escritores y artistas de cualquier nacionalidad.
- Los trabajos (original y dos copias) deberán enviarse con los siguientes datos: nombre completo del autor (sin seudónimo), nacionalidad; domicilio, teléfono y ciudad de residencia. Se recibirán hasta el 31 de julio de 1980. Los envíos (por los que se acusará recibo), deben hacerse a:

**Concurso Proceso-Nueva Imagen
Sacramento N° 109
México 12, D. F. MÉXICO**

Para cualquier consulta dirigirse a la coordinación del concurso en el domicilio indicado.

Jean Casimir (HAITI)
Julio Cortázar (ARGENTINA)
Ariel Dorfman (CHILE)
Theotonio Dos Santos (BRASIL)
Gabriel García Márquez (COLOMBIA)

Pablo González Casanova (MÉXICO)
Carlos Quijano (URUGUAY)
Augusto Roa Bastos (PARAGUAY)
Julio Scherer García (MÉXICO)
René Zavaleta Mercado (BOLIVIA)

5 Para cada uno de los géneros considerados, el jurado elegirá el que considere el mejor trabajo. Cada uno de estos trabajos recibirá un premio consistente en diploma y la publicación de la obra, con el correspondiente pago de derechos de autor que la venta del libro genere.

6 De los cuatro trabajos elegidos, el jurado designará el que considere como más representativo del tema planteado. Este trabajo recibirá como premio único e indivisible, la cantidad de:

US\$ 10,000.00 (DIEZ MIL DOLARES 00/00)

NUEVA IMAGEN además publicará el libro premiado dentro de los 90 días subsiguientes a la entrega del premio. El autor cobrará, en forma independiente al premio, los derechos de autor que la venta del libro genere, de acuerdo con el contrato que se establezca con la editorial.

7 El envío de trabajos a este concurso implica que el autor otorga a los organizadores una opción exclusiva para la publicación de la obra.

8 El jurado se reunirá en la ciudad de México, en la última semana del mes de agosto de 1980, y el premio será entregado al mes siguiente. El resultado del concurso será dado a conocer en la revista **PROCESO**.

9 El jurado estará integrado por las siguientes personas:

México D. F., septiembre de 1979

El 17 de octubre

Que la huelga haya sido resuelta para el día 18 y que la movilización obrera se produjera el 17 indica que la decisión de la CGT tuvo, en rigor, apenas una función operativa: comunicar a los distintos sindicatos que estaban en estado de alerta desde el día 15 que formaban parte de un movimiento de protesta colectivo, y darles, de este modo, el respaldo necesario para pasar inmediatamente a la acción. En las circunstancias que se vivían entonces, esa función fue, con todo, importante.

Una vez declarada la huelga, los directivos de la CGT entraron en contacto con otras organizaciones gremiales no federadas, que ya habían hecho lo propio, y constituyeron el Comité nacional de huelga. Su primera tarea fue entrevistarse, el día 17 a las 13 horas, con el general Avalos, incorporándose así a las negociaciones que habrían de desarrollarse durante toda la jornada, teniendo una participación activa en los tramos decisivos previos al conocido desenlace. Un primer fracaso de las conversaciones habría la posibilidad de una revisión, al colocar al ministro de Guerra sin argumentos frente a quienes, como Vernengo Lima, presionaban sobre el presidente Farrell, urgiendo frenar por la fuerza la movilización obrera. Avalos, no obstante, favorecido por la indecisión del presidente, persistió en su disposición al compromiso, y después de la negativa de los dirigentes sindicales inició nuevas tratativas con Mercante, a quien convocó luego de ordenar su libertad. Cuando comenzaron estos últimos contactos ya era media tarde, y para entonces la multitud que se había congregado en Plaza de Mayo, sin encontrar resistencias, sólo podía ser desalojada al precio de una masacre. Y tal cosa no entraba en los cálculos del ministro de Guerra, quien prefiriendo "la derrota antes que el derramamiento de sangre" propuso a Mercante que reclamara la intervención de Perón para que "calmara a la gente concentrada en Plaza de Mayo" a cambio de devolverle el poder.

En la gestación de este episodio final el Comité de huelga aparece nuevamente en la crónica de los acontecimientos. Luego de la entrevista

con Avalos, y después de obtener la autorización del presidente Farrell, lograron llegar al Hospital militar, donde hallaron a Perón indeciso aún sobre el camino a seguir. Participaron entonces en la discusión en que se definió la contrapropuesta a Avalos, y más tarde se reunieron nuevamente con Farrell para reiterarle el pedido de libertad de Perón y la necesidad de que se constituya "un gobierno que fuera garantía de democracia y libertad para el país y que consulte la opinión de las organizaciones obreras". Poco después acompañarán a Perón a la reunión con Farrell, en la que se planificará la nueva coyuntura.

Cuando a las 11 de la noche, aclamado por los trabajadores, Perón apareza en los balcones de la Casa de gobierno y concluya el 17 de octubre, nadie podía discutir la sensación de triunfo de los dirigentes sindicales. Es cierto que para ello se presentaron condiciones propicias, pero todas ellas pudieron ser aprovechadas gracias a la declaración de huelga general que, como quiso Libertario Ferrari, contribuyó a definir la crisis en la dirección de las demandas de los trabajadores. Huelga general que, a su vez, contó con el respaldo de todo el movimiento sindical. Es cierto que existieron en un comienzo reacciones diferentes ante la crisis, pero éstas no tuvieron por fundamento la existencia de posiciones objetivas irreconciliables, como la presunta fractura entre una vieja aristocracia obrera y una nueva clase obrera de reciente origen migratorio permitiría suponer. Antes bien, tales diferencias derivaban de las distintas experiencias de lucha de las diversas fracciones de la clase obrera. Los sectores de más antigua militancia tendieron a comportarse en forma vacilante y a concebir más trabajosamente la posibilidad de revertir el proceso. Su táctica permaneció encadenada a una visión de la acción sindical tributaria de largos años de frustraciones y apuntó, en primer lugar, a asegurar la supervivencia de las organizaciones obreras, buscando para ello desligarse de un compromiso abierto con los bandos en pugna, levantando en medio del conflicto, a la vez político y social, una plataforma de principios. Con todo, en el interior de estos sectores obreros tampoco se puede hablar de

Disolución de FORJA

15 de diciembre de 1945

La Asamblea general de FORJA:

Considerando:

1] La resolución de la misma, de fecha 15 de octubre de 1945, en solidaridad con el movimiento popular de esa jornada y las siguientes.

2] La identidad de la gran mayoría de sus miembros con el pensamiento y la acción popular en marcha y su incorporación al mismo.

Declara:

1] Que el pensamiento y las finalidades perseguidas al crearse FORJA están cumplidos al definirse un movimiento popular en condiciones políticas y sociales que son la expresión colectiva de una voluntad nacional de realización cuya carencia de sostén político motivó la formación de FORJA ante su abandono por el radicalismo.

Y resuelve:

La disolución de FORJA dejando en libertad de acción a sus afiliados.

Firmado:

Arturo Jauretche, presidente

Darío Alesandro, secretario de la asamblea

una respuesta homogénea.

Más unidad, menos fisura interna, tuvo la reacción de los sectores obreros que comenzaron a organizarse a partir de 1943, y también ella reflejó, en su audacia política, las condiciones en que éstos habían llevado a cabo sus primeras experiencias de lucha, todo lo cual les permitió actuar en la coyuntura poniendo de manifiesto una disposición para la movilización que no era separable del proceso de activación política que Perón había lanzado desde el poder. Precisamente por ser nuevos en la acción sindical y haber llevado a cabo sus primeras luchas sin la hipoteca de un pasado sin fracasos no estuvieron dispuestos a tranzar en sus demandas y a disciplinar la combatividad que habían desarrollado en el periodo de la movilización abierto en 1943.

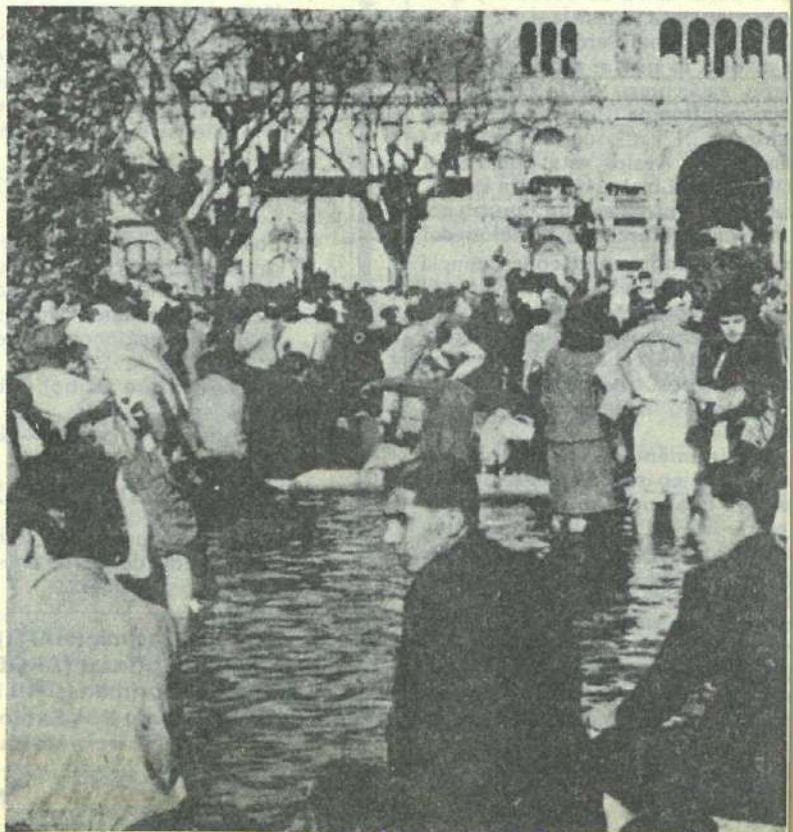
La expansión del sindicalismo de masas no se había producido en el mismo contexto de aislamiento social y exclusión política que conoció el movimiento obrero clásico en sus etapas iniciales, sino que, desde un comienzo, fue una pieza importante en los esfuerzos de Perón por darse

una base política propia y afirmar el poder del estado frente a la coalición político-social opositora. Gracias a este carácter, que recibía sobre todo por el hecho de movilizar una masa numéricamente significativa en el mercado político urbano, contó con el estímulo y el respaldo oficial y terminó haciendo de la presión sobre el estado la estrategia sindical por excelencia. En rigor, su desarrollo posterior, esto es su progresiva pérdida de autonomía, no fue más que el desenvolvimiento de las premisas que presidieron el momento de su constitución durante los años 1943-1945.

1 Luis Gay, Archivo de historia oral Buenos Aires, Instituto Di Tella.

2 Acta de la sesión del CCC de la CGT del 16 de octubre transcrita en Pasado y Presente núm. 2/3 (nueva serie), Buenos Aires, julio-diciembre de 1973.

3 Silverio Pontieri, La Confederación General del Trabajo y la revolución del 17 de octubre de 1945, Buenos Aires, Pirámide, 1972, p. 51.



BLOQUES Y ESTRATEGIAS

Argentina en el conflicto de hegemonías

Ricardo Nudelman

En un reciente artículo publicado por *Cuadernos Marcha*. (Nº 2, México, 1979), Esteban Righi apunta que "como consecuencia del golpe de Estado, las relaciones exteriores (de Argentina) carecen de objetivos propios, habiendo quedado reducida a la búsqueda infructuosa por superar una situación de aislamiento". Esto es absolutamente cierto: si pudiera definir una tendencia principal en los objetivos buscados por la política exterior de la dictadura militar, diría que ha sido la de recomponer su imagen, deteriorada por las denuncias internacionales a las violaciones de los derechos humanos. Es decir, lo que podría denominarse una *política exterior a la defensiva*.

Los muy recientes e interesantes cambios ocurridos en Brasil, en Ecuador, en Bolivia y en Perú, no habrán sino de complicar el panorama de la cancillería argentina, y de poner más en descubierta las falencias de su balbuceante política exterior.

Esbozados en rápida síntesis, señalaremos los que han sido los objetivos de la política exterior de nuestro país: a) tradicionalmente, y hasta los primeros años de la década de los '60, fue la hipótesis de guerra con Brasil y, en consecuencia, el delineamiento de una serie de alianzas estratégicas que acompañaban a esta hipótesis: en este sentido, la alianza con Perú y Venezuela, o la reiterada disputa por influenciar a Paraguay y a Bolivia; b) a partir de 1965 (recuérdese la conferencia de comandantes en jefe realizada en Panamá, y a la que asistiera el general Onganía), comenzó la conversión de los ejércitos latinoamericanos en custodios de la seguridad y el orden internos, modificándose en consecuencia sus organizaciones, armamentos y ubicación geográfica, sazonzando dichas modificaciones con doctrinas *ad-hoc* tales como la de la "seguridad nacional" y la de las "fronteras ideológicas". Hubo también que redefinir qué enemigo externo apoyaría la subversión interior y adecuar el manejo de la política externa a estos parámetros.

Ubicada en este contexto, la aspiración argentina habría sido, en el mejor de los casos, la de constituirse en un satélite privilegiado de los Estados Unidos, para cumplir el papel de vanguardia de los demás países de la zona en la lucha contra cualquiera que atentase, desde afuera o desde adentro, contra el sistema occidental y cristiano.

Pero la política norteamericana en el área ha sido también reiteradamente modificada en el curso de los últimos años. Se ha pasado del sostenimiento de dictaduras estilo Trujillo o Batista al impulso de regímenes tipo Betancourt o Figueres, para arribar luego a la idea kissingeriana de que lo más apto sería la nominación de un país-guía cuyo peso determinaría la actitud de los demás ("hacia donde vaya Brasil, irá América Latina").

Hoy los Estados Unidos tampoco parecen tener una política demasiado definida y precisa hacia América Latina. Podría afirmarse que el interés norteamericano sobre lo que suceda al sur de sus fronteras se centra en estos momentos en México y en Nicaragua. En el primero, a partir de sus necesidades estratégicas de hidrocarburos y por las dificultades crecientes que presenta el panorama del Medio Oriente, y en la segunda por el temor a que se convierta en una nueva cabeza de puente soviética que amenace directamente a los tambaleantes gobiernos de Guatemala y El Salvador.

Y si afirmamos que la política latinoamericana de los EE.UU. no ha sido nunca lo que llamaríamos "permanente", la de la administración Carter ha sido particularmente vacilante y contradictoria. Con el agravante de que su política de defensa de los derechos humanos lo ha llevado a una incómoda situación de enfrentamiento con los regímenes militares, agudizándose esto en el caso de Argentina.

Por otra parte, América Latina ya no es el terreno indiscutido del imperialismo norteamericano, su "patio trasero". Otras fuerzas de alcance internacional han tomado conciencia de su importancia política y estratégica, y han comenzado a tender sus puentes a distintos niveles. La socialdemocracia europea ha sido quizá la más explícita al respecto. En sus congresos y reuniones el tema latinoamericano ha cobrado cada vez mayor importancia, en tanto que se han sucedido algunos hechos que van destacando ese interés: en Nicaragua pareció existir un apoyo socialdemócrata a una de las fracciones del sandinismo y luego una maniobra fallida para constituir una organización política que reflejara sus puntos de vista. El caso de la "apertura" brasileña, que parece corresponder, además de las tensiones políticas y sociales de más de 15 años de dictadura militar, a las crecientes contradiccio-

nes entre el capital norteamericano y europeo, ha significado un hecho de particular importancia para los estrategas socialdemócratas, y llama la atención la publicitación que se ha hecho de la "apertura" y del retorno a Brasil de algunos políticos, en particular Brizzola.

Además de la socialdemocracia, otros dos *intrusos* buscan ubicarse dentro del panorama latinoamericano: el socialcristianismo y la Unión Soviética. El primero, pese a una cierta influencia en Venezuela y Chile que reconoce un cierto pasado, y de las recientes y futuras giras papales, no parece haber logrado aún definir sus centros de interés en América Latina.

La URSS, por su parte, tiene ya una larga historia de intentos por lograr una influencia significativa, especialmente a partir del momento en que define como centro de gravedad de su política exterior a la disputa con los EE.UU. por la hegemonía internacional. En este sentido se ha podido observar un crecimiento sustancial de las relaciones comerciales, culturales, etc., de la URSS y de los países de Europa oriental con los países latinoamericanos, una participación creciente en la provisión de equipos militares (territorio antes reservado exclusivamente al dominio norteamericano), aporte tecnológico, financiamiento, etcétera.

En el artículo antes citado, Righi señala que "si la soledad internacional que padece el gobierno argentino no ha sido mayor es consecuencia de que el 'modelo occidental y cristiano' no ha sido atacado por los países comunistas, quienes en general en los últimos tres años han supeditado toda consideración ideológica a conveniencias geopolíticas o al comercio exterior". Y especula, a renglón seguido, con la hipótesis de que el dominio del Atlántico sur explica los intentos soviéticos de dominación del área. Hipótesis que, desde mi punto de vista, es correcta pero no suficiente.

El Atlántico sur es un punto estratégico de indudable importancia para las dos superpotencias: por allí pasa una de las rutas fundamentales para el tráfico comercial proveniente del Golfo Pérsico y con destino a América del Norte y Europa, fundamentalmente de energéticos. Obviamente, quien intentara estrangular el aprovisionamiento de los EE.UU. y de Europa debería intentar el control del Índico y del Atlántico Sur.

En los últimos diez años ha venido modificándose la correlación de fuerzas entre los dos colosos mundiales con relación a la hegemonía sobre estos dos pasos estratégicos. El acceso al poder del MPLA en Angola, cuestionó la hasta entonces indiscutible autoridad norteamericana sobre la costa oeste de África. El establecimiento de bases navales y de reaprovisionamiento soviéticas en los puertos de Angola y la presencia de una flota soviética en el Atlántico Sur serían hechos ya inminentes.

De llegar a estabilizarse el control soviético sobre el Mar Rojo y el Índico, y todo parece indicar que han puesto todos sus esfuerzos para lograrlo, así como el afianzamiento de sus influencias en el sur de África, el paso siguiente sería, lógicamente, una ofensiva en el Atlántico sur y en el cono sur. De ahí la importancia que asignamos a los esfuerzos de la URSS por lograr una presencia importante en el área.

La reciente Conferencia Cumbre de Países No Alineados realizada en La Habana marcó un rumbo diferente en lo que había sido la característica principal del movimiento no alineado hasta entonces. Si bien no puede decirse que la línea favorable a un entendimiento con la URSS haya triunfado en todos los temas tratados (especialmente los más conflictivos de ellos, como por ejemplo el de la representación de Kampuchea o la propuesta de expulsión de Egipto), la ausencia de toda referencia a la situación argentina actual en el documento final (salvo la declaración de apoyo a la reivindicación argentina de soberanía sobre las Islas Malvinas, que también es proclamada por la dictadura militar) indica, a mi entender, una clara aceptación de la política soviética en el área.

La invitación personal que Fidel Castro extendiera al general Videla para que concurriera a la conferencia fue rechazada por el dictador argentino, y en su lugar fue enviado el subsecretario de Relaciones Exteriores, un gesto que cualquiera podría interpretar como de subestimación del gobierno argentino hacia la reunión o al invitante.

Sentado sobre 15 000 cadáveres y 20 000 desaparecidos, el delegado argentino escuchó complacido las acusaciones y denuncias que se hicie-



La universidad de 1973-1974

Adriana Puiggrós

Las deficiencias político-pedagógicas heredadas

Desde mediados de 1960 la izquierda nacional (el FAU, Frente de Acción Universitaria, luego el sector docente-estudiantil del PSIN y el sindicato de Educadores Argentinos, SEA, entre otros) y la izquierda peronista (el sector docente-estudiantil del Movimiento Revolucionario Peronista, MRP, fundamentalmente), comenzaron la tarea teórica y práctica de construir una línea nacional y popular, conectada con las luchas de los trabajadores, con los problemas de la realidad nacional, reivindicativa del peronismo o decididamente peronista, según el caso. En el término de escasos diez años, esta posición (que en 1963 representaba un minoritario sector universitario de algunas facultades de la UNBA) se había transformado en una tendencia hegemónica en la educación superior y aglutinaba importantes sectores de maestros primarios, profesores y estudiantes secundarios.

Muchas preguntas nos surgen —quince años después— a quienes participamos en una preocupación que recorrió las diversas agrupaciones que estuvieron involucradas en este problema: cómo desarrollar, difundir, generalizar, un modelo político-pedagógico distinto, un programa superador de las propuestas liberales, de las propuestas nacionalistas a secas y de la experiencia educativa del peronismo del 45-55. Entre esas preguntas: si logramos construir una teoría político-pedagógica alternativa y superadora; si las ideas que difundimos sirvieron de germen para desarrollar —junto con los maestros y los estudiantes— una concepción compartida de la problemática educativa argentina; qué quedó incorporado a las concepciones político-culturales que siguen vivas en la sociedad argentina, de aquel clima político-cultural que en 1972-1973 había prendido entre los maestros profesores y estudiantes... Tal vez éstas son preguntas cuya respuesta es imposible desde el exilio, tal vez aún no hay respuesta a ellas en la política argentina. Pero una mirada hacia atrás seguramente es útil para explicarnos —al menos— las causas de la desagregación política sobre la cual actuó la represión dictatorial y plantear algunas hipótesis en torno a las preguntas que aún no tienen para nosotros respuestas prácticas.

Las agrupaciones docente-estudiantiles universitarias de la izquierda nacional y del peronismo de izquierda sabían, en 1963-1973, que las propuestas liberales habían tenido una tradición antinacional y antipopular en la sociedad argentina y el resultado objetivo de aislar las reivindicaciones docente-estudiantiles de las del conjunto de la clase trabajadora promoviendo una concepción de la realidad antagónica con la práctica, con las necesidades y con las características culturales del pueblo. El liberalismo había funcionado como el clima cultural posibilitante de la vinculación orgánica o subalterna, completa o contradictoria de los intelectuales al proyecto oligárquico-imperialista. También sabían que la política educativa del peronismo de 1945-1955 había sido la más democrática de la historia argentina desde el punto de vista de los sectores sociales que tuvieron acceso al sistema escolar y la orientación que se dio a su desarrollo.¹ Pero sabían también que el peronismo había dejado grandes problemas sin resolver, entre ellos el universitario. No se había logrado incorporar a la universidad como institución al proceso de desarrollo nacional autónomo abierto por el peronismo, y no se había logrado la comprensión de este proceso por parte de los universitarios. La política de claro enfrentamiento entre el gobierno y los docentes y estudiantes había dejado en la política argentina un problema que se haría sentir desde 1955 en adelante: la incorporación demasiado tardía de los intelectuales al movimiento nacional, salvo escasas excepciones individuales. El modelo político-pedagógico del

peronismo era claramente insuficiente para la izquierda y para la izquierda peronista que aspiraba a una profundización de la política de 1945-1955. En el origen marxista de muchos de los militantes (docentes y estudiantes) de estos sectores, tampoco había un modelo al cual recurrir. Aun dentro de los marcos del pensamiento y la práctica pedagógica socialista solamente existían acuerdos muy generales en algunos principios educativos, y una discusión planteada desde mucho tiempo atrás, oculta, que desgraciadamente no terminaba de desencadenarse. Desde los primeros años de la revolución soviética los principios pedagógicos planteados por Marx, Engels y Lenin tuvieron desarrollos teórico-prácticos diversos. El modelo desescolarizante de Pavel Blonskij propulsaba un papel determinante de la comunidad en la educación, la programación de una educación politécnica de base autogestionaria, la ligazón profunda del proceso educativo con el proceso productivo. Gran parte de los pedagogos marxistas soviéticos de esa época coincidían con las ideas de Blonskij y se oponían al antiguo sistema educativo zarista, autoritario, dirigido a las élites, antidemocrático. Lunacharsky y Krupskaya dirigieron la democratización de la enseñanza, insistiendo en la necesi-

dad de difundir la escuela, y mediante ella una educación politécnica profundamente ligada a la política. Pero en la etapa de la Nueva Política Económica (NEP) gran parte de estas ideas quedarían entre los recuerdos románticos del pasado. En 1928, Krupskaya reclamó que se estaba construyendo un sistema escolar reproductor de una vieja división del trabajo, pues se formaba estrechos especialistas y se olvidaba el sentido profundamente político y el contenido integral del concepto de educación politécnica de Marx (Castles, 1979). Makarenko es el mejor ejemplo de la lucha entre dos concepciones pedagógicas que se desencadenó por entonces en la Unión Soviética (y que el socialismo aún no ha resuelto). El se debatió dolorosamente en el problema de la relación entre la coerción entre las necesidades del socialismo en su primera etapa y el proyecto estratégico de formar el hombre nuevo. La historia ha demostrado que estos problemas no tienen una solución pedagógica sino político-pedagógica en el marco de la lucha social. El educador debe ser educado, y como de hecho lo es por la sociedad y también por la escuela (pero no sólo por la escuela o por los modelos pedagógicos que él mismo crea), más allá de su voluntad representa aspectos de la lucha social (concepciones, modos de vida) o perece como educador. El modelo de autogestión autoritaria que se impuso en la pedagogía soviética tiene profundas diferencias con el modelo de autogestión democrática que sugiere Antonio Gramsci en la Italia de la misma década. Podríamos seguir desarrollando estas contradicciones, que se agudizan con la extensión del socialismo en el mundo y con la extensión de su polémica interna. Pero respecto a la Argentina no se encuentran antecedentes de una verdadera corriente de pedagogos de izquierda que intentara construir un pensamiento y un modelo educativos a partir del país. La izquierda tradicional, profundamente cruzada por el liberalismo, no avanzó más allá de la defensa de la ley 1420 y la reforma universitaria. Profundamente crítica y despreciativa de lo nacional, ni siquiera se enteró de las contradicciones internas de la pedagogía marxista, leyó Makarenko sin extraer ninguna enseñanza y administró algunas colonias de vacaciones para niños de clase media, en las cuales se propiciaba un microclima político-pedagógico en el cual muchos excelentes educadores perdieron la oportunidad de conectarse con los problemas educativos del conjunto de su pueblo. En algunos momentos existieron microexperiencias realizadas desde la universidad (Extensión universitaria, 1959 en adelante) o desde organis-

ron sobre las violaciones de los derechos humanos en Chile y Uruguay, sin que tuviera que intervenir para refutar a nadie que extendiera estas denuncias al gobierno que representa.

Quien haya estudiado con atención la actitud soviética y la de sus seguidores con relación a los países del cono sur, habrá advertido el empecinamiento que han puesto para diferenciar lo que sucede en Chile y Uruguay de lo que acontece en Argentina. Y esto ha llevado a que, en diversas oportunidades, delegados soviéticos opusieran su veto en reuniones de Naciones Unidas que se proponían emitir declaraciones de condena a la dictadura militar argentina por violaciones comprobadas de los derechos del hombre.

¿Puede interpretarse esto como una "alianza" entre la dictadura militar argentina y la URSS? Entiendo que no, que debería buscarse la explicación en lo que he venido esbozando más arriba.

Por parte del gobierno argentino no cabe duda de su vocación anticomunista. Para evitar suspicacias, un personaje de primerísima línea del régimen militar, el general Reynaldo Brignone, secretario general del Ejército, contestando a una preocupación del *Buenos Aires Herald*, hizo la aclaración de que los estrechos vínculos de Argentina con la URSS no han significado que Argentina haya sufrido la más mínima influencia soviética en el curso de los últimos años (*Uno más uno*, México, 14-9-79).

Pensamos, y seguimos en esto a Righi en el artículo que glosamos, que el interés soviético en Argentina "responde a motivos diversos a la coyuntura y se inscribe en una estrategia de más largo alcance".

Como apuntamos anteriormente, Argentina tiende cada vez más a convertirse en un centro de disputa entre las estrategias planetarias de los EE.UU. y la URSS, en una área en donde hasta el presente la hegemonía norteamericana había sido indiscutida. Por ello mismo es posible prever una enconada batalla entre las dos superpotencias en los distintos países del cono sur, en el centro de la cual habrá de encontrarse nuestro país.

Salvo lo ya señalado del aislamiento y la necesidad de mejorar su imagen internacional, los conflictos de Argentina en sus relaciones exteriores no parecen tener demasiada trascendencia, interna: el desconocimiento del laudo arbitral británico por la soberanía de las islas del canal de Beagle, con Chile, las diferencias con Brasil por la construcción de la represa de Itaipú, y las tratativas con Paraguay por Yaciretá-Apipé. Con los EE.UU., con quien nuestro país ha mantenido relaciones privilegiadas en las últimas décadas, se han producido, además del distanciamiento por la cuestión de los derechos humanos, el retaceo por parte de los organismos oficiales norteamericanos de ciertos créditos y el retiro de algunas empresas de significación internacional del mercado argentino. La URSS, por su parte, ha incrementado su comercio en Argentina hasta convertirse recientemente en el principal comprador de sus productos, y hasta ha comenzado a hacerse presente en terrenos antes vedados, como la provisión de equipos pesados y tecnología para el abastecimiento hidro y termoeléctrico, que conllevan financiamientos de proyectos en el sector y también en el comienzo de una relación en el terreno militar que parece apuntar a la provisión de equipos militares. Todo ello favorecido por los coqueteos mencionados en los foros internacionales.

Estamos asistiendo, en fin, al despuntar del conflicto que dejamos apuntado. En el sur del continente se desarrolla hoy, a escala reducida y focalizada, una lucha entre los intereses estratégicos de los EE.UU. y de la URSS, que no es más que el reflejo de esa lucha a nivel mundial. Esta disputa habrá de agudizarse en el futuro, y Argentina se verá envuelta en ella por su indudable ubicación estratégica.

En este caso, y dejamos aquí abierto el debate al respecto, cabría cuestionar a quienes, amparados en un supuesto "realismo político", pregonan la resignada política de apoyarse en una de las superpotencias, aunque ella se presente bajo las banderas del "socialismo" o de "aliado natural", para combatir a la otra.

mos estatales provinciales (1963-1966) que avanzaron en la construcción de un modelo de enseñanza-aprendizaje para sectores marginales de la población urbana. Estas experiencias incidirían positivamente en proyectos de la universidad de 1973-1974 (que luego examinaré), pero quienes las dirigieron provenían, paradójicamente, no de la izquierda sino del humanismo y del movimiento reformista. El golpe de 1966 cortó la posibilidad de que el trabajo llegara a su madurez y se estuvo muy lejos de plantear principios para un modelo pedagógico nuevo.

En la Universidad de Buenos Aires quizá fueron las llamadas "cátedras nacionales" (que funcionaron durante los últimos años de la dictadura militar de Onganía-Levingston-Lanusse) quienes intentaron por primera vez desarrollar una propuesta pedagógica de izquierda nacional y de peronismo de izquierda, posibilitada por las luchas docente-estudiantiles que, en esa época, habían empezado a imbuirse de contenidos nacionales y populares. En las "cátedras nacionales" confluían dos tendencias nuevas: la de superar los límites de la vieja izquierda y la de valorar las posibilidades de los universitarios para intervenir en el debate sobre los problemas nacionales, que se hacía indispensable. Pero en 1973 esa experiencia tampoco había tenido un desarrollo suficiente como para que de ella pudiera extraerse un modelo de trabajo o hipótesis suficientes para desarrollar un modelo educativo para la universidad.

En abril de 1973 la Agrupación Docente Eva Perón (ADEP) —hegemonizada por el MRP, pero abarcadora de un espectro amplio de maestros primarios, profesores secundarios, de adultos y universitarios, que se acercaban al peronismo desde diversas posiciones— produjo el documento titulado *Proyecto General de Educación, bases para la discusión* (ADEP, 1973), que influyó notablemente en las "Pautas programáticas" del FREJULI y en el discurso del presidente Cámpora del 25 de mayo de 1973. El *Proyecto*... fue precedido de una gran cantidad de documentos que se difundieron entre los sectores más activos de los docentes y que vale la pena mencionar. Entre los que tenemos a nuestro alcance hoy, se destaca *Ley 1420: civilización o barbarie*, producido por la ADEP en 1971, en el que se intenta un detallado análisis —desde la perspectiva de la izquierda peronista— de los grandes principios educativos argentinos. Luego de ubicarse en la línea del revisionismo histórico, pone el acento en la falta de cumplimiento de las grandes conquistas populares, como la gratuidad y obligatoriedad de la educación común, destacando la existencia de analfabetismo encubierto, semianalfabetismo, centralismo, y sobre todo el carácter mítico de un sistema escolar profundamente antidemocrático. Este documento se complementa con varios otros producidos por la ADEP y agrupaciones sectoriales durante

1972 y 1973 (AUDEC, APEA, ADUP) adheridas, de crítica a la reforma elitista y antinacional de Onganía-Mignone.

Hasta aquí, un discurso crítico. Sólo a fines de 1972 el elemento de ruptura tendría una presencia clara. En La problemática de la construcción de una pedagogía nacional se dice:

"La pedagogía nacional surge como fuerza poderosa y es el impulso de los valores de la cultura colectiva, tierra cultivada, entretrejo vital, líneas de fuerza que constituyen un sentido y que arrastran la conciencia histórica de un pueblo hacia los resultados concretos de su triunfo como poder" (ADEP, 1972).

Meses después, el tono lírico dejaría lugar al intento programático, urgido por la inminencia de la asunción del gobierno popular. En *Objetivos y prioridades de la educación argentina*, preparado por el MRP para la Agrupación Docente Eva Perón, ya se propone "la instrumentación de la técnica pedagógica al servicio del Pueblo y su proyecto de Patria Socialista" como alternativa a "los proyectos continuistas del orden opresor establecido por el imperialismo y la oligarquía" y se desarrolla un detallado análisis de las prioridades educativas nacionales que luego sería utilizado en la elaboración del ya mencionado *Proyecto general de educación: bases para la discusión*. Las "prioridades" enunciadas son las siguientes: 1] eliminación de la deserción escolar y cumplimiento de la obligatoriedad; 2] reivindicaciones docentes; 3] educación de adultos; 4] a) ley orgánica de educación, b) nivel preescolar, c) nivel medio, d) problema universitario, e) educación extraescolar.

Más adelante el documento plantea las líneas políticas generales para la educación argentina. Destaca la necesidad de democratizar la enseñanza, dando, en primer lugar, "mayor injerencia a todos los sectores de la comunidad" en el proceso educativo escolar, abriendo el ingreso a la docencia a personas que no tuvieran el título habilitante, eliminando toda medida discriminatoria en todos los niveles del sistema escolar; destaca a su vez la necesidad de impartir "una educación que capacite a los educandos para su inserción en el proceso productivo a la par que proporcione una adecuada formación política y cultural". Y aclara de inmediato: "Habría que encarar, por eso, la inmediata transformación del sistema, a fin de que se garantice la formación técnica en todos los niveles educativos". Más adelante expresa:

"Lograr la colaboración de los sectores privados implicados en la tarea educativa con los objetivos políticos y político-educacionales del gobierno justicialista. La antinomia escuela pública-escuela privada encubre la contradicción que caracteriza a la educación argentina: escuela popular-escuela de élites [...] Se implementará la reestructuración de la educación técnica en

función de las necesidades laborales del país. Se tomarán las primeras medidas tendientes a la formación técnica de toda la población entre los 12 y los 17 años [...] Se inaugurarán en forma inmediata todas las guarderías y jardines de infantes necesarios para subvenir las necesidades de la población laboral".

Hasta aquí, un programa que da cuenta de las necesidades educativas del país y que desarrolla una propuesta que se ubica en el marco de lo posible. Esa es la razón por la cual esta parte del programa fue incluida casi sin modificaciones en las "Pautas programáticas" del FREJULI (Cámpora, 1973).

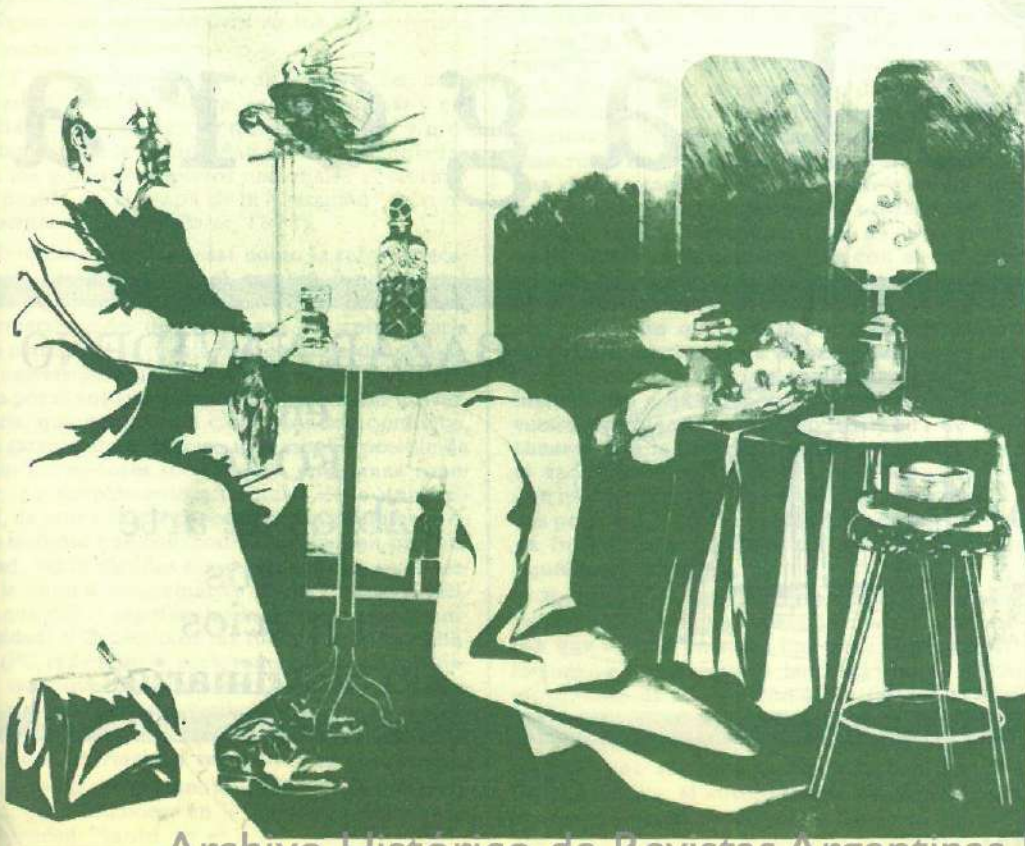
Pero dentro del documento existen dos apartados que rompen con la continuidad ideológico-política del conjunto diciendo lo siguiente:

"La educación justicialista debe insertarse y apoyar al desarrollo de los fines estratégicos del Movimiento, una Patria Socialista, justa, económicamente libre y políticamente soberana: la Patria del Socialismo Nacional [...] Prioridad 3] . . . d) Revisión de todo el problema universitario tendiendo a lograr: I) el desarrollo de la ciencia y la técnica con un sentido netamente nacional. II) La reestructuración jerárquica de todas aquellas carreras prioritarias en la planificación socialista del país. III) La eliminación de toda medida limitacionista, abriendo la universidad al pueblo, tanto en estructura organizativa (forma de ingreso, promoción, exámenes, títulos intermedios, carreras cortas, etc.) como en los contenidos que transmite. IV) La promoción de la participación docente-estudiantil, tanto en el ámbito legislativo como en el ámbito ejecutivo del quehacer universitario".

Los párrafos que acabamos de transcribir nos plantean algunas cuestiones. En primer lugar en el texto el justicialismo se identificaba con el socialismo. Si existía una perspectiva de desarrollo de las fuerzas político-sociales integrantes del justicialismo hacia una perspectiva socialista, esta perspectiva no estaba a la vuelta de la esquina, y la identificación que se plantea demuestra no solamente un desconocimiento del peronismo sino también una falta de perspectiva respecto de los caminos posibles para llegar al socialismo. Creíamos en esa época que con una consigna y un "orden del día" el justicialismo se transformaría en socialismo. Parece que pensábamos, también, que el peronismo era ya el socialismo nacional. Pero adentrándonos en la problemática educativa, es evidente que en este texto coexisten reivindicaciones típicamente reformistas (que como decíamos en el artículo anterior responden más que a una persistencia en el pensamiento liberal a la irresolución de antiguos problemas de la universidad argentina) con propuestas de reestructuración académica de acuerdo a una supuesta planificación socialista del país, que se da por un hecho. Llama la atención también esta idea de la posibilidad de colaboración del sector privado —expresada antes— para la planificación socialista de la educación, de acuerdo a la planificación socialista del país. Ni siquiera se habla de una etapa de transición en la cual "colaboraría" el sector privado (lo cual también nos parecería desarticulado con el programa del Frente Justicialista, pero al menos mostraría un mayor conocimiento de lo que es el socialismo).

Hay un hecho que merece destacarse, porque es muy significativo para comprender la disociación entre una y otra parte del documento: el ingreso a la ADEP, entre marzo y mayo de 1973, de docentes universitarios ligados a las organizaciones político-militares. Este hecho culminó con la ruptura de la ADEP en varias fracciones, algunas de las cuales pasaron a integrar organizaciones del peronismo verticalista, otras se encuadraron en las organizaciones político-militares o en los frentes de masas que a ellas respondían, y un sector permaneció en el MRP. La ADEP cedió su sello a lo que después fue JTP docente. La fractura entre las bases docentes y gran parte de los dirigentes empezó a hacerse notoria en 1974, pero —como el documento que transcribimos lo testimonia— sus orígenes son muy anteriores. El trabajo de los militantes de la JTP docente fue difícil, colmado de dificultades internas: la tarea político-sindical y la tarea político-pedagógica era permanentemente desvalorizada por elementos externos al frente trabajador, que desde una concepción foquista y aparatista desconocían la importancia del desarrollo de un trabajo profundo en el sector.

Pero, volviendo al documento, es sorprendente que, mientras plantea entre las *pautas progra-*



máticas el "socialismo nacional" (que naturalmente el programa del FREJULI está muy lejos de mencionar como elemento integrante de su concepción estratégica), se excluye la mención al problema de la autonomía universitaria y el gobierno de la universidad. Nuevamente la posición antiliberal se torna fobia antidemocrática. Las pautas programáticas del FREJULI dicen, en cambio:

"La universidad será colocada, definitiva e integralmente, al servicio de la Nación y del Pueblo. Para ello habrá que orientar sus estudios, investigaciones y carreras de acuerdo con los requerimientos del país, fijados por el poder político y por el sistema de planificación. En cuanto a su gobierno, gozará de autonomía y participarán en él los componentes de los diversos estamentos de la comunidad universitaria, además de establecerse mecanismos de comunicación y consulta con los diferentes sectores de la sociedad para que la universidad no permanezca ajena a la realidad del país". (Cámpora, 1973: p. 53.)

A fines de 1973, la derecha y la izquierda peronistas parecían haber olvidado estos principios democráticos planteados en las "Pautas Programáticas" y luchaban por el control de la universidad. Como contracara de su incomprensión de la urgencia de poner el esfuerzo en la organización político-sindical de los docentes en su frente específico, de incidir en la democratización de la universidad, en la apertura de un espacio para la participación de todos los sectores políticos que coincidieran con las pautas programáticas, de canalizar en una organización específica del sector estudiantil el enorme avance ideológico-político-cultural de centenares de universitarios, la izquierda y la izquierda peronista foquistas y militaristas descalificaron el trabajo y los planteamientos políticos de los dirigentes de JUP (Juventud Universitaria Peronista) y ADUP (Agrupación de Docentes Universitarios Peronistas) (frentes de masas de la misma tendencia) y procedieron a una apresurada incorporación de estudiantes y docentes a los ámbitos orgánicos y al accionar específico de los aparatos político-militares, desvalorizando el trabajo de excelentes cuadros políticos en su realidad específica. La ola represiva más fuerte encontró a las bases con un nivel de organicidad mucho más bajo del que hubiera sido posible alcanzar (y nos referimos a una organicidad diferente de la que se concibió desde el vanguardismo foquista y que estaba en germen en el interior de las agrupaciones).

Una vez más este último cortó un proceso que no había llegado a su madurez e incidió en que la situación se retrotrajera a niveles muy inferiores a los alcanzados en 1973.

La JUP y ADUP no nacieron en Nanterre

Es cierto que en 1973 (como en Nanterre y la Sorbona de 1968) gran parte de los docentes y estudiantes argentinos creían que "las soluciones paliativas dejaron de existir. El antiguo orden murió. En la universidad, cuando menos, nadie podrá restaurarlo" (Bourges, en Cohn-Bendit, 1968). El poder de impugnación parecía total: en julio de 1973 el movimiento universitario se conmovía ante la renuncia de Héctor Cámpora, pero se sentía aún capaz de incidir en la desorganización de la cúpula gobernante y en una reorganización acorde a sus expectativas ideológicas, junto a sectores del movimiento peronista y del FREJULI. En septiembre —a pesar de la presión de manifestaciones públicas que convocaron a más del 60 % de estudiantes, de un amplio espectro de tendencias políticas y a un número sin precedentes de docentes y trabajadores universitarios no docentes— el movimiento universitario no podía sostener a su propio rector, que había sido nombrado meses antes por el propio Perón, como un reconocimiento a las corrientes político-culturales prevalentes en la UNBA. Entre la política universitaria y la política del gobierno empezaba a vislumbrarse una brecha peligrosa.

Pero debe señalarse que los universitarios argentinos no cometieron el error (tal como Sauvageol, Cohn-Bendit y Geismar) de confundir poder de impugnación con capacidad de transformación de la sociedad. Su error consistió en sobredimensionar el espacio que una concepción de izquierda nacional podía ocupar en esa etapa política en el país y por lo tanto en el espacio político que la izquierda peronista podía ocupar en el estado.

La relatividad de la influencia de la universi-

dad y del movimiento universitario como tal en la transformación del país, fuera de las grandes vertientes políticas que recorren la sociedad, era en 1973 un conocimiento que formaba parte del patrimonio político-cultural de la comunidad docente-estudiantil. El cambio fundamental que se había producido en su conciencia era justamente el que les hacía volver la cara hacia la realidad nacional. Este fenómeno no era circunstancial, ni por sus causas ni por su trascendencia. Al proceso de masificación —típico de estos sectores en la década del 60— debe sumarse la amplificación de su espectro de composición social de origen y el deterioro económico de su nivel de vida, como parte de los sectores medios. En este contexto, los estudiantes, docentes y profesionales habían comenzado a vincularse con los problemas políticos de otra manera; y había comenzado a transformarse su concepción político-pedagógico-cultural. Era difícil ya, desde 1966 en adelante, definir a los intelectuales como simplemente "colonizados"; era cada vez más difícil definirlos a partir de su pasaje por el sistema escolar y la universidad, recortándolos de las fuerzas político-sociales que recorrían la sociedad. En la universidad ya no todos eran el viejo profesor que admiraba a Rivadavia, Mitre y Sarmiento, cuya representación del país respondía a sus lazos orgánicos con la oligarquía. Esta imagen se enfrentaba ya con la de nuevos intelectuales herederos del revisionismo marxista y nacionalista, críticos del saber transmitido tradicionalmente, portadores de un discurso que amenazaba sobrepasar sus propias características críticas y tornarse rupturista y fundador de una nueva perspectiva.

Pero tampoco los intelectuales argentinos de las décadas anteriores pueden definirse de acuerdo al perfil del profesor oligarca. Un análisis histórico sobre el papel que jugaron en los procesos de avance popular se hace indispensable, aunque excede las posibilidades de este artículo. Recordemos que las universidades argentinas no sólo formaron a un Raúl Uranga —que vituperaba a Hipólito Irigoyen en su café y también a un Héctor Cámpora que fuera dirigente del Centro de Estudiantes de Odontología de la Universidad Nacional de Córdoba y presidente de la Federación de Estudiantes de Córdoba (FUC) en la década del 30—, a un Arturo Jauretche y a un John William Cooke. Y no sólo a figuras de la trascendencia de las mencionadas sino a numerosos médicos, abogados, profesores, economistas que jugaron un papel no sólo en el nivel de la dirigencia sino también en el de la construcción doctrinaria.

A diferencia de otros países de América Latina, los universitarios —y más ampliamente las capas más escolarizadas de la sociedad— se enfrentaban con un sector muy débil de intelectua-

les ligados a culturas precapitalistas tradicionales. Las ideas que se reproducían en los sectores más atrasados de la sociedad estaban cruzadas por la influencia de las instituciones burguesas, de la cultura de los inmigrantes, de la concepción transmitida mediante el servicio militar obligatorio, la escuela y el voto obligatorio. Tanto los intelectuales urbanos como los intelectuales rurales, cumplieron en la Argentina con la tarea de vincular la sociedad política y la sociedad civil sin que su ligazón con las clases dominantes fuera necesariamente orgánica. Esta tarea vinculadora, no implicó que se convirtieran en unilaterales transmisores de la ideología dominante: el elemento antagónico estuvo presente en una clase media que en la Argentina nunca tuvo la posibilidad estructural de dirigir el país. Por otra parte, tanto el elemento histórico como la transformación que se produce en las mentalidades de los intelectuales en las últimas décadas permiten relativizar el papel de la escuela y la universidad como determinante de las mentalidades y muestra el borde de un mito: también en la Argentina —uno de los dos países más escolarizados de América Latina— el sistema escolar tiene la función de legalizar situaciones que se originan en el plano de los procesos económico-sociales.

De acuerdo a la hipótesis que acabamos de plantear, en 1973 la tendencia de los universitarios a agruparse en las filas del movimiento nacional tenía una importancia decisiva en la tarea de construcción de un bloque ideológico frente al bloque oligárquico-imperialista. Vivíamos una coyuntura en la cual el movimiento popular tenía ante sí la titánica tarea de lograr la superación doctrinaria del movimiento, la superación doctrinaria de las masas y de los cuadros políticos, la superación de las formas organizativas, y llevar adelante una política de gobierno capaz de responder a los problemas de la hora y superar la política del gobierno peronista de 1945-1955. Estas eran condiciones para lograr la continuidad del gobierno elegido el 11 de marzo y el 12 de octubre de 1973, o para seguir conduciendo el sector mayoritario de la sociedad argentina desde la oposición, a partir de un eventual 24 de marzo. El FREJULI era orgánicamente débil, el peronismo estaba escindido en sectores que solamente Perón era capaz de sintetizar, el trasvasamiento generacional no se había producido, no sólo en el plano simbólico, dejando paso a corrientes ideológico-político superadoras, sino en el terreno de la dirigencia. El espacio que se abría, sin embargo, dejaba lugar para procesos de participación de la juventud, de las diversas corrientes internas del peronismo (que no se apartaran de las "pautas programáticas") y de otras fuerzas políticas aliadas. En el medio universitario, el 25 de mayo de 1973 aparecieron una enorme cantidad de tareas que podían

el ágora



BAZAR NAVIDEÑO

en el
FORO

Libros de arte
Discos
a precios

extraordinarios

INSURGENTES SUR 1632

resolverse sin trasvasar ese marco. Su resolución implicaba necesariamente la participación masiva de la comunidad universitaria y un proceso de democratización cuyo significado (y probablemente cuyos resultados) trascenderían la coyuntura para integrar la vertiente constructora del nuevo bloque intelectual. La JUP y ADUP tenían posibilidades teóricas y experiencia como para dirigir ese proceso. Habría que preguntarse cuál fue la razón por la que quienes tuvimos responsabilidades en la dirección de estas agrupaciones —y creímos firmemente en aquella etapa que nuestro lugar de trabajo estaba junto a los docentes y estudiantes— no rompimos a tiempo con una mítica conducción orgánica cuya concepción foquista atentaba contra el desarrollo y la organización de las bases a las cuales nos debíamos.

Cogestión versus alternativismo

De acuerdo con las "pautas programáticas" y los reclamos de la comunidad universitaria e importantes sectores político-sociales, la prioridad de la nueva administración universitaria fue, en 1973, la democratización de la enseñanza superior. En ese sentido se tuvieron en cuenta dos aspectos del problema: la democratización de la universidad respecto de la sociedad y la democratización interna de la institución. Entre las 90 primeras medidas, tomadas en los 90 primeros días de gobierno popular en la universidad, figuraron: levantamiento de todas las medidas restrictivas al ingreso, entrega de 340 becas, apertura de servicios de atención médica gratuita a los estudiantes, apertura de servicios populares por parte de varias facultades, fundación de la planta de producción de medicamentos de uso popular, apertura de los CEPIA (Centros de Investigación Aplicada) instalados en zonas populares y conectados con las necesidades de investigación surgidas de los problemas de la población, centros de estudios del trabajo, centros de cultura popular, consultorios barriales de problemas legales, guardería para los hijos de trabajadores universitarios no docentes, participación en el Programa Nacional de Alfabetización, apertura de una filial de la carrera de Ciencias de la Educación en el distrito de La Matanza para personal docente de la provincia de Buenos Aires, participación de universitarios en las Mesas de Reconstrucción Nacional, en programas de vivienda, fundación del Instituto del Tercer Mundo, cambio en la orientación de EUDEBA, entre muchas otras medidas.

La tarea coordinada por la Subsecretaría de investigaciones de la UNBA tuvo especial relieve: significó una verdadera superación del extensionismo universitario —típico de la política reformista— para intentar el desarrollo de un modelo democrático de vinculación entre los docentes, los estudiantes y la clase trabajadora, intentando el planteo de un modelo político-pedagógico que se enmarcara en los lineamientos del mensaje del 25 de mayo.

"Y así, las funciones de la universidad: conservar y transmitir cultura, enseñar, formar y capacitar profesionales y técnicos, investigar y proyectarse hacia la comunidad, serán ensambladas con los grandes objetivos nacionales al servicio del pueblo en la etapa de la liberación". (*La reconstrucción universitaria*, 1973).

Pero esta política —así como la reforma académico-administrativa, el cambio fundamental en la orientación ideológica de los contenidos, la programación de una nueva ley universitaria que permitiera el pasaje democrático del gobierno universitario interventor a un gobierno elegido por el voto directo de la comunidad universitaria, que garantizara concursos democráticos, que garantizara el ingreso más amplio posible de todos los sectores sociales a la enseñanza superior (no simplemente a las aulas de la universidad, de esto hablaré después)—, entre muchas otras medidas que convendría analizar en profundidad, tenía algunas condiciones para sostenerse: la unidad programática de las fuerzas políticas que debía representar la dirección de la universidad; el acuerdo de las fuerzas políticas aliadas (PC, radicalismo, sectores cristianos, trotskistas, socialistas, la izquierda nacional no peronista); y sobre todo una verdadera participación de todos ellos no postergada hasta el incierto día en que la universidad recuperara la autonomía, sino a partir del momento mismo de la intervención, para colaborar en la reconstrucción de la universidad "tanto en el nivel legislativo como

en el ejecutivo del quehacer universitario" (*Proyecto...*, 1973).

En ese sentido, en 1973 era necesario encontrar una fórmula de trabajo que trascendiera el nivel pedagógico, y también el nivel de la política universitaria: se trataba de lograr las formas posibles de la vinculación entre la izquierda peronista y los demás sectores del movimiento y entre ambos y los sectores políticos adheridos al FREJULI. En el plano universitario la gran pregunta que se planteaba era qué sustituiría al gobierno tripartito, cuál sería la fórmula político-organizativa que posibilitaría un nuevo tipo de relaciones entre la comunidad universitaria. El espacio que se abría dejaba lugar para el desarrollo de una fórmula de tipo cogestionaria, a condición de que estuvieran representados todos los sectores de la comunidad universitaria y el conjunto de las fuerzas políticas existentes.

Durante los primeros meses del gobierno universitario los diversos sectores políticos tuvieron acceso a la política que empezaba a implementar la dirigencia, pero aún reinaba un clima de entusiasmo y la confusión organizativa heredada del período de la intervención militar. En el mensaje del 1 de septiembre, el rector afirmaba que la tarea más importante realizada en los primeros 90 días había sido el logro de una participación "activa y unitaria" de la comunidad docente-estudiantil, y destacaba que esta participación "no excluye las críticas ni las discrepancias" (*Reconstrucción universitaria*, 1973: p.14). Sin embargo, este estado de cosas no se mantuvo mucho tiempo. Héctor Sandler describe tiempo después, el proceso.

"Las asambleas iniciales tenían aspecto de fiesta, en la que todos los asistentes tienen algo que ver con lo que acontece; no sólo para enterarse sino para realizarla. Los últimos actos y reuniones, aunque mantuvieron el carácter masivo, pese a la evidente reducción del número de asistentes, habían pasado a ser asambleas en donde la conducción explicaba y los asistentes aprobaban. La aprobación no podía ser en principio negada, no sólo por el respeto a la conducción sino por la necesidad de mantener vigente el ensayo" [dado, según el mismo Sandler, el proceso de derechización comenzado con la renuncia de Cámpora el 13 de julio de 1973, que impulsaba a los estudiantes a no debilitar la situación universitaria]. "Pero esta falta de alternativa, la limitación a discutir, los asuntos *ex post facto*, trajo como consecuencia la falta de interés en las reuniones. La masa estudiantil comenzó a ralearse y el desánimo invadió a los integrantes de la conducción" (Sandler, 1975: p. 18).

Cierto es que en 1974, las fuerzas políticas aliadas sólo tenían acceso real a algunos organismos sin mayor poder en los aspectos ejecutivos de la política universitaria, tales como los Consejos Asesores, y las organizaciones político-militares de la izquierda peronista cerraban las compuertas concentrando todo el poder en manos de los funcionarios más confiables para mantener un control directo de la política universitaria. En el fondo, un profundo desprecio por la democracia invadía a aquellos cuadros y el autoritarismo se hacía sentir cada vez más. Pero este desarrollo de los acontecimientos era solamente una manifestación de lo que ocurría en ámbitos mucho más importantes que la universidad. Tal vez el violento desenlace final de la situación universitaria tuvo que ver más con el enfrentamiento de la izquierda peronista con el conjunto del peronismo y con todas las fuerzas políticas nacionales que con la política universitaria (aunque los errores que venimos señalando, más muchos otros que sería muy útil analizar, hayan incidido en el interior y en el exterior de la universidad). Cuando se produjo la ruptura de Montoneros con la política peronista (Rucci) y con el radicalismo (Mor Roig), la vituperada JUP aún mantenía acuerdos importantes con las fuerzas políticas y quedó profundamente descolocada frente a ellas, dada su conocida relación con aquella organización.

En la universidad, la izquierda peronista (que confundió, entre otras cosas, la crisis de hegemonía que vivía el país con una situación prerrevolucionaria en el sentido leninista) quiso iniciar un proceso de autogestión autoritaria (o la estalinización del proceso, si se quiere). Pero, más allá del análisis crítico que merece la pedagogía soviética, no vivíamos la etapa de construcción del socialismo, el autoritarismo era disolvente y la autogestión una utopía que llevó a la universidad a un estado de progresivo aislamiento. En

lugar de contribuirse al desarrollo de las alternativas posibles para ampliar el marco de la democracia, se acentuó un autoritarismo que contribuyó a la destrucción de esta perspectiva, no sólo en el plano organizativo sino en el plano de lo simbólico. En el fondo, la cúpula de la izquierda peronista foquista consideraba a Perón (como los universitarios franceses a Mendes-France) "la última posibilidad de la burguesía", sobre la base de una tesis equivocada tanto del peronismo como de la estructura de la sociedad argentina. En 1973 (y muchos años después también) la izquierda peronista foquista consideró que el capitalismo dependiente estaba agotado en la Argentina.

Sin duda el movimiento docente-estudiantil de aquella época incluía desde utopías autogestionarias hasta reverdecimientos del viejo reformismo. Pero careció de lo que más necesitaba de él la sociedad argentina: la inteligencia necesaria para descubrir la democracia, comprender las formas posibles para la etapa y desarrollar formas superadoras. Insisto: nos faltó la visión o la valentía para romper a tiempo con el foquismo y reorganizarnos teóricamente y programáticamente de acuerdo a las necesidades de una política de masas. Como consecuencia de ello, también respecto al movimiento docente-estudiantil de 1973-1974, cabe decir que representó la ruptura de un marxismo "paralizado por gigantescas contradicciones políticas que no alcanzó a comprender" y contribuyó a tornar imposible "el encuentro [...] entre capas y clases potencialmente aliadas", a compartimentar en forma "vertical y sectaria [...] luchas que habrían podido y debido unificarse: la de los estudiantes y los jóvenes escolarizados, y la de la clase obrera y los trabajadores". (Buci-Glucksmann, 1977).

NOTAS

1. La etapa más democrática en la historia de la educación argentina, que significó no solamente la amplificación del espectro social que concurrió al sistema escolar sino la participación del conjunto de los trabajadores en la creación de cultura, el pasaje del localismo a una concepción nacional, de las reivindicaciones localistas y tradunionistas a la conciencia política de un "folklore" a un "sentido común" que contenía gérmenes de conciencia y organización revolucionarias. Este tema debiera ser motivo de una discusión que considero muy importante.

TEXTOS CITADOS

Stephen, Castles, *The education on the future*, Londres, Pluto Press, 1979.

Bermundo Avila, "Pedagogía y marxismo" en *El Viejo Topo*, núm. 16, Barcelona, enero de 1978.

ADEP, *Proyecto general de educación: bases para la discusión*; Buenos Aires, ADEP, 1973 (mimeo).

ADEP, *La problemática de la construcción de una pedagogía nacional*; Buenos Aires, ADEP, 1973 (mimeo).

ADEP, *Ley 1420: civilización o barbarie*, Buenos Aires, ADEP, 1973 (mimeo).

MRP, *Objetivos y prioridades de la educación argentina*, Buenos Aires, MRP, 1973 (mimeo).

Héctor J. Cámpora, *La revolución peronista*, Buenos Aires, Eudeba, 1973.

Rodolfo Puiggrós, *La universidad del pueblo*, Buenos Aires, Crisis, 1974.

Cohn-Bendit, *La rebelión estudiantil*, México, ERA, 1969.

Christine Buci-Glucksmann "Razones para una contraofensiva ideológica", en *El Viejo Topo* núm. 32, Barcelona, 1979.

Héctor R. Sandler, *Universidad, comunidad social, estructura de dominación*, México, Deslinde, UNAM, 1975.

NICOLAS AMOROSO
TINTAS

Museo de Arte Carrillo Gil
av. revolución 1608

14 DE NOVIEMBRE AL 31 DE DICIEMBRE
MEXICO, D. F. 1979

Sindicatos de liberación y liberación sin sindicatos

Nicolás Casullo

5. Las ideologías gremiales

La incidencia de lo gremial es manifiesta en las primeras etapas del peronismo revolucionario. Esa influencia se expresa como parte de la crisis sindical que se profundiza en el movimiento. A la incapacidad del sector framinista para avanzar como tendencia frente a la cada vez más hegemónica política vanderista en la CGT, le sucede —en 1965-1966— una ruptura oficial del frente interno sindical.

El vanderismo y el alonsismo (sector encabezado por el secretario del gremio del Vestido, José Alonso, que recoge a ex fraministas), son dos perspectivas que si bien se enfrentan en una problemática que involucra el nivel político del movimiento en su conjunto, encuentran sus razones determinantes en el plano que relaciona lo gremial con el desarrollo de un modelo de acumulación capitalista.

La faz de una rectoría monopólica transnacional con predominio de sectores líderes alentadores de un desarrollo industrial de alta diferenciación, se asienta sobre una elevada composición orgánica del capital y la tendencia creciente a la extracción de plusvalor relativo. Esto trae aparejado un estrechamiento de la demanda de la mano de obra, una cada vez más patente rectoría de los índices de productividad, una heterogeneidad de políticas hacia la clase obrera favoreciendo y perjudicando ramas de producción, el agotamiento de un diseño de control gremial en el mercado de trabajo y la recomposición de formas —sectorializadas— de incidencia sindical en dicho mercado, y nuevos realineamientos político-sindicales a partir de ramas industriales “en ascenso” y sectores desfavorecidos (en especial, del interior del país).

La partición en dos corrientes se produce en el momento de “plenitud” del poder sindical, como aparato de incuestionable presencia en la superestructura política. Las tendencias revolucionarias del peronismo se ubican, en términos políticos, más cercanas a las posiciones alonsistas (que apoya Perón), en tanto la perspectiva de Vander, que retiene el poder de la CGT, busca proyectar las contradicciones gremiales sobre un plano de disputa global, donde se perfila su tendencia político-sindical intentando hegemonizar al peronismo.

A diferencia de años anteriores, los dos sectores se encuentran ahora movilizados por políticas de integración gremial que fracciones capitalistas —en acelerado proceso de concentración— proponen como proyecto de relativa estabilidad social convenida entre patrones y fuerzas productoras.

Le escribe Cooke a Perón en 1965: “Cada dirigente se mete o trata de meterse en alguno de los golpes militares [...] pero no son sólo los rezagados trogloditas quienes están en eso [...] también conducciones gremiales ortodoxas, activistas [...] Hemos llegado al fondo del drama presente [...] La forma como se da la política argentina ha puesto, unavez más, la solución únicamente en sus manos [...] Usted no tiene legalidad, el movimiento no tiene legalidad, pero la burocracia sí tiene legalidad.”²³

La izquierda peronista, a partir de una experiencia donde percibe que el sindicalismo “conduce” la política del peronismo, encontrará en la contradicción legalidad -ilegalidad una de sus interpretaciones para cuestionar el poder cegetista burocratizado. Una nueva versión que cuestiona el valor “legalidad” en proyectos de corte revolucionario, pero donde subyace al discurso la controversia ideológica instalada entre gremialismo revolucionarista (que pone en cuestión su propia institucionalidad sin plantear concretas formas superadoras) y el sindicalismo de corte laborista (que hace de la institucionalización su básico poder de presencia).

Esta variable interpretativa que se profundizará con los años, crea un nuevo cono de som-

bras en tanto la disputa política —opacando su mirada al homogeneizar perspectivas— tiende a confundir las consecuencias que acarrea la legalidad de un ideologismo de poder (burocracia) con los sentidos de la legalidad de una conquista obrera (poder de negociación contractual con el capital, convenido entre ambas partes). En todo caso, el conflicto remite a aquella articulación ideológica de análisis donde las características del sindicalismo son leídas en un campo no situado en su compleja especificidad: el de los modelos orgánicos y estratégicos para la conquista política del poder del sistema.

Lo cierto, sin embargo, es que el sindicalismo peronista hace política desde su capacidad gremial y signa de una manera drástica el derrotero del movimiento, ya sea desde su oposición golpista al gobierno constitucional del doctor Illia (radical), ya sea en sus expectativas de alianza con el futuro elenco militar gobernante (Onganía).

El análisis de Cooke, ahora más radicalizado pero sin perder coherencia con anteriores posiciones, se desvinculará del antivanderismo que, según él, alienta una larvada oposición a las masas obreras politizadas sindicalmente. Dice Cooke: “Persiste el escamoteo de lo históricamente válido, sustituido por discusiones falsas sobre temas inoperantes [...] Por eso rechazamos la falsa antinomia Vander-Framini [...] De la misma manera, desde el bando contrario (al vanderismo) se plantea un enfrentamiento de ‘la lealtad’ contra la traición. Los cultores del famoso monstruo ‘peronismo sin Perón’, los aliados del militarismo septembrino (1955)” persisten en una disputa que —según Cooke— sólo lleva a “destrozar las estructuras sindicales que son las que aguantan los cimbronazos cuando los ‘puros’ de la época huyen en desbandada apenas comienza la ola represiva”.²⁴

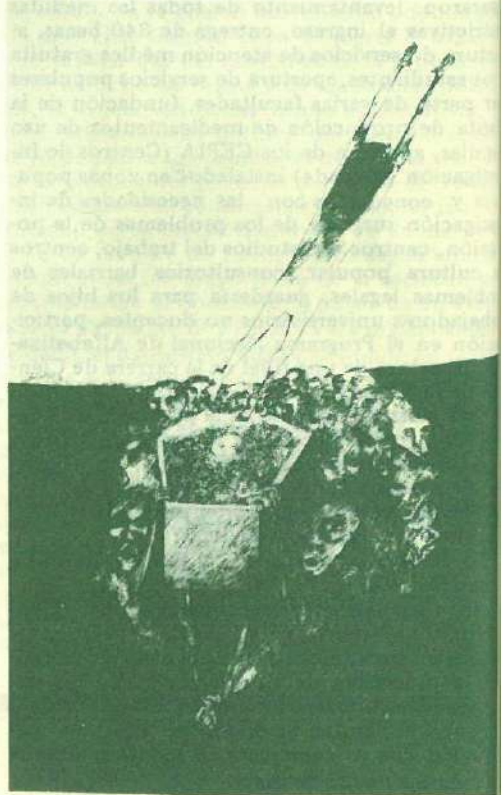
Cooke se aferra a lo que considera la contradicción principal que en el seno del peronismo se expresa en un marcado proceso de burocratización sindical: la ausencia de una política obrera en el movimiento que no sea segregada por lo gremial, pero que al mismo tiempo vertebró a aquel modelo histórico. “La burocracia reformista —dice Cooke—, tanto la que está en posesión de los cargos como la que se ofrece a reemplazarla, y el tremendismo revolucionario son dos expresiones de una misma concepción errónea”.²⁵

Cooke es consciente que el peronismo, ahora como posible gestor de un bloque histórico popular más amplio, debe ser conducido a partir de una articulación ideológica abarcadora del conjunto social subordinado, que sólo los intereses obreros pueden ejecutar. Lo que no encuentra es ese espacio de experiencia y conciencia política obrera, fuera de lo sindical, o que haya roto con sus ideologismos más nocivos. Esta carencia no lo lleva a aliarse con los sectores políticos enfrentados al vanderismo en 1964-1965, en tanto esta multifacética tendencia no sería portadora tampoco de la posibilidad de resolver el dilema.

Esta última prevención también se expresará, más contundentemente, en sectores de izquierda que se alinean con el vanderismo: un camino que intenta resolver el vacío de síntesis política a través del obrerismo. Roberto Carri escribe en esa época sobre el tema, en un libro prologado por Rodolfo Ortega Peña, introductor elogioso a esta obra quien se pregunta: “¿Cuál ha sido y es la relación del sindicalismo argentino con el poder político? ¿Podrán sobrevivir a la crisis? ¿Se transformarán dentro de ella?” Roberto Carri, luego, trata de responder a esas preguntas: “Vander consolida su prestigio ante las bases obreras peronistas y permite a los representantes de su corriente ganar posiciones dentro del movimiento [...] Se lo acusa de empirismo, de relegar la ideología a un puesto secundario [...] de no tener perspectiva hacia el futuro ni plan de transformación social alguno. Esto evidentemente-

te es falso, puesto que sin considerar a Vander un revolucionario, de cualquier manera es evidente que sustenta la teoría de un partido de masas apoyado en el movimiento sindical, y por otro lado es consciente de que el sindicalismo politizado es el principal factor de ruptura con el sistema [...] El sector político del movimiento peronista, desligado de las bases obreras, en su mayoría apoya al sector isabelista o alonsista. Es muy clara la razón de este apoyo: debilitado el aparato sindical ellos pueden ganar terreno en la influencia dirigente sobre el pueblo”.²⁶

El “sindicalismo politizado” es una forma particularizada de leer al peronismo. Por lo menos no da cuenta de este modelo histórico real y su vigencia en el proceso. La capacidad sindical de “ruptura con el sistema” en este caso hace equi-



voca referencia a la potencial actuación de la clase obrera en términos políticos estratégicos. Aunque parece impregnado de “historia”, Carri obvia la especificidad (teórica y nacional) de lo gremial. Esencializa, en cambio, lo que es una experiencia de predominio, sin encarar qué tipo de articulación ideológica propone ese partido sindical defendido para vincular lucha económica y política de clases. Es decir: cómo el camino hacia la necesaria hegemonía política, procesa la ruptura de los condicionamientos ideológicos gremiales.

Lo que para el alternativismo es el “falso espacio” de poder sindical, en tanto aparato manejado por una dirigencia que parte del juego de poder del sistema, para el teoricismo vanderista es la cuña de posibilidad para, paulatinamente, sitiar la estructura dominante en un combate institucional.

El vanderismo en esta etapa plantea como nunca antes (en el intento de coherentizar poder gremial con político), el problema de la naturaleza del modelo orgánico popular. En este sentido justifica a aquellas lecturas que lo cuestionan y transfieren lo gremial a un universo político de oposiciones —reformismo o revolución— e discernir los específicos significados de lo sindical (no ya para la dirigencia sino para la clase obrera).

Esta justificación de una lectura no implica su corrección. Si bien la trascendencia del vanderismo remite a conflictos de concepciones

el origen del peronismo, la incidencia de esta propuesta se hace inteligible al calor de:

1] La ideología del desarrollismo capitalista monopólico y sus perspectivas de encuadre de lo sindical, problemática que se diferencia sustancialmente del rol de lo gremial-político en la gestación del movimiento y en su etapa de gobierno (1943-1955)

2] El profundo desajuste, en el interior del modelo popular, que produjo el nuevo juego de habilitación-inhabilitación de su momento político, momento de condensación ideológica de un tipo de alianza social (1945-1955), y

3] El nuevo papel de lo sindical en un movimiento que se obreriza de hecho en la resistencia, y que hace presente su presión —como conciencia política de masas— sobre una expresión orgánica estrecha pero concreta: el valuarte gremial

Percibir en cambio, al vandomorismo, como parte de la "maldición burocrática", traerá sus consecuencias. En primer término creará la ilusión del "fin del vandomorismo" en la medida que el nuevo diseño político autoritario instalado por Onganía (1966) golpea de lleno el proyecto de un sindicalismo homogeneizador político de los trabajadores a partir de la limitada táctica presión-negociación.

Este "fin" no significa, como se llegó a interpretar, la muerte de una tendencia a ser situada en relación a la moral de una dirigencia, sino en tanto alternativa gestándose en referencia al tipo de sociedad política específica, a las formas de estructuración y ejercicio de la dominación de clases sobre la sociedad civil, y a las posibilidades y características de hegemonías en la con-



formación de un bloque político-popular.

En segundo término, el impacto vandomorista provocó en la izquierda peronista una lectura "universalizadora" de aquella estrategia: definitiva, pletórica y derrotada. La claudicación del vandomorismo proyectó el análisis hacia la visión del "fin del sindicalismo peronista". Aquellos que infravaloraron al "partido sindical", como aquellos que lo agigantaron viendo en su derrumbe el fin de una problemática, concibieron el dilema de la burocracia gremial como un déficit de "hombres" en determinadas circunstancias o, lo que es peor, como la inhabilitación histórica de "un aparato" ya inservible.

La crisis sindical ya bajo el modelo militar dictatorial, hará renacer —desde el propio seno gremial— un sindicalismo de corte revolucionarista, que se afianza en el poder de lo sindical, pero ahora con un discurso cuestionador del sistema de explotación capitalista. Su surgimiento responde a las necesidades reivindicativas de las bases trabajadoras y a la concreta incapacidad de la conducción hegemónica sindical, en cuanto a canalizar esos reclamos y retener, al mismo tiempo, su reducido espacio de negociación y presencia.

En su "Programa del Primero de Mayo" (1968), la CGT de los Argentinos (39 federaciones que eligen secretario general a Raimundo On-

garo, gráfico) habla en nombre de la "revolución incumplida y traicionada" y desde "la hora más amarga de la clase obrera" y de "la liquidación de la industria nacional". Haciendo consciente que "alza viejas banderas de lucha", acusa al "fundamento mismo de esta sociedad: la compra-venta de trabajo y la propiedad privada de los medios de producción".

Propone la necesidad de "un sindicalismo integral que se proyecte hacia el control del poder", como modelo antagónico a aquel cuyos "dirigentes acaban de traicionar al pueblo y separarse para siempre del movimiento obrero [...]" que hoy ocupan un edificio vacío y usurpan una sigla", y viven "en el lujo insolente de sus automóviles, el tamaño de sus quintas y en las colas de las ventanillas de los hipódromos". Llama a que "esas direcciones indignas sean barridas desde las bases", interpretando que "el movimiento obrero no es un edificio ni cien edificios, no es una personería, no es una comisión delegada ni es un secretariado [...], es la voluntad organizada del pueblo y como tal no se puede clausurar ni intervenir [...]"²⁷

El vandomorismo no integra la CGTA. Esta nueva ruptura del frente sindical, como otro eslabón de una crisis de más de diez años, es el intento más explícito de generar, a partir de un espacio obrero institucional, una alternativa de poder obrero estructuralmente distinta. Si bien no existe una concepción de tránsito de ruptura, sí se hace manifiesto el momento crítico: edificio, personería, comisión delegada, secretaría, son factores vistos como parte de la *desintegración* política de las fuerzas productoras, frente a la integración ideológica que reproduce los mecanismos del poder hegemónico del sistema.

No obstante, la CGTA en ningún momento produce una lectura acabada de las múltiples formas de coerción e integración que ejerce la dominación del capital en la Argentina. Como correlato, el lema de lucha: "la voluntad organizada del pueblo", no se plasmará en ningún contrapoder cualitativamente superior de organicidad obrera, que responda a los objetivos de una lucha estratégica. Lo sindical, la organicidad obrera en términos de defensa, no competencia y reivindicación económica, es tan correctamente valorado como no reformulado. No florece un modelo obrero, democrático-político como negación concreta de los convencionalismos gremiales. En los hechos, y desde posturas más claramente clasistas y basistas, la CGTA expresará una variante más del revolucionarismo gremial: pretender objetivos extragremiales apuntando hacia el poder, desde una institucionalidad inmodificada. "La voluntad organizada del pueblo" permanece como abstracción. En realidad, si aquella está organizada, lo está gremialmente: a través de personerías, comisiones delegadas y secretariados.

Si bien es cierto que la postura que busca antagonizar dos tipos morales de conducción gremial es válida, no alcanza para reformular el modelo.

El período de la llamada resistencia popular le otorga al sindicalismo una relevancia histórica particular, que produce un proceso de ruptura con respecto al armado ideológico del período 1944-1955, sin síntesis, como las nacionalistas, antioligárquicas, democráticas y anticapitalistas.

El vandomorismo, como la CGTA, son dos exponentes del modo como inflexiona la conciencia política de las clases trabajadoras en relación al modelo peronista, no ya sustentado en el estado sino en la identidad de conciencia de las fuerzas populares. La realidad del peronismo, como movimiento, es lo que traba e impide una *resolución gremial* del dilema político. Pero tanto el vandomorismo como la CGTA, frente a la difícil correspondencia entre forma sindical y forma política, parten en forma espontánea y correcta, de una intención que nos remite al problema de *conciencia de clase* a inculcar, como estadio superador de la "falsa conciencia".

El proceso de masas generó una conciencia histórica popular. La resistencia no reprodujo limitaciones sino que reformuló esa experiencia de masas. El momento político a resolver, por lo tanto, es el orgánico: su estrategia en relación al estado-poder.

El reformismo obrerista propone un diseño ordenador que trata de concluir con aquella forma abarcadora de generación de conciencia política por parte de las clases explotadas; el movimiento no resuelve sino que se aparta del dilema de constitución de un bloque de fuerzas subordinadas. El obrerismo es reformismo excluyente. El gremialismo "de la liberación" percibe, en cambio, la importancia de ese momento político mayor, pero su concepción no traspasa los límites

que organizan su poder: lo gremial. Traspasar esos límites hacia otra perspectiva ampliada sería hacer desvanecer un ideologismo gremial que la sustenta como alternativa gestadora.

6. Guerrilla, sindicalismo y metodología

En 1967 Cooke plantea que "el movimiento peronista es la expresión de la crisis general del sistema burgués argentino", en tanto "crisis de hegemonía", a interpretar por lo tanto no desde la simple perspectiva de "manejo de estado" sino en tanto resquebrajamiento "de la imposición de una concepción del mundo a toda la sociedad", en función del "consenso general necesario".²⁸

La crisis de la dominación, desde su plano de contradicciones económicas y a partir de su imposibilidad de estabilizar en su provecho una superestructura política de ordenamiento, se manifiesta —para Cooke— con la aparición del peronismo y se acentúa con su caída institucional, en tanto movimiento de fuerzas sociales que hace presente el proceso de desestructuración del poder político que consolidó al capitalismo en la Argentina.

El problema, según Cooke, "no es entre partidos políticos sino entre fuerzas sociales", aun que sin perder de vista que "el peronismo jaquea al régimen, agudiza sus crisis pero no tiene fuerza para suplantarlo, cosa que sólo será posible por métodos revolucionarios".²⁹ La carencia de estos últimos encuentra su razón determinante en que el movimiento "no ha reajustado su visión y sigue sin elaborar una teoría adecuada a la situación real".³⁰

Este último pensamiento de Cooke alude a un interés genérico de la izquierda argentina, pero incluye básicamente a los sectores peronistas radicalizados. Hacer emerger una teoría sobre la realidad económico-social-política argentina, engendradora de una metodología de masas peronistas que la ejecute.

Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), organización guerrillera que hace su aparición pública en 1968, expone de manera directa su forma resolutive de la encrucijada: "A nivel de masas se experimentó que por el lado de los militares no hay salida, que por el lado de las elecciones tampoco, que por el lado de las grandes huelgas y las grandes movilizaciones tampoco [...]. Se plantea el problema de la metodología que forzosamente tiene que pasar a través de la organización armada [...]"³¹

Es importante anotar aquí que, en perjuicio de una elaboración teórica más sólida que enfoca el problema de un encuadre de acumulación de fuerzas, es la caracterización crítica de las "falsas salidas" lo que hace emerger un método que se "presenta", ideológicamente, como *comovisión* alternativa global.

Este desplazamiento repercutirá, entre otras cosas, en el tratamiento —como problemática del peronismo revolucionario— de la instancia sindical. Dicen las Fuerzas Armadas Revolucionarias, otra organización guerrillera properonista surgida en 1969: "Presentimos que entramos en una etapa en la que nos vamos a enfrentar con un gran problema [...], el de la vinculación de la organización con las masas [...] no tanto de la vinculación con las masas, que nosotros pensamos que de alguna manera se logra con las mismas acciones (*armadas*), sino cómo se van incorporando las masas".³²

La metodología ocupa de lleno el lugar de la concepción alternativa. Pero sin perder, como esta última lo requiere, su necesidad de discurso totalizante. El modelo foquista armado, como "teoría", "tiene que incluir", entonces, aunque sea potencialmente, las formas de vinculación con las masas. Formas propias, intransferibles.

Es así que, desde este punto de partida metodológico "integral" —aglutinador de los instrumentos necesarios— el foquismo se autopercebe como definitiva alternativa al reformismo. Como método, no puede encarar los problemas desde el plano de aquella "teoría revolucionaria" que pensaba (y no resolvió) Cooke, sino desde un plano mucho más opacante de referencias: el de los antagonismos de prácticas.

Esta matriz obnubiladoramente metodológica que contiene el foquismo armado, encontrará por lo tanto sus diversas "enemistades" en el terreno de las diversas prácticas obreras y populares que no logrará articular a sus formas de "accionar". No existen mayores posibilidades de remitirse a planos que conciben métodos específicos y que alienten formas articuladoras de aquellos, tendientes a prácticas más integrales.

Pero este enfrentamiento —en términos abstractos— entre un método que ocupa el lugar de una teoría y una concepción reformista arquetípica que es “descubierta” en conducciones obreras burocratizadas, requerirá de un texto, de un discurso ideológico pertinente, de una historia que lo corporice: que promueva el conflicto hacia un plano político orgánico.

El surgimiento del guerrillerismo peronista se da en un marco donde cobran relevancia las declinaciones de aquellas alternativas político-sindicales que habían sido oxigenadas por fuertes ideologismos en ese campo. Dice Roberto Carri: “El vanguardismo finaliza aquí (1967) su historia real, después siguen los coletazos de una metodología política antes de convertirse claramente en participacionista [...] La lucha por el manejo del aparato sindical pierde importancia a partir de 1967. Si bien el peronismo intenta utilizarlo para sus fines revolucionarios, no exige el control del sindicalismo como condición necesaria para el proceso [...] En este proceso, la dirección sindical se separa para siempre de la dirección política. La identidad entre dirección sindical y política es cosa del pasado. Hoy (1971) son problemas que circulan por caminos separados”³³

La lectura sigue siendo inmediatista. La desubicación del problema gremial lleva ahora a no considerarlo “condición necesaria”. Si bien esto podría interpretarse como una “ruptura conceptual” dentro de las vertientes del peronismo de izquierda (que habían creído en gremialismos revolucionarios o partidos sindicales), es consecuencia, sin embargo, del dominante desfasaje teórico sobre el rol de lo sindical.

Al parecer, en 1970, el gremialismo va siendo un cadáver, no sólo ya en tanto burocracia descalcificada, sino como “camino” de lucha obrera hacia un cambio social. Esto es, como espacio de fortificación de clase, como práctica de los trabajadores. La debilidad de las conducciones no es básicamente leída como avance de la conciencia de las bases ante la agudización de la lucha de clases sino como la “innecesariedad” del espacio de fábrica que las propias bases reinauran con reivindicaciones antiburocráticas. En realidad, para esta nueva lectura no es la presencia obrera sino la política de Onganía lo determinante.

La aparición de la guerrilla urbana (heredando en parte sus agudos déficits latinoamericanos, pero esencialmente *entrante* al peronismo en este período), desde su específica ideología organizativa vertebrará *aquellos elementos del discurso crítico sobre lo sindical*, que la ratifiquen como valedera alternativa de contrapoder. La encrucijada, en este caso, presenta un discurso limitado (el guerrillero urbano) que al carecer de presupuestos teóricos y prácticos precisos sobre su constitución como alternativa de masas, incorpora fracciones de otros discursos en tanto mito (el peronismo) no como producción de lectura teórica sino en función de reificar su propio principismo.

El nuevo momento de articulación ideológica del peronismo revolucionario —en relación a lo sindical— cita a distintas vertientes ideológicas (en primer lugar el guerrillerismo, el cristianismo, el nacionalismo, el marxismo-leninismo), en tanto posiciones de una pequeña burguesía (que intenta engarzarse con los momentos culminantes de lucha obrera), con aquel otro entramado de perspectivas que fue generando la izquierda del peronismo desde 1956 a 1967-1968.

Coyuntura neurálgica para la interpretación de la última etapa de la izquierda popular en la Argentina, se puede, en forma relativa, decodificar parte de aquellos elementos del peronismo revolucionario que este nuevo momento —el montonismo en términos generales— incorpora a su visión. En el análisis de esta compleja articulación falta el rastreo de los fragmentos de discursos que se incorporan desde el exterior al peronismo. Este rastreo permitiría reflexionar, más acabadamente, hasta qué punto el montonismo hereda, traduce o rompe con respecto al peronismo revolucionario como gestación histórica más extensa.

La aproximación a un relevamiento de esta índole (y no reducido al tema sindical) abriría diversas puertas de reflexión. Una de ellas, acercarnos a una más objetiva comprensión de las razones —coherentes o incoherentes— que proyectaron una extensa historia combativa, cuestionadora, gremial, guerrillera, hacia un acelerado desmoronamiento de rotunda preeminencia montonera, instancia esta última reducida de cuadros, sin registros político-biográficos en el movimiento y vinculada a éste en los tramos finales de una re-

sistencia (1970-1973).

Otra cuestión sería analizar hasta qué punto la aluvional entrada de sectores pequeño-burgueses politizados se constituyó en una etapa circunstancial del peronismo, más que en continuadora de una compleja línea de cuestionamiento dentro del movimiento que se remonta a 1956. Es decir, si fue un intento de relación efectiva con la clase obrera peronista, o el encabalgamiento transitorio sobre un discurso (entre otros) crítico socialista emergido desde el movimiento. Esto último significaría, básicamente, al montonismo como expresión casi exclusiva de estas masas circunstancialmente entradas.

La profundización sobre esta encrucijada ideológico-política ayudaría también a interiorizar la trayectoria del peronismo revolucionario y sus objetivos significados, como posibilidad en relación a la actual realidad del movimiento y a las perspectivas nacionales en el presente y en el futuro argentino.

Regresando a las lecturas sobre lo sindical, la indagación del discurso del peronismo revolucionario nos permite señalar, ahora, distintos planos y momentos de contradicciones y antagonismos verificables.

— El gremialismo como instancia revolucionaria-Los límites de lo sindical en tanto mecanismo institucional del sistema.

— La posibilidad del poder superestructural de lo sindical como progresiva cuña política de transformación social-El alternativismo a las inadecuadas estructuras organizativas y modos de funcionamiento del movimiento.

— El “reformismo político” como lectura de inteligibilidad de lo gremial-Lo gremial como única instancia concreta de conciencia obrera politizada en el peronismo.

— La no salida desde lo sindical, como producto de la claudicación moral de su dirigencia-El falso camino sindical, como producto de un déficit ideológico del peronismo en su conjunto.

— Necesidad de articular la lucha sindical en el proceso político transformador-La desvinculación de la estrategia gremial respecto de la estrategia política.

— La negativa legalidad sindical frente a la ilegalidad política-La capacidad sindical frente a la desarticulación política en circunstancias de reflujo de masas.

— Representatividad: la identidad peronista de la burocracia-Irrepresentatividad: la no identidad.

Este panorama de cómo emergen las contradicciones en un discurso político no es estático ni homogéneo. En este sentido sólo realiza y hace visible su significado desde el proceso histórico concreto, en medio de cuyas referencias determinantes se contextualiza.

Es evidente, entonces, que estos espacios de contradicciones sobre lo sindical evolucionan —en el discurso del peronismo revolucionario— hacia “síntesis” que marcan una dominación, legado 1970, de: 1] los límites sindicales, 2] la legalidad constituyente, 3] la ideología de la traición, 4] modelo cuestionable de reformismo po-

lítico, 5] necesidad de alternativa frente a las estructuras históricas, y 6] tendencia a desvincular la lucha gremial de la política, conceptual y metodológicamente.

El proceso de exacerbación política de estas “síntesis” —al incorporarse al horizonte de visibilidad del foquismo urbano— es también una de las verificaciones posibles. Agudización crítica o distorsionante, en tanto proyecto foquista “global” que prescinde de respuestas instrumentales. En tanto accionar armado concebido como génesis mítica de acumulación. En tanto sectores de clase con total inexperiencia de las prácticas ideológicas obreras. En tanto “formas” de radicalización pequeño-burguesas de tintes salvacionistas-vanguardistas. Pero sobre todo en tanto *ausencia de una política obrera que funde los espacios donde los sectores productores-explotados generan, históricamente, las formas de tránsitos metodológicos: superan niveles de prácticas consentidas*. A partir de estos déficits el foquismo armado perderá, como discurso político, capacidad de controlar adecuadamente su propio tratamiento de las contradicciones que expresa el proceso.

Dicen los Montoneros en enero de 1971: “No han cambiado los términos de la contradicción, sino la configuración de sus elementos. O sea, que el cambio se ha dado en la conformación de esas fuerzas, ya que sectores de una se han pasado a la otra y viceversa. Así es que el antiperonismo se ha visto engrosado con los sectores burgueses y las burocracias sindicales del movimiento que desde 1955 vienen pasándose al campo enemigo [...] Por otro lado, sectores antiperonistas o no peronistas hace quince años, se han acercado o integrado al peronismo [...] Creemos que de la adopción de las formas organizativas y de los métodos de la lucha armada y de la asimilación de la experiencia clandestina, sumadas a una correcta línea política, surgirá la incorporación paulatina y organizada del pueblo a las organizaciones armadas”³⁴

No son los “términos”, sino la “configuración” de los elementos de la contradicción, los modificados. Entiéndase a aquélla como el nuevo universo metodológico de acción. La burocracia, al emigrar del movimiento, se lleva en realidad una práctica reformista. Se lleva la política “enemiga”. Se lleva, en todo caso, una práctica fuertemente articulada a los intereses y experiencias de las clases trabajadoras. Los nuevos sectores, al ingresar al peronismo, incorporan las armas sustitutivas de los trabajadores. Introducen un complejo reticulado ideológico de la pequeña burguesía, politizada en términos radicales.

Lo sindical no está definido, ubicado. Ahora desaparece. Luego, no está contemplado. No está asumido. Es el camino innecesario. Lo metodológico se hace presente para llenar *este vacío* (de experiencias distintas de clases). Es la “teoría” suplantadora. Lo metodológico aparece *ideológicamente sacralizado*, como problema de “adopción”, de “asimilación” para una consecuente

NUEVA SOCIEDAD

DIRECCION Y REDACCION:

Dr Karl-Ludorf Hübener (Director)

Adjuntos a la Dirección:

Diana Maggiolo

Daniel González

DIRECCION, REDACCION Y DISTRIBUCION:

Apartado 61712. Chacao. Caracas 106,

Venezuela

Oficinas: Edif. IASA. 6° piso Of. 602.

Plaza La Castellana

Teléfonos: 313189 - 313397 - 329975 - 320593

Télex: 25163 ILDIS. Cables: ILDIS-CARACAS Caracas, VENEZUELA.

SUSCRIPCIONES:

Apartado Postal 874, San José, Costa Rica

Oficina: Edificio Plaza Artillería. 6° Piso

Teléfono: 22-62-69

San José, COSTA RICA.

Suscripción: 1979

6 Números US Dólares 10.

© by Editorial Nueva Sociedad Ltda.

San José, Costa Rica

Impreso en los talleres de Italgraf, S.A.

Bogotá, Colombia.

Printed and Made in Colombia. 1978.

Edición al cuidado de

Ediciones Internacionales S.R.L.

Apartado Aéreo 91373 Bogotá. 8 - Colombia

Nueva Sociedad es una revista abierta a todas las corrientes del pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de la democracia política, económica y social.

NUMERO EN DISTRIBUCION:

43 Sindicalismo, Dictadura, Liberación

NUMEROS ANTERIORES:

41 Reforma agraria

42 Política y Tecnología

PROXIMO NUMERO:

REFORMISMO, REVOLUCION
SOCIALISMO DEMOCRATICO

incorporación de "las masas" a sus reglas. La clase obrera se relaciona en primer término con el espectáculo de una política, exterior a los espacios de producción: la propaganda armada, que motivará a la participación. No será ya sólo la teoría la que se incorpora "desde afuera" sino un método opacante que hace las veces de.

Dicen los Montoneros: "Durante este período (1969-1971) no tuvimos una política sindical para el conjunto del movimiento obrero [...] Aun en este otro período (1972-1973) carecimos de una política sindical, aunque en el movimiento comenzaran a fructificar experiencias [...] La JTP (marzo de 1973) fue la primera respuesta político-sindical. Surgió de nuestras necesidades de crecer en las fábricas (y de tener que) enfrentar a la burocracia sindical cuestionando su poder [...]"³⁵

El discurso sobre lo sindical se diluye en este peculiar tiempo político del peronismo revolucionario. El tratamiento de su especificidad pierde importancia. Lo que no significa que no haya habido, por parte del foquismo, "políticas" sobre lo sindical. Pero lo remarcable de esta coyuntura es el desacople que muestra la lucha de masas entre la forma sindical y la forma política que operan en el proceso sin posibilidad de articulaciones reales. Sobre este desfase general perfila el foquismo las insalvables contradicciones de su discurso, integrador de expectativas militantes.³⁶

El momento *ciego* del discurso cuestionador del sistema (sobre el cual opera el foquismo para solidificarlo) es aquel que *pierde de vista las variables permanentes del proceso crítico de la dominación*, al no articular éstas con las nuevas posibilidades que emergen de un período de flujo popular. Al no verificarse esta vertebración, los nuevos datos —por el contrario— *obturán la perspectiva histórica* en cuanto a cómo se configura, objetivamente, la crisis orgánica.

Para el tema que nos interesa, el foquismo se asienta sobre "el fin del sindicalismo", como práctica obrera adecuada a los fines de una lucha estratégica. El propio foquismo es parte "de los nuevos datos", y por lo tanto agudamente incapaz de caracterizaciones que articulen las instancias permanentes con las renovadas. Pero lo determinante de la visión de toda la izquierda se halla inmerso en este "oscurecimiento" de las caracterizaciones: "la crisis del sistema impide una salida democrático-constitucional", "las nuevas expresiones insurreccionalistas y de luchas obreras plantean un claro proceso de des-peronización", "ni golpe ni elección, revolución", "el regreso del peronismo se dará luego del arribo del pueblo al poder".

Es a partir de este panorama amputador de relaciones (superestructurales) entre proceso y coyuntura, desde el cual el nuevo momento del peronismo revolucionario con dirigencia foquista armada *encuentra legitimada* (a través de caracterizaciones ideológicas y políticas) *la profunda dificultad que plantea su concepción metodológica*, para articularse con la lucha obrero sindical en la Argentina.

La profunda debilidad en este terreno que refleja la guerrilla (esto es: uno de sus grandes déficits), también se evidenció en otras corrientes menores del peronismo de izquierda.

El alternativismo peronista de base, si bien apuntó a la constitución de una organicidad obrera de base potencialmente formuladora de otro accionar político e ideológico, careció de un encuadre estratégico, ya sea desde una perspectiva de clase, ya sea como parte del movimiento popular. Este desgarnecimiento llevó —en los hechos y más allá de las intenciones— a que lo sindical terminase siendo esencialmente una metodología (otra forma de ideologismo gremialista), que concluyó, como propuesta, arrastrada por discursos vecinos de mayor incidencia.

Una de las tendencias basistas, por ejemplo, comprueba "la existencia de una burocracia traidora y oportunista que obra como 'infiltrada' en el movimiento". Expresa que "para el burócrata sindical el sindicato es 'el no va más de la historia' y en la medida que el sindicato es una institución lícita para el sistema capitalista de explotación [...] (el proyecto de los burócratas) es antagónico con el de la clase obrera y el pueblo peronista".⁴⁰ Argumenta que la burocracia sindical "pretende asegurar a través de la represión una mayor explotación obrera", y que "el poderoso aparato represivo del sistema tiene hoy en día un pilar central: el accionar de la burocracia sindical".⁴¹

El discurso del peronismo revolucionario sobre lo gremial desde 1970-1971, se articula a

partir de ciertos vectores ideológicos dominantes (foquismo, militarismo, desgremialismo, ilegalismo, justicierismo) que profundizarán los errores sobre el tema. Las manifestaciones de la crisis del proyecto peronista más tarde, las contradicciones y antagonismos dentro del bloque político popular y las violentas tensiones en el movimiento, llevaron a aquel discurso a dramáticos niveles de desorientación, promoviendo lecturas y prácticas alentadoras de una rápida disgregación del bloque en crisis.

Para marzo de 1976, si hacemos un corte de lectura ideológica en el discurso que plantea el montonero en cuanto a lo sindical, tendríamos un panorama de ejes de oposición (de antagonismos) que —proyectados sobre un plano político de actuación— señalan la desvinculación casi absoluta entre organización guerrillera peronista y sindicalismo peronista.

SINDICATOS	PROYECTO GUERRILLERO
Legalidad	Ilegalidad
Espacio de fábrica	Clandestinidad
Gremialismo	Operatividad comando
Clase obrera organizada	Organización - "pueblo"
Reivindicaciones laborales	Lucha militar
"No representatividad"	"Representatividad"
"Dirigencia infiltrada"	"Dirigencia popular"
"Traición"	"Lealtad"
"No peronismo"	"Peronismo"
"Reformismo"	"Revolución"
ENEMIGO ESTRATEGICO	FUERZA PROPIA

El presente trabajo, en tanto ordenamiento de apuntes críticos sobre el peronismo revolucionario, concluye con esta lectura provisoria pero expositiva del conflicto teórico, político e ideológico. Esta última "fotografía" crítica da cuenta del *desemboque* de un discurso en su momento de comprobada incidencia sobre los sectores de la izquierda popular (1973-1975), aunque también, tiempo este último donde los análisis deberán verificar como de paulatino fracaso, no militar todavía, sino político, de ese discurso armado.

La cuestión sindical necesita, para acceder más adecuadamente a un plano de discusión teórica, de ciertos rastreos a través de los cuales recuperar el campo *intransferible de su historia: el problema dado*. Desde esta perspectiva se hace preciso un análisis del discurso sindical peronista como expresión orgánica, desde 1955 hasta el presente. Se necesita también una caracterización del actual marco económico, social y político argentino, para inscribir en el mismo la cuestión gremial. Se requiere, además, de un reencuentro productivo con lo teórico sindical en sus edades más significativas inmersas en el sistema capitalista.

Desde lo teórico-político, el discurso peronista revolucionario es más lo que encubre en cuanto al sentido de su propia práctica de (y con) lo gremial, que lo que despeja como espacios de comprensión objetiva sobre dicha realidad. Reconociendo que lo más decisivo en su gestación como discurso, y su punto de referencia más significativo en los años posteriores, provino del movimiento obrero peronista, aquel espacio común, *aquella proximidad a pensar y a articular*, no permitió mecánicamente resolver la tarea en cuanto a situar con corrección el problema. Los últimos tramos de historia señalan, como se vio, la más aguda desorientación y desencuentro.

No obstante, gran parte de este proceso del peronismo revolucionario ofrece la positiva particularidad de que el fenómeno del sindicalismo peronista no fue pensado ni actuado desde "el afuera", entendiendo por esto desde los recurrentes esquemas de casi todo el marxismo argentino cuando actuó en función política expresa. El considerar que "la proximidad" dificultó concepciones, no evita interpretar que el distanciamiento político e ideológico con respecto al sindicalismo peronista, exacerbó este déficit si inscribimos el problema que nos preocupa en el plano del *proyecto político de masas* para una transformación social.

De este reencuentro con fragmentos del peronismo revolucionario a lo largo de 18 años, lo que surge son zonas de interrogantes. Evidencias de la necesidad de repensar lo sindical. ¿Desde qué marco teórico transformador analizar los lí-

mites del cuestionamiento sindical a la dominación del sistema, límites que se verifican en la crónica del sindicalismo peronista? Consecuentemente ¿desde qué modelo político pensar hoy a una clase trabajadora organizada que articule su agremiación con un proyecto de cambio?

En orden al proceso dado ¿el espacio histórico del movimiento nacional como momento dominante, posibilitó la generación de una ideología reformista en las bases obreras o habilitó permanentemente la presencia trabajadora espontánea, cuestionadora del sistema más allá de políticas dirigentes? A partir de esto último, la no superación de la forma sindical peronista como *organicidad política* obrera masiva, ¿implica un déficit corregible por parte de las izquierdas en cuanto a sus propuestas de "momentos políticos superiores" de lucha, o aquella persistencia del reinado sindical debemos empezar a pensarla desde el autocuestionamiento a las teorías de formas "superiores" e "inferiores" de presencia obrera? Inserto en esto: en el cuestionamiento a la burocracia gremial como fenómeno a superar, ¿debemos partir de una lectura crítica sobre lo que exponen y esconden las concepciones estratégicas de las diferentes posiciones antiburocráticas? O lo que es lo mismo: ¿se puede ser correctamente antiburocrático y políticamente equivocado en cuanto a las caracterizaciones del cambio social en la Argentina? Dos agregados: ¿cómo deslindar teoría política de voluntarismo principista en el problema de la representatividad de las conducciones gremiales? ¿Cómo articular lucha institucional, formal-sindical, con democratización de las prácticas gremiales, desde la perspectiva de un sindicalismo de alta gravitación a nivel nacional, sin caer en marginalizaciones o encandilamientos de factor de poder? En términos más abarcadores y a la vez profundos, ¿cómo reubicar los significados del sindicalismo peronista en progresiva adecuación con la crítica a gran parte de la teoría política en relación a las formas organizativas, a las clásicas escisiones de esta organicidad popular, a las concepciones extensivas de la figura del estado, al reencuentro con una noción distinta de lo democrático-burgués y el papel de las masas en ese proceso de un modelo, al cuestionamiento de los economicismos catastrofistas? En síntesis: ¿cómo volver a pensar las formas de solución de este "viejo" tema sindical, a partir de la conciencia de que lo que indudablemente empieza a cambiar, son determinados pilares de nuestro pensamiento?

NOTAS

23 Correspondencia Perón-Cooke Buenos Aires, papiro, t. II, pp. 326, 332, 335.

24 Ibid., pp. 342-343.

25 John William Cooke, *La lucha por la liberación nacional*, Buenos Aires, Granica, 1971, p. 38.

26 Correspondencia... cit., t. II, pp. 133-135.

27 De Frente núm. 9, Buenos Aires, julio de 1974, pp. 50-55.

28 John William Cooke, "La revolución y el peronismo", en *Pensamiento crítico* núm. 21, La Habana, 1968, pp. 150, 153-154.

29 Ibid.

30 Ibid.

31 "FAP: con Perón y con las armas", en *Pensamiento crítico* núm. 48, La Habana, enero de 1971.

32 "FAR: con el fusil del Che", en *Pensamiento crítico* núm. 48, pp. 156-157.

33 Roberto Carri, *Poder imperialista y liberación nacional*, Buenos Aires, Efece, 1973, pp. 280-281, 301.

34 "Montoneros: el llanto para el enemigo", en *Pensamiento crítico* núm. 48, pp. 121-127.

35 "Propuesta para el frente sindical", en *Evita montonera* núm. 10, diciembre de 1975.

36 En este sentido, debe examinarse desde un punto de vista sindical la experiencia "clasista", principalmente en las empresas de la industria automotriz de la provincia de Córdoba. Tal proceso, en cuanto a las direcciones gremiales que lo condujeron, no forma parte del discurso del peronismo revolucionario, aunque también aquella realidad de lucha reflejó, claramente, la no resolución del problema entre momento gremial y momento político.

37 "La burocracia", en *Militancia* núm. 19, Buenos Aires, octubre 18 de 1973, p. 16.

38 "Lucha de clases, militancia y la contradicción principal", en *De Frente* núm. 3, Buenos Aires, mayo 16 de 1974, p. 28.

La era Menotti

Carlos Ulanovsky

El lema de César Luis Menotti, director técnico del seleccionado argentino campeón mundial de fútbol 1978, tiene especiales resonancias en la actual etapa del país. Morir con la de uno, en nuestra jerga popular, significa creer y poner el hombro en el esfuerzo. Simbólicamente irónico cuando en los últimos cuatro años se persiguió a tantos argentinos que, en diferentes trabajos y dedicaciones, también creyeron en muchos proyectos que tendían a mejorar aspectos de la realidad.

Entre las frases que en estos 5 últimos años Menotti pronunció por propia voluntad o por obligación, elijo, por su significado "hay que morir con la nuestra". Sin que él se lo hubiera propuesto, la frase sirve para hacer más elocuentes algunas paradojas del momento argentino. De esto —y absolutamente nada más— trata la siguiente reflexión.

Antes de otra cosa, quiero confesar mi admiración por Menotti. Por su franqueza; por su limpieza de procedimientos; por la forma en que protegió su integridad profesional; por cómo se jugó en la defensa de sus elegidos; por sus firmes convicciones con respecto al trabajo en equipo. Pero mi admiración aumenta frente al plétórico contenido del "hay que morir con la nuestra".

En el lenguaje de Menotti, "hay que morir con la nuestra" significa que si los jugadores argentinos fueron dotados por la naturaleza con un determinado estilo de juego (vis-

tosidad, dominio de pelota, toque, habilidad en exceso), no es conveniente obligarlos a cambiar sólo porque los estilos europeos estén de moda.

Pero, ¿por qué a él sí le permitieron llevar su proyecto hasta sus últimas y más memorables consecuencias y a muchos otros, por empeñarse en variadas circunstancias, les hicieron la vida imposible?

Probablemente porque en lo que va del siglo a pocos proyectos en la Argentina se le dió tanta importancia como al del Mundial 78. Aunque estuvieran movidos por procedimientos prácticos e intenciones morales muy similares, Menotti y otros ciudadanos vivieron formas distintas de "morir con la nuestra". Desde la perspectiva del poder, sentenciados porque los proyectos de uno y otros eran totalmente distintos.

Puede haber sido un periodista, un maestro de campo, un abogado o un científico, quien con honestidad comparable a la de Menotti en el seleccionado de fútbol, intentó

encarar su tarea con sentido de la responsabilidad y compromiso, hacer del pensamiento de todos los días una aventura de creatividad y de su tarea algo más que una simple obligación.

Desde luego, Menotti no es el culpable de estas diferencias. El procedió con entereza, con sentido humano y con mucha dignidad. Tanta que los procedimientos de los que se valió para lograr sus objetivos futbolísticos no pueden compararse a los que utilizaron los gobernantes para concretar los suyos.

Los procedimientos

Menotti defendió a sus elegidos, pero no pudo evitar la creciente miserabilidad de una época en la que nadie se acordaba de defender a nadie.

Sus firmes convicciones del trabajo en equipo no impidieron que otras manifestaciones colectivas fueran consideradas sospechosas.

Para arribar al éxito final, Menotti seleccionó a quienes, según su criterio, ostentaban las mejores virtudes futbolísticas pero también humanas. En otras áreas, los pensantes fueron ignorados y los mediocres mantuvieron la hegemonía.

No realizó declaraciones ampulosas; no mintió para salvarse; encaró con sobriedad una tarea de resonancia nacional; no alentó falsas opciones en las que el destino, la grandeza o el porvenir de la patria quedaran en el medio.

Consiguió el respeto de la mayoría, pero sin otras armas que la eficacia, la férrea creencia en un sistema y su propio talento. Obtuvo adhesión sin necesidad de recurrir al recurso del terror, porque ayudó a recuperar en alegría algo de lo mucho quitado.

Menotti subsanó ciertas fallas le-

gendarias de personalidad del jugador argentino, pero su influencia fue suficiente para modificar algunas características negativas del ser argentino. Hizo caminar a un seleccionado, pero no solucionó los problemas del fútbol.

Llegó a pelearse con los dirigentes para obtener las remuneraciones más convenientes para él y sus dirigidos pero a los obreros que ganan sueldos bajísimos, sólo pudo darles alegrías de tipo espiritual.

Consiguió frenar el éxodo de jugadores en 1976, pero no pudo hacer lo mismo para evitar la salida de millares de técnicos, profesionales científicos que consituyen el capital intelectual de cualquier país.

Menotti demostró cabalmente la necesidad y conveniencia de un proceso largo, basado en la búsqueda de lo mejor y en la afirmación de objetivos. Pero no por ello el acto de proceso político ganó en credibilidad.

Como en tantos otros temas, una cosa es morir con la nuestra y otra poder hacerlo.

Menotti pudo, pero también dejaron en ese extraño país del con sur en donde empecinamientos mejantes suelen terminar en el fracaso, la indiferencia o la muerte.

Menotti quiso y lo logró dar la vuelta olímpica alrededor de los catástrofes nacionales: la incredulidad y la desvalorización permanente.

Feliz de él, porque muchos nosotros, llenos de intenciones, llegamos a hacerlo.

Sin embargo, estando lejos, una forma adecuada (módica, posible) de morir con la nuestra podría empeñar el corazón con nobleza, comprometer el esfuerzo con generosidad, ser cada vez mejores, más honestos, más limpios.



La bolsa

Ernesto A. Bavio

Debimos comprenderlo mucho antes. En realidad no había motivos para la sorpresa. Hasta podía pensarse como un anhelo natural después de tanto tiempo de separación y con 15.000 km. de distancia

Lo había decidido. En estos cinco años (casi seis, me corrige Aurora) fantaseamos con la idea y es probable incluso que la hayamos estimulado. Nos hacía bien creer que de verdad queríamos su visita; sin embargo, siempre supimos encontrar una buena excusa.

Razones lógicas, claro está: primero, la búsqueda de departamento; luego, las visas sin que pareciera exilio, un trabajo más o menos seguro, los estudios de Aurora, y así hasta ("Queridos hijos: tengo para darte una buena noticia: Dios mediante, en una semana estaré en ésa...")...

Aurora me odiaba y condenaba con esos ojos que usa para decir sin hablar: la culpa es tuya, tendrías que haberlo previsto y ahora qué hacemos ("...pienso estar contigo unos quince días, ¡te extraño tanto!, ¿cómo no viniste cuando papá...?, no, mejor no digo nada, ya sé que no te gusta que te diga esas cosas pero de todos modos, ¿por qué...?").

Nada nos era menos necesario a cinco años de escape (casi seis, me corrige Aurora) que la visita de mi madre ("...la tía Juliana cada vez peor, su enfermedad avanza con los años y a pesar de lo que diga el médico yo creo que no pasa de...").

Llegó en el vuelo del miércoles. En el taxi, desde el aeropuerto, supo cuidarse de mostrar la bolsa; sus ojillos se animaban con la tensión que ella aumentaba o disminuía alternando ritmos avaros o complacientes en sentido inverso a los requerimientos de nuestra ansiedad. Ella sabía, ella graduaba las expectativas, ella decidiría cuándo.

Con Aurora pasamos la víspera de su arribo organizando un plan defensivo; era bueno, calculado simple y fríamente, sin piedad. Tantas veces lo repetimos, y con tanta seguridad, que llegamos incluso a sentirnos impenetrables: la inundaríamos de paseos, le ahogaríamos con todo y bolsa en el Caribe y Acapulco, llenaríamos su boca de comidas exóticas, no permitiríamos que abriera la bolsa, la llevaríamos, haríamos...

Al primero que sacó fue a papá. Era su segundo café en casa, recién llegada, las maletas en el suelo.

No nos dio tiempo y al primero que sacó fue a papá. Con suaves movimientos malabares lo hizo aparecer desde el fondo de una bolsa sin fondos: su canto de sirena acometía al detalle un cráneo impúdico, los ojos silenciosos, el pañuelo final acompañando al mentón, con nudo en la cabeza.

Nos lo fue dando poco a poco, con grave deleite embelesado, enseñándonos cómo y por qué su vientre canceroso, cómo y por qué el sexo desafiado y flácido, cómo y por qué las piernas imberbes y promiscuas, la agonia, los deslucidos pies amarillentos.

En estos cinco años forasteros (casi seis, me corrige Aurora) mucha gente vino a visitarnos. Todos portadores de una bolsa igualmente destemplada, perversa; mas ninguna podía compararse con la que defendían las implacables espaldas de mi madre. Quizá la diferencia estribara en que a los otros nunca les permitimos abrirlas en la casa; en una café tal vez, en una guitarra, pero nunca en la casa. Con mi madre creímos que... Pero ella sabe, ella maneja todas las formas de la vergüenza, los temores. El siguiente fue Daniel. Era la quinta noche y, con desesperanza, pensamos que mamá desistiría.

El siguiente fue Daniel y lo sacó entre el postre y la guitarra de Carulli, en el remanso justo que deja resquicio a la imaginación (ella sabe). Estaba impresionante: cuatro balazos en círculo le borran la cara adolescente; la bolsa que se fue abriendo cual mágica galera en medio de una nube apestosa, irrevocable, y los gritos de Daniel se componían sobre las notas de la guitarra. Detrás de él sacó a sus cinco compañeros de militancia; por suerte, sólo conocíamos a tres. Los apilamos en el sofá.

A diez días de su llegada no cabían en el departamento; con la mejor buena voluntad tuvimos que acomodarlos en cualquier rincón: el closet de la cocina era rústico albergue para la muerte de la tía Amanda; sobre la cama matrimonial olió papá y el policía del quinto "B"; en el baño grande, debajo de la ducha e irremediamente muerta de un ataque al corazón, la flaca Marina nos pedía disculpas por tanta molestia involuntaria; en el cuarto de los niños sentamos el cadáver del cura Carbajal, el de la marcha pacifista.

Mamá marcaba la rutina sin escrúpulos, amorosamente.

Muchos otros esperaban turno dentro de su bolsa; gente que creímos dejar en la partida, lejos del paisaje miserablemente bello

A los catorce días, Aurora tuvo una excelente idea:

—Basta de huir —me dijo. Al menos de esa forma desalojaremos la casa.

Para variar tenía razón y a la siguiente hora ya habíamos tejido nuestra propia bolsa.

—A qué seguir fingiendo —dije, y acaso tuve tiempo de volver hacia atrás cuando mamá ordenaba el horror de la siesta.

Para entonces ya había desenterrado a Carlos el del taller, a Sapito el guerrillero de Wilde, al tío segundo de Bariloche, a Martina mi maestra de tercero...

La despedida fue cordial. Sencilla y lacrimosa, mi madre prometía regresar el año próximo.

Aurora y yo nos despreciábamos con una intensidad recién nacida, aun que sintiendo al menos que esta vez los sentimientos coincidían.

Sí, quizás el año próximo alguien vendrá de allá, se hospedará en la casa, dejará su bolsa sobre la mesa de la sala y al segundo café, recién llegado, con malicioso alivio sacará a mi madre.

Los dibujos de Nicolás Amoroso

Néstor García Canclini

Hay que ver los dibujos de Nicolás con música de Piazzola. Su mundo es el del tango, pero mirado desde la década del 70. Vida de pensión y de barrio, ropa colgada en el patio, el encuentro de hombres duros y mujeres sensuales en la ciudad, todo sin el melodrama, sin la autocomplacencia quejosa de la música clásica de Buenos Aires. Es que no vivimos en una época clásica.

Los dibujos de Amoroso recorren las contradicciones de la Argentina en los años recientes. La primera etapa exhibida, que abarca los años 1975 y 1976, presenta un ciclo de personajes sin contexto, desprovistos de un mundo en el cual pudieran anclarse. En un proceso de transición brusca, cuando todo vacila, pareciera buscar en la figura humana nuevos puntos de partida. "Cuál de las puertas", donde vemos a un hombre amarrado ante una serie de puertas insertadas a cada una dentro de las otras, habla angustiosamente de esta indagación. Dos obras referidas a militares condensan su ambiguo papel histórico: "El conquistador", con el brazo derecho en actitud triunfante de ocupación de un territorio mientras parte del cuerpo se confunde o desdobra en una figura cadavérica que asocia la opresión con la muerte; "Adelante" describe los vínculos entre un militar y su alter ego payasesco en el espacio combinando

elementos de la conquista y otros actuales. "El angelito", alusión a una leyenda rural argentina en la que los niños que mueren son a la vez motivo de tristeza y regocijo, le permite extremar su hábil oposición de zonas negras y blancas, tierra y cielo, símbolos del dolor y su superación.

A fines del año 76 y durante el 77, Amoroso contextúa sus personajes con ambiente y objetos minuciosamente detallados y aglomerados en una imagen sobresaturada. La expresividad se desplaza de los cuerpos y los rostros a las cosas. Interiores de pensiones, cuartos sórdidos, en los que la diversidad de objetos vecinos indica que es un único lugar de vida, donde se duerme, se come, se estudia, se lava. En algunas obras hay resonancias de pieza de estudiante; en otras, la madurez desvencijada de los habitantes y de sus posesiones nos refiere al trabajo mal pagado y la desocupación. No aparecen situaciones opresivas sino sus efectos en el lugar más íntimo, donde se aprietan los ecos del resto de la vida. El preciso realismo (cada perfil de la mesa, cada pliegue de la ropa rigurosamente trazados) es trascendido por las alusiones, lo no dicho que sin embargo vibra en la manera de organizar el espacio.

Podemos distinguir dentro de la

que muestran ese otro lado de la sociedad. Escenas donde tampoco está todo nombrado, pero que por eso mismo logran ser insinuantemente siniestras: espaldas, rostros desconfiados o semicubiertos, miradas oblicuas, figuras que se asoman detrás de una puerta, una cortina o una cama, o se enfrentan discretamente. De los contrastes netos entre blancos y negros pasamos a claroscuros inciertos en "La última habitación", "Don Cipolla", "El encuentro" y "En la ventana". Para un país en el que todo se dice a medias, donde los responsables nunca se dejan ver y los que ejecutan e intimidan jamás pueden ser apresados, un realismo evasivo, pastoso, de tintas esfumadas.

En último término, la serie sobre deportes hecha en el 78, año en que el Campeonato Mundial de Fútbol realizado en la Argentina permitió disimular todo lo anterior. Tampoco aquí se habla directamente del contraste encubierto. Al fin de cuentas, dentro del propio deporte pueden hallarse la opresión y el engaño. "El campeón y el ex" expresa elocuentemente la tensión entre lo logrado y lo frustrado. "Por puntos" muestra algo semejante a través del boxeador con la cara destrozada que levanta los brazos en señal de triunfo. "Medio campo" entrega una figura doctoral, de espaldas ante el

futbolística. "Todos los domingos", un público ferviente detrás del alambrado de una cancha, encerrado, separado de lo que festeja. En "El reposo" un deportista acostado, con los ojos cubiertos, alude a un enfermo o un torturado. Ahora vuelven a importar menos los objetos y la ambientación; la imagen se concentra otra vez en la expresividad de los cuerpos y los rostros. En algunas obras, el sentido espectacular del tema es traspuesto a la representación con recursos que evocan el lenguaje de la gráfica masiva, la estilización de la publicidad y las historietas, y hacen pensar en que el autor es dibujante, pintor y cineasta. Valoro muy positivamente lo que estas influencias plurales han permitido en sus obras, en el esquematismo de la imagen y la combinación de técnicas. Sólo pediría que en unos pocos casos Amoroso controlara más los riesgos decorativos, cierto lujo visual que sin duda tienta en esos procedimientos, sobre todo al ocuparse del tema del espectáculo. Como lo hace en otros de admirable sobriedad y economía.

Discípulo afirmaba hace medio siglo que el tango es un pensamiento triste que se baila. Ahora hay que decir que se sigue escuchando con veneración, pero cada vez se baila menos, y que la tristeza depende del pensamiento que cada compositor resalte: el abandono, el duelo edípico, el amor a la mujer irremplazable, la amistad o la venganza entre hombres, "la fiesta y la inocencia del coraje" (Borges). La música de Piazzola es una nostalgia enérgica que se escucha. Los grabados de Nicolás, una bronca insinuada que se mira.

Sin censura

En noviembre de este año apareció el número 0 de *Sin censura, periódico de información internacional para América Latina*. Julio Cortázar, Carlos A. Gabetta, Horacio G. Lofredo, Oscar Martínez Zamborain, Hipólito Solari Yrigoyen y Osvaldo Soriano, integrantes del Comité de redacción, anuncian que se proponen "colaborar, informando con la mayor fidelidad, en la lucha por la democracia plena y el cambio social". Es que la fidelidad en la información es uno de los medios más eficaces para combatir la "censura de prensa, el control de la información el bombardeo ideológico", algunas de las "armas principales de todas las dictaduras" orientadas a aislar y dividir "a la oposición, a los pueblos entre sí" en su afán de ganar "tiempo en favor del *statu quo*". Instalados entonces en el "campo específico de la información y la contraformación" pretenden "inscribirse modestamente", con tales armas, en ese "complejo y apasionante proceso" que recorre hoy América Latina. Una América Latina en la que "se respira un aire nuevo, de pantalones largos", y respecto de la cual es posible tener la "sensación, renovada, de que se ha vuelto a andar, en una etapa diferente, superior". Es cierto que "no es ni la democracia total, ni el cambio social, ni la prosperidad y la paz, ni el fin de la represión, ni mucho menos que todo esto, es mucho más que la otra cara de la medalla": allí están las dictaduras del cono sur, Honduras, Haití, la colaboración de las policías represivas, etc. Pero, se insiste, es "mucho más que la situación casi totalmente sombría de hace muy poco", pues una mirada atenta basta para darse cuenta de que, "decididamente, algo está cambiando"; afirmación a la que es posible llegar sin necesidad de una "descripción ingenua de triunfos que todavía no son tales".

Apelando a la historia y registrando el presente es posible comprobar que si hace 18 años los "Estados Unidos impusieron en la OEA el bloqueo a Cuba"; que si en esa época

"las 'burguesías nacionales' apoyaron casi sin reservas los golpes de estado militares, los sueños de desarrollo 'asociado' a las multinacionales"; y a la par "Cuba comenzaba a exportar el 'foco' guerrillero, una teoría juvenil que pronto se reveló ineficaz", y que "determinó el aislamiento y la derrota política de sus sostenedores y degeneró en la mayoría de los casos en el terrorismo puro y simple"; si todo esto, decimos, sucedió hace dos décadas, hoy "Estados Unidos ve rechazar un proyecto estratégico en la OEA"; el "comunista Fidel Castro y el liberal López Portillo" coinciden globalmente "respecto a problemas como la crisis energética, la paz y el sostén a los pueblos sometidos"; en Bolivia "quedaron probados los límites que encuentra, en el cuadro latinoamericano actual, la 'democracia restringida' o 'viable', último invento de los ideólogos y propulsores de ayer de la Doctrina de la seguridad nacional". En el extremo opuesto, en fin, "Nicaragua probó a qué conducen las dictaduras contra viento y marea"; allí "la lucha de su pueblo y el apoyo de otros pueblos derrotó no sólo a la dinastía Somoza sino también a 'las multinacionales, la CIA, el Pentágono [...] y hasta las dictaduras del cono sur y el gobierno de Israel, que vendieron armas a Somoza'".

"No. No es política de ciencia ficción ni optimismo exagerado", afirman. Es en todo caso la simple comprobación de "ciertos fenómenos nuevos que se producen en América Latina, como consecuencia de la crisis de los grandes países capitalistas occidentales, que es sal sobre las viejas llagas abiertas del agotado modelo de capitalismo dependiente latinoamericano". Pero "es también la certificación del fracaso crónico, reiterado, tanto del *diktat* estalinista como de la política del *fusil-delante-de-la-política*".

Sin censura aparecerá, informan, todos los meses, a partir del 1 de enero de 1980.

Jorge Tula

Información bibliográfica

Sociología y política

Aníbal Andrés, *El golpe de estado de 1976 en Argentina*, Lima, CIPE, 1979.

José Aricó, *Gramsci y la teoría política*, Cuaderno del seminario sobre el estado, Departamento de Sociología, UAM (Azcapotzalco), 1979 (mimeo).

Nicolás Casullo, "Partidos y sindicatos en el difícil camino hacia la democracia", en *Proceso* núm. 130, México, septiembre de 1979.

Jorge Berneti, "Argentina: la moderada oposición partidaria", en *Cuadernos del Tercer Mundo* núm. 31, México, julio de 1979.

Horacio Crespo y Antonio Marimón, "Argentina tres años después", en *Vuelta* núm. 29, México, abril de 1979.

Francisco Delich, "Para el análisis de los fenómenos sociopolíticos coyunturales: premisas y perspectivas", en *Revista mexicana de sociología* núm. 1, año XLI, vol. XLI, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, enero/marzo de 1979.

Rubén Dri, "Argentina: el 'clasismo', ¿definición de lucha?", en *Le Monde Diplomatique en español* núm. 3, México, marzo de 1979.

Alberto A. Follari, "La crítica de las armas" (comentario a Regis Debray, *La crítica de las armas* [México, Siglo XXI, 1977]), en *Crítica* núm. 3, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

Manuel Gaggero, Guillermo Greco, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero y Héctor Sandler, "Cinco opiniones desde el exilio", en *La República* núm. 7, México, marzo de 1979.

Ernesto Laclau, "Democracia y lucha política en América Latina", en *Estudios y perspectivas* núm. 1, México, abril de 1979.

Oscar Landi, "Argentina 1973-1976: la génesis de una nueva crisis política", en *Revista mexicana de sociología* núm. 1, año XLI, vol. XLI, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, enero/marzo de 1979.

Ernesto López, *La disgregación del orden oligárquico y el surgimiento del varguismo y el peronismo*, México, FLACSO, 1979.

Partido comunista marxista-leninista, *Argentina por la democracia y la independencia*, México, 1979.

Juan Carlos Portantiero, "Gramsci y el análisis de coyuntura: algunas notas", en *Revista mexicana de sociología* núm. 1, año XLI, vol. XLI, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, enero/marzo de 1979.

Javier Slody, *El estado justicialista en la República Argentina*, Lima, 1979 (mimeo).

Hipólito Solari Yrigoyen, "La 'democracia' prometida a la Argentina", en *La República* núm. 6, México, febrero de 1979.

Novelas y cuentos

Raúl Dorra, *La pasión, los trabajos y las horas de Damián*, México, Premia, 1979.

Raúl Dorra, *Sermón sobre la muerte*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1977.

Osvaldo Soriano, *Triste, solitario y final*, Barcelona, Bruguera, 1978.

David Viñas, *Cuerpo a cuerpo*, México, Siglo XXI, 1979.

Filosofía

Oscar del Barco, "Marxismo y revolución social", en *La filosofía de la revolución social*, México, Grjalbo, 1978.

Oscar del Barco, "Notas sobre el problema de la ciencia", en *Crítica* núm. 3, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

Oscar Correas, "Aristóteles: propiedad y lucha de clases", en *Dialéctica* núm. 1, año I, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1976.

Oscar Correas, "Una dialéctica de derecho (acerca del libro de E. Pashukanis, *La teoría general del derecho*", en *Dialéctica* núm. 4, año III, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1978.

Enrique Dussel, *Filosofía de la liberación*, México, Edicol, 1978.

Psicología

Silvia Bleichman, "Los hijos de la violencia. Psicoanalizar: ¿contemplar o transformar?", en *Dialéctica* núm. 6, año IV, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

Néstor Braunstein, "Crítica de la impugnación antipsiquiátrica de la clasificación", en *Dialéctica* núm. 6, año IV, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

Alberto Sladogna et al., "La entrevista: fundamentos de una técnica", en *Dialéctica* núm. 6, año IV, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

Alberto A. Follari, "Política y ciencia en psicología", en *Dialéctica* núm. 6, año IV, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

Crítica literaria

Raúl Dorra, "Literatura y compromiso", en *Crítica* núm. 3, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

Movimiento obrero

Juan Carlos Torre, *Sindicatos y trabajadores bajo el último gobierno peronista*, Mayo de 1979 (mimeo).

J. T.

Sin censura

BONO DE SUSCRIPCION

Sírvanse ustedes recibir la cantidad de (12/24) dólares USA, importe que corresponde a mi suscripción a «SIN CENSURA» por (6/12) números, a partir del número (Pago mediante cheque o giro bancario o postal a la orden de LARP Inc.)

Nombre.....
Dirección.....
Enviar este Bono a: LARP Inc. (SIN CENSURA), 5 rue Geoffrey-Marie, 75009, Paris, Francia.

Documento de la CUTA

Reunida en "sesión permanente", la Conducción Unica de los Trabajadores Argentinos (CUTA), organismo que nuclea al gremialismo peronista y a un sector independiente (fusión de los ex 25 y de la ex CNT), hizo público un documento referido a la sanción de la nueva Ley de Asociaciones Sindicales (Ley 22105).

Esta nueva legislación, largamente anunciada y ahora decretada por la Junta Militar, consta de 83 artículos y reemplaza a la Ley de Asociaciones Gremiales de Trabajadores 20165. El 15 de noviembre pasado entró en vigor el nuevo cuerpo normativo sindical, frente al cual la CUTA denunció su carácter y sus propósitos, los que podrían sintetizarse en una frase del propio texto gremial: "intenta atomizar al movimiento obrero, como una etapa para anular sus conquistas".

Su texto completo:

"El Movimiento Obrero Argentino, a través de su central representativa, la Conducción Unica de Trabajadores Argentinos (CUTA), se dirige a toda la ciudadanía, a sus instituciones políticas, religiosas, sociales, económicas y culturales, para formular un llamamiento a la reflexión y una trascendental denuncia a cerca de la naturaleza perniciosa de la recién promulgada Ley de Asociaciones Gremiales de Trabajadores, para el desenvolvimiento de una auténtica democracia, pues la misma subvierte todo el orden jurídico constitucional argentino.

"Advertimos formalmente que el gobierno, al dictar disposiciones de esta naturaleza, está violentando los principios fundamentales establecidos en 1853, con la Constitución Nacional, ya que establece figuras y procedimientos que están taxativamente previstos y prohibidos en el texto constitucional, como la confiscación de bienes y hacer nulos los derechos constitucionales de "asociarse con fines útiles" y "peticionar" y —al excluir el recurso judicial ante actos del poder administrados— invalida la garantía del debido proceso que ampara a las personas físicas e ideales contra todo procedimiento arbitrario del mismo.

"A esta violación constitucional, se suma el desconocimiento de los convenios internacionales 87 y 98 de la OIT, ratificados por nuestro país y que son en consecuencia ley de la Nación. La violación de estas normas internacionales, que sientan el principio de libertad sindical, traerá aparejada, como lógica consecuencia, que una norma ilegítima traslade su ilegitimidad al órgano de poder que la dicta, e introduce un peligrosísimo factor de inestabilidad jurídica que se extiende como amenaza a toda la sociedad.

"La ilegalidad de la nueva Ley de Asociaciones Gremiales de Trabajadores es intrínseca, ya que viola derechos que están en la base de nuestro orden constitucional.

"Nos preguntamos con justificación preocupación qué suerte le espera a las instituciones políticas de la República, cuando la primera norma fundamental dictada que se refiere al ejercicio de los derechos de las instituciones representativas de una amplia mayoría nacional, como son los trabajadores, contienen en sí misma la negación de los principios básicos del orden constitucional argentino. La peligrosidad de este precedente se proyecta sobre toda la vida civil de la República, pues si unas instituciones —las represen-

tativas de los trabajadores— pueden ser privadas de sus derechos esenciales por la discrecionalidad del poder político imperante, el hecho consumado puede repetirse en cualquier nivel de la vida política, social o económica de los argentinos. A no ser que los argentinos trabajadores compongan —para el poder administrador— una categoría especial, a la que se le puede aplicar una política discriminatoria y marginatoria con una marcada disminución legal.

"Hasta ahora los grupos económicos de presión que vienen ejercitando una política destructiva del mecanismo productor argentino habían utilizado, para instrumentar su política de "tierra arrasada" en el campo económico sólo la modificación, supresión o sustitución de disposiciones instrumentales de la tecnocracia económica —la Ley de Bancos, las circulares del Banco Central, la Ley de Aranceles, etcétera— cuya peligrosidad no es menor, pero que formalmente no afectaban las relaciones jurídicas de los habitantes del país, pero ahora resulta evidente su necesidad de disponer de nuevas normas, que invadiendo la institucional profundo, perfeccionen su

política de destrucción de las fuerzas del trabajo, consideradas con justicia por ellos como la única valla viva y actuante que puede oponerse al aniquilamiento del mecanismo productivo nacional.

"La historia de las últimas cinco décadas —desde 1930 hasta 1980— provee infinidad de precedentes que marcan una constante en la conducta política de determinadas minorías aliadas o servidoras de esos grupos de presión económica y financiera.

"Desde la proscripción de las fuerzas políticas populares, las elecciones fraudulentas, los partidos discriminados, la anulación de elecciones, la legislación prohibitiva que llega hasta penar el pronunciamiento de un nombre, el cautiverio de los gobernantes civiles —Martín García y el Sur argentino albergaron, en distintas épocas, a los más prominentes hombres políticos argentinos— la confiscación de bienes la inversión de la prueba, la acción psicológica, la calumnia oficializada, no prevalecieron nunca sobre el juicio y la voluntad del pueblo. Y los proscriptos, las mayorías marginadas, los hombres difamados, excluidos del cuerpo político o cautivos, volvieron a expresar la realidad nacional.

"Esta consecuencia natural fue el lógico corolario que tienen siempre todas las aventuras que, basadas en una óptica defectuosa de la realidad nacional, pretenden encorsetar al país de acuerdo con modelos que pueden ser ideales para sus inspiradores —y sus intereses— pero que no responden a la realidad histórica de la Nación.

"La camisa de fuerza que hoy se pretende imponer al Movimiento Obrero Argentino va a tener el mismo destino: una precaria vigencia antinatural, sin más consecuencia histórica que una innecesaria y peligrosa ruptura del sistema constitucional, que de ninguna manera va a prevalecer, es decir que va a ser un costo adicional inútil al que ya están produciendo medidas económicas, que, pretendiendo atomizar al movimiento sindical, están destruyendo el mecanismo productivo nacional.

"La liquidación de las fuentes de trabajos nacionales ante el "dúmping" organizado de la competencia

importadora, la paralización de grandes empresas, la legislación fragmentadora de las empresas nacionales prestatarias de servicios, tiende a la desaparición de toda forma de actividad trabajadora organizada, a la dispersión sindical, al aniquilamiento final de la fuerza obrera. Pero esa meta, inalcanzable en la Argentina de hoy, supone el previo aniquilamiento del organismo económico de la Nación, su conversión en una economía de factoría, donde sólo pueden establecerse, una vez arrasado el empresariado nacional, los monopolios de los capitales sin país y sin bandera que hoy nos bombardean con su ruinosa competencia desde Hongkong, Taiwan o Corea del Sur.

"La inserción de una legislación que altera el orden constitucional, poniendo en juego hasta el derecho de propiedad —pues limita e impide la propiedad de bienes de uso social a las asociaciones de trabajadores— prohíbe la administración de los bienes propios y el ejercicio de actividades lícitas dentro de nuestro actual orden social, implica algo más que una agresión a los trabajadores organizados: introduce el factor del discrecionalismo y la inestabilidad jurídica, afectando así a toda la sociedad. No hay democracia sin pleno ejercicio de los derechos y garantías constitucionales.

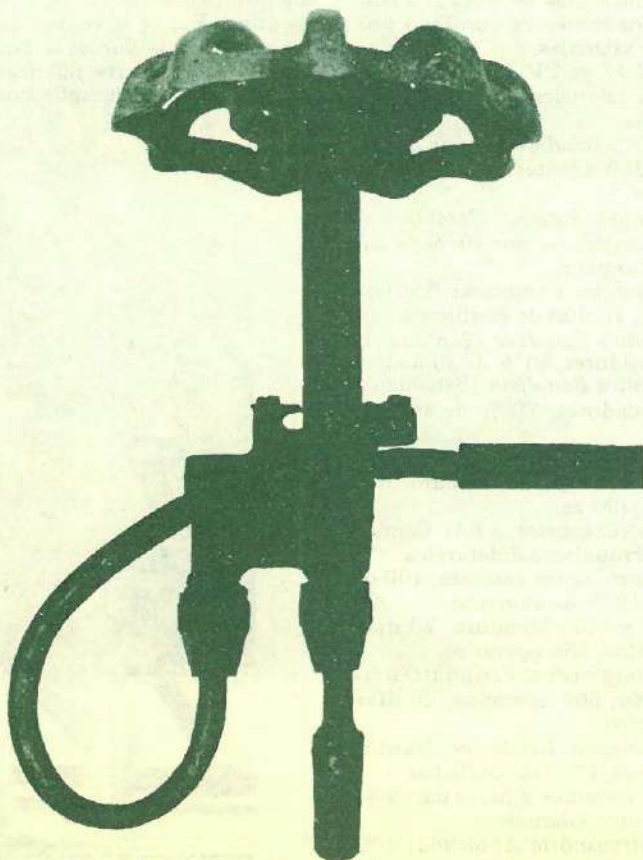
"No hay democracia con discriminación jurídica para un sector social. Eso es lo que está amenazado hoy en la Argentina. Y con ello, la unión nacional que sólo puede lograrse a través de la igualdad y la seguridad jurídica de todos los argentinos.

"No comprenderlo así es volver a los viejos, inútiles y costosos errores que vienen jalonando, desde hace cincuenta años, la vida institucional argentina. No advertirlo significaría en la ciudadanía un suicidio histórico al que no han sido afectas nunca las grandes mayorías nacionales. Queda pues, un solo camino: luchar por la vigencia de una democracia basada en el pleno imperio del orden jurídico nacional y rechazar, en todos los terrenos, la norma inconstitucional que hoy pretende maniar al Movimiento Obrero Argentino y amenaza a toda la vía institucional de la Nación.

"Por eso, porque el orden constitucional es la única garantía de respeto de los derechos esenciales de una comunidad organizada, nadie puede sustraerse al deber de esta hora. Nada garantiza —y antes bien, cabe prevenir— que este primer paso hacia una inconstitucionalidad, que afecta a los trabajadores, no inicie por el camino del desconocimiento legal, una secuela de medidas agresivas para otros sectores sociales.

"Empresarios, técnicos, profesionales, instituciones religiosas o profanas, educadores y educandos, pueden ver aplicado el mismo criterio restrictivo de su derecho a la asociación, a la organización de obras de protección social, a la defensa de sus patrimonios, al ejercicio del legítimo derecho de defensa.

"Defender el derecho no es hoy solo defender al sindicalismo, es proteger un patrimonio de todos que, una vez avasallado, para unos, deja de ser intangible y se cierne sobre el futuro de todos y cada uno de los componentes de la sociedad".



Luchas y aumentos salariales

Septiembre, octubre y noviembre mostraron un cuadro de múltiples conflictos laborales en la Argentina. El reclamo por incrementos salariales fue el dominador común en las distintas luchas. A partir de esta reivindicación se sumaron luego, en muchos casos, medidas de fuerzas por reincorporación de despidos y tensas esperas en cada una de las negociaciones donde difirieron los montos de aumentos solicitados por los productores y lo contrapropuesto por las patronales. Puede decirse que casi todos los conflictos concluyeron con el logro de los reclamos obreros. En este panorama existieron pedidos de incrementos salariales de hasta un 80 %, enfrentados a una media del 8 al 15 % como primera respuesta común por parte de los sectores empresarios. Como término medio, las soluciones se dieron entre un 25 y un 40 %. Aproximadamente, en el total de los conflictos, participaron unos 80 mil trabajadores,

Segunda quincena de septiembre

- 1] *Estibadores*: Puerto de Buenos Aires. Paros parciales cotidianos. Reclamo: 50 % de aumento en los salarios. Sin definir.
- 2] *SAFRAR-Peugeot*: planta de Berazategui, 5 500 trabajadores. Brazos caídos y paralización general de actividades. 23 % de aumento logrado y reincorporación de despedidos.
- 3] *Unión Tranviarios Automotor*: reclamo 40 % de aumento.
- 4] *La Fraternidad*: estado de alerta virtual. Reclamo 35 % de aumento en los salarios.
- 5] *Unión de Empleados de Justicia*: reclamo 35 % de aumento.
- 6] *Sindicato Unido Petrolero del Estado*: reclamo 30 % de aumento.

Primera quincena de octubre

- 7] *Standard Electric*: planta San Isidro, 3 000 trabajadores, paro de dos semanas, 25 % de aumento conseguido.
- 8] *Chrysler Fevre Argentina*: plantas de San Justo y Monte Chingolo, 20% de aumento conseguido.
- 9] *UTA de Rosario*: reclamo de 35 % de aumento, paros escalonados.
- 10] *Transportistas de Tucumán*: paro por aumentos salariales.
- 11] *Textil Bolsalona*: La Paternal, 40 % de aumento solicitado, 300 trabajadores, aún sin solución.
- 12] *Textil Salafa*: 400 trabajadores, paro por 40 % de aumento logrado.
- 13] *Textil Alpasa*: 400 trabajadores, 30 días de trabajo a reglamento, luego paro por incrementos salariales.
- 14] *Gilera (Planta Libertador Motor)*: 350 trabajadores, 15 días de conflicto con cinco de paro general. Logro: 30 % de aumento y reincorporación de 40 despedidos.
- 15] *Textil Bernalesa*: 1 500 obreros, paro solicitando 70 % de aumento.
- 16] *Diario Crónica*: Talleres Gráficos Editorial Sarmiento, dos días de paro por despido de ocho trabajadores.
- 17] *Electrometalúrgica Andina*: 300 trabajadores, 10 días de paro por incremento salarial.

- 18] *Indian Rubber*: producción en caucho, 20 días de paro, 1 300 trabajadores (San Justo).
- 19] *Burco Metalúrgica*: 10 días de paro por aumentos salariales, 350 trabajadores.
- 20] *Pedro Hermanos* (frigorífico): 750 obreros, 10 días de paro por aumentos salariales, Lomas de Zamora.
- 21] *Embotelladora Argentina*: 250 trabajadores, dos semanas de paro por 45 % de aumento.
- 22] *Esso Campana*: 10 días de paro por aumentos salariales.
- 23] *Green Refractorios*: dos semanas de medidas de fuerza.
- 24] *Textil Sniafa*: diez días de paro para lograr 40 % de aumento y cuarenta reincorporaciones.
- 25] *Stin Selen* (soldadora y prensas hidráulicas). 15 días de conflicto, 180 operarios.
- 26] *Camea*: 1 500 trabajadores, 40% de aumento (Villa Lugano).
- 27] *Frigorífico Santa Elena* (Entre Ríos): 15 días de conflicto por 350 despedidos.
- 28] *Transporte Colectivo*: (San Juan) 1 500 trabajadores por incrementos salariales del 40 %.
- 29] *Automovil Club Argentino*: tareas a desgano durante 10 días, 4 500 trabajadores que lograron el 35 % de aumento.

Segunda quincena de octubre

- 30] *Textil Ducilo* (Bernal): una semana de trabajo a desgano y tres días de paro por 20 % de aumento salarial logrado.
- 31] *Textil Sudamtex, Alpargatas*: quince días de quite de colaboración por 40 % de aumento.
- 32] *Yelmo Electrodinámicos*: San Justo, quince días de trabajo a desgano y dos meses de conflicto por aumentos salariales.
- 33] *Canal 11 de TV*: 500 operarios, aumentos salariales y reintegro de despedidos.
- 34] *Municipalidad de Buenos Aires*: paro de 350 agentes por aumentos de sueldos.
- 35] *Dálmine Siderca Metalúrgica*: 4 300 trabajadores por 40 % de aumento. Campana.
- 36] *Metalúrgica Cometarsa*: 550 trabajadores, 10 días de conflictos.
- 37] *Cerámica San José* (San Juan): 200 trabajadores, 80 % de aumento.
- 38] *Cerámica San Juan* (San Juan): 150 trabajadores, 70 % de aumento.
- 39] *Transportes Micro Mar*: paro una semana por 40 % de aumento, 200 trabajadores.
- 40] *Autotransportes ATA*: Camioneros de Propulsora Siderúrgica.
- 41] *Auxicar*: aguas gaseosas, 400 operarios, 40 % de aumento.
- 42] *Noel y Cia.*: Mendoza, 20 días de conflictos, 550 operarios.
- 43] *Metalúrgica José Ferrarini*: Gonzalez Catán, 800 operarios, 20 días de conflictos.
- 44] *Metalúrgica San Javier*: Haedo, 500 obreros, 15 días conflictos.
- 45] *Fate*: reclamos y paros parciales por aumentos salariales.
- 46] *Autotransporte Antártida*: 300 operarios, 15 días conflictos.

- 47] *Textil Amat*: Monte Grande, 1 250 operarios, 15 días conflictos.
- 48] *Metalúrgica Rómulo Rufin*: 300 trabajadores, 15 días conflicto.
- 49] *Falcone, Podeto y Dotti*: Rosario, empresa del vidrio, 200 operarios, 20 días conflicto por 60 % de aumento.
- 50] *Ceramil S.A.*: San Juan, 100 operarios, 80 % de aumento.
- 51] *Textil Rubén Pinkas y Cia*: 150 trabajadores, 15 días conflicto.
- 52] *Subterráneos Línea "B" de Buenos Aires*: una semana de paros parciales por 40 % de aumento.

Primera quincena de noviembre

- 53] *Carrocerías Dequil*: 150 traba-

- adores, 30 % de aumento.
- 54] *Citroen*: paros parciales por cierre de secciones de producción.
- 55] *Singer*: 800 obreros, conflictos por cierre de empresa.
- 56] *Frigorífico SAISA*: San Juan, 200 operarios.
- 57] *Metalúrgica Micoro*: Rosario, 400 trabajadores, 40 % aumento.
- 58] *Banco Cooperativo de Berisso*: paros por 35 % de aumento.
- 59] *Beer S.A.*: fábrica de cueros, 200 operarios, 40 % de aumento.
- 60] *Metalúrgica Aldinor SACI*: 15 días paros parciales, 35 % aumento.
- 61] *Frigorífico Marcedan*: Florencio Varela, 500 trabajadores.

Cámpora en México

La Junta Militar concedió finalmente el salvoconducto a Héctor J. Cámpora: México, como para tantos otros argentinos, se transformó así para el ex presidente en el alero seguro que la patria no brinda. Es un triunfo, sobre todo de la solidaridad latinoamericana, encarnada en la persistente actitud diplomática del gobierno mexicano.

El gobierno de Videla no se acredita con este acto ningún mérito: más bien se cubre de una cuota suplementaria de deshonra. Quedará en la historia política del continente como uno de los regímenes (sólo superado por la dictadura de Odría en Perú en los años cincuenta en ocasión del asilo de Haya de la Torre) que más prolongada y tercamente mantuvo como prisionero político a un refugiado, violando todas las normas jurídicas y éticas del derecho de asilo en un acto de cruel persecución personal con el que en realidad se quería castigar a todo un pueblo que vivió, en el interregno presidencial de Cámpora, la posibilidad de días jubilosos.

Su "generosidad" fue macabra. Ante un diagnóstico médico que, al parecer, confirmaba la presencia de un tumor irreversible, la Junta se asustó de las consecuencias políticas que le acarrearía la eventualidad de la muerte de Cámpora en una embajada latinoamericana y en territorio argentino. Esa es la verdad del "humanismo" de la Junta; la única razón —por otra parte públicamente confesada— para cumplir con una

norma que debía cumplirse por simple acatamiento a una tradición civilizada.

Cámpora llega a ser así, para todas las fuerzas populares de la Argentina y del continente, un símbolo de la resistencia contra la opresión. Más allá del peronismo o del no peronismo su figura se recorta ya como expresión de la totalidad de las luchas y las esperanzas democráticas del pueblo argentino.

No es ésta la oportunidad para hacer el balance de sus 45 días de gobierno. *Controversia* piensa sin embargo que en ese breve lapso se condensa un trozo importantísimo de historia, y será uno de los temas permanentes de la revista el incitar a la reflexión, desde todos los ángulos posibles para evitar el fácil maniqueísmo, sobre esa gestión presidencial y sobre el marco social-político que la envolvió. Desde y creemos sin embargo que es posible decir con toda certeza que esos breves tiempos marcaron, desde el estado y desde la sociedad, la posibilidad democrática más intensa de toda la historia política argentina. Es un delito que la dominación no ha de perdonar fácilmente.

Tal reconocimiento es el terreno primario sobre el que los argentinos valorarán la fugaz experiencia que va desde el 25 de mayo hasta el 1 de julio de 1973. La unanimidad con que el variado signo ideológico del exilio recibió a Cámpora en México indica entre nosotros la fortaleza de ese reconocimiento a un democrata.

